NI POR TODOS LOS *besos* DEL MUNDO



GEMA AZORÍN

Gema Azorín

Ni por todos los besos del mundo

Serie París 4

Título: *Ni por todos los besos del mundo.*
© 2024, Gema Azorín
De la maquetación: 2022, Servicios Editoriales RM
Del diseño de la cubierta: 2024, ilustración: Alice V.; portada: Roma García
Corrección: 2024, Érika Gael
Primera edición: mayo 2024
Impreso en España
Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Índice

PRÓLOGO
El *e-mail*
El trabajo de tus sueños
Perdida entre montañas
Tiempo magnífico
BRUMA
Primer domingo en Eaux-Bonnes
Hay que despedir a la chica
La entrevista de trabajo
Pardon!
Brume
Maldito francés
BRUMA
Cuac, cuac
Una de sopa
El señor alcalde
La *kiné* española
Soy un orgulloso ermitaño
La *boulangerie*
BRUMA
El rescate de Bruma
Los seres míticos también se derriten
Solo en el dolor hay amor
El menda cubano
BRUMA
Soupe de printemps
Eremofobia
Pacto
BRUMA
El pasado nos define
Me voy
Dejar de ir en gayumbos
Grandma
Crêperie
BRUMA
Sin pelos en la barba
El rubio
El mensaje

Habituarme a ti
La española
***Raquette* es ‘raqueta’ en francés**
París
De babosas hermafroditas
La familia De Sauternes
Un inocente paseo
La entrevista
Una ida, una vuelta y un regreso
España
Siempre lo he sabido
No estoy enferma
Es un sádico
Ese abominable me va a escuchar
Esto cierra durante el invierno
Una inundación, dos bandos y un traidor
Emersonadas aparte
De un solo color
Non
***¿Patron*?**
EPÍLOGO
Agradecimientos

PRÓLOGO

ERIC

Octubre de 2017

—No voy a volver, Eric. Algo muy grave tiene que pasar para que yo regrese.

La negativa de mi hermano Daniel me escuece. Una vez más. Lo dejo despotricar en silencio, hasta que se harta de escucharse, finaliza la llamada y yo desconecto el auricular en mi oído. Me reclino en el sillón.

No tengo razones para estar desmotivado. Dirijo uno de los viñedos más grandes de Francia, nuestros caldos se comercializan en más de cincuenta países y nuestra marca es reconocida por los mejores profesionales del mundo vinícola.

Y, aun así, nada encaja. Por mucho que la empresa vaya bien, la vida personal de mi hermano es un caos, y nada es más importante para mí que la familia.

La voz de mi asistente suena por el altavoz, sacándome de mis reflexiones.

—Monsieur de Sauternes, el señor Thomas está aquí, ¿le digo que pase? —le anuncia, aunque siempre le insisto en que no hace falta informar de su presencia. Thomas es mi mano derecha en este sitio, mi brazo ejecutor. Tal vez yo tome las decisiones definitivas, pero él también sería capaz de tomarlas por mí en caso de que yo faltara…

En caso de que yo faltara.

De que *yo* faltara…

—Bonita barba —se mofa Thomas.

Me la acaricio con gesto distraído. Es poco habitual en mí no proyectar una imagen impoluta, por eso ni yo mismo entiendo por qué no me la afeito. Todo el mundo ve en mí a un tipo sereno, sencillo, que ocupa su lugar en el mundo sin mucho drama. No es un mal mundo: mi familia es rica; me dieron una buena educación y una fantástica empresa que dirigir; soy guapo de cojones, y lo suficientemente inteligente como para saber apreciar todo eso y sacar provecho. No albergo sentimientos encontrados ni necesito cambiar de vida cada cierto tiempo, por aburrimiento o por mi carácter impulsivo, como Daniel.

En resumen: soy el hijo modelo.

Por eso, nadie entendería que, de pronto, lo abandonara todo.

«En caso de que *yo* faltara».

—Gracias. ¿Te quieres sentar? —le ofrezco a Thomas, aunque ya está sentado y se ha servido un café de la Nespresso que hay en un rincón.

—Ya lo he hecho. ¿Vamos allá?

Durante la siguiente media hora, Thomas me pone al día de las novedades en todos los departamentos. Por primera vez, no me limito a escuchar sentado al otro lado de la mesa, sino que me sitúo frente al ventanal, de cara a las lomas suaves que perfilan el horizonte.

«Algo muy grave tiene que pasar para que yo regrese», ha dicho mi hermano.

«Piensa, Eric, piensa. Algo grave, ¿como qué?».

Eso es lo más urgente en mi lista: Daniel debe venir, ver a la chica que trabaja en la cafetería y, una vez que se recupere del *shock* por el gran parecido que guarda con su difunta mujer, que el resto de la historia se escriba sola. Sobre todo, que la escriba él. Si le insisto yo, no

me creerá, y solo conseguiré que se aleje más y que ese encuentro jamás se produzca.

¿Cómo cojones obligo al tipo más tozudo del planeta a que haga algo en contra de su voluntad?

Como por arte de magia, la respuesta surge en mi mente:

«Algo tan grave como que yo desaparezca». Tengo que desaparecer.

—Y, finalmente, hay que confirmar con el departamento comercial si vas a asistir esta noche al Wine Paris. En esta ocasión hay…

Parlotea acerca del principal evento vitivinícola del año, que organiza France1 en el Four Seasons, y al que nunca falto. No lo escucho. En mi cabeza, no dejo de hilar mi estrategia.

—Thomas, ¿qué crees que pasaría si yo desapareciera? —lo interrumpo. Aparte de mi mano derecha, Thomas es el mejor amigo de mi hermano. Crecimos juntos. Si hay alguien que lo conoce bien —después de mí—, ese es él.

Por primera vez, lo dejo sin habla. A continuación, sus ojos se achican.

—¿Estás enfermo o algo así?

Espero callado, sin dejar de mirarlo. Thomas sabe de sobra que jamás hablo sobre mí ni sobre mi vida privada.

—No lo sé, Eric. —Se revuelve, pensativo—. Que se me multiplicaría el trabajo. Y alguien tendría que asumir el mando. Tal vez tu hermano, aunque para ello tendría que regresar.

Ha dado en el clavo.

Mi hermano tendría que regresar.

1

El *e-mail*

BRUMA

Si no hubiera una silla justo detrás de mí, me habría caído al suelo. Por suerte, la hay, y tras desplomarme en ella logro aferrar el ratón hasta casi estrangularlo. Releo el *e-mail* en busca de una explicación.

De: michelnoser@thermeseauxbonnes.fr
Asunto: Bienvenida, Bruma
Buenos días, Bruma:
Que pueda venir a formar parte de nuestra pequeña familia es una noticia maravillosa. Estaremos encantados de contar con su presencia. Mis felicitaciones.
Esperamos sus indicaciones de día y hora de llegada.
A continuación, le dejo algunas especificaciones acerca del alojamiento, para que tenga en cuenta a la hora de preparar su equipaje.
Con nuestros mejores deseos.
Atentamente,
Michel Noser

De forma repentina, los recuerdos de ayer acuden en tropel: la noticia de mi madre, la oferta de Simon, la fiesta en casa de Nacho, el polvo, su forma de ignorarme…
Mi madre se va de crucero y, como no quiere dejar cabos sueltos detrás, vende la casa.
Mi casa.
Y yo, ¿qué?
Cierro los ojos un momento y, después de unos segundos, continúo la búsqueda en mi ordenador, implorando a santa Fátima que ese correo haya sido un error. O a santa Lourdes, ya que hablamos en gabacho. ¿Era esa tal Lourdes una santa? No lo sé. Joder, si es que no conozco nada de la cultura francesa.
«Bruma, céntrate».
Casi deja de llegarme riego sanguíneo al cerebro cuando descubro un hilo de tres mensajes enviados por una tal Bruma Domínguez entre las tres y las cinco de la mañana.
Al volver de casa de Nacho.
Puto Nacho.
Puto Simon.

De: brumadominguez@hotmail.com
Asunto: ¿Cuándo podría ir?
(Sin texto)

De: michelnoser@thermeseauxbonnes.fr
Asunto: ¿Mañana es muy pronto?
Querida Bruma:
El requerimiento es inmediato, pues tenemos una larga lista de pacientes que ya han hecho

la reserva.

Ténganos en cuenta para cualquier información adicional que necesite.

Con nuestros mejores deseos,

Michel Noser

De: brumadominguez@hotmail.com

Asunto: Es pronto

Mañana no me da tiempo, pero en ocho días sí sería posible.

¡Cuenten conmigo!

Con exclamaciones y todo. Los leo unas diez veces más antes de cerrar definitivamente los ojos y reclinarme en mi silla. Joder, Bruma. Esta vez la has liado pero bien.

No puedo respirar.

Por fin, un gemido ahogado se desprende de mi pecho y encuentra salida a través de mi garganta.

—Noooooooo.



Yo no soy temperamental. Yo no reacciono a las cosas como si una llama me quemara los pies. Yo me dejo mecer, más bien. A veces batallo con esa ola que me quiere engullir, pero, en general, me contento con mantenerme a flote en la superficie, quieta.

Hasta ahora.

¿Qué me está pasando?

Llamo a la única persona capaz de arreglar esto.

—¿Ejkdovok? —responde mi amigo. Su claridad mental me hace reparar en que solo son las nueve. Temprano para él. Da igual. Esto es una emergencia.

—Simon, he aceptado el empleo. —Trago en seco tratando de controlar el primer amago de crisis.

Otro sonido ininteligible que traduzco como: «Espera». Segundos después, el grifo que sonaba de fondo se cierra y él parece recuperar el control sobre sus cuerdas vocales.

—Trabajo. —Se centra, con la voz ronquísima—. ¿Qué trabajo?

Uf. Qué espeso está.

—El de Francia. ¡Tú me lo ofreciste!

Además, él presentó mi candidatura. Que lo solucione.

—No sabía que al final te interesaba.

—¡Porque no me interesa! —rujo, aunque lo que realmente me sale es un lloriqueo absurdo. Trato de frenar las palpitaciones cerrando los ojos y me digo que no pasa nada porque Simon no esté ayudando. Soy una chica grande. Puedo con esto, y, para ello, lo primero es ser totalmente sincera—: Pasó algo y contesté al correo. Está hecho.

Pausa.

—Entiendo. —Pausa, pausa. Simon se aclara la voz—. ¿Lo que pasó tiene relación con Nacho?

Me avergüenza admitir que, de nuevo, mi «novio» ha interferido en mis decisiones vitales.

—Puede ser.

—Bruma, ¿por qué lo hiciste? —Desvío la vista hacia la ventana, agobiada. No lo sé. Por Nacho. Por mi madre. Por los últimos años de mi vida, que pesan—. Actuaste por impulso. Y

ahora te arrepientes. —Sigue adivinando. Cómo me conoce. Yo nunca obedezco a impulsos. Antes, sí; antes yo era una niña con carácter que dejaba salir las palabras tal cual llegaban a su boca. Más tarde me convertí en una preadolescente reservada, que prefería observar antes de hablar, pero al menos me atrevía a ser sincera y peleaba por lo mío sin pudor alguno.

—¿Qué hago? —suplico, desesperada.

—Diles que fue un error.

Me basta un vistazo al último correo para saber que no es una opción. Niego con la cabeza.

—No puedo hacer eso. Se han emocionado. Me necesitan.

—Y nunca te habían necesitado. Desde hace casi nueve años, eres tú quien nos necesita a todos: a mí, a Nacho, a tu madre. Nos hemos acostumbrado a tenerte entre algodones. Y ahora llega un tipo que te propone un curro, te trata como si fueras normal (porque lo eres. Lo eres, Bruma) y, si has aceptado, es porque tú también lo quieres. Quieres ser normal. —El resumen que ha hecho de mi situación me golpea en plena cara. Es lo que ocurre con la verdad, que resulta inquebrantable como un muro de hormigón—. *Then, myfriend*, a mi modo de ver, no te queda alternativa —concluye mi mejor amigo, que parece aceptar la situación tan rápido como yo me ahogo.

—Simon, jamás me voy a integrar en ese lugar. Ni siquiera me he integrado aquí, y eso que es donde nací. No seré capaz —me lamento.

No es que no me haya integrado, es que lo he hecho mal, al revés, como si me hubiera encajado a la fuerza. De la noche a la mañana me convertí en una cosa amorfa y dura que no cabe en ningún sitio.

—Jamás lo sabrás si no lo intentas, *mylove* —dice él, cariñoso—. De todos modos, ya es tarde para quejas. Te recuerdo que has aceptado.

Me derrumbo sobre el escritorio. Creo que me está dando un ataque de ansiedad. O tal vez me estoy muriendo. Morirme sería una buena solución a mi situación de mierda, ¿no?

—Lo sé.

—*Félicitations, mabelle*.

—¿Qué has dicho?

Parece que tengo que sacar las maletas. Y comprar un diccionario de francés.

2

El trabajo de tus sueños

BRUMA

Días atrás

—¡Dom! ¡Han aceptado! —chilló Simon en mi oreja, agarrándome desde atrás.

Me aparté y lo miré con recelo. Me alegraba su presencia, pero no tanto su entusiasmo. Tampoco que usara mi apellido como apelativo cariñoso.

—¿A qué te refieres? —Intenté no sonar demasiado brusca. Él no tenía la culpa de mi mal humor.

—¡La candidatura que te comenté! —Ah, sí. Recordaba algo, pero lo cierto es que, más que escucharlo, mi cabeza había estado a otra cosa. Por suerte, mi apatía natural nunca ha desalentado a mi amigo, que prosiguió—: Un trabajo como Dios manda, *myfriend*. ¡Y te han aceptado! Más de dos mil euros netos al mes, treinta y cinco horas semanales, contrato de seis meses. Ah, y alojamiento incluido. Toda una perla; se la están rifando. ¡Tienes que aceptar ya!

Suspiré con cansancio. No entendía por qué insistía. Ya habíamos discutido el día en que me enteré de que había echado mi candidatura para un curro. Si yo ni siquiera había completado la especialidad. ¿Estaba loco? Es mi amigo, pero a veces me pregunto si esnifa el gel de cannabis que aplica a sus pacientes.

—Simon, no puedo trabajar. Mi enfermedad… —le recordé.

—Ah, sí, tu enfermedad. —Puso los ojos en blanco mientras se sentaba a mi lado, sobre la arena de la playa. Yo no entendí a qué venía ese tono.

—¿Te estás burlando de mi enfermedad?

—Nunca haría algo así —exageró, confirmando mis sospechas. Increíble. Fui a apartarme, pero su mano atrapó la mía y Simon se inclinó sobre mí, mirándome a los ojos con intensidad—. Bruma, ¿qué tienes aquí? ¡Solo marrones, del color de la caca!

»Piénsalo. No tienes trabajo porque nada te interesa. No pasa nada, ya llegará. Por ahora, te estoy dando la solución, Dom. Tú aquí no estás bien, algo debe cambiar. Tu relación con Nacho es una mierda; ese tío te trata fatal. Solo quiere tener a su lado un chucho al que apalear cuando no brilla tanto como le gustaría. Además, un tío que no quiere poner etiquetas no merece tu tiempo. Necesitas alejarte de él.

No pude rebatir ni una sola de sus palabras. Y eso solo era culpa mía.

Suspiré y volví a relajar la espalda sobre el tronco de la palmera.

—Y ¿por qué iba a necesitar alojamiento en ese trabajo tan magnífico? —Le seguí la corriente solo por aburrimiento y por no sentirme tan sola.

—Porque no es aquí —explicó, como si fuera obvio—, sino en Francia. Pero el piso sería todo para ti, no tienes que compartirlo con nadie.

—Compartirlo es, precisamente, lo que me incitaría a mudarme. —Alcé las cejas, sabiendo que él captaría el significado. Conocía mi enfermedad.

—No, si quieres curarte —me imitó.

Arrugué la frente. Curarme. Qué palabra tan inaccesible para mí.

Decidí no seguir por esos derroteros.

—Ya… Qué pena que no hable francés.

—No piden saber francés.

—¿En qué clase de trabajo no exigen hablar el idioma local?

Mi amigo bufó y se puso de pie frente a mí, con los brazos en jarras. Es la pose que adopta cuando alcanza un límite, y que jamás me ha intimidado. Confío en él con los ojos cerrados. Me quiere, y yo lo quiero, y jamás me perjudicaría a propósito.

—Mira, ¿por qué te empeñas en ver solo lo malo?

—Oh. No sabía que era malo querer comunicarte con los pacientes a los que vas a atender. Imagina que una señora viene a que le trate el pie y, por equivocación, termino metiendo un dedito para explorarle el suelo pélvico.

—Qué rayadas se te ocurren, Dom. No te pasaría algo así. Además, no tendrás que hacer eso.

¿No tendría que trabajar con pacientes? Entonces…

—¿Por qué? ¿Es en un hospital para niños? —deduje. Yo no tengo especial vocación en el ámbito de la pediatría, pero, por eliminación, la fisioterapia infantil es el único campo que no me da una pereza máxima.

—Frena el carro. Ya sabes que esos puestos son los más solicitados, y que se necesita un máster para acceder a ellos. Y tú no lo tienes. —Pasó de mí cuando le saqué la lengua. Solo a él le permitiría burlarse de mi falta de formación especializada—. Se trata de masajes…

—¿A futbolistas? —La fisioterapia deportiva tampoco está mal.

Por un momento, me pregunté qué hacía yo dándole alas si estaba enferma y jamás iba a ser capaz de algo tan descabellado como abandonar mi ciudad.

—No exactamente. Aunque igual cae alguno. Retirado, claro. —Claudicó cuando lo amenacé con largarme y dejarlo solo con los peces del mar—. Vamos, Dom, sabes que es una oportunidad para salir de aquí. Siempre lo has querido. Si no, ¿para qué te empeñaste en ir fuera a estudiar? También había facultad de Fisioterapia aquí, pero tuviste que irte a Madrid. Necesitabas escapar, y solo regresaste antes de tiempo por obligación. No me quejo, porque así nos conocimos, *myfriend*, pero no has resuelto tu problema. Sigues cargando con él.

Mi vista aterrizó en mi móvil, donde una llamada de Nacho parpadeaba en silencio. Ahí estaba mi problema. Lo que había dicho antes Simon sobre mi «novio» era cierto, y mi amigo no era el único que lo pensaba, aunque sí era el único que se atrevía a decírmelo. La llamada finalizó y volvió a comenzar. Por el rabillo del ojo, vi a Simon arrugar la nariz con la mirada clavada en mi móvil.

«Necesitas alejarte de él».

Entonces, en lugar de descolgar, como acostumbraba, alcé la vista. Utilicé el móvil de visera para protegerme de los rayos directos del sol y pregunté:

—¿Cuántos fisios seríamos allí?

—Ehm… —Mi repentino interés le provocó una cómica mueca de estupor; el mismo que me embargaba a mí—. Creo que solo hay un puesto disponible.

—¿Dónde? —exigí—. Dijiste que era paradisíaco.

No sabía qué me aguijoneaba a realizar todas esas preguntas. Tampoco sabía por qué unas palabras que durante años habían resbalado por mis oídos ahora penetraban en ellos.

—Eso es lo mejor. —Mi amigo se animó—. Un paraje idílico, alejado de las aglomeraciones. Podrás disfrutar de…

—¿Dónde? —Corté la perorata de folleto de agencia de viajes.

—En los Pirineos. —Se mordió el labio sin perder la sonrisa y suspiró de alivio cuando no me horroricé—. Es el trabajo ideal. Tendrás tiempo de reflexionar dando paseos en plena naturaleza. Además, solo trabajarás de ocho a doce. Después, comen, por lo visto. Estos

franceses siguen unos horarios rarísimos.

Me informó de que tenía la oferta completa en mi bandeja de *e-mail*; que me había escrito el director en persona y que disponía de diez días para contestar. Francamente, los Pirineos no me sonó mal. Sonaba cerca. Sonaba a que todo el mundo hablaría español, además de francés. Tal vez por eso no exigían conocer el idioma.

3

Perdida entre montañas

BRUMA

Detengo el coche con un frenazo seco, arrugo el mapa prehistórico con todas mis fuerzas y lanzo la bola a los asientos traseros. Luego, mi mirada se desliza más allá de la luna delantera, efectuando un barrido que me estremece de pies a cabeza: me encuentro en medio de una montaña vertical, rodeada de más y más montañas que se pierden en el abismo oscuro de la noche. A escasos metros de mi coche se abre un precipicio cuyo final me es imposible ver porque… ¡carece de final!

Me encuentro sola y perdida en medio de la nada.

Tomar brutal conciencia de ello me hace apoyar la frente en el volante y luchar por controlar mi respiración, que entra y sale en resuellos a través de la tráquea.

Puto Simon.

Por su culpa estoy aquí, en el culo del mundo, un lugar que no encuentran ni los satélites, dando vueltas a la misma montaña una y otra vez. Lo culpo por depositar tanta confianza en mí y hacerme creer que sí puedo cuando, en realidad, ¡no puedo!

—A ver, Bruma, céntrate. —Trato de reconducir la situación, armándome de valentía.

He pasado Huesca, después Sabiñánigo y Jaca. Hasta ahí, bien. Más tarde, al cruzar la frontera, el mundo ha cambiado. Las montañas han crecido y los precipicios, aumentado. No obstante, he seguido circulando hasta que, media hora después, me he dado cuenta de que había retornado a la frontera.

Detuve el coche en esa tierra de nadie y me apeé para pedir indicaciones.

El tipo de la tienda de alimentación confirmó lo que yo ya sabía: aquí el GPS del móvil se vuelve loco. Con razón ofrecían mapas de carretera junto al mostrador. Por supuesto, me hice con uno, y tanto el tipo como yo nos inclinamos sobre él. Lo vi dibujar eses con el dedo, gesto que yo, en ese momento, no comprendí. *Virage*: esa ha sido la primera palabra que he aprendido en francés. Curvas y más curvas cerradas como garfios. Luego pueblo, más pueblo, más pueblo. El problema es que todos se llaman igual: Aguas-Buenas, Aguas-Calientes, Aguas-Húmedas, Aguas-Blancas, Aguas…

—¿A cuál va usted? —me preguntó el tendero, en un precario *espanfrench*.

Yo no pude más que mirarlo agobiada.

—No lo sé. Me he hecho un lío.

Un pitido sospechosamente similar a algo que se escucharía en un lugar habitado por el ser humano rebota entre las montañas, devolviéndome a la carretera donde me hallo parada. ¿Otro coche?

Por el retrovisor descubro dos faros apuntándome. Al mismo tiempo, reparo en la señal de peligro tras la que me he detenido. Debajo del dibujo hay escritas dos palabras que no entiendo, pero no hay que ser muy avispado para interpretar que la montañita con piedras cayendo por la ladera significa riesgo de derrumbe.

Vale. Adiós, hora del drama; hola, momento de moverse.

El coche que espera detrás de mí vuelve a hacer sonar el claxon, tan fuerte que me sobresalto. El conductor hace aspavientos, apuntando hacia arriba. Solo cuando sigo su gesto y alzo la vista, descubro el semáforo incrustado en la roca, colgado de un cable sobre un… un…

¡Un túnel!

Suspiro de alivio.

Esas han sido las indicaciones del tendero. Primero, mil curvas para bajar al desfiladero. Pasar Aguas-Calientes. Túnel. Y luego, otras mil curvas para ascenderlo.

Meto la primera marcha justo cuando se enciende el disco naranja, y avanzo un segundo antes de que se ponga rojo, pidiendo disculpas por el retrovisor al coche de atrás, que se queda parado. Después, me doy cuenta de que, en lugar de pedir disculpas, he saludado. Espero que no se lo haya tomado a mal.

Al llegar al otro lado del túnel, siguiendo una carretera recta, se abre un conjunto de casas en llano rodeadas de verde, pero un cartel con mi destino, Eaux-Bonnes (Aguas-Buenas), me indica que tome el desvío a la derecha. Ni siquiera me enfado cuando el coche que se había detenido detrás de mí en el semáforo me alcanza y me adelanta con un sonoro acelerón, casi rozando nuestras carrocerías, y se pierde después montaña arriba.

Pues sí que le ha molestado.

«Gilipollas», es lo único que pienso antes de olvidarlo.

Me concentro en conducir por el camino serpenteante que asciende.

—Vamos, Bruma, ya casi estás.

La temperatura ya había bajado considerablemente tras cruzar la frontera, pero no llevo ni diez metros de ascenso cuando vuelve a bajar, y tengo que encender la calefacción para dejar de tiritar. Solo en este momento me percato de algo terrorífico: las orillas de la carretera están salpicadas de blanco.

No puede ser.

¿Nieve? Nadie me ha hablado de nieve.

«Paradisíaco». Paradisíaco, mis huevos.

Sé que me repito, pero ¡puto Simon! Nunca mencionó la nieve. ¡Pero si estamos en marzo! ¿Es que aquí no llega la primavera?

Conforme voy avanzando, los márgenes se van llenando de más y más capas de nieve, hasta que, directamente, no se distinguen las rocas de los arbustos porque todo es blanco.

Termino de subir siendo muy consciente de la oscuridad (no hay una sola farola que ilumine la calzada), del frío y de que yo no llevo cadenas ni líquido anticongelante. Por no hablar de que, salvo el imbécil que me ha adelantado, no me he vuelto a cruzar con un solo coche.

De pronto, la curva termina, los árboles se abren y vislumbro unas luces al final de una recta. A continuación, un cartel de colores con el nombre del pueblo me da la bienvenida. Me animo y, casi saboreando la victoria, rodeo la plaza principal dos veces enteras, hasta que, al pasar ambas veces por el cartel colorido me percato de que este es todo el pueblo. Fin.

No puede ser.

Tras dejar atrás unos bonitos soportales y la plaza, encuentro por fin la señal, medio borrada, que indica el balneario, y después de atravesar una estrecha calleja por la que casi no cabe mi coche, me doy de bruces con un gran espacio asfaltado flanqueado por varios edificios pequeños. No veo bien en la oscuridad, pero identifico el balneario y dos construcciones de poca altura con contraventanas cerradas de color verde.

Aparco junto a los dos únicos coches que hallo, destrozando la impoluta capa de nieve, y apago el motor por fin, tras ocho horas de viaje. El silencio me envuelve. Me quedo quieta en el interior del coche y hago un repaso de mi situación:

El reloj del salpicadero marca las diez, pero parece que sea de madrugada debido a la oscuridad.

A menos cinco grados centígrados.
Rodeada de nieve.
A punto de comunicarme con personas que hablan otro idioma.
Abro la puerta del coche y piso por primera vez suelo francés (nieve francesa).
Cuando nada te ata por detrás, solo puedes caminar hacia delante.
Eso hago.

4

Tiempo magnífico

BRUMA

En cuanto salgo del coche, capeo el primer viento helado y alcanzo el refugio del portal, que permanece abierto. Una vez dentro, me doy media vuelta y dirijo la vista al frío exterior, preguntándome cómo es posible que la gente venga a este lugar a relajarse. ¡Los balnearios tienen que estar en lugares soleados y acariciados por la brisa marina, no en medio de Groenlandia!

Camino a tientas por un estrecho pasillo, ya que no encuentro el interruptor de la luz, y me detengo frente a una puerta roja con el cartel 1B, sin dejar de moverme. Ahora que ya he llegado, la necesidad acuciante de orinar me recuerda que hace varias horas que me aguanto.

Llamo a la puerta y espero, mordiéndome el labio y atisbando de reojo los dos extremos del pasillo en penumbra. Paredes amarillentas, moqueta de un color indefinido, un tubo fluorescente apagado en el techo y un ascensor que me pregunto si funcionará. Un fuerte olor a humedad lo impregna todo, dificultando la respiración, a pesar del aire frío que se cuela desde el portal abierto.

Escucho pasos al otro lado y, de pronto, la puerta se abre para dar paso a la cara más amable que he visto nunca.

—¿*Bgumá*? —pregunta, con emoción. Me cuesta un segundo de más reconocer mi nombre.

—Hola —saludo, aferrando con fuerza el diccionario entre mis dedos—. ¿Valérie? Hablas español, ¿cierto?

En este momento, es lo único importante en mi vida: mi idioma, mi oasis en el interior de un desierto desconocido.

—¡Por supuesto! Pero mejor francés, así haces oído. ¿Has tenido buen viaje? —Me echo hacia atrás cuando saca la cabeza al pasillo, como buscando algo—. ¿Vienes sola? Pero ¿cómo? *Oh, là, là*. ¡Si apenas eres una niña! Bueno, ya estás aquí. *Ce n'est pas grave*. Menudo tiempo magnífico te ha recibido, *n'est-ce pas?* No tendrás queja. Parece que te has traído el buen clima de tu país.

Cierro los oídos a lo de «tiempo magnífico». Es evidente que no se trata de ironía. Además, me hallo demasiado ocupada tratando de seguirla, pues ha iniciado una marcha rápida escaleras arriba, sin dejar de parlotear.

Se detiene frente a una puerta con el cartel 2A y mira alrededor.

—Espera un momento, ¿y tus maletas? *Attends*. Dame las llaves de tu *voiture*. —Se inclina y alcanza las llaves del Clio, que colgaban de mis dedos.

Valérie se va, dejándome sola en este pasillo estrecho de techo alto.

Pues, nueva palabra: *voiture*=coche.

Esto va a ser más fácil de lo esperado.

Desde fuera he contado cuatro pisos en la fachada. Giro la cabeza: 2A, 2B. Dos puertas por piso. Calculo ocho apartamentos. Eso no es estar del todo sola, ¿verdad? Creo que desde el pueblo vecino (esté donde esté) pueden escuchar mi suspiro de alivio.

Miro de reojo hacia la puerta de enfrente, de donde no procede sonido alguno. Seguro que están durmiendo. Simon dijo que los franceses tienen unos horarios rarísimos. Simon también

dijo que eran proclives a engendrar pronto y en cantidad. Seguramente se trata de una familia numerosa cuyos gritos infantiles me adormecerán por la noche.

Cuando la bombilla del pasillo se apaga con un fuerte chasquido, comienzo a palpar en busca del interruptor. En cuanto se hace la luz, el oxígeno vuelve a entrar en mis pulmones. Odio la oscuridad.

De pronto, las puertas del ascensor se abren para dar paso a un hombre que carga mis pertenencias y que se presenta como Claude, el marido de Valérie. Me asusto tanto que ni siquiera me percato de que estoy teniendo mi primer intercambio en francés, pues él, ni papa de español. En cuanto la mujer llega, procedente de las escaleras, abre la puerta de mi piso y ambos entran, hablando rápido en francés.

No entiendo ni una palabra.

Mientras ellos discuten, yo registro con miedo mi nueva morada. El estrecho pasillo de moqueta sobre el que se posan mis pies da a cuatro puertas: habitación, salón, cocina y cuarto de baño. Todo decorado con prácticos muebles de madera. Las dos últimas estancias tienen suelo de linóleo, algo desconchado pero funcional. En el salón hay una alacena con vajilla. La cocina está equipada con fuegos eléctricos. Salvo un leve olor a polvo y cerrado, está bien. Muy bien. Valérie me explica algo sobre la calefacción eléctrica, que han tenido la deferencia de encender en previsión de mi llegada, por lo que el lugar está caldeado y es acogedor, aunque me advierten de que a partir de mañana yo pagaré la factura y que aquí el precio es un disparate. También me habla de la *poubelle*, basura. Me apunto sus recomendaciones en la libretita, pero debo abandonar cuando la necesidad de orinar apremia de nuevo.

Aprovecho que Claude baja a cerrar mi coche para girarme hacia su mujer.

—Eh…, ¿Valérie?

—*Oui?*

—¿Dónde está el inodoro? —pregunto, intentando no hacer un bailecito ridículo. Ante su mirada confundida, comienzo a enumerar todos los elementos del baño, ante cuya puerta estamos manteniendo esta conversación—: Lavabo, bañera, bidet…

Como sigue sin comprenderme y a mí me quedan pocas neuronas debido al largo viaje, me introduzco en la pieza y finjo que me siento en el bidet antes de hacer el sonido de un chorro que cae. Se le abren tanto los ojos que ocupan su cara entera. Me yergo de golpe. La situación se torna violenta cuando la cabeza de Claude asoma y pronuncia una palabra que a su mujer le hace ver la luz.

—¡Ah, *toilette!* —Piensa un segundo—. ¿Retrete?

—Eh, sí.

La vergüenza se esfuma cuando abre la puerta de lo que yo pensaba que era un armario empotrado y lo veo ahí, en un espacio de medio metro cuadrado. Una vez dentro, he de encogerme para caber.

Valérie me espera a la salida, contenta de comprobar que no me he quedado encajonada.

—¿Cómo lo has llamado antes al retrete? —me pregunta, con curiosidad—. ¿Oloroso?

—Ah… eh… inodoro. Como «no-odoroso». No olor. Supongo que viene de ahí.

Nunca me había puesto a pensar en la raíz de esa palabra, pero de pronto me parece estúpida. Valérie, en cambio, debe de pensar que soy muy graciosa, porque me dedica otra de sus espléndidas sonrisas.

—Tú mejorarás mi español, ¿sí?

—Claro que sí. Conozco palabras chulas, como «inodoro», ¿verdad? —intento bromear. Qué mal se me da—. Tú lo hablas muy bien, ¿quién te enseñó? ¿Las otras fisios españolas?

—Oh, no. Aprendí en la escuela. Tú eres la primera *kiné* española que contratamos. Tu compañera en las termas es Marise. Francesa, un poco mandona. Pero *ce n'est pas grave*. Te apañarás. Vive debajo de ti, por cierto.

Quiero decirle que yo no me llevo muy bien con personas mandonas, y menos en este momento de mi vida, pero me callo. Todo parece perfecto.

—¿Quién vive enfrente? —me atrevo a preguntar.

—Oh, ese *appartement* es… eh… va y viene. Casi vacío. —Después, me aclara quiénes son los inquilinos del edificio, señalando con un dedo. Abajo viven ella y Claude. Sus vecinos, justo debajo de mí, son Marise y Albert. Y en el piso de arriba, el tercero, solo hay un *appartement* más grande, de dos plantas, ocupado por Michel, de ahí que no exista cuarto piso.

Le preguntaría si se trata del mismo Michel Noser con quien me comuniqué de no ser porque me he quedado absorta en esa palabra: «vacío». *Vide*.

Las escasas personas que creí que vivían en este lugar acaban de ser reducidas a la mitad.

A la mierda la familia numerosa y ruidosa.

Sigo sin reaccionar mientras escribe su número de teléfono en un papel. Incluso cuando se van, con alegres despedidas, continúo ensimismada en mis propias palpitaciones.

Cuando alcanzo mi móvil para guardar su número, veo que el sistema de geolocalización sigue enloquecido, buscando situarse en un lugar que no detecta. Como yo.

Guardo su contacto y envío el mismo mensaje por duplicado, indicando que ya he llegado, antes de apagar el móvil. A Simon y a mi madre. Mi madre…

Se me aprieta la garganta. De ira. De pura añoranza. La imagino haciendo las maletas con vistas a embarcar en su crucero, feliz, liberada. «Bruma, vendo la casa», me informó, sin más. La casa que mi padre reformó con todo su amor.

Ni siquiera le ha importado que yo esté enferma, ni que tuviera novio. Que Simon le había hablado de ese empleo tan fantástico, me dijo. Que nada me ataba allí. Que los recuerdos nos impedían avanzar, que necesitaba soltar lastre. *Ella* necesitaba soltar lastre.

No sé si se refería a la casa o a mí.

Me pregunto si el crucero le ha insuflado la ilusión por vivir que yo le arrebaté; si espera con ansias los próximos meses, los mismos que yo sé que voy a odiar.

BRUMA

Años atrás

Sesión 1

Observé a la doctora, tratando de hacer a un lado el recelo por su profesión. ¿A qué adolescente le gustan los psiquiatras? La especialista que me había reconocido en el hospital había redactado un informe favorable sobre mí; no existía trauma. Yo no entendía qué hacía ahí. Bueno, sí. Mi madre se había empeñado, y yo cedí porque lo ocurrido tras mi secuestro había desmoronado mi familia y solo sentía el deseo de recuperarla, de que todo fuera como antes de esa dichosa noche de septiembre, cuando me arrancaron de mi cama.

—Buenos días, Bruma. Toma asiento, por favor. Soy la doctora Sinclair y me gustaría mucho ayudarte, si me lo permites.

—Buenos días —correspondí, con educación.

Ella sonrió y vi dientes de tiburón. Me pregunté si yo era un trofeo para ella. La hija del locutor de la radio nacional y de la antigua presentadora de informativos había sido secuestrada y liberada, y ella era la encargada de curarla.

Debió de percibir mi desconfianza, porque se quitó las gafas (como si eso la hiciera parecer más cercana) y se inclinó sobre la mesa.

—Verás, Bruma, tu situación es muy complicada. En primer lugar, quiero decirte que siento enormemente lo que te ha ocurrido. Lo normal, en casos como el tuyo, es desarrollar traumas *a posteriori*; esto quiere decir que, aunque no hayas notado nada raro y te esfuerces en recuperar tu rutina, llegará. Y hay que estar atentos. La eremofobia es un trastorno que se instala lenta pero inexorablemente en tu vida, sin que te des cuenta. Se trata del miedo a la soledad.

—Yo no he sentido nada.

—Lo sé. Pero llegará, créeme.

—Y si me pasa, ¿qué haré?

Sonrió con paciencia y bondad.

—Para eso estoy aquí, ¿verdad? No te preocupes, Bruma. Tenemos una larga relación por delante. Yo te ayudaré cuando ese miedo llegue. Conseguiré que no acapare tu vida.

Pero llegó.

Vaya si llegó.

5

Primer domingo en Eaux-Bonnes

BRUMA

Me siento enfadada con todos. Y estafada. Soy una ruleta rusa en la que las emociones van surgiendo de forma aleatoria, me invaden, me poseen y, finalmente, me dejan colapsada. Supongo que así es como se cura la gente de las adicciones: con un tratamiento de choque.

Con la frente apoyada en la ventana, resuello como un animal salvaje a través de las fauces. Siento que, si ahora mismo salgo al exterior en busca de compañía, babearé y dejaré en la nieve huellas con forma de garras. Como no aparece nadie y todavía no he alcanzado la fase de convertirme en protagonista de *Parque Jurásico*, respiro hondo y trato de calmarme.

«Respira. Espira».

Al abrir de nuevo los ojos, mi suerte no ha cambiado. Ni tampoco el desolado paisaje exterior. Todo es de color blanco, hasta el cielo cubierto de nubes. Veo el balneario de frente: una cristalera con arcos y el tejado cubierto por una gruesa capa de nieve. Por detrás se eleva una cumbre repleta de troncos desnudos. De pronto, una tanda de campanadas rompe el silencio invernal, espantando a un montón de aves que se largan lejos de aquí.

Y, a continuación, me echo a llorar. Llevo así todo el día. Ganador: siete rojo, señores. Toca fiesta de mocos y lágrimas.

Después, llega el odio. Hacia mi madre por echarme de casa. Hacia Simon por buscarme un trabajo tan lejos de mi ciudad. Hacia Nacho por no ser motivo suficiente para que me quedara allí.

¿Por qué tengo la sensación de que todos me están echando? De mi hogar, de mi ciudad, de sus vidas. Como si se hubieran confabulado.

Y ahora aquí estoy, afrontando todos mis miedos.

Un ruido procedente de la calle me hace enfocar la vista. En el aparcamiento, Valérie y Claude se acomodan en los asientos de su Twingo y cierran las puertas; un instante después, el vehículo desaparece por la callejuela pueblo abajo, dejando mi Clio como único residente en el aparcamiento, junto a dos rectángulos libres de nieve.

Me obligo a refrenar las palpitaciones que intentan adueñarse de mí.

Necesito salir de este lugar.



Entre las indicaciones que Valérie me dio ayer recuerdo las de un supermercado en Laruns, el único pueblo vecino, doscientos metros más abajo. Veintisiete curvas más tarde, llego al Intermarché sintiendo que camino haciendo eses, pero también aliviada al encontrarme en un lugar repleto de luces y gente. Incluso la megafonía en francés me resulta acogedora.

«Compre pescado fresco, señora». Y tan fresco…

No sé qué dice, pero me lo invento, feliz por el maravilloso sonido de otra voz humana. Podría estar diciendo que los españoles somos el enemigo porque les robamos el sur de su país y yo asentiría a todo.

Hago tiempo entre los pasillos y no salgo hasta que avisan del cierre, momento en que me planteo tirarme al suelo y suplicar cinco minutos más al guardia de seguridad, o fingir una

enfermedad para que me trasladen al hospital, pero creo que aquí son de pago y todavía no he firmado el contrato. Aun así, me apunto la magnífica idea para más adelante.

Finalmente, atravieso la puerta en dirección a la *sortie* como un preso que vuelve al calabozo.

Son las cinco de la tarde y el estómago me ruge de hambre.

De camino al coche, trato de pensar en positivo por lo que he descubierto: ni es tan caro ni los alimentos, tan distintos. Lo mejor es que ni siquiera he tenido que abrir la boca para hablar francés, solo asentir cuando la cajera ha dicho: «*Bonjour*» y entregar un billete grande. Me recluyo en mi coche sintiéndome algo nerviosa pero contenta; no lo estoy haciendo del todo mal. Soy capaz de estar en paz conmigo misma y que mis pensamientos no reboten en el interior de una caja de resonancia vacía. Trato de no mirar con envidia a la gente que camina por las aceras sin nieve de Laruns mientras regreso a mi solitario y helado «hogar» en lo alto de la montaña. Llego incluso a tararear para no sentirme tan sola.

Estoy ascendiendo por la montaña cuando un coche grande se sitúa detrás. Casi me empotra debido a la velocidad que lleva, y que lo hace frenar en seco, como si no esperara encontrar otro vehículo por estos lares. La carretera (si es que se la puede llamar de esa forma) es tan estrecha que le es imposible adelantarme, por lo que ascendemos así: yo girando el volante de un lado a otro en cada curva cerrada, tarareando igual que en *Paseando a Miss Daisy*, y el todoterreno pegando acelerones. Sus intentos por adelantarme se ven truncados cada vez que giro y me como un pelín del carril contrario, pero es que de otro modo me caería montaña abajo. Me pregunto si la palabra «arcén» existirá en francés.

Me fuerzo a seguir conduciendo sin variar ni un ápice la velocidad reglamentaria ni aflojar mi agarre en el volante. Desde lo alto se divisa el pueblo de Laruns cada vez más pequeño, por debajo del precipicio. La nieve comienza a invadir el paisaje. Al final, el todoterreno consigue adelantarme con un acelerón; pasa rozándome y me quedo mirando su placa francesa, que se aleja. Me doy cuenta de que no es un todoterreno, sino una ranchera. Aprieto los dientes ante tal maniobra, que nos ha puesto a ambos en peligro. Seguramente se trata de uno de esos tipos que enloquecen cuando no consiguen lo que quieren. Que el impedimento viniera de un coche español le habrá provocado una aneurisma.

«Imbécil».

Tras estacionar, acarreo las bolsas de la compra por las escaleras hacia mi apartamento, todo en modo automático. El olor a moqueta apelmazada vuelve a invadir mi nariz, pero ya no resulta tan chocante. Sé que me acostumbraré porque ya lo he comprobado en el pasado.

Una vez que lo tengo todo dispuesto en los armarios de la cocina, echo un vistazo al móvil, que continúa apagado. Decido encenderlo. La excursión me ha dado seguridad, y ya no me veo metiéndome en el coche y conduciendo cuesta abajo hasta llegar a mi ciudad al mínimo contacto con mi vida anterior.

Mientras se enciende, lo pongo en silencio y me preparo la comida. Luego, me siento en el sofá con las piernas cruzadas y ceno despacio, con la vista fija en el exterior, donde ha comenzado a nevar. Primero, de una manera suave, que va arreciando con rapidez. Aparto el plato de comida y me acerco a la ventana para mirar. No sé cuánto tiempo paso ahí, hipnotizada por esa alocada tormenta de nieve que me deja descompuesta y temerosa en el interior de mi nueva casa.

De pronto, solo veo copos de nieve. Más y más copos de nieve. Es imposible que nada sobreviva en este lugar. Ni siquiera yo.

Y, así como así, la certeza de que me encuentro sola en el edificio me golpea.

Soy la *única* habitante de este pueblo. Un escalofrío lento y aterrador me recorre entera, dejándome al borde del pánico.

Tengo que aferrarme con todas mis fuerzas al alféizar para no caerme.

Los hostales alrededor de la plaza están vacíos. Mi edificio está vacío. El colosal monumento que es el balneario es como una tumba cerrada. Cerrada y oscura.

Olor a queso. Oscuridad. Silencio. Aislamiento. Desamparo.

Millones de preguntas. Cero respuestas.

Siento que me desvanezco poco a poco. Frío y calor. La piel de los brazos comienza a escocer hasta que brota el aroma a sangre.

Trato de respirar hondo, despacio, pero la mandíbula se me ha agarrotado. Voy a morir por asfixia. Lo sé. Es una de las razones por las que me negaba a venir: no controlo los ataques de pánico. Siempre creo que me van a matar, y sé que algún día lo harán. Tal vez sea hoy. Boqueo sin éxito tratando de expandir el pecho, que noto hundido.

Y entonces…

Entonces mis ojos deciden enfocar el lugar al que miran y… me doy cuenta de algo: hay un coche aparcado junto a mi Clio. Registro de manera consciente la carrocería verde, así como las palas y herramientas que asoman bajo una gruesa lona en el contenedor. La camioneta que me ha adelantado durante el ascenso se encuentra en una de las plazas destinadas a nuestro edificio. Debo de haber aparcado junto a ella sin darme cuenta. Seguro que el motor está caliente aún.

Como si fuera una señal, el golpeteo de un martillo alcanza mis oídos, procedente de algún lugar cercano. El sonido cesa de repente y una voz de hombre se eleva. Está discutiendo. ¿Una pareja que no se pone de acuerdo sobre el mejor lugar para colocar el cambiador del bebé?

Poco a poco mi respiración se estabiliza, las gotas de sudor en mis sienes se evaporan y el interior de mi apartamento deja de asemejarse a una cámara de gas. Tengo la boca seca, pero, con esfuerzo, consigo tragar.

Después de curarme los antebrazos, me dispongo a colgar el calendario que he comprado en el supermercado, pero antes me acerco a la ventana. Ahí continúa la ranchera. Me siento mejor, aunque débil, como si acabara de sobrevivir a algo chungo.

Abro la maleta y rebusco entre mi ropa, que voy extrayendo sin orden ni concierto. Al sacar el rollo de celo de mi estuche, un papel cae de su interior. Un ramalazo de nostalgia me recorre. Se trata de una lista con los beneficios que este viaje podía reportarme, y que Simon y yo elaboramos entre risas. Los *pink ladies* ayudaron a que pareciera coherente.

La leo con un nudo en el estómago.

1. Reencontrarte contigo misma.
2. Demostrarte que eres mucho más que un tándem.
3. Remontar tu autoestima.
4. Curarte (aunque considero que ya lo estás).
5. Aprender gabacho.
6. Que te den un beso francés.

Sonrío al leer esta última. Recuerdo que tuvimos que buscar en Google qué era un beso francés, puesto que no nos poníamos de acuerdo. Creo que los dos nos excitamos cuando Simon leyó la descripción en voz alta: «En este tipo de beso, ladeamos la cabeza, cerramos los ojos y utilizamos la lengua para acariciar y estimular en profundidad los labios y la lengua de nuestra pareja… o el pene»). Yo me ruboricé. Permanecimos varios segundos en un atónito silencio. Hasta que Simon soltó un: «Me he puesto tonto», que nos hizo estallar en carcajadas.

La última parte dio pie al siguiente punto, ya que yo no poseo pene.

7. Dar un beso francés a un francés.

Volvimos a desternillarnos.

No sé qué haría sin él. Ni siquiera sé por qué eligió como amiga a aquella chica recién aterrizada en la universidad. Desde el principio me pareció que su voz sonaba a música.

Me guardo la lista en el bolsillo del vaquero para poder colgar el calendario detrás de la puerta. Rodeo con un círculo el día de ayer, el de mi llegada, y avanzo varios meses para rodear el día en que termina mi contrato.

Al caminar hacia la cocina con la bandeja de mi cena, mi pie tropieza con algo.

Vaya. La bolsa de basura. «*Poubelle*», la llamó Valérie.

Me advirtió que había que bajarla al contenedor antes de las ocho de la tarde. Ojeo el reloj redondo que cuelga en la cocina: ya pasan diez minutos. Me pongo nerviosa al dirigirme a la ventana. Afuera, ha anochecido y no se ve nada debido a la ventisca. Copos irregulares vuelan en ráfagas rabiosas, estrellándose contra el cristal cada vez que el aire vira con brusquedad. Detrás de esos remolinos blancos que surcan la luz tenue de la única farola, todo es oscuridad.

No. Demasiado frío.

Demasiado oscuro.

Pero hay que tirarla, lo dijo Valérie.

A veces me gustaría no ser tan obediente.

Sigo nerviosa mientras me coloco encima tres capas de ropa, un abrigo, guantes y gorro. En el último momento, recuerdo coger la bolsa de basura.

Ni siquiera cierro la puerta, pensando en que no tardaré más de unos segundos en regresar.

Conforme desciendo las escaleras, el frío es más intenso. Por las grietas del edificio, antiguo ya, se cuela el gemido agudo del viento. Un sonido en particular resulta repetitivo y errático, como los latidos de mi corazón. Un portazo en el exterior me hace dar un brinco justo cuando desciendo el último escalón. Como siempre, la puerta del portal se encuentra abierta, la manija enganchada con un alambre a la pared. Ese alambre es lo que causa el sonido monótono, al impedir que se cierre cada vez que una ráfaga trata de arrancarla de los goznes. Sea por la razón que sea, alguien la quiere así. Y yo no soy de las que busca las cosquillas a desconocidos.

Me detengo a unos pasos de la puerta, buscando el interruptor de la luz. Desisto al no hallarlo. Al estar el interior en penumbra, la tormenta queda enmarcada en el vano como si fuera un portal a otra dimensión. A dos pasos de la salida, cierro los ojos para reunir valor. En ello estoy cuando, a través de mis párpados cerrados, noto que la tenue luz procedente del exterior se opaca. Acto seguido, resuenan unos pasos pesadísimos. Un exabrupto como de ultratumba me hace abrir los ojos, y lo que encuentro me hace retroceder hasta caer de culo sobre la empapada moqueta.

Ante mí está lo que parece un ser humano de tamaño gigante.

El interruptor desaparecido se activa como por arte de magia y la bombilla ilumina al yeti en persona. Enorme, tanto a lo alto como a lo ancho; barba espesa rodeando la cara; manos que parecen guantes de boxeo. La nieve lo cubre a trozos desde la cabeza hasta los pies. Los ojos quedan ocultos por unas gafas de sol deportivas. Supongo que son para protegerse de la ventisca.

Sobre su hombro se apoya una pala, que comienza a bajar al tiempo que da un paso en mi dirección. Me espabilo en el acto. Retrocedo a gatas un par de metros, justo antes de ponerme de pie y subir las escaleras dando tumbos. En cuanto cierro la puerta de casa, me apoyo en ella sin dejar de resollar.

¿Qué ha sido ESO?

Parecía Jack, el Enterrador. ¿O era el Destripador?

Miedo.

Un dolor de cabeza extraño hace aparición. Me tiemblan las manos mientras extraigo un ibuprofeno del blíster y me lo trago. Después de beberme un vaso de agua entero, meneo la cabeza.

He deseado compañía, cierto, pero no esto.

No el yeti.

Conforme mis pulsaciones adoptan un ritmo normal, la lógica se va asentando en mi cerebro, y la idea absurda de que un ser mítico haya descendido de las montañas para asustarme vuelve a su lugar en mi imaginación. Solo es un ser humano grande y peludo. Y mi reacción ha sido ridícula.

6

Hay que despedir a la chica

ERIC

Toco el timbre de Michel y espero, tratando de frenar la urgencia. Cuando el director de las termas abre la puerta y me ve, reprime la confusión que le causa encontrarme todavía aquí en lugar de a kilómetros de distancia.

—Eric, ¿no te ibas?

Sí. De hecho, todavía tengo la mochila y el resto de mis pertenencias en el asiento trasero de la ranchera. Si no fuera porque he tenido que bajar al pueblo a por tornillos especiales, ya estaría muy lejos.

—Finalmente, me quedo aquí —respondo, para mi propia sorpresa.

«Primera noticia».

«¿Qué estás haciendo, Eric?».

Acepto la invitación cuando se aparta para dejarme entrar, pero no paso del recibidor. Me quito las gafas de sol, nada más. La nieve se está derritiendo en mi pelo y en mi ropa.

—No quiero mojarlo todo. Será rápido.

—Tú dirás.

Me muevo con incomodidad porque no sé muy bien qué decir. Cuando decidí huir, tardé solo un día en concretar mi destino. Solo existe un lugar que prefiera por encima de La Abadía, y es el pueblo de mi infancia, donde la estación termal que mi abuelo me dejó en herencia esperaba ser atendida. Me venía de perlas encargarme de ella *in situ* y, de paso, darle tiempo a mi hermano para que regresara a La Abadía a ocupar mi puesto. Y eso he hecho: después de cinco meses, el balneario funciona a la perfección. La temporada que está a punto de empezar va a ir sobre ruedas. Mi presencia aquí sobra y, más importante aún: hago falta en La Abadía. Mi hermano no regresa, y Thomas está hasta arriba de trabajo. Necesito volver.

Y, justo cuando tomo la decisión, aparece un coche español bloqueando la carretera. Luego, una chica española *bloqueando* la entrada al edificio. Tiene la palabra «problemas» escrita en la frente. Sé que va a estropear la temporada. Yo, así, no puedo irme a ninguna parte.

—¿Qué ocurre, Eric? —pregunta, haciéndome consciente de que me he vuelto a sumir en mis reflexiones.

Tengo mil cosas que decirle. Que he estado en el edificio todo el fin de semana, reparando la casa de Marise y Albert. Que mi prima y mi abuela ya han regresado de la costa, donde han pasado el invierno.

Levanto la vista y ladeo la cabeza.

—Me acabo de topar con tu fisioterapeuta española.

—Bien —titubea Michel, sin comprender nada.

En realidad, yo tampoco comprendo nada. Por mis manos han pasado infinidad de empleados y jamás he tenido problema con ninguno; mucho menos uno de ellos me ha generado tanta duda.

—¿«Bien»? —repito, con incredulidad—. ¿La has conocido?

—Todavía no, acabo de llegar, pero hablé por teléfono con Valérie y me dijo que estaba todo en orden. ¿Qué ocurre? ¿Hay algo malo con ella? —inquiere, preocupado.

Lo pregunta porque, desde el primer momento en que propuso contratar personal

extranjero, me opuse. No quería a nadie que nos pudiera dejar tirados. Ahora, esa posibilidad ha perdido importancia, a la vista de un problema mayor.

—Esa chica no es apta para el puesto. ¿Cuántos años tiene?

—Creo recordar que veintitrés. —Me callo. Me pareció más cría. Sería por la cara de susto. Michel nota mi confusión—. De todos modos, nunca la edad ha sido un problema, ¿no? Dos de las Célines que trabajan en aerosoles tienen su misma edad. Ya sabes que en estos pueblos la cosa no funciona como en París; aquí la gente se casa joven. Los empleados son más maduros y más responsables en su trabajo. Tal vez en su lugar de origen ocurre igual. No deberíamos juzgarla por su edad.

Tiene razón. En realidad, la edad ha sido únicamente una excusa.

—Sigo sin fiarme, Michel. No va a ser capaz de hacer su trabajo.

—¿Cómo lo sabes?

—Simplemente, lo sé.

Joder, que se ha caído de culo nada más verme. No hay que ser muy listo para darse cuenta de que esa chica es una criatura indefensa, insegura y miedosa. La manera en que ha huido de mí, como si yo fuera un monstruo terrorífico, me ha hecho gracia de primeras. Y luego me he preocupado, tras adivinar que debía de ser la fisioterapeuta extranjera que Michel se empeñó en contratar para trabajar en mis termas.

En *mis* termas. El sueño de mi abuelo.

No puedo evitar preguntarme qué ha llevado a una persona tan asustadiza a aceptar un trabajo en un pueblo remoto como este, sin conocer nada ni a nadie, y completamente sola.

Lo que sí tengo claro es que no puedo marcharme y dejar la situación así.

—Sabes lo difícil que es conseguir personal titulado que venga a este pueblo durante seis meses, Eric. Fue nuestra última opción. El tratamiento empezaba y no teníamos fisioterapeuta. En realidad, la chica nos está salvando la temporada.

—Lo sé, lo sé.

Cada año es lo mismo: los fisioterapeutas en este país son escasos y valiosos, y es un milagro haber dado con ella. Solo que me molesta dejar algo tan importante en manos de una persona, a todas luces, tan débil.

—De todos modos, no dejes de buscar fisioterapeuta francés.

—No quitaré la oferta de la web, si es lo que deseas —accede, a regañadientes. De pronto, la expresión de mi subordinado se torna en estupor y ladea la cabeza—. Oye, ¿es por ella por lo que has decidido quedarte? —indaga, suspicaz.

—No. —Rotundo. Sabe que no voy a añadir más. Mis motivos son solo míos—. Por cierto, me mudo al apartamento.

Si le extraña mi cambio de tema, no da muestras de ello. Es muy profesional.

—Entiendo que tu abuela y tu prima ya han vuelto.

—Eso es.

Desde que llegué, en el mes de octubre, he estado viviendo en la panadería, la cual cuenta con una vivienda adjunta, que suelen ocupar mi prima y mi abuela, pero ahora que ellas han regresado para la temporada de la cura, tenía que dejar libre el espacio. Hay pocos lugares habitables en este pueblo, razón de más por la que pensé en regresar a París. Cosa que, al parecer, no voy a hacer.

—Me mudo al 2B.

Michel asiente.

—Me alegro.

—Ya.

Voy a cerrar la puerta cuando lo veo coger algo de la cocina, salir al descansillo y cerrar a su espalda. Lo interrogo con la mirada.

—Me has creado curiosidad. Voy a bajar a conocerla.

—Es tu trabajo —convengo.

—Lo es, pero, sobre todo, es una persona y quiero asegurarme de que está bien.

—Hazlo. —En realidad, me alivia que vaya a ocuparse de su bienestar, aunque ni loco lo manifiesto en voz alta. Bajamos las escaleras en silencio. En el segundo piso, él se dirige al rellano y yo me detengo al borde de las escaleras—. Pero, Michel, las termas son lo primero. No vamos a mantener a alguien en un puesto y un apartamento solo por pena.

—Tranquilo, si no es capaz de realizar su trabajo, la despediré. Recuerda que considero las termas como si fueran mías.

Eso me aplaca, y bajo hasta el coche con intención de subir todas mis pertenencias.

7

La entrevista de trabajo

BRUMA

No sé cuánto tiempo permanezco en el pasillo, quieta y absorta. Por fin he recuperado el ritmo normal de mi corazón cuando unos nudillos golpean mi puerta y me lo vuelven a desbocar.

La imagen del hombre de las nieves regresa, pero antes de que me alcance el pánico, una palabra mágica llega hasta mis oídos y ahí se acurruca.

—¿Hola?

Un momento, ¿el yeti habla español?

Al abrir una rendijita de la puerta, me encuentro con un hombre alto, delgado y de rostro elegante. Todo lo contrario al hombre de las nieves. No he tenido contacto con muchos franceses, pero este tipo parece muy francés. Viste pantalones claros con pinzas y camisa de botones forrados. Por encima, un chaleco marrón acolchado. El pelo negro y liso, con la raya en medio, y un rasurado bien apurado. Abro del todo y él comienza a hablar con una voz modulada.

—Buenas tardes, Bruma, perdone la hora. Soy Michel Noser; hemos conversado por *e-mail*. Le doy la bienvenida en representación de nuestro balneario, y esperamos que haya tenido un buen viaje. ¿Es usted? —insiste, cuando no digo nada. Estoy embelesada escuchando un español tan refinado, y aturdida porque me habla de usted. Por no nombrar el hecho insólito de que tu jefe te visite en casa.

—Soy yo.

—¿Puedo pasar? He venido para *une petite soirée* cara a cara y para decirle que se ha hecho mucho de rogar. Nos ha tenido en ascuas hasta el último momento.

Incluso utiliza frases hechas. Guau.

—Lo siento. Ha sido difícil para mí tomar la decisión —le confieso, terminando de relajarme—. ¿Pasas?

—Por favor.

Intento que no se note demasiado mi entusiasmo por tener compañía. Se me ocurre que debería tratarle también de usted, pero me resultaría raro. El tipo no tendrá más de treinta años.

En cuanto cierro la puerta a su espalda, me observa con gesto preocupado.

—¿Siente frío aquí? Puedo proporcionarle una manta, si lo necesita —me sugiere.

Al bajar la vista, comprendo su turbación. Todavía llevo toda la ropa puesta. Capas y capas de lana y plumas. Siento los pantalones mojados a la altura del trasero. Le aseguro que se está muy bien mientras me quito la ropa de abrigo. Conforme entro tras él al salón, una luz me ilumina el cerebro. ¿Y si esto es una entrevista de trabajo? Esa idea logra ponerme repentinamente nerviosa, y me obligo a actuar con precaución.

Hasta que se gira y me ofrece una bolsa, preguntándome si tengo hambre. En ella hay una quiche que hay que meter al horno.

La cojo como si se tratara de una bomba. También hay queso dentro, lo huelo a distancia, y yo odio el queso con toda mi alma. Basta su aroma para transportarme al peor momento de mi vida, el que la truncó.

Mientras la quiche se calienta, preparo una bandeja de aperitivos con un bote de espárragos, un plato con jamón ibérico traído de España y dos botellines de cerveza alemana que, sorprendentemente, he encontrado en el Intermarché. Aguanto la respiración mientras parto el

queso en láminas. Sería descortés tirarlo a la basura, pero ¡qué ganas!

Al volver al salón con la bandeja, encuentro que toda mi ropa ha sido doblada por arte de magia, pero ni me río ni comento nada. Mi nuevo jefe permanece con la vista fija más allá de la puerta.

—¿Tantas ganas tiene de irse que ya cuenta los días? —Señala el calendario.

Me muerdo el labio como si hubiera sido pillada en un renuncio. No puedo hablarle de mi enfermedad. Pensará que le he timado, que no sirvo para el empleo, y tendré que especificarle que no es una enfermedad física, sino mental. Un enredo absoluto que podría mandarme de vuelta a España. No es que no quiera volver, es que sería muy cutre ser despedida antes de haber empezado el trabajo. Incluso para mí.

—Manías españolas —contesto, de forma vaga—. Pero no me hables de usted, por favor. Me hace sentir rara. Solo tengo veintitrés años.

Agita una mano como si espantara una mosca.

—Poco a poco comprenderás que en Francia no es la edad lo que cuenta, sino el puesto profesional. —Pronuncia «*pogofesional*» como si cantara.

A medida que la cena y la conversación avanzan, me voy sintiendo más cómoda. Michel Noser se explaya cuando le pregunto por la historia del pueblo. Aunque no es tan cercano como Valérie, al menos no es tan estirado como parecía.

—… si no fuera por las termas y por la estación de esquí de Gourette, más arriba, este pueblo no existiría. Lo peor es que ni siquiera nos dejan rehabilitar las casas derruidas por ser patrimonio histórico, ¿no te quedas loca de atar?

Habla con tanta seriedad que, cuando suelta alguna frase hecha, no puedo evitar sonreír. Me está sentando bien su compañía. Un rato después, consulta su reloj y se pone de pie.

—Aunque la cena ha sido muy amena y ya hemos matado el gusanillo, creo que voy a retirarme.

Nos levantamos y lo acompaño a la puerta.

—Sí, es mejor retirarse ya. Va a ser noche cerrada en menos que canta un gallo.

—Por supuesto. No queremos dormirnos en los laureles con lo tarde que es.

—Eso solo les ocurriría a quienes están en las nubes.

Sus ojos chispean con humor, aunque nunca pierde su pose algo envarada. Por eso me sorprende tanto cuando me guiña un ojo.

—Creo que vamos a llevarnos bien, española; me gustan las frases hechas. Ahora bien, en las termas trátame de usted. Todos los empleados lo hacen.

Antes de abrir la puerta, vuelve a darme las gracias por la cena con una inclinación de cabeza. Como si no la hubiera traído él.

—¿Cuántos habitantes tiene este pueblo? —Me atrevo a formular la pregunta cuya respuesta más miedo me da.

—Unos cincuenta, aunque hay muchos más empadronados de los que realmente viven aquí, por eso de las ayudas que concede el estado para la repoblación. Así que yo contaría con la mitad. —Veinticinco. Eso son menos personas de las que viven en la calle principal de mi urbanización—. Normalmente, el pueblo se cierra durante el invierno y aquí solo quedo yo. Este año, por desgracia, la carretera se ha abierto antes y por eso hay tanta gente. —¿Por desgracia? Pero, no, no está de coña, sino muy serio y, a simple vista, cuerdo—. No obstante, si tu preocupación es por los pacientes, mañana a primera hora verás desembarcar dos autobuses repletos de curistas. Ocuparán los dos edificios contiguos. Vivo en el tercer piso, por cierto, justo encima de ti. Si necesitas cualquier cosa, solo has de subir. Por cierto, mañana recuerda llevar

ropa cómoda y bañador para la clase de gimnasia.

Me mareo. Y me hubiera caído redonda si no estuviera demasiado ocupada atendiendo a todas las alarmas que se han disparado en mi cabeza.

—¿Qué clase de gimnasia? —repito, con voz ronca y algo convulsa.

—¿No te lo escribí en el *e-mail*? Tienes dos grupos de gimnasia en piscina.

Respiro hondo y lento.

—Pero… pero… yo no hablo francés.

Se me queda mirando como si hubiera empezado a transformarme en un bicho aún más raro.

—¿Nada?

—Nada. —Noto las piernas cada vez más flojas.

Michel insiste:

—¿Nunca has venido a nuestro país? Un viaje del colegio, con la familia… Son muy abundantes los turistas españoles aquí. Algo comprenderás; se parece al español.

Mientras él habla y enumera sus argumentos, yo continúo negando con la cabeza, cada vez más petrificada.

—Nunca.

Despedida antes de empezar. Mierda. Al final voy a regresar antes de que mi madre haya tenido tiempo siquiera de embarcar. ¿Habrá vendido ya la casa? ¿Adónde voy a ir?

Justo cuando estoy a punto de empezar a boquear, Michel Noser esboza algo parecido a una expresión tranquilizadora.

—No pasa nada. Sé que lo harás bien. Tienes pinta de chica con recursos.

Creo que se me caen los hombros de puro alivio al saber que aún no voy a tener que meter las maletas en el coche, aunque de inmediato me tenso al recordar la clase de gimnasia. Yo. *Virage, voiture, toilette* e *intermarché*. ¿Se puede dar una clase con esas palabras? ¿Cómo se dirá «piscina»? ¿*Pisciné*?

Permanezco en el mismo sitio mucho tiempo después de que él se haya ido. Mis pies no saben si llevarme frente al diccionario para que me ponga a estudiar francés, recluirme en el *toilette* para no hacérmelo encima o buscar una vela para empezar a rezar. Rogaría que los curistas sean comprensivos; o que conozcan el lenguaje de señas. Y pensar que hace una semana mi mayor problema era memorizar los horarios de mi madre para no quedarme sola en casa…

Sigo inmóvil cuando una luz parpadea en el salón. Suspiro al alcanzarlo. No quiero cogerlo. Temo los reproches que saldrán por mi boca si contesto a mi madre. He dispuesto de tres días y ocho solitarias horas de viaje en coche para repetirme sus motivos, pero sigo sin entenderlos.

Al final, el momento pasa, la llamada se corta y yo me dirijo al baño y me lavo la cara. Los ojos me escuecen.

Todavía me siento en carne viva al regresar y descubrir otra llamada iluminando la maldita pantalla de mi móvil. Esta vez no se trata de mi madre, sino de Nacho.

8

Pardon!

BRUMA

Suelto todo el aire de golpe cuando por fin la llamada se corta. Pero al momento vuelve a iluminarse la pantalla. No entiendo por qué me llama. Nuestra última conversación dejó las cosas muy claras y fue, de hecho, la que me empujó a este lugar dejado de la mano de Dios.

Podría inventarme alguna excusa para no descolgar, pero ese hilo vibrante que me mantiene unida despiadadamente a él (llamado por los psicólogos «dependencia e inseguridad») me obliga a aceptar la llamada.

—Hola. —Contengo la respiración, sin saber qué me voy a encontrar.

—Oh, pero ¿qué tenemos aquí? La reina se ha dignado a coger el teléfono. Espero no molestar.

Nacho irónico. O borracho. Todavía está por determinar, aunque ambos me asustan.

—No moles…

—¿Qué hacías a estas horas para no responder antes al móvil?

—Me iba a dormir. Mañana madrugo para mi primer día de trabajo, ¿recuerdas? Y estoy bastante nerviosa.

Toda la perorata obedece únicamente a un objetivo: disminuir los niveles de sospecha que siempre le rondan.

—Bruma —suspira con cansancio—, ¿comprendes que, si no te hubieras ido, abandonándome en el camino, no tendrías que estar enfrentándote a esto? Todos sabemos de lo que eres capaz, cariño, no hace falta que nos lo demuestres.

Su condescendencia desmiente cada una de sus palabras. Pero es que hace tiempo que sé que él me quiere dependiente. Me quiere abnegada. Y yo necesito con urgencia desintoxicarme de él.

—Gracias —contesto, sin dejar de preguntarme si no habré estado yo sola el día en que lo avisé de que me iría. ¿Qué queda de toda aquella indiferencia? Pensaba que habíamos pasado página, que hacía bien yéndome porque el cambio y la ausencia nos ayudaría a los dos. Me dio la impresión de que él había estado de acuerdo—. Te dije que mi madre se iba de crucero y que, antes de embarcar, quería vender la casa. Te pedí que nos fuéramos a vivir juntos. Te reíste de mí y dijiste que jamás sería capaz de irme porque estaba enferma. Te avisé de que esta podía ser la manera de curarme.

Más concretamente, dijo: «Nunca serás capaz de irte sin mí. Estás enferma, mi amor». Palabras que provocaron que buscara de inmediato el *e-mail* del director y aceptara el empleo.

Aceptar cambiar de vida solo por joder a otro es cutre, lo sé.

El bufido de Nacho me llega a través del auricular.

—Pensaba que era un órdago de los tuyos. Ya sabes, para que te hiciera más caso. Sigo pensándolo.

Creo que las cejas se me suben hasta el nacimiento del pelo.

—No es así, Nacho. —Y me preocupa que lo sea. Tras mi arrebato de ira, sentí alivio al comprobar que no se oponía, al igual que Simon. Quien conoce nuestra historia sabe que, si Nacho se hubiera opuesto, tal vez yo no estaría aquí ahora.

—Bruma —prosigue. No me pasa desapercibido su tono meloso—, te echo de menos.

Déjate de tonterías y vuelve, por favor. Podemos empezar de cero. Irnos a vivir juntos, no sé. —Finge reflexionar y encontrar un cabo del que tirar. Yo estoy demasiado alucinada como para contestarle—. El fin de semana que viene es el cumpleaños de mi prima Lila y vendrán mis padres. Tienen ganas de verte. ¿No te gustaría estar aquí? ¿No te gustaría dejar de ser una amiga y que te presentara como mi novia?

Si esto me lo hubiera dicho hace unos meses, la historia hubiera sido otra. Ahora me deja fría. Y enfadada. Me parece maquiavélico que recurra a promesas de ese tipo para hacerme volver.

—Claro que me gustaría. Siento no poder ir. Pide disculpas a tu prima de mi parte, por favor.

A veces me aborrezco a mí misma.

—Claro que sí. Es más importante sobar el culo a una panda de gabachos antes que estar con tu novio y defender tu territorio. Pero tú a lo tuyo, allí, que yo me quedaré aquí solo. Luego no te extrañe si te llevas alguna sorpresa.

Vale. Entramos en la fase de la amenaza. Estaba tardando. A continuación vendrá la ira y, entonces, todo habrá terminado. Casi quiero acelerarlo. Lo peor es que está consiguiendo hacerme sentir mal.

—Tal vez podría coger un avión dentro de dos semanas. Michel me ha dicho que no hay demasiados pacientes por ahora.

—¿Quién es Michel?

Me desconcierta el cambio de tema.

—El director. Mi jefe. Él me contrató.

Sigue una pausa larga, que me provoca un escalofrío.

—Dentro de dos semanas tal vez sea tarde. No sé, si eso es todo lo que puedes hacer por tu novio, a lo mejor no me compensa estar contigo. Creo que va a ser mejor despedirnos aquí y dejarnos de tonterías —continúa, al no obtener más que mi silencio. No puedo responder; siento que todo el calor abandona mi cuerpo—. Es evidente que no estamos en la misma página y que nunca me has querido. Quizás tienes razón, Bruma. Lo mejor es olvidarnos el uno del otro y seguir en solitario, hacer como si nunca nos hubiéramos conocido, conocer a otras personas. Eso es lo que propones, ¿no? Pues, adiós, Bruma. A partir de ahora, estás sola.

No comprendo el significado de los pitidos hasta que me separo el móvil de la oreja con incredulidad. Me ha colgado.

No puedo creerlo. O bien hoy vienen voladas o yo estoy más despierta que de costumbre. ¿Siempre ha sido así con él? Vuelvo a llamarlo con una desesperación conocida, pero ha apagado el teléfono, y yo quiero hacer algo que duela. Sé lo que me ocurre: se llama rabia y frustración. La doctora Sinclair estaría orgullosa; por fin me nace un sentimiento dirigido a defenderme a mí misma en lugar de doblegarme y pedir perdón, como siempre hago. El problema es que me resulta tan nuevo que me cuesta controlarlo, como uno de esos panes con levadura que crecen y crecen hasta desbordarse del molde, dejando la masa inservible.

Hemos colgado, pero ella, la ira, crece y crece.

Mis pensamientos en bucle son la mejor levadura.

Me odio por permitir que sus palabras me afecten.

Por ir detrás de él.

Por ceder. Por suplicar.

Lo peor del asunto es que haya utilizado mi enfermedad en mi contra, que me haya manipulado. «A partir de ahora, estás sola».

No puede vivir conmigo. Ni sin mí.

Me doy cuenta, en este pueblo pirenaico estrujado por las montañas, de que me ha estado manipulando durante ocho años. Y yo se lo he permitido.

Sin ser consciente de ello, mi brazo se desplaza hacia atrás y toma impulso. Lo siguiente que sé es que mi móvil se estrella contra la pared y yace en el suelo hecho añicos. No contenta con esto, mi pie pega una patada a la misma pared, cuyo papel se agrieta. Me he convertido en un ser que estampa cosas y patalea. No sé cuánto tiempo paso así, desquitándome, ya que pierdo la noción de este mientras descargo esa rabia recién nacida.

Hasta que una voz ruda procedente del pasillo detiene en seco mi ensañamiento.

Toda la furia resbala por mi cuerpo como absorbida por la moqueta. Presto atención. Al otro lado del pasillo, alguien pronuncia palabras en francés y, a juzgar por el tono, no muy amables.

Unos golpes fuertes en mi puerta me sobresaltan, seguidos de una voz de gigante gritando… cosas. Me parece escuchar la cadencia de una pregunta, pero de pronto la casa se sacude de nuevo. Si sigue golpeando la hoja, va a echarla abajo. Solo al pasar por el recibidor me percato de que son las doce de la noche y yo he estado lanzando objetos contra las paredes.

En lugar de abrir la puerta, aplasto mi boca contra ella y exclamo:

—Disculpe. *Pardon.*

Perdón.

Esa palabra parece aplacar a quien se encuentre al otro lado, donde todo permanece en silencio hasta que, poco después, distingo un exabrupto, crujido de ropa y pisadas. Cuando me atrevo a poner el ojo en la mirilla, ahogo un jadeo.

Es el yeti. El yeti está en mi casa.

La mirilla está rayada y sucísima, pero es imposible no reconocer esas greñas encabritadas en todas direcciones y esa talla de dinosaurio. Me relajo un poco cuando veo que se aleja… para desaparecer tras la puerta de enfrente.

El yeti es mi vecino de planta.

¿Se puede tener más mala suerte?

9

Brume

BRUMA

No me atrevo a salir del portal, estremecida de frío. La nevada ha continuado durante la noche y un nuevo manto de nieve ha borrado por completo las huellas del día anterior. Ojalá yo pudiera hacer lo mismo con mis pensamientos. Pum. Capa nueva y ni rastro de Nacho en mi pasado.

Cuando alcanzo las escaleras del balneario, tengo los pies empapados hasta las rodillas y los músculos rígidos.

«Buen tiempo», dijo Valérie. Definitivamente, todavía no sé captar el humor francés.

Una vez dentro del balneario, la primera ola de calor incendia mis mejillas; luego, un repugnante olor, como a huevos podridos, se cuela por mi nariz. Según me contó Michel, procede del azufre del agua termal. Avanzo por la antesala, fascinada con los altos techos, las vidrieras, el suelo de mosaico y las paredes de piedra. Del muro del fondo brota una fuente y, ante ella, decenas de personas hacen cola con un vaso de plástico en la mano.

«Dios mío, se la van a beber», comprendo con horror.

—¡Bruma! —me llaman. Localizo a Valérie en el mostrador que domina el vestíbulo. Me hace un hueco entre los pacientes para saludarme y preguntarme qué tal ha ido la noche. Le cuento el incidente con mi móvil y me promete buscar uno viejo. Cuando le pregunto por Michel, señala una puerta entreabierta donde se lee «Bureau».

Siento sobre mí las miradas de los clientes mientras golpeo con los nudillos.

Escucho una voz al otro lado y empujo la puerta para entrar.

—¿Michel? Digo… eh… ¿monsieur Noser? —rectifico, recordando que me pidió que aquí lo tratara de usted.

En cuanto lo localizo, mi ansiedad disminuye, a pesar de la expresión seria que gasta.

—Buenos días, mademoiselle Domínguez, ¿cómo está? ¿Ha pasado buena noche? Espero que…

Un montón de fórmulas de cortesía se apelotonan en mis oídos, y las soporto todas un poco asombrada, la verdad. Hasta que me percato de la figura que está sentada de espaldas a mí, frente a un ordenador, en la esquina. Lleva una camisa de cuadros gruesa y un gorro de lana en la cabeza. El hombre teclea sin hacernos caso.

—Es el jefe —me explica Michel cuando me ve estirar el cuello en su dirección—. Tranquila, no habla español. Disculpa su mala educación; él no estaba muy contento con la idea de contratar gente española, pero tuvo que ceder. Vamos, voy a enseñártelo todo.

Me ase del hombro y ambos salimos de ahí. El «jefe» ni siquiera levanta la vista. Imbécil.

—¿Has dormido bien? —inquiere, cortés.

No hago caso a su pregunta.

—Pensaba que tú eras el jefe.

—Yo soy el director, pero él es el dueño. Aunque la cura la financie el Estado, todos los establecimientos termales franceses son privados.

Continúa explicándome los diferentes servicios mientras camina, sin dejar de inclinar la cabeza ante los señores vestidos con albornoz blanco que nos cruzamos. Aprovecho que se detiene para intervenir:

—Por cierto, ¿puedo hacerte una pregunta?

Él consulta su reloj.

—Sí, pero corre.

—Sí, sí, verás… creo que tengo un vecino… Es un tío como el gigante ese de *Harry Potter*, el que lleva abrigo largo y conduce una Harley. Le vi con una pala al hombro, parecía un enterrador. Seguro que lo has visto.

«Es imposible no verlo», me gustaría añadir.

—¿Enterrador?

—Sí. Estuvo aquí ayer.

—Imposible. Nadie se queda aquí los domingos.

—Lo vi —insisto. No puede ser que mi imaginación haya sido tan desbordante, ¿no?—. Se metió en el piso frente al mío.

La luz se hace en sus ojos.

—Ah, te refieres a Eric. Sí, me informó de ello anoche. Pero no es enterrador. —¿Se llama Eric? Vaya. Qué poco le pega. Eric es el novio de la sirenita, no Gargantúa—. ¿No sabes quién es Eric? Eric es…

—¡Michel!

Varias voces gritan su nombre y nos vemos obligados a ir a su encuentro. Un pequeño grupo de empleadas, todas con el mismo uniforme de rayas azul y blanco, se han reunido con sendos cafés en la mano.

—¿*Bumá*? —pronuncia una de las chicas cuando Michel me presenta.

Miro hacia él buscando traducción, pero de pronto comprendo que intenta decir mi nombre.

—Bruma —pronuncio, tal vez demasiado rápido.

—Bruma —aporta Michel, en su versión afrancesada.

Incluso a él le cuesta la «r». Estoy empezando a acostumbrarme a escuchar esa letra tragada, en vez de vibrada.

—*Bgumá* —prueba otra.

Tengo que meter baza.

—En realidad, no se acentúa la «a» final.

—Sería como *Brum* —añade Michel, seguramente tratando de ayudar.

—*Bgum* —repiten.

—Bruma —corrijo.

—*Bgum* —insisten.

Dios mío, esto es demasiado absurdo para estar ocurriendo de verdad. Me doy cuenta en este preciso momento de que va a ser física y anatómicamente imposible que lo pronuncien. Yo hablo con la lengua y ellos, con la garganta. Aun así, me enternece que se afanen en lograrlo.

A una de ellas, una rubia joven y con el pelo corto, de punta, se le aclaran los ojos.

—*Ah, Bgggggummm. Comme brune. Brunette!*

De pronto, todas sonríen y se miran con comprensión, señalando mi pelo. En ningún momento dejan de efectuar esos sonidos como de motor de coche.

—¿Por qué me miran así? —pregunto a Michel, sin quitarles ojo.

—Creo que acaban de rebautizarte. —No me gusta nada lo que implica—. No te preocupes, acaban de comprender tu nombre. *Brune*, en francés, significa ‘morena’.

—No me gusta Brum. Me llamo Bruma.

—Piensa que ya se la devolverás tú cuando empieces a gritar sus nombres.

—Oh, y ¿cómo se llaman? —pregunto, dispuesta a hacer mi mayor esfuerzo.

Al parecer, son las encargadas de los maniluvios y pediluvios, de las cataplasmas, el baño turco y las duchas finlandesas.

—Céline *un*, Céline *deux*, Céline *trois et* Céline *quatre*.

Tardo un segundo en comprender.

—¿Todas se llaman igual?

—*Oui.*

—¿En serio? —A la mierda mi buena disposición.

—Y Hélène se encarga de los baños de barro. Te está esperando en la zona de aguas. Ella te enseñará tu cabina. —Ese último comentario me hace aterrizar de golpe y ponerme las pilas—. Por cierto, llegas tarde.

Michel se encamina hacia un grupo de gente que lo reclama. Una mujer con el mismo uniforme azul y blanco me hace señas. Me confirma que es Hélène antes de señalar un cubículo con el letrero de «Kinésithérapeute».

Me apresuro al interior y me encierro en la cabina con muchísima prisa y los nervios llevándome de un lado para otro, tratando de poner la cosa en marcha. Vale. Delantal enorme de plástico, puesto. Bidón con aceite de masaje, localizado. Una pila de plásticos cuelga de una barra metálica. Coloco uno en la camilla, sobre la que pende una barra horizontal con cuatro grifos a lo largo, en paralelo a la camilla.

De pronto, mi puerta se abre y una señora oronda y enérgica me saluda con aire militar. Me explica el funcionamiento de la cabina, aunque más bien parece reñir a un pelotón. Comprendo que es Marise, la otra fisioterapeuta (y vecina de abajo, recuerdo), antes de que su voz estridente se pierda por el pasillo para instalarse en la sala de al lado. Las paredes de pladur no llegan al techo, por lo que se escucha todo, incluso a mis pacientes refunfuñando por la espera.

Cuando ya tengo la cabina más o menos preparada, abro la puerta y hago señas a una de las señoras.

—*Entré?* —me atrevo a decir, con la boca pequeña.

En lugar de moverse, la señora señala mi puerta sin hablar. Mis ojos recalan en la lista ahí colgada, con el nombre y la hora del masaje.

—Oh… a ver… —Si no estuviera tan nerviosa, me reiría. ¿En serio esa serie de consonantes se puede pronunciar? Si solo le falta algún número para que sea una contraseña wifi infalible. Me aclaro la garganta y me lanzo—: ¿Madame Hoffs… Hoffs… herrdynmann?

La señora, ahora sí, alza la mano antes de avanzar.

—*Mademoiselle* —dice, al pasar por mi lado.

—*Quoi?*

—*Je suis mademoiselle, non madame.* —Habla al tiempo que apunta hacia la lista. Ehm…, pues vale.

La señora… perdón, señorita con el porte de una reina entra, y yo, con la botella de aceite en la mano, asisto a un ritual que me deja con la boca abierta: albornoz en la percha, gafas dentro del estuche, estuche dentro de la bolsa de plástico, bolsa de plástico en el bolsillo del albornoz, toalla de manos con tres dobleces sobre la camilla a la altura de la frente, ajuste del gorrito de ducha rosa con volantes (¿dónde lo ha conseguido?), bajada de bañador hasta la cintura (vale…) y… se queda quieta y aguarda con paciencia. No con paciencia sonriente, sino con paciencia hostil.

Espera algo de mí, pero no caigo en qué puede ser.

—Eh… —me revuelvo— ¿aquí? *Ici?*

Toco la camilla, orgullosa por la cantidad de palabras que estoy recordando. También he

memorizado frases más largas de cortesía, pero estas se me deben de haber congelado en el cerebro con el frío exterior.

—*Sur le dos o sur le ventre*? —musita. Y yo tengo que adelantar la cabeza para lograr entenderla, pero enseguida comprendo. *Ventre* es 'vientre'. Seguro.

—Sobre el vientre, por favor. *Sur le ventre* —imito, aunque lo que sale por mi boca no se parece en nada a sus palabras suaves y fluidas.

La señor… ita se mueve y yo exhalo todo el aire contenido. En cuanto la tengo tumbada, me pongo manos a la obra. Me embadurno de aceite y comienzo el masaje vigilando… ¡Mierda! ¡No tengo reloj! ¿Cómo voy a saber cuándo han pasado diez minutos? ¿Y por qué Michel no me ha prevenido? Busco alrededor, pero no hallo ninguno colgado de la pared. No se me ocurre más que ponerme a contar. Calculo que habrán pasado dos minutos desde que ha entrado, así que solo tengo que contar ocho veces hasta sesenta.

Estoy tan enfrascada en mis cuentas que no me percato de que la señor… joder, la mujer me está hablando.

Me inclino ligeramente.

—*Quoi*?

—Bla, bla, bla… *Eau?*

Eau=agua. ¡Me he olvidado del agua! Ostras, Bruma, que se llama «masajes bajo el agua» por algo.

—*Oui! Pardon!*

Me doy mucha prisa por colocar la barra en paralelo a la camilla y, a continuación, acciono la llave. Como por arte de magia, las cinco alcachofas dejan caer agua sobre su cuerpo y la mujer comienza a gritar. Vale, ¿y ahora qué? La señora sigue gritando palabras raras y yo cortocircuito. No entiendo qué pasa. Miro a mi alrededor en busca de una causa que justifique tanto alboroto, pero no encuentro nada. De pronto, veo que intenta ponerse a cuatro patas, pero no consigo frenarla a tiempo. Su espalda choca con los grifos al tiempo que sus manos y rodillas resbalan debido al aceite, de modo que vuelve a caer con un golpe sordo sobre… su *ventre*.

Estoy empezando a marearme cuando aparece Marise. Entra con paso decidido, como si aquí dentro no estuviera teniendo lugar una hecatombe, avanza hasta el fondo de la cabina y, de pronto, los gritos cesan, solo con un movimiento de llave. Entonces, me mira y explica:

—*Ici, eau chaude. Ici, eau froide.* —Indica con los dedos la dirección de la manivela y resume—: *Chaude. Froide.*

A continuación, agarra mi mano con cierta brusquedad y la sitúa debajo del agua… ¡helada! Oh, mierda. He congelado a la paciente. Con razón gritaba casi sin voz. En cuanto Marise ve mi cara de entendimiento, me explica el punto donde tengo que buscar el agua templada y se va; yo me deshago en disculpas con la señora o señorita… Con la señorita. Ahora la llamaré como ella pida, así de mal me siento.

El resto del masaje transcurre bien, y la mujer incluso me dedica un asentimiento antes de irse. Luego me doy cuenta de por qué: he pasado con ella media hora. Lo descubro al enfrentarme a todas las caras malhumoradas que esperan delante de mi cabina.

—Eh… *oui*. —Me apresuro a buscar en la lista.

—Monsieur Ludovic —se me adelanta un señor, que justo llegaba por el pasillo—. *C'est mon tour*.

Y va a entrar. En cuanto los demás captan la jugada, se le echan encima y ahí comienza una algarabía de personas que miran el reloj y se explican unas a otras a qué hora tienen el masaje. Todos terminan igual: mirándome con gesto agrio al deducir que es mi culpa.

—¡Monsieur Giraud! —grito, para acallarlos a todos.

Funciona. Guardan silencio y se dedican a esperar, a pesar de que el revuelo se recrudece al otro lado de la puerta cada vez que un nuevo paciente se entera del retraso que lleva la *kiné espagnole*.

El segundo paciente entra y se sube a la camilla sin tanto formalismo como la primera, y yo aprendo a pedirles que extiendan los brazos hacia arriba para así vigilar el tiempo en su reloj de pulsera. Aun así, apunto mentalmente comprar uno lo antes posible.

A las diez y veinte de la mañana, tengo el primer grupo de piscina. Llego veinte minutos tarde, cuando ya la gente está alborotada y se preguntan unos a otros qué ocurre y los del grupo del masaje les explican que la *kiné espagnole* (imposible no reconocer esas palabras) va con *beaucoup beaucoup* de retraso. Me apresuro a quitarme la ropa y meterme en el agua.

Los veinte curistas que hay en el interior me observan con asombro.

—¿Vas a bañarte con nosotros? —pregunta una señora.

Me detengo.

—¿No es lo habitual?

—No. Patrice daba la gimnasia desde fuera el año pasado, al igual que Marise.

Vaya. O Marise ha olvidado aclarar esa parte o yo no me he enterado. Seguramente será lo segundo.

Ya que me encuentro dentro del agua, me quedo. De pronto, caigo en la cuenta. Miro y remiro a la señora con la que me he comunicado.

—¿Habla español? —Ni siquiera sé por qué pregunto, es evidente que sí.

—Sí, hija. Soy española.

—¡Qué bien! —Por fin algo de suerte. Doy una palmada para ponerlos a todos en marcha, mucho más animada ahora que no estoy sola—. Pues, dígales que vamos a hacer bicicleta en las barras.

—*Tous à faire du vélo sur les parallèles!*

De vuelta de la piscina, me detengo un momento junto al tanque de Hélène, quien camina muy despacio por el interior de esa *fondue* gigante de barro sosteniendo a una anciana del brazo.

—*Pardon, mais…* —«Perdón, pero…», y ahí me quedo, buscando la palabra, justo antes de señalarme la muñeca—. No tengo. ¿Tú tienes?

Y señalo su muñeca. Me desanimo cuando niega con la cabeza, pero promete solucionarlo. Yo me voy a mi cabina y ahí me encierro para un nuevo masaje hasta que, minutos después, aparece Hélène por la puerta y, sin hacer ruido, abrocha un reloj de pulsera en torno a la barra metálica, a la altura de mis ojos. Le sonrío como sonreirías a un ángel que viene a rescatarte a las puertas del cielo.

10

Maldito francés

BRUMA

Termino mi jornada a las doce y veinte de la mañana, agotada pero feliz porque todo ha terminado. Michel me explicó que, aunque en el contrato especificara de ocho a doce, la realidad es que el horario fluctuará en función de los pacientes que haya cada semana.

Me quito el delantal, pero no sé qué hacer con el reloj, así que me lo pongo alrededor de la muñeca al tiempo que lo admiro. Me queda enorme; es evidente que es de hombre, uno de esos que se usan para hacer deporte. Los he visto mil veces en las pistas de tenis. Además, huele… guau. Huele bien, muy bien.

En cuanto abandono la desierta zona de aguas y accedo al gran vestíbulo, me topo con Valérie.

—¡Valérie! —exclamo, con voz fatigada.

—¿Qué tal tu primer día? ¿Bueno? Mira —me agarra del brazo y nos encaminamos hacia la salida—, cuando tú te retrasas, ¿sí?, las listas se retrasan, el barro se retrasa, la ducha se retrasa, la *parafine* se retrasa. Aquí todo va en cadena, bien… eh…

—¿Engrasada?

—*C'est ça!*

—Lo siento mucho. *Pardon.*

¡Cómo empiezo a odiar esa palabra, por muy útil que sea!

—No pasa nada. La gente francesa es muy quejica. Pero tú muy bien hoy. Mañana volverás, ¿sí?

Pregunta esto último como si temiera mi respuesta.

—Por supuesto —respondo sin dudar. Y es que me siento satisfecha. Tengo un buen trabajo, estoy aprendiendo francés y la gente ha sido bastante amable. Además, me espera un apartamento fantástico a solo unos metros, en el que me pienso enclaustrar el resto del día. Aquí me veo capaz incluso de curarme.

Valérie me da unas palmaditas en el brazo.

—¡Bien! *Allez, va manger*. Tendrás hambre.

Una vez fuera de las termas, respiro aire puro. Desciendo las escaleras y echo a andar escuchando la campanada que anuncia la una del mediodía. Estoy tan cansada que ni siquiera me doy cuenta de que me he detenido frente a la *boulangerie*. Registro el escaparate desde fuera. Pan largo, pan trenzado, pan oscuro, una rosca… Atisbo el interior, donde dos señoras charlan frente al mostrador. Cuando una de ellas sale, la vaharada que surge del establecimiento me inunda el cuerpo de olor a azúcar y anís.

Una voz me pregunta algo en francés. Se trata de la panadera, que asoma la cabeza y me invita a entrar. No sé por qué retrocedo diciendo «*non*» con cara asustada. Supongo que mi cupo de nuevas experiencias ha llegado a un límite.

En cuanto doy media vuelta, me freno en seco al descubrir la figura monumental del yeti ocupando el portal. Da paladas de nieve para desenterrar las ruedas de un coche aparcado justo delante. Clava la pala, la hunde más con el pie y, por último, lanza la nieve a su espalda, donde esta queda amontonada contra la fachada.

A la luz del día no parece tan aterrador, ni tan enorme. Sin tanta nieve cubriéndolo entero

tampoco parece un loco a punto de descuartizar a su víctima. No puedo evitar que la vergüenza me invada al recordar mi comportamiento de ayer. Debe de pensar que la loca soy yo.

Agacho la cabeza y me sacudo esos recuerdos antes de reanudar la marcha. Tampoco voy a esconderme. Además, tengo hambre. De ninguna de las maneras pienso mantener una conversación con él, eso por descontado; paso de hacer el ridículo de nuevo.

Debe de escuchar mis pasos (la nieve no es mi hábitat natural), porque se yergue y me dirige una expresión seria a través de las gafas de sol. ¿He dicho que no era enorme? Lo retiro. Es muy alto, pero no tan monstruoso, al menos ahora que solo viste unos pantalones vaqueros y camisa de cuadros sobre una camiseta blanca. Ha guardado todo ese pelo encrespado dentro de un gorro de lana, por lo que solo algunos mechones claros asoman por debajo.

Me pongo en tensión en cuanto me doy cuenta de que va a hablar.

—*Salut, voisine. Pourquoi tu marchais hier avec les œils fermés? Tu ne sais pas que les gens qui ferment ses œils tombent sur son cu?*

Lo primero que hago es reconocer su voz, suave y ronca; nada que se asemeje a los rugidos que escuché ayer en el pasillo. Luego, me quedo quieta y muda. No he pillado ni una. ¿Eso es francés o taushiro? Y lo peor es que espera respuesta, lo que anula la posibilidad de soltar un «*bonjour*» con la boca pequeña y desaparecer sin ser vista.

—*Quoi?* —Es lo único que logro pronunciar.

Inclina ligeramente la cabeza.

—*Tu n'entends pas?*

—*Quoi?*

—Cuac, cuac.

No hace falta hablar francés para saber que se está burlando de mí. A la mierda el vecino.

Decido que lo mejor será seguir mi rumbo, de modo que paso por su lado, esquivándolo. Voy a meterme en el portal cuando un montón de nieve sobrevuela mi cabeza para aterrizar a mis pies. Me detengo en seco. ¿Me ha lanzado una palada? ¿Qué estamos, en el jardín de infancia?

Me vuelvo y lo señalo con un dedo acusatorio.

—¿Por qué has hecho eso? *Toi… toi…*

Parece decepcionado.

—*Mais non. C'est quoi, quoi. Tu sais…* cuac, cuac. —No podría jurarlo, por la barba, pero creo que se ríe. No puedo creerlo. No estoy acostumbrada a que se rían de mí. A la gente le inspiro pena, no hilaridad. Al menos, a la gente que me conoce y sabe lo que me ocurrió. Alzo la mano para decirle algo… en cuanto me salga… y su mirada cae sobre mi muñeca antes de elevar una ceja y esbozar una sonrisilla burlona—. *Donc, jolie montre.*

Y me da la espalda para seguir cavando, lo que me vuelve a dejar fuera de juego. Intuyo que ha dicho algo sobre el reloj.

Me quedo ahí plantada sin saber ni qué quiero. Voy a dar media vuelta cuando escucho que me saludan en español. Al girarme, descubro a la señora española de la piscina. Viene en mi dirección, acompañada de su marido.

—Buenos días, ¿cómo están? —saludo, porque yo sí soy educada.

—Muy bien. Hemos comido en la *crêperie*. Muy rico todo, ¿has ido ya?

—No, la verdad es que no he tenido tiempo. Llegué el sábado por la noche. —Recuerdo que Valérie me comentó que la *crêperie* era suya y de su marido, Claude, que es el cocinero. Me apunto ir en algún momento.

Hablamos durante un rato. Ambos son españoles, de Zaragoza, pero llevan viviendo en Francia veinte años. Residen en un pueblo cercano a Marsella, y cada primavera eligen realizar la

cura en este pueblo porque… pues porque los españoles también tenemos derecho a estar zumbados, digo yo.

Me están contando que se alojan en el hostal de al lado cuando una voz nos interrumpe. Soy muy consciente de la presencia del yeti a mi espalda preguntándole algo al matrimonio.

La mujer lo escucha antes de sonreír y asentir. Luego se dirige a mí.

—El mozo quiere saber qué te pasaba anoche.

Me giro hacia él, tratando de procesar su desfachatez.

—Eh… —me muerdo el carrillo, incómoda— discutí con mi novio.

—*Elle s'est disputée avec son fiancé* —explica a mi espalda, antes de dirigirse de nuevo a mí—. Cuánto lo siento, ¿estás bien?

—Sí, gracias. Salvo por mi móvil, que estrellé contra la pared y ya no funciona. A ver ahora dónde encuentro otro.

La mujer me acaricia el brazo con cariño y ese gesto me reconforta.

—A veces es mejor dejar salir la rabia antes que guardártela dentro, ¿verdad?

Otra frase en francés procedente de mi espalda desvía su atención. La mujer le explica algo y, tras escuchar su respuesta, traduce:

—El chico dice que puedes dejar la basura en la puerta de tu casa y que él te la tirará. Buen mozo, por cierto.

Ni siquiera sé la razón, pero mi cabeza gira como si fuera una tuerca que termina de apretarse y ahí se queda, pegándole un repaso. ¿Buen mozo? ¿Chico? Me ha parecido mayor, y todavía lo parece, pero lo cierto es que, con las gafas y la barba, es imposible saberlo. Aun así, hay algo que, efectivamente, indica que no debe de pasar de los treinta. Lo de buen mozo… pues sí, es evidente. Si te gustan los tíos altos y con músculos, a los cuales yo no estoy acostumbrada.

Mi mirada se fija entonces en el coche cuyas ruedas acaba de despejar.

—¿Ese coche es tuyo? —inquiero, señalando la ranchera verde. Aunque no lo he pedido, madame Gómez, la señora española, traduce mis palabras.

El yeti medio sonríe.

—*Oui. Et celui-là est à toi. L'espagnol.*

—Dice que sí, y que aquel coche español es el tuyo.

No es una pregunta. ¿Hay sorna en «*l'espagnol*»? Voy a darle una mala contestación, hasta que reparo en las marcas de paladas alrededor de mi coche y en que ha sido desenterrado por completo. Al igual que el suyo. Los otros dos vehículos que había aparcados aquí por la mañana continúan bajo una montaña de nieve.

Con el ceño fruncido, cierro la boca y no digo nada. El francés sigue hablando y madame Gómez, traduciendo.

—Dice que ha colocado una manta para que no se congele el motor. Que recuerdes quitarla cuando lo vayas a utilizar y volver a ponerla después.

—¿Cómo? —Miro atentamente mi coche y lo encuentro… descuadrado, como si algo no encajara.

Entre el guardabarros y el capó se vislumbra una cosa marrón. Una manta. El enterrador ha colocado una manta sobre el motor de mi coche para que no se estropee.

Me aturullo. Me froto la cabeza. No sé muy bien qué decir.

—Tengo que irme. No he comido nada desde esta mañana y… además, he dormido muy mal…

¿Y por qué necesito yo poner excusas para irme? Por suerte, la mujer me frena.

—Claro que sí, cariño. Tienes que estar al borde del desmayo. ¡No has parado! Ve y

acuéstate un rato.

Me marcho, asintiendo con la cabeza, y, sin mirar a nadie, me adentro en el portal sin dejar de darle vueltas al gesto del yeti.



Termino de encender el móvil francés y salto de emoción en el centro del salón.

—Gracias, Valérie —exclamo al aire.

Es lo que he encontrado en mi felpudo nada más despertar de la siesta: un móvil francés metido en una caja y acompañado del código para activarlo, el cargador y una nota que pone: «Retornar aquí al terminar», en español.

Tecleo el código y llamo a Simon, ansiosa por contarle el éxito de mi primer día. Ahora que lo peor ha pasado, me siento muy fuerte.

Responde al primer tono.

—¿Diga?

—¡Chiste va! —Carraspeo, iniciando uno de nuestros tontos juegos—: ¿Qué hace una española en un pueblo francés en medio de los Pirineos? Yo te contesto: ¡pelearse con la nieve!

—¿Bruma? ¡Bruma! OMG, *myfriend,* ¿por qué no respondes a mis mensajes? Espera, que voy a buscar un lugar más tranquilo.

En cuanto me da permiso para hablar, le canto las cuarenta.

—¡Me mentiste! Esto está lleno de nieve. No es un paraje idílico.

—Bueno, tampoco hay que exagerar. Ponía cota de mil metros; pensé que sería algo ocasional. Como mucho, una capita fina.

¿Capita fina? Observo por la ventana el pueblo sepultado bajo ese manto blanco.

—Simon, mi coche es una montaña de nieve. Directamente ni se ve. Voy a tener que llamar al GEO para que lo rescaten.

Bueno, tendría que haberlo llamado si no fuera por mi vecino, así que solo miento a medias.

—Te noto tensa, Dom, ¿por qué no pruebas a relajarte y disfrutar? La nieve es algo maravilloso que aquí nunca tenemos la oportunidad de ver. Puedes incluso hacer un muñeco, si te aburres. Por cierto, hablando de tíos aburridos, ¿has vuelto a hablar con Nacho?

Hago una mueca que nadie llega a ver.

—Sí. Ayer.

Escucho un hondo suspiro del otro lado.

—No me digas más. Te ha jodido tu primer día de curro, como si lo viera. A ver qué se ha sacado de la manga esta vez. ¿Que os vayáis a vivir juntos? ¿Que os caséis por la Iglesia y tengáis once hijos?

Cómo lo conoce. Mejor que yo, incluso, y dadas las circunstancias.

—Exagerado.

—Espero que no le hayas hecho ni caso.

—Solo está un poco dolido porque lo abandoné. —Siento la necesidad de justificarlo. ¿Por qué? Ni idea. La fuerza de la costumbre.

—¿Que tú qué?

—Eso es lo que me dijo.

—¿Quién abandonó primero a quién? Además, no se puede abandonar algo que nunca has tenido. Siento ser tan crudo.

—No importa, tienes razón.

Aunque un poco sí importa. Me duele cada vez que Simon me estampa una verdad en la cara, por mucho que lo prefiera a vivir a oscuras.

Me pregunta qué tal mi primer día y decido tomármelo con humor. Ahora que ha pasado, puedo reírme, pese a que todavía tengo el susto metido en el cuerpo debido a los gritos de la seño… rita.

—… y luego la última señora era tan bajita que el primer chorro de agua le caía directo sobre la cara. ¡Llevaba cinco minutos ahogándola sin darme cuenta!

La risa de mi amigo arrecia.

—Parecen otra especie. —Me sigue la corriente.

Me río tanto que tengo que secarme una lágrima.

—Ni lo dudes. —No quiero acordarme del yeti, pero es imposible. Tíos así no existen en España. Otra especie, sin duda—. Mientras que yo llevo dos camisetas, tres jerséis y un abrigo de plumón, los hombres van en mangas de camisa. ¿A quién se le ocurre? Estamos a menos dos grados. A dos grados bajo cero, si no te pones algo más que una camisa, se te congelan los pelos del pecho, estoy segura.

Sigo dándole vueltas al tema sin percatarme del silencio en la línea.

—Eh…, Dom, creo que me he perdido. ¿A quién se le han congelado los pelos del pecho? ¿A ti?

¿Pero qué…?

—¡Yo no tengo pelos en el pecho! Me refería a… —«No nombres al yeti, no nombres al yeti»—. Por cierto, ¿cuándo vienes?

Uf. Por los pelos. No es que quiera mantener al hombre de las nieves en secreto. Es solo que no pinta nada en la conversación.

—¿Ir? ¿Con esa nieve? ¿Estás loca, *myfriend*? ¿Se te han congelado las células de Schwann en el cerebro? He visto las noticias: estáis sepultados bajo una tormenta de nieve que va a durar semanas. Además, no existen chubasqueros Diesel. Y ya sabes que yo no visto otra marca; no le sienta bien a mi cuerpo.

Menudo morro tiene.

—Y que sepas que tampoco hay viñedos.

Su última baza para convencerme de que aceptara el puesto fue sentarme en su sofá y obligarme a ver *Un paseo por las nubes*. Decía que el lugar se parecía. Embustero.

Aun así, la película me gustó.

—¿No hay un abuelito encantador ni un Keanu Reeves esperando abrazarte con alas de mariposa?

De nuevo la imagen del yeti. Mi mente está tan agotada que camina en círculos.

—No —suelto, brusca y enfurruñada. A saber por qué. A mí, Keanu Reeves no me dice nada.

Simon no me permite colgar hasta que no le aseguro que todo está bien.

—Prométemelo.

—Estoy bien, de verdad. —Dudo unos segundos antes de confesar—: Me siento un poco sola, pero para eso estoy aquí, ¿no? Para luchar contra esa soledad y aprender a estar conmigo misma. Igual es una corazonada, pero me da la impresión de que, si no lo consigo aquí, no lo conseguiré en ninguna parte.

—Lo vas a superar. Ya lo verás. Entonces, ¿no te quieres ir?

—No. Si me lo hubieras preguntado ayer, tal vez sí, por eso no te llamé ni leí los mensajes. Pero hoy siento que esto puede venirme bien.

—Esa es mi Brumi.

—Bruma —corrijo, por inercia, lo cual me recuerda otra cosa—. Por cierto, ¿te puedes creer que aquí me llaman Brume?

Que me ría de mi nombre me sorprende hasta a mí misma. ¿Puede una persona cambiar en solo un día? ¿Puede surtir ese efecto el lugar adecuado?

—Espera, ¿te estás riendo de tu nombre? Creer para ver. ¿O es al revés?

Lo que dije: el mejor amigo del mundo.

A pesar de las risas y el poso de calidez que la conversación me deja, cuando cuelgo, vuelvo a sentirme inquieta. Devuelvo el móvil a su caja con cuidado; ni siquiera he activado internet para no gastar los datos. Permanezco de pie, dudando. Toda clase de excusas para subir al piso de Michel acuden a mi cabeza. O para bajar al de Valérie. ¿Visitar a Marise? Trato de rechazar todas ellas, convencida de que es mi miedo a la soledad el que está dando por saco.

Es fácil superar los comienzos cuando te impones un objetivo, porque la determinación te hace poderoso e imaginarte libre de enfermedad obra auténtica magia; lo difícil es no flaquear cuando pruebas una pizca de eso de lo que huyes. En mi caso, me he pasado cinco horas rodeada de gente, tras dos días de soledad extrema, y ahora mi cuerpo pide más contacto. Me obligo a cerrar la puerta y sentarme en el sofá con el diccionario en la mano, atándome a él con unas cadenas mentales. No voy a alimentar la eremofobia. Más bien, me dispongo a dejarla morir de hambre.

BRUMA

Años atrás

Sesión 2

—¿Ya ha llegado?

Tardé un momento en comprender que se refería a aquella enfermedad tan rara que mencionó el primer día de terapia.

—No.

—Perfecto. ¿Qué te parece si repasamos un poco cómo te sentiste durante el… eh…?

—Secuestro. —Pronuncié la palabra que parecía haberse convertido en tabú a mi alrededor.

La mujer enrojeció ligeramente.

—Eso.

—La verdad es que preferiría olvidarlo.

—Pasaremos por ello juntas. Las experiencias traumáticas hay que asimilarlas, solo de ese modo acaban en la basura. No queremos que se te quede en el subconsciente para siempre, ¿no?

—No.

—De acuerdo.

11

Cuac, cuac

BRUMA

Durante la siguiente semana, la nieve cae constante cada noche.

Aprendo a decir: «*Je suis espagnole, j'ai vingt trois ans et oui, effectivement, je suis kiné*». Soy española, tengo veintitrés años y, sí, soy fisioterapeuta, porque los curistas parecen recelar de mi capacidad de dar un masaje debido a mi corta edad.

A pesar de mi triste nivel de francés, los actos dicen más que las palabras, y poco a poco noto que me cogen confianza y hasta entran a mi cubículo con una sonrisa al escuchar el crimen que perpetro a sus nombres con mi acento español.

Después de dejar las cabinas preparadas, me dirijo hasta la máquina de café, para lo que tengo que atravesar todo el balneario.

Echo las dos monedas y regreso con el vaso en la mano, escuchando los Brunette de las narices, hasta que la voz de Valérie me saluda desde el mostrador.

—¡Buenos días, Bruma! ¿Qué tal vas? Ven aquí a contarme, que justo ahora estoy sola.

Poso el vaso para soplarme los dedos y, tras comentar lo bien que hemos dormido y el tiempo tan «bueno» que hace (sigo sin descifrar si es ironía), recuerdo darle las gracias por cada tarde que el móvil francés ha aparecido sobre mi felpudo.

—De nada, *ma belle*, pero yo no he sido. Quería subir durante la semana a dejarte un teléfono fijo y se me olvidó. *Donc, tu sais*, Claude y yo estamos en trámites de adopción y justo ayer…

Asiento sin procesar realmente nada de lo que dice. Me he quedado en la parte del teléfono.

—¿No es tu móvil? —la interrumpo, cambiando de tema y estrellando mi educación contra el suelo.

—*Non*.

—Entonces…

Hasta este momento, Valérie no ha dejado de saludar al flujo de curistas que transita por el vestíbulo, pero de pronto su rostro cambia y se torna mucho más cálido. Desvío la vista por inercia, a tiempo de ver la asombrosa figura de mi vecino pasar por detrás. ¿Qué hace el yeti aquí?

—*Salut, Eric!* —entona Valérie, con familiaridad.

Él responde sin detenerse.

—*Bonjour, Valérie! Bonjour, petit canard!*

Me percato de que una llave inglesa sobresale del bolsillo de sus vaqueros (no es que haya intentado mirarle el trasero) y de que lleva su sempiterna camisa de cuadros, en esta ocasión, negros, azules y blancos. ¿Es que no tiene camisas lisas o con rayas? Estoy tan ocupada criticándolo en mi cabeza que casi no escucho lo que me dice Valérie.

—¿Por qué te ha llamado «patito»?

Como si mi subconsciente quisiera gastarme una broma pesada, digo:

—*Quoi?* —Que, al pronunciarlo, suena «cuac». Y que, tras la sorpresa inicial, provoca una carcajada repentina en la recepcionista.

Enrojezco hasta las pestañas. Ese es el motivo por el que, olvidando el tema del teléfono,

me pongo a perseguir al miserable yeti por las termas.

—Eh, tú —lo llamo, cuando estoy a tres metros de él. Se detiene tan en seco que casi choco contra su cuerpo.

En cuanto me recupero de la impresión, alzo la vista. Y la sigo alzando. Joder, qué alto es.

—Me llamo Bruma. *Moi*, Bruma.

Necesito que lo entienda. ¿He dicho ya que soy un poco especialita con respecto a mi nombre? Es importante. Tan importante como para vencer mi timidez innata e increparle al mismísimo Thor… si Thor tuviera los ojos del color del mar en verano. ¿Eso son lentillas? Tienen que serlo. Sé que lo estoy mirando fijamente, pero es que ese color resulta antinatural. ¿No? ¿Dónde están las malditas gafas de sol cuando se necesitan?

Él imita mi gesto al poner una mano sobre su pecho.

—*Moi, Eric*. *Jau*.

Cuando alza la mano como los indios, me descoloca. Luego, sus hombros se sacuden. Se está riendo. De nuevo. ¿Por qué me da la impresión de que cualquier cosa que hago le causa gracia? «Porque seguramente eso es lo que ocurre», repone mi lógica, muy oportuna.

—*Non petit canard* —insisto, a pesar de la vergüenza que me produce solo pronunciarlo en voz alta.

Él parece aplacarse.

—*OK. Désolé. Moi, j'aime beaucoup ton prénom: Bruma. C'est trop mignon.*

¡Ostras! ¡Entiendo bastante! «OK. Lo siento. Amo mucho… ¿Bruma?». ¿Que me ama? Me sonrojo. No, debo de haberlo entendido mal. Y algo de un filete[1], que no comprendo, pero su mirada de disculpa parece sincera, así que asiento. Y ahí me quedo. Todavía noto el rubor en las mejillas, más aún cuando me pilla revisándolo de arriba abajo con el ceño fruncido. Ante mi escrutinio, se lame los labios con gesto nervioso. ¿Por qué está nervioso? ¿Qué hace en las termas? ¿Por qué estoy nerviosa yo? Son esos ojos, seguro; están hechos para ejercer algún tipo de influjo sobre el que los mira. El hecho de que los rodee ese pelo rubio oscuro, el cual, si bien está recogido en un moño tirante, parece suave, no amortigua el impacto.

Voy a preguntarle qué hace aquí justo cuando mi reloj (el reloj deportivo que nadie ha reclamado) pita, indicando la hora de mi primer masaje.

—¡Tengo que irme!

Le doy la espalda y me apresuro a cruzar la puerta.

—*Donc, tu viens chez moi ce soir?*[2] —escucho que me pregunta, pero no entiendo palabra.

—*Oui, oui* —contesto, para quitármelo de encima—. *Au revoir!*



El domingo nieva durante todo el día. Una nevada de copos finos y bamboleantes que caen como hojas secas del otoño hasta posarse con suavidad sobre los tejados, sobre el alféizar de mi ventana, sobre capas y más capas que han arraigado en el asfalto para siempre. Todavía no he visto una máquina quitanieves pasar por el pueblo. Frente al calendario, trazo la cruz correspondiente sobre el seis de abril y me sitúo en mi lugar favorito junto a la ventana.

A las ocho de la mañana, veo al yeti salir a desenterrar su coche con la pala, tras lo cual monta en él y desaparece pueblo abajo. A las diez menos cinco, una manada de curistas bien abrigados sale del portal vecino para encaminarse hacia la iglesia, que justo da las campanadas. La *boulangerie* abre sus puertas, y vuelve a cerrar una hora después.

Subida a una silla, comienzo a vaciar el altillo en busca de alguna manta. La advertencia de Valérie fue ratificada por Michel, que me aconsejó bajar al mínimo los calefactores si no quería gastarme el sueldo en electricidad. Me pregunto si se sentirán culpables cuando me encuentren muerta por hipotermia.

Entre el montón de mantas con olor a naftalina y electrodomésticos culinarios encuentro varios libros. Uno de ellos es una enciclopedia de la cocina francesa. Pienso que podría venirme muy bien. Si logro traducir las recetas.

Por la tarde, quedo con Michel en la lavandería de las termas para hacer la colada, ya que los apartamentos no cuentan con lavadora y la lavandería más cercana está en Laruns. Subo hasta su piso cargada con mi saco de tela y él me abre vestido con pantalones de pinzas, camisa con puños y cinturón con hebilla dorada, igual que los dos domingos pasados. Al cuello lleva una pajarita tan roja que me deja ciega.

—Vengo de comer en casa de mi madre —explica, a mi mudo repaso—. Formamos parte de la mitad protestante de Suiza, y allí, en Baselland, mi pueblo natal, es costumbre durante el invierno que los solteros lancen discos de fuego desde el pico más alto. Me obliga a hacerlo todos los domingos. Piensa que así conseguirá nietos. Además, invita a comer a cuanta soltera encuentra por el barrio. Cada semana es una distinta.

—¡Oh! —exclamo, sin saber qué decir. Jamás lo hubiese imaginado obedeciendo tradiciones maternas—. ¿No sabe… pues, eso, que te gustan los hombres?

No es que se le note; yo lo he adivinado por varios comentarios que le he escuchado. Vamos, que no lo esconde.

Se le escapa una mueca contrariada.

—Soy gay —me corrige—. Decir que te gustan los hombres es como decir que te gustan *todos* los hombres, cuando en realidad es justo lo contrario. De hecho, ninguno se salva —murmura mientras cierra la puerta.

Pues, qué pena para los hombres, porque es guapo hasta decir basta. De los que te cruzas por la calle y tienes que mirar dos veces, y luego te quedas contemplando cada facción perfecta de su rostro. Pelo negro y liso hasta los hombros, piel blanca, ojos azules y labios generosos.

Desde el primer día, he tratado de no ser de las que se quedan embobadas con él. Espero haberlo conseguido.

—¿Y eso tu madre lo sabe?

—Sí, lo sabe. Pero prefiere hacerse la tonta. Cree que «mi problema» se solucionará en cuanto dé con una buena mujer. —Coge la llave y enfila las escaleras—. ¿Vamos?

Una vez en la «Laverie», Michel me observa mientras me ocupo de meter cada prenda en la lavadora.

—Supongo que no quieres que te ayude —ofrece.

—Muy amable, pero no. Mi ropa interior solo la toco yo.

—*C'est marrant*… Sería la primera vez que toco las bragas de una mujer.

—¿Qué es «semarán»? —pregunto, con medio cuerpo dentro del tambor. Luego salgo a por más. Estas lavadoras industriales son tremendas—. Yo no tengo problema en darte unas, pero cuando estén limpias, mejor.

—*C'est très gentil, merci.* Muy amable, gracias, pero no hace falta que me des tus bragas. «*C'est marrant*» es ser divertido. Tienes que ir practicando francés. Si solo hablas con Valérie y conmigo, nunca aprenderás.

Me abstengo de decir que (por desgracia) también hablo con el vecino, que se empeña en darme conversación cada vez que me ve. En el fondo, Michel tiene razón.

—¿Y no te has planteado adoptar, como Valérie y Claude? —pregunto, retomando el tema anterior.

—¿Sabías que yo fui adoptado? Yo mismo les di la idea a Valérie y Claude. Y lo he pensado, pero solo no podría. A pesar de que ya nos permiten casarnos y adoptar, una cosa es lo que diga la ley y otra, los vecinos. Y esto es un pueblo pequeño. Pero no pasa nada. Mientras mi madre sea feliz así, a mí no me importa lanzar todos los discos que quiera.

Cuando termino, cerramos el tambor y Michel pulsa unos botones antes de consultar su reloj.

—Esto tardará dos horas. ¿Te apetece dar un paseo?

Supongo que está bromeando, pero, por si acaso, pregunto:

—¿Un paseo con esta nieve?

—¿Por qué no? Aquí no hay nada, salvo bonitos paseos, *jolies promenades*. Te gustará.

—Bueno —acepto, aunque la duda se trasluce en mi voz.

—¡Esa es mi chica! Iremos en llano. No te preocupes, solo necesitaremos raquetas por el primer tramo.

¡¿Raquetas?! Decido no pensar en ello, pero lo cierto es que lo ha dicho como si caminar por la nieve con raquetas fuera cosa de todos los días.

12

Una de sopa

BRUMA

Dos semanas más pasan sin casi sentirlas. Creo que me he convertido en una yonqui de los paseos por la nieve, del silencio de la montaña, del crujido de mis pasos junto a los de Michel. Poco a poco voy encontrando mi sitio de forma natural, como si este lugar me hubiera estado esperando. Michel cada vez introduce más francés en las conversaciones. Me va bien porque a él lo entiendo, no como al vecino, que parece que mastica las palabras antes de escupirlas.

Este fin de semana, he decidido elaborar una sopa. Permanezco con la vista fija en la cocina, sopesando el consejo de Simon: que reparta sopa de pato entre los vecinos. Resulta que me he pasado dos días elaborándola, para luego leer en la letra pequeña, justo al terminar, que hay que consumirla pronto porque el pato se deteriora con rapidez. Y no tengo congelador.

Observo los tres litros con lástima y, a continuación, salgo al descansillo con un envase lleno de sopa de pato en las manos. Antes de subir las escaleras, deposito la caja con el móvil sobre el felpudo. Todavía no he averiguado de quién es ese teléfono que aparece ante mi puerta cada tarde. De todos modos, no tiene pinta de que nadie más lo esté usando. En dos ocasiones se me ha olvidado devolverlo a su caja y nadie lo ha reclamado.

Llamo al timbre de Michel y espero. Tardo un momento en reconocer las voces al otro lado de la puerta, pero ya es tarde para dar media vuelta y esfumarme.

Michel abre y ahí se queda, sin decir nada. Me balanceo sobre un pie y el otro, cada vez más incómoda debido a su cara de toro acorralado. Creo que está intentando decirme algo. ¿Que me vaya?

—Hola. —saludo, porque otra cosa sería raro—. Hummm… ¿es mal momento? ¿Tienes compañía?

—No, eh…

«Sí, Bruma, tiene compañía. Haz el favor de dejar la sopa y largarte».

—Solo te traía comida que me ha sobrado. No sé por qué, pero me ha salido para quince, y no tengo congelador —me apresuro a aclarar, con intención de soltar el táper e irme—. Bueno, eso, que aquí tienes si…

Al sonido de mi voz, unas pisadas amortiguadas resuenan dentro de la vivienda y la figura del yeti aparece en la puerta, ocupando casi todo el hueco.

—*Bonsoir, Bruma* —saluda, observando cada detalle de la escena con atención.

Sin burla a la vista. Qué novedad.

—*Bonsoir* —correspondo, fingiendo naturalidad, como si no sostuviera un paquete bomba en las manos.

No se hace de rogar. Su mirada (no me acostumbro a esos ojos, Dios mío, ni a ese pelo retirado de la cara, que deja la frente tan a la vista) me recorre antes de adoptar una pose socarrona.

—*Dans notre pays, ça s'appelle faire la balle a ton chef*[13].

—*Quoi?* —Reacciono sin darme cuenta—. *Merde!*

Quiero taparme la boca en cuanto la primera palabra sale por ella, pero la segunda es imperdonable. Eric eleva las cejas y Michel menea la cabeza antes de sonreír.

—Dicen que uno ha adoptado el idioma cuando por fin una palabrota sale sin querer por tu

boca.

—Pues, por lo visto, ya soy toda una francesa.

Espero mientras Michel le traduce. No entiendo por dónde se ha colado ese improperio, a no ser que sea de escuchar a Marise. Esa mujer usa el «*merde*» hasta para rezar. Un día en que un paciente falló al masaje presencié su clase de gimnasia en la piscina y una de cada dos palabras que salían de su boca era esa; la otra solía ser el apellido del paciente al que reñía.

—Entonces, ¿es para mí? —pregunta Michel, señalando la bom… la sopa.

—Sí. Toma.

Vuelvo a extender los brazos, pero no lo coge. Es Eric quien acaba con la situación cuando adelanta las manos y coge el dichoso táper, que empezaba a pesarme. Quiero darle con él en la cabeza cuando se lo acerca a la nariz e inhala, más aún cuando se lo tiende a Michel sin decir nada.

—*Donc, il n'y a rien pour moi?* —pregunta, sin dejar de mirarme.

No entiendo la frase, pero sé dos cosas: que es una pregunta y que (para variar) me está vacilando. Empiezo a reconocer los movimientos de esa ceja aunque su expresión sea de seriedad mortal.

Michel me lo confirma al resucitar de manera repentina.

—Me está mendigando comida, así que, si no te parece mal, le daré un poco de mi parte al hombre de las nieves. De todos modos, aquí hay mucho para mí solo.

—Por supuesto. —Retrocedo como una cobarde, rogando que Eric no pregunte cómo lo ha llamado Michel. Un día se me escapó llamarlo «yeti» delante de mi jefe y le hizo tanta gracia que lo ha adoptado—. Bueno, me voy.

Casi he conseguido dar dos pasos cuando la voz del yeti me detiene:

—*Attends-moi. Je vais avec toi. De cette façon, tu me donnes ta poubelle.*

—Que lo esperes —es la traducción de Michel a la parrafada de Eric.

—¿Por qué?

Pero ellos ya han desaparecido en el interior del piso. Obedezco, sintiéndome un poco contrariada. ¿Es que no se da cuenta de que me incomoda su presencia? Y no es por el idioma. A veces alternamos con el inglés, pero él se empeña en volver al francés, y, de todos modos, el inglés tampoco es mi lengua materna. Además, me molesta la manera en que me mira, como si yo fuera un bicho digno de estudio.

Cuando regresan, me encuentro frente al ascensor. No es que tenga prisa, pero… tengo prisa, qué narices, y más todavía cuando los escucho discutir entre susurros. Llámame paranoica, pero me da la impresión de que es por mí. Y el ascensor no llega. Presiono el botón varias veces más, sin éxito.

Cambio de opinión y, justo cuando enfoco las escaleras, el yeti sale del piso. Michel se despide con alguna fórmula de cortesía a la que no atiendo y cierra la puerta. En cuanto siento que mi vecino me alcanza, vuelvo a cambiar de opinión.

—Prefiero el ascensor —informo al aire, dejándole el paso libre hacia las escaleras.

—*D'accord.*

Y se pone a esperar a mi lado. Y ahí nos quedamos, ambos con la vista clavada en las puertas granates, yo moviendo el pie con nerviosismo y él… él con mi envase de sopa en las manos.

Cuando el ascensor llega al fin, exhalo un suspiro. Me molesta que el vecino tenga modales suficientes para invitarme a pasar primero. Hasta en eso me parece que se mofa. Él entra detrás de mí y yo siento que falta oxígeno en el interior del habitáculo, además de espacio.

El secreto es no mirarlo a los ojos. De ese modo, no me quedaré sin habla.

Me fijo en la placa que cuelga sobre los botones. Dice que caben cuatro personas, pero al dibujar los monigotes no han tenido en cuenta al Aquaman que está a mi lado. Él pulsa el botón del segundo. Cuando las puertas se cierran, trato de no respirar el olor nauseabundo que suele desprender el interior, pero no tengo más remedio que inhalar si pretendo seguir con vida, y cuando lo hago… ¡huele bien! Como a… como a… ¿A qué huele? A algo familiar. Que emane de él me molesta, tal es mi delicado umbral de tolerancia esta tarde.

Cierro los ojos cuando oigo un carraspeo. Sé que está a punto de hablar.

—*Pourquoi tu n'essayes pas de parler en français?*

Las palabras resuenan entre las cuatro paredes.

Le frunzo el ceño a la nada.

«No mirarlo a los ojos».

«No decir "*quoi*" bajo ningún concepto».

—Usas frases rarísimas, franchute. Y tu acento… ¡Así, yo no entiendo nada! —me desahogo, observándolo de reojo.

Se lame los labios, que se adivinan carnosos a pesar de la barba.

Los labios no son los ojos, ¿no?

—*Why don't you try to speak French?* —pregunta, en inglés.

—No hablo francés porque no sé hablar francés —contesto, en el mismo idioma.

Comienza a desesperarme.

—*Why don't you try?* —insiste.

¿Que por qué no lo intento?

—Pues, porque… porque…

Espera mi contestación sin dejar de observarme atentamente.

Y sin querer… lo miro a los ojos, y la necesidad de comprenderme que leo en ellos hace que quiera ser comprendida por primera vez.

—Porque dentro de cinco meses… —comienzo, en inglés, pero su mano me detiene.

—*French, s'il-te-plaît.*

Me cruzo de brazos.

—¿Por qué tú puedes hablar inglés y yo no? —inquiero, en ese idioma.

—Yo ya conozco el francés; tú, no.

No le encuentro la lógica a tal afirmación, pero su mirada tan profunda me está provocando cosas raras. En aras de terminar cuanto antes, le obedezco para dar carpetazo al asunto.

—*Dans*… eh… *sis* meses *mois*… *je*… eh… —Hago el gesto universal de «partir» con las manos, cortando una con la otra—. *I will go.* Me iré de aquí.

—*En Espagne?*

—*Oui.*

Claro que volveré a España. ¿Adónde si no?

—Oh. —Se produce un silencio. Y luego—: *Tu peux rester ici, chercher un autre travail quand l'etablissement ferme*. Tú *ici. You can stay here, look for another job.*

—¡¿Quedarme aquí?! —Me río con horror—. ¡NO! Invierno. Nieve. *Winter and snow. Non, merci.* Estoy aquí para curarme, a modo de prueba. Después, me iré.

De todas formas, ¿qué le importa a él? ¿Por qué me importa a mí? El ascensor abre las puertas. ¡Por fin! ¿Por qué siento que hemos bajado al infierno y subido ochenta veces? Me precipito fuera de él como si hubiera escuchado un pistoletazo de salida, llave en mano.

—Bruma…

Me detengo cuando lo escucho a mi espalda.

Me muerdo el labio antes de volverme, sorprendida por lo bien que ha pronunciado mi nombre. Sé que todo mi cuerpo expresa recelo, pero no puedo evitarlo, especialmente viéndolo a él tan guapo, con unos vaqueros oscuros ceñidos y un jersey negro con cuello de pico, que se ajusta a su torso y da profundidad al azul de sus ojos; especialmente, porque yo llevo un pijama que ya era viejo en el Jurásico, voy despeinada y sin maquillar.

Quiero entrar en mi casa y desaparecer.

—*Oui?*

—*I think*… eh… yo creo… —Abro mucho los ojos. ¿Eso ha sido español?—. Yo creo tú *parles* francés. *You should try to speak French*[4]. *¿Oui?*

Que hable francés. ¿Por qué todos parecen haberse puesto de acuerdo?

—Sí, vale. —Le doy largas—. Adiós. *Au revoir*.

—¡Bruma! —Me vuelvo de nuevo, esta vez sin ocultar mi exasperación. Él me espera con la sonrisilla de suficiencia en la cara—. *Ta poubelle?*

—Oh, sí. Disculpa. *Pardon.*

En cuanto le entrego la dichosa bolsa amarilla de la basura, él me sonríe y vuelve a pronunciar esa extraña frase que no para de repetir cada vez que me ve:

—*Donc, tu viens chez moi ce soir?*

Como siempre, respondo en modo automático:

—*Oui, oui. Au revoir.*

Cierro la puerta y me acerco al calendario a tachar el día correspondiente. Después, me enrollo en el nórdico, enfurruñada.

¿Para qué iba a querer yo aprender francés? Sí, me gustaría, claro que me gustaría. Pero no voy a aprenderlo en tan poco tiempo. Además, luego volveré a España y ya no lo necesitaré más. Se me olvidará. Y parece que me estoy apañando bastante bien sin necesidad de hablarlo. Cierto que Michel y Valérie ayudan mucho, pero…

Que no quiero hablar francés, y punto.



Despierto de forma repentina, me siento en la cama, giro la cabeza y clavo la vista en la oscuridad, donde sé que descansa el reloj. Me inclino sobre la mesita de noche para cogerlo y, en cuanto me lo llevo a la nariz, maldigo con todas mis fuerzas. Es el mismo olor. A madera, a nieve, a montaña…

El reloj que me prestaron el primer día pertenece al yeti.



A las doce de la mañana, cuando salgo de trabajar, la niebla que cubría el pueblo a primera hora ya se ha evaporado. Como siempre que termino mi jornada, ahí está el enterrador. Solo que, esta vez, en lugar de desenterrando nieve lo veo encaramado a la fachada del ayuntamiento, manipulando unos cables. Michel permanece al pie de la escalerilla, hablándole desde abajo. La pala la ha dejado a varios metros de ambos, hincada en un montón de nieve, de los pocos que quedan porque ya ha comenzado el deshielo.

No sé por qué lo hago.

Supongo que tengo muy presente cada dichoso día que paso por su lado de vuelta de las termas y una palada de nieve me sobrevuela para caer a mis pies. En dos ocasiones me ha dado

en la espalda, dejándomela empapada. Y cada dichosa vez yo lo aniquilo con la mirada y él alza una ceja, como retándome. Por ese motivo, cuando la idea surge en mi cabeza, me parece divertido. Además, lo tengo todo a mi favor: no me han visto; la pala está ahí, solitaria y sin vigilancia, y el yeti acaba de bajar las escaleras y habla con Michel, con las manos en las caderas.

Quiero vengarme.

Es facilísimo. Camino despacio, agarro la pala y… guau, ¡cómo pesa! Ni siquiera consigo moverla. Debe de hallarse firmemente anclada en la tierra por debajo de la nieve. Decido probar ese movimiento que le he visto al yeti, el de empujar con el pie e inclinar el mango en horizontal, y… parece moverse algo. Aun así, es evidente que no conseguiré nada. Me detengo un momento, pensando con rapidez. A unos metros de mí, los dos hombres continúan enfrascados en la conversación; además, un coche nos separa, por eso no me ven. Me desprendo de la mochila y la coloco debajo del mango. Luego, sitúo un pie sobre el extremo, de modo que actúe como catapulta.

Es altamente improbable que el montón de nieve sobrevuele el capó del coche (el cual, por cierto, es el mío), pero por intentarlo no pierdo nada. Me río yo sola de imaginar al yeti empapado y, con esa imagen en mente, cambio el peso del cuerpo y piso con todas mis fuerzas.

Increíble. El montón sale volando.

Dibuja una parábola perfecta que cae directamente sobre…

Ningún grito sale de ninguna boca porque su cuerpo se desploma en la nieve.

Me llevo las manos a la cara por la impresión y porque… porque… ¡no entiendo qué ha ocurrido! Rodeo con rapidez mi coche y llego sin resuello hasta el cuerpo caído de Michel, junto al que me arrodillo.

—¡Michel! ¡Michel! Oh, por Dios, lo siento mucho. ¡No quería darte! —Me giro hacia el yeti—. ¿Por qué te has apartado?

No sé si le impacta más ver a su vecino en el suelo o a mí gritándole, pero reacciona al momento. Casi no le sale la voz.

—T’es folle? C’est toi qui a jeté la neige. T’es Conan o quoi? Putain, t’as tué ton chef. Laisse-moi voir[5].

Se agacha a mi lado e intenta apartarme, pero no se lo permito.

—Esa piedra iba para ti, yeti, no para Michel. ¡No tenías que apartarte! —Contemplo el cuerpo tendido de mi jefe con preocupación—. ¿Y ahora qué hacemos?

No sé por qué lo incluyo en la escena. En realidad, el panorama es entre Michel y yo. Michel, al cual le corre un reguero de sangre por la frente. ¿Por qué hay rocas en el interior de la nieve?

El yeti coloca dos dedos en su cuello.

—¿Le estás tomando el pulso? —El susto me deja sin aire en los pulmones—. No lo he matado, ¿verdad? ¿Se lo encuentras?

Lo aparto de un empujón para sustituir sus dedos por los míos, y él se frota los ojos.

—C’est la première fois que je voix un mouvement tellement vite. Je suis étoné avec le tir des espagnoles. Je pensais que le sport national étais le football, pas le tir à l’arc[6].

—No comprendo nada de lo que dices, yeti. ¡Habla en inglés!

—No inglés. *Tu dois apprendre français.*

Yo sigo concentrada en buscarle el pulso. Siento que me ha salido mi primera arruga para cuando se lo encuentro.

—Dice que estás loca y que por qué has intentado matar a tu jefe, cosa que me gustaría saber a mí también, por cierto. —Sonrío al oír la voz de Michel procedente del suelo. La alegría

que me produce ver sus ojos abiertos me afloja las piernas—. Se pregunta, al igual que yo, por qué tienes tanta puntería; los dos pensábamos que el deporte nacional español era el fútbol, no el tiro con arco, el cual ya hemos comprobado que dominas. Finalmente, dice que no te va a hablar en inglés porque has de aprender francés, algo con lo que también estoy de acuerdo. —Me quedo pensativa tras escuchar su traducción. Cuando termina, trata de incorporarse—. Y ahora, ¿podéis quitaros de encima de mí, por favor? Se me están durmiendo las piernas.

Agarro un puñado de nieve con la mano y se lo coloco en la frente.

—Un momento, esto hay que curarlo. —Cojo su propia mano y la extiendo en su frente, sobre el montoncito de nieve—. Tú sujeta aquí y traduce, por favor. Eric, ayúdame a llevarlo a casa.

No sé qué me sorprende más: que yo tome la iniciativa o que ellos me obedezcan sin rechistar.

13

El señor alcalde

BRUMA

Michel se incorpora y lo agarramos al vuelo cuando vuelve a desplomarse. Deslizamos sus brazos en torno a nuestros cuellos y renqueamos por la nieve, que a ratos es hielo, hasta llegar al portal.

—¿Queréis dejarme? ¡Puedo andar!

No me opongo cuando el yeti lo alza en volandas, a lo princesita, y así lo acarrea a través del pasillo y por las escaleras, y ni él ni yo hacemos caso de los gritos de Michel y sus amenazas, ni siquiera cuando las dice en español al ver que el francés lo ignora. En una sincronización que hasta a mí me sorprende, los adelanto por la derecha cuando mi vecino de enfrente se detiene ante mi puerta, abro con la llave y les cedo el paso; voy tras ellos para señalarle al yeti la cama, que, por cierto, está revuelta. Hago caso omiso del desorden y me centro en la herida de mi jefe. El trozo de nieve de su frente se ha derretido, pero al hacerlo ha limpiado la herida, la cual es bastante pequeña, justo al borde del nacimiento del pelo.

—¿Me puedes traer el botiquín? —pido a Eric, solo para que deje de mirar fijamente todo el desorden. Mi cuarto parece enano con él en su interior. El yeti debe de sentirse así también, porque no mueve ni un músculo, supongo que por si se choca con algo—. Está en el armario del baño.

Obedece sin necesidad de traducción y, curiosamente, acierta.

Lavo la herida con suero fisiológico y algodón, aplico un desinfectante y le coloco una gasa. La verdad, queda bastante bien. Michel se toca la cura con los dedos al tiempo que se sienta en la cama.

Yo me retuerzo las manos en el regazo.

—Tendrás que venir a que te cambie el apósito cada día. De verdad que lo siento.

—*Si tu n'avais pas commencé à jouer au lancer du disque, tu n'aurais pas à t'excuser.*

—Si no hubieras empezado a jugar al lanzamiento de disco, no te tendrías que disculpar —traduce Michel, con tono monocorde.

Doy media vuelta para enfrentar al yeti.

—¡No estaba jugando a lanzar el disco, solo quería devolvértela!

—*Elle ne jouait pas au lancer du disque, elle seulement voulais te le rendre*.

—*Oh. C'est très vengeur*.

—Eso es muy vengativo —me traduce.

—Y tú eres bastante incordio, todos los días con la palita de las narices.

—*Et toi, tu es assez casse-pieds, tous les jours avec*… eh… ¿Qué es «la palita de las narices»? ¿Es una frase hecha?

Hago oídos sordos y me encaro con el mastodonte.

—Es culpa tuya, ¿por qué te has apartado? A ti no te hubiera dado en la frente; como mucho, en el ombligo.

A pesar de que no entiendo nada, presto atención mientras Eric lanza una parrafada con expresión irónica.

—Perdón —traduce Michel. Aunque no implementa el tonito irónico, mi mente sí lo incluye— por no haberme quedado quieto esperando que el proyectil me diera en la cara. De

todos modos, sois vengativas. Yo siempre te he lanzado la nieve a los pies, no al cuerpo, porque yo no buscaba hacerte daño, no como tú.

No puedo rebatir nada porque… lleva razón. De pronto, me siento muy mal. No he sabido medir mi loco comportamiento.

—Tienes razón. Lo siento tanto. —Esta vez me dirijo a Michel.

Este se restriega los ojos.

—No pasa nada. Las españolas tenéis carácter, *c'est comme ça.*

Voy a protestar cuando el sonido agudo de un timbre nos hace brincar a los tres. No identifico de dónde procede hasta que veo al yeti salir al rellano y descolgar un auricular anclado en la pared. ¿Cómo puede ser que ni me haya fijado en que estaba ahí?

—*Allô?*

Un chirrido metálico se escucha desde el auricular. El rostro del yeti se ensombrece. Incrusta el aparato en su sitio y pasa por mi lado masticando palabras en francés, con una cara… una cara que me hace recordar por qué me caí de culo la primera vez que me topé con él de frente. No voy a mentir: vuelvo a entrar en mi apartamento con cuidado y muchas reservas. Tanto Michel como yo observamos atónitos que el yeti ha sacado medio cuerpo por fuera de la ventana y está a punto de abalanzarse sobre alguien.

—Menos mal que los franceses no tenéis carácter —señalo—, solo las españolas.

—Él es francés. Yo soy suizo.

No puedo evitar una sonrisa. A veces es tan clasista que hasta parece borde. Por suerte, ya empiezo a conocerlo.

La ventana se cierra con un estruendo y, justo después, el yeti desciende por la escalera con una cadencia lenta y amenazante que me da mal rollo, no sé por qué. Por supuesto, lo seguimos. Gruñe como un… como un… pues, como un hombre de las nieves furioso y a punto de enzarzarse con otro hombre de las nieves que le está comiendo terreno.

—*Je vais lui casser la geule. Ce gros cochon français* —farfulla, antes de salir del portal y desafiar a un tipo mayor, calvo y con un temple envidiable, que ni se inmuta cuando el yeti se le planta delante y comienza a increparlo.

Michel y yo nos dedicamos a observar desde el portal.

—¿Qué ha dicho antes? Solo he pillado algo de un cerdo francés.

Me mira de reojo antes de contestar.

—Que va a partirle la cara al gran puerco francés. El gran puerco francés es el alcalde, por cierto.

Guau. Estudio a Michel, extrañada porque haya traducido al pie de la letra. Me he dado cuenta de que jamás traduce palabrotas. Le toco la frente, por si tuviera fiebre, pero todo parece normal.

Afuera, uno señala un sitio, mientras que el otro señala otro, y ahí van los dos, el yeti y el alcalde, como delimitando un perímetro que solo ellos ven.

—¿Sabes? Lo que más gracia me hace es que un francés llame «francés» a otro francés a modo de insulto —comento, contemplando el espectáculo con diversión.

—Sí, son unos salvajes.

Empiezo a preocuparme por su aparente apatía. Michel no es el ser más expresivo sobre la faz de la Tierra, pero ahora mismo hasta Terminator parecería alegre a su lado.

—¿Tú sabes por qué pelean? —inquiero, solo para instarlo a hablar.

—Claro. El alcalde no deja de dar por saco con que su plaza de aparcamiento está ocupada y Eric le está explicando que aquí nadie posee plaza propia. El problema es que hace un año Eric

consiguió que se cedieran las plazas para los curistas, pero el señor alcalde no quiere aceptarlo y dice que ese sitio está reservado para él.

Reflexiono durante un segundo.

—No entiendo nada. Si el aparcamiento está prácticamente vacío, ¿qué más le da aparcar en otro sitio?

—Eso alega Eric. Pero el tipo insiste en que esto es como el derecho de pernada: si alguien aparca en su sitio, él se queda con el coche. Así le va al pueblo. Yo creo que otro gallo cantaría si el coche no fuera español, fíjate lo que te digo.

—¿Español? ¿Dónde hay un coche español? —No puede tratarse del coche de los Gómez, ellos terminaron la cura y se fueron.

Michel señala con la barbilla y con esa indolencia que me está poniendo de los nervios.

—Ahí.

—¿Ahí? —Sigo su mirada, pero ahí no hay nada, solo…

—Sí.

—Pero ¡ese es el mío!

—Ya. No te preocupes, Eric lo arreglará.

Me sitúo delante de él para que me mire a los ojos.

—Espera un momento, ¿están discutiendo porque tengo mi coche aparcado en el lugar del alcalde?

—Básicamente, sí.

—Joder, Michel, haberlo dicho antes. Eso tiene fácil solución.

Contesta algo que no escucho porque ya estoy caminando hacia el interior del edificio. Unos segundos después, bajo con las llaves de mi coche en la mano. Cuando paso junto a la pareja en disputa, noto que el yeti se calla.

—*Tu vas où, toi?* —inquiere, en mi dirección—. ¡Michel!

Aprieto el botón con el mando y mi Clio se enciende. Al momento, tengo al yeti y a Michel junto a la portezuela del conductor, uno sin dejarme cerrarla y el otro traduciendo las tonterías del uno.

—Que adónde vas.

—A cambiarlo de sitio, por supuesto. *Ici non, là!* —señalo. ¡Aquí no, allí!

El yeti se lleva las manos a la cabeza, pero yo paso por alto su frustración y le indico que se aparte. Estoy decidida a cambiar el coche de sitio, arranque su brazo en el intento o no.

—*La vache! Est-ce que tu peux rester sur place, s'il-te-plaît? Nous allons arriver à quelque chose.*

Al igual que en mi piso, Michel traduce, aunque no se me escapan su suspiro ni la desgana que le pone.

—La vaca —exclama, monótono—. ¿No puedes estarte quieta, por favor? Estamos llegando a algo.

—La verdad, prefiero cambiar el coche de sitio y que no os matéis en el intento.

—*Vraiment, je préfère changer la voiture de place et que vous ne vous tuez pas.*

—*Donne-moi ta clé, s'il-te-plaît.*

—Dame la llave, por favor.

Me río de su mano extendida.

—Ni de coña. A ver cómo traduces eso.

—*Elle ne veut pas.*

«No quiere». Eric se yergue.

—No vas.

—Que no vas.

—Sí voy.

—Que sí va. Espera, ¿estáis hablando en español?

La exclamación de Michel me despista, momento que aprovecha el yeti para arrancarme las llaves de la mano y… ¿ha estirado el brazo en alto? ¿Se puede ser más infantil?

Salgo del coche, me cruzo de brazos y hablo con tranquilidad:

—Eric, dame las llaves.

—*Non.*

—Eric, por favor, ¿me das las llaves?

Niega con la cabeza y yo tengo que refrenar las ganas de levantar la rodilla y… y…

—*La voiture espagnole reste ici.*

—Que el coche español se queda aquí.

Pateo el suelo con toda la madurez de mis veintitrés años.

—Maldito yeti.

Su cara cambia.

—*Qu'est-ce que tu m'as appelé?* —pregunta, con un tono amenazante que me asusta incluso a mí.

—¿Qué me has llamado?

Lo señalo.

—Tú me has llamado «vaca».

—En realidad, eso no es del todo cierto. «*La vache*» solo es una expresión, no iba dirigido a ti —lo defiende Michel.

Me muerdo el labio y… apelo a su compasión al ponerme a suplicar:

—Eric, por favor, dámelas. No quiero tener mi coche en un lugar donde no le corresponde, ya bastante fuera de lugar me siento aquí. Mira, yo no soy así, ¿vale? No soy como tú, a mí los conflictos me afectan. Me siento mal y… Por favor, déjame que cambie el coche de sitio. Por favor.

Conforme hablo, Michel traduce. El rostro de Eric se ablanda. Sé que me las va a dar. Mi discurso lo ha conmovido, lo intuyo en el cambio de su expresión, en el hundimiento de sus hombros a medida que asume quién soy: la chica mediocre y asustadiza, la que no sabe enfrentarse a su madre ni a su novio. La que cede ante *todo* para que *todo* esté contento.

Suspira con resignación antes de clavar los ojos en mí y hablar muy despacio, como queriendo recalcar cada palabra.

—*Je m'en fou*. Tú no triste. *I know.*

Y se guarda la llave antes de dar media vuelta. Me quedo observando cómo su espalda se aleja, sin saber qué demonios ha pasado. ¡Con Simon siempre funciona! ¿«*Je m'en fou*»? Es una de las primeras frases hechas que me ha enseñado Michel. Significa 'me la pela'. ¿En serio? Michel se revuelve incómodo a mi lado.

—Ehm… dice que no le das pena.

Cuando escucho la traducción, me indigno.

—¡Lo he entendido! —me sulfuro, antes de partir detrás de él y pasarme una hora aporreando su puerta.

Pero nunca abre.

—¡Cobarde *cochon* francés! *Do-nne-moi-mes-clés* —pronuncio (para mi sorpresa) en un francés muy decente.

—*Quoi?* —«Cuac», llega del otro lado, seguido de risas.

Llego a arrojar una zapatilla contra su puerta, pero el cavernícola del vecino no me abre. Esa misma noche, en mi apartamento, hago lo que me había prometido no hacer: enciendo el ordenador y compro un curso de francés. Por mis ovarios españoles que voy a aprender, aunque solo sea para poner al abominable en su sitio.



Si soy capaz de enfrentarme a la mula francesa y de aprender a hablar con la garganta, soy capaz de todo.

El día que pongo por primera vez un pie en la *boulangerie* es el primer martes de mayo. Las palabras que tan bien he ensayado bailan bajo mi lengua, junto con las letras y la pronunciación.

—*Je voudrais un pain, s'il-vous-plaît.* —Porque no puedes moverte por Francia sin el «por favor». Es su ley.

La tendera de mejillas como manzanas me sonríe.

—*Finallement tu oses entrer! On s'est demandé quand est-ce que tu le ferais. Un pain grand, un demi-pain ou une baguette?*[7]

Me desinflo. La escalera parece alargarse hasta el infinito. Jamás lo conseguiré.

Estoy a punto de salir con las manos vacías cuando la tendera repite la pregunta, esta vez señalando cada tipo, y yo la comprendo, pero siento que hago trampas. No me soporto cuando estoy en este plan; cuando la perfeccionista, la tenista que lo ganaba todo y que se extinguió hace casi nueve años, hace su aparición. Lo cierto es que vivo más feliz sin objetivos a la vista.

Señalo el pan de cien gramos y, a pesar del bache anterior, trato de considerarlo un éxito.

14

La *kiné* española

ERIC

—Te fuiste hace siete meses, Eric. ¿No crees que ya es hora de volver?

—Volveré —le aseguro a mi madre a través de la pantalla del ordenador. La Abadía es mi vida, ¿cómo no voy a volver? Por mucho que aquí haya encontrado un lugar muy afín a mí, soy incapaz de fallar a mi familia—. Solo necesito tiempo.

Para que mi hermano recapacite.

—Si es por esa chica que dice ser tu prometida… —comienza. Me sorprende y preocupa que la nombre. Pensaba que, con mi partida, Emerson habría olvidado su obsesión por mí. Indago brevemente. Al parecer, ha estado preguntando por mi paradero y haciendo tonterías para llamar mi atención.

—No es por ella. —Mi madre no me conoce si piensa que una mujer con problemas mentales podría mantenerme alejado del lugar que más amo.

Cuando por fin colgamos, miro por la ventana, maldiciendo a mi hermano por negarse a regresar. Daniel está demostrando ser más tozudo incluso que la española.

La española…

Esa criatura que de primeras me pareció insegura y temerosa ya no me lo parece. Mi primera impresión ha ido cambiando y ahora me resulta tan… tan… Busco y busco la palabra sin encontrarla. ¿Divertida? ¿Frágil? No, frágil no es, aunque se esfuerce por parecerlo.

Pensar en ella me anima.

Sin saber por qué, me sitúo frente al espejo, dudando si afeitarme la barba o no. Aquella barba cuidada con la que llegué aquí a finales de octubre no se parece a la mata que ahora mismo recubre mi cara. Michel tiene razón. También tendría que cortarme el pelo. Supongo que este lugar agreste invita a dejar que la naturaleza haga con mi cuerpo lo que le dé la gana.

Me detengo ya con la cuchilla en una mano y las tijeras en la otra. De pronto, un recuerdo me hace retroceder. «¡Maldito yeti!». La españolita me llama «yeti», ¿te lo puedes creer?

Suelto los utensilios sobre el lavabo y sonrío al espejo, restregándome la barba espesa con las manos. Me molesta y pica de cojones, pero ni loco me la afeito ahora.

Como invocada por mi pensamiento, escucho su voz en el rellano.

Camino despacio por la moqueta y me quedo quieto detrás de la puerta.

—Quieres que llame al telefonillo y entretenga a Eric cuando baje. ¿Es eso? —inquiere Marise, en francés.

—Sí. Yo entro a su casa. Cojo mi llave.

—De tu coche.

—Sí.

—Y ¿por qué tiene Eric las llaves de tu coche? —Eso. Explícaselo.

—… larga historia… ladrón. Me ayudas, ¿verdad, Marise?

—Bueno. Pero solo esta vez.

No puedo evitar que una sonrisa ladina se abra paso en mi cara. Animado, despego la oreja de la puerta y me acerco a la ventana desde donde se divisan las montañas de fondo. Son tan altas que intimidan, sobre todo porque sus cumbres sobrepasan las nubes. Las admiro de la misma forma en que la españolita me miró el primer día, sentada sobre su trasero: con una

mezcla de terror y embeleso que no me molestó del todo.

Aunque el temor se le está evaporando rápidamente. Cada vez se vuelve más osada, y aquello que pensé, que era «sosa» como las sopas que prepara, empieza a ser cuestionable.

Me encanta haber estado equivocado.

Un nuevo golpe en el pasillo me saca de mis reflexiones.

He entendido la esencia de la conversación. Por eso sé que tratan de recuperar las llaves de su coche, las cuales, por cierto, nunca conseguirá. No soy un capullo, simplemente llevo demasiado tiempo aburrido, y ahora… digamos que ya no tengo ganas de meterme en la Chevrolet y aferrar a mi hermano por el cuello de su camisa de marca para arrastrarlo a La Abadía.

Y es que Bruma ha estado maquinando las absurdeces más profundas durante las últimas dos semanas con el propósito de recuperar sus llaves. ¿Lo malo? Que ella no lo sabe, pero ha estado a punto de conseguirlas en dos ocasiones. ¿Lo bueno? Que me ha hecho reír como nunca. Aunque eso tampoco lo sabrá jamás. Me mostré severo, me burlé y, finalmente, me encantó intimidarla. Considérame loco, pero me da la sensación de que es lo que ella busca. Que la obligue a encararme. Pero, sobre todo, que no me enfade. Lo he visto tras las primeras conversaciones; su hermetismo. Como un caracol resguardándose en su concha. Más tarde me di cuenta de que reacciona cuando la pinchan. El secreto es la sonrisa, ya sea sincera o burlona. Por alguna razón, la sonrisa le da confianza para soltarse y hacer cosas que, me parece a mí, no hubiera hecho bajo enfado o la amenaza de una crítica.

Bruma es un cubo de Rubik.

Y yo adoro los rompecabezas.

La primera vez que la vi trabajar en las termas, me costó reaccionar. No entendía qué hacía metida en la piscina cantando y brincando de un lado a otro al ritmo de… ¿qué era esa música?

—¿Por qué están todos los clientes pegando saltos? —pregunté a Hélène cuando se situó a mi lado.

Parecía haber una coreografía que todos conocían. Brazos arriba, abajo, pasos a un lado y luego al otro. Giro. ¿Giro? Sería un milagro si alguno no se le ahogaba, aunque había que darles crédito, porque todos y cada uno intentaban seguir el ritmo como si les fuera la vida en ello.

—Es marchosa, ¿verdad? Dice algo así como: «Te aviso, te anuncio». Se le ocurrió a la *petite kiné espagnole*. Michel le consiguió el aparato y ¡qué acierto! No veas cómo les gusta a los curistas. También les hace juegos con la pelota y los obliga a moverse. Además, ella participa, y dicen que eso los motiva. De hecho, deberías controlarlos. A veces se cuelan en sus clases de gimnasia, aunque no sea su turno, y ella no pasa lista.

Tenía razón, en la piscina había *overbooking*. ¿Qué había hecho la españolita con los señores reservados que acudían aquí cada año a relajarse y mover, como mucho, los dedos del pie?

Que la llamaban «*petite kiné espagnole*» yo ya lo había escuchado. Un apodo que le va como anillo al dedo, por cierto.

—¿Qué te parece? —inquirió Michel, que acababa de llegar.

De pronto, la canción terminó y presencié algo que me hubiera encantado compartir con mi abuelo: los clientes aplaudieron. Uno vitoreó. Franceses aplaudiendo por una gimnasia rutinaria y bailando música latina en una sesión de cura termal.

—Entonces, ¿no la despedimos? —Michel arqueó una ceja con gesto divertido y yo me fui de allí meneando la cabeza incrédulo.

El tono estridente del timbre de mi apartamento suena desde el pasillo y, automáticamente,

una sonrisa se me dibuja. No una sonrisa complaciente, ni una sincera. Una sonrisa de emoción por la caza.

Debería estar poniendo orden en mi vida. Debería devolver la llamada a Thomas, rogar a Daniel que entre en razón, tener una última conversación con Emerson que deje las cosas claras y a ella, fuera de mi vida para siempre.

En lugar de eso, me echo la camisa de cuadros sobre los hombros y me dirijo a la puerta.

15

Soy un orgulloso ermitaño

MICHEL

Mi teléfono suena y descuelgo el fijo al comprobar que se trata de mi prima. En cuanto termino de escuchar su perorata, le paro los pies.

—No.

—Claro que sí.

—He dicho que no. —Voy a matar a mi prima—. No. Aquí no hay espacio para dos personas. Vivo solo porque esto es muy pequeño.

—Tienes un perro.

—Tenía. Murió. Además, un perro no usa la ducha ni come de la nevera. A no ser que lo que tengas en mente sea que le ponga a tu amigo un platito de Friskies y lo saque a pasear para que haga caca.

—Si ya no tienes perro, entonces hay sitio para un inmigrante. Además, es mi novio, Michi, no mi amigo; ten compasión. El chico necesita un techo para vivir.

—¿Y por qué no lo acoges tú?

—Conoces a mi madre. Sabes que nos echaría a los dos, y yo no tengo trabajo. —Muy a mi pesar, he de admitir que tiene razón—. No seas cruel, no te pega. Además, será temporal. De todos los primos, eras tú el que recogía a los perros abandonados. ¿Qué te ha sucedido?

«Que me convertí en un orgulloso ermitaño».

—Sobre mi cadáver —le advierto.

—¡Genial! Solo serán unos meses. En serio, Michel, no sabes cómo te lo agradezco.

—Ni lo sueñes.

—Te llamaré en cuanto tengamos su billete. ¡Te requiero!

—*Putain.*

No me lo puedo creer. Pulso el botón de rellamada, pero ha apagado el móvil.

Me pongo el abrigo y bajo por las escaleras. ¿Compartir casa? ¿Yo? ¿Con un chaval? Cubano, para más inri. Que no tengo nada en contra de los cubanos, pero he estado en Cuba. Cuando un cubano dice: «Ya vengo», lo que en realidad quiere decir es: «Ya iré», y lo peor es que no aparece nunca. Ojalá sea así.

Aparto el tema del inmigrante y golpeo con los nudillos la puerta de Bruma. No escucho ningún ruido procedente del interior. Tal vez llego muy pronto… o muy tarde. Tal vez el vecino de enfrente se me ha adelantado, aunque… no. Imposible.

Comienzo a impacientarme, hasta que por fin la puerta se abre, no sin cierta pereza, y una Bruma con el pelo revuelto y los ojos sin abrir del todo frunce el ceño al verme.

—¿Michel? ¿Qué haces aquí? ¿Me he dormido? —Se sobresalta.

—Tranquila, es sábado. Solo vengo porque nos vamos a comer a la *crêperie.*

—Genial. Pues, pasadlo bien.

Me da tiempo a interponer el pie antes de que cierre.

—Tú también vienes —le aclaro. Se acabó lo de pasar sola los fines de semana. Me da igual esa enfermedad rara que dice padecer. No entiendo por qué razón es imprescindible que permanezca sola y encerrada para afrontar el miedo a la soledad, pero me duele el corazón cada sábado y cada domingo. La imagino metida dentro de un armario y no puedo soportarlo.

Mientras ella se cambia de ropa, ordeno su cuarto. ¿Ves? Sería imposible para mí compartir mi casa, moriría de un ictus al verla siempre desordenada. No voy a compartirla. Punto.

Después de un rato, convenzo a Bruma y consigo arrastrarla hasta la *crêperie*. El rugido de sus tripas al oírme hablar de los *crêpes* ayuda. He elegido metódicamente la hora.

Nada más atravesar la puerta del local, comenzamos a quitarnos capas de ropa. El aroma a chocolate y canela inunda el espacio, así como las voces apagadas de la clientela y la música francesa de fondo. Saludo a Valérie y a Claude, que la regentan, y señalo la mesa que nos reservan a Eric y a mí todos los sábados.

La rutina me reconforta; me hace sentir en casa. En una casa silenciosa, limpia y ordenada, por supuesto. En mi ensoñación no hay cabida para un tipo que va de un lado a otro. Y menos aún, un adolescente. ¿En qué coño está pensando mi prima?

Los pasos de Bruma titubean.

—Ehm…, Michel, esa mesa está ocupada —me indica por encima de su hombro.

—Claro, por Eric. Tú sigue, no nos dirá nada.

Eric se ha sentado de espaldas al local, como siempre. Avanzo y me hago con la silla que queda frente a él. Bruma me sigue y se sienta a mi lado, con una perfecta actitud desenfadada. Tengo ganas de poner los ojos en blanco cuando Eric finge dejar de masticar y nos mira fijamente con gesto agrio, cosa que no entiendo, porque ya le comenté que traería a la española y le pareció bien.

—¿Qué haces aquí? Esta es mi mesa. —Se dirige a Bruma—. ¿En serio tienes que sentarte conmigo? Mi piso, mis termas, mi mesa… Eres como el fantasma de Canterville, te me apareces por todas partes.

Ladeo la cabeza para advertirlo de que se está pasando, pero él solo tiene ojos para Bruma. Traduzco a regañadientes.

—Oh, ¿te molestamos? ¿Te tapamos el paisaje y viciamos el aire a tu alrededor? —Esta gesticula.

Mi jefe la mira con rencor mientras traduzco.

—No me molestáis.

Abro la boca, pero Bruma lo ha pillado a la primera.

—*Tant pis* —pronuncia. «Qué pena».

—De hecho, las vistas acaban de volverse interesantísimas —le devuelve Eric. Antes de que a Bruma le dé tiempo a sonrojarse, el otro sonríe de manera ladina—. Me refería a Michel, por supuesto.

La mirada asesina de la *kiné* se esfuma tan rápido que no tengo claro si la he imaginado.

—Por supuesto. ¿A quién podría no gustarle Michel? Es el tío más guapo que conozco.

Me mantengo impasible, porque si hablo… si hablo… A la mierda.

—Si piensas que yo soy guapo, el día que Eric se quite la barba vas a caerte redonda.

No miento, pero, por alguna razón, Bruma alza las cejas y rompe en carcajadas, como si fuera el comentario más divertido del mundo. Eric la observa con sorpresa, primero, y luego… ¿incómodo?, ¿violento? Suspiro, y me detengo a reflexionar sobre mi jugada, preguntándome por primera vez si he hecho bien al traer a Bruma. No porque me caiga mal, todo lo contrario, sino porque, cuando estos dos se juntan, dejan de ser dos para convertirse en un solo ente en un mundo donde los demás sobran. Si no me necesitaran de traductor, estoy seguro de que me irían desplazando con la fuerza de sus mentes. Menos mal que tengo una seguridad en mí mismo tan aplastante que nunca sentiré que sobro.

Mucho menos, aceptaré imposiciones. Ni siquiera entiendo qué clase de confianza se ha tomado mi prima para pedirme algo así. Voy a tener que decirle cuatro cosas.

Reconecto con la conversación al notar un cambio en el tono. Mis acompañantes parecen a punto de discutir. Cuando voy a apaciguar el ambiente, tomo consciencia de forma súbita de que están hablando en *frenchglish* (el uno) y en *frenchspanish* (la otra) y… ¡se contestan! Salvo alguna intervención mínima por mi parte, se entienden, a pesar de hablar a lo indio. Ya supone una novedad que la dulce Bruma encare a alguien, teniendo en cuenta su carácter pacífico, pero que lo haga medio en francés medio en español me insta a entrecerrar los ojos. ¿Se está adaptando? Y con una rapidez pasmosa para alguien que remoloneó tanto antes de decidirse a venir.

—¿Qué os pasa? —tercio. Esto empieza a asemejarse a un partido de tenis. Bruma se encoge de hombros.

—Nada. Que el otro día me colé en su casa sin que se enterara y lo pillé a punto de ver porno en el ordenador.

—No digas tonterías —se defiende él—. No iba a ver porno, iba a trabajar.

Igual que el cubano se quiere colar en la mía. Mi prima ha perdido la cabeza si piensa que lo voy a consentir.

16

La *boulangerie*

BRUMA

Salgo de las termas y camino tranquilamente sin dejar de repetir el último verbo del curso de francés. Llevo cinco semanas con él y, a mi parecer, he avanzado bastante, por eso entro en la *boulangerie* con gesto confiado, efectúo mi pedido habitual y espero mientras la panadera de mofletes de Heidi me lo prepara. De forma meditada, mis ojos se desvían hacia la esquina, hacia la presencia silenciosa de la anciana sentada en la mecedora junto a la estufa de gas. Sé que es la abuela de la panadera y que no puede caminar, pero desconozco la razón. En una ocasión la vi trasladarla de la mecedora a una silla de ruedas con la ayuda de Eric. No me atreví a intervenir, pero llevo desde entonces dándole vueltas.

El local está vacío y a punto de cerrar. Es ahora o nunca.

Me armo de valor y me acerco vacilante a la panadera.

—Ehm… *Je voudrais voir grandmère?* —Pronuncio la frase con cuidado. «Me gustaría ver a su abuela». La chica comprende al instante y, aunque con algo de recelo, me acompaña hasta donde está la señora. Se agacha a su lado, cogiéndole la mano, y yo espero, mientras le dice algo en francés, a que me dé permiso, momento en que me agacho de frente.

—*Bonjour, madame* —saludo.

—No habla mucho —se excusa la chica, en francés.

—En realidad, *moi non plus*. —Yo tampoco. Sonrío antes de señalar la manta de lana que le cubre las piernas—. ¿Puedo? *Je peux vérifier vos pieds?*[8]

He ensayado algunas palabras para cuando llegara este momento.

—*Bien sûr.*

Doblo la manta y la dejo a un lado antes de levantarle a la anciana la falda de lana. Se me encoge el pecho al descubrir uno de los pies amputados a la altura de la articulación calcaneonavicular.

—*Pourquoi?* —pregunto, señalándolo. Cuando me responde: «Diabetes», asiento con la cabeza; es la causa más común.

Vuelvo a pedir permiso, y al obtenerlo, avanzo la mano para tocar la piel del muñón, que está caliente y un tanto pegajosa en la cicatriz. El resto de la pierna está hinchada y… Levanto un poco más la falda y hundo ligeramente el dedo en la piel hasta que se forma la fóvea. Sí, la otra también. El edema llega hasta las rodillas, las cuales, a pesar del sedentarismo y la mala circulación, no presentan signos de inflamación. El problema de no tratar los edemas como corresponde es que pueden llegar a colapsar el sistema circulatorio.

Esta mujer necesita terapia.

Bien. Una cosa es ver el problema y otra muy distinta, explicárselo a la nieta. En francés.

Me pongo de pie tras colocar la manta en su sitio e intento hacerme entender con la chica. Rebusco las palabras en mi cabeza, pero no consigo que ninguna salga por mi boca. ¿Por qué resulta tan fácil con el abominable y tan difícil con los demás?

—*Je voudrais* eh… *massage* a su *grandmère*. ¿Puedo? *Je peux?* —«¿Podría darle un masaje a su abuela?», trato de decir. No sé si he pronunciado bien, menos aún cuando la chica me mira dubitativa.

—Es la hora de comer —replica, nerviosa. Entiendo. Vale. La una, en esta parte del

planeta, es la hora límite para digerir la comida. Además, el drenaje linfático es un proceso muy lento.

—Vale. OK. *Donc…* ¿mañana? *Demain?* A *l'après-midi*. —Mañana después de comer. «*L'après-midi*» aquí es la hora de la siesta en España.

Niega con la cabeza y me revuelvo en el sitio, contrariada. Esas piernas hay que tratarlas.

Una fuerte determinación anida dentro de mí. Creo que es la primera vez que la necesidad de aplicar mis conocimientos se manifiesta de forma tan intensa. Decido que voy a tratarla cueste lo que cueste.

Además, creo que puedo conseguir que la señora camine de nuevo.

Si el abominable me devuelve las llaves de mi coche.

Evalúo a la nieta. Tampoco quiero ser drástica; a nadie le gusta que lo amenacen con otra amputación, pero la diabetes hay que cuidarla.

—Vale. *Donc… À midi et demi? Seulement* media hora, *demi-heure*. ¿Está bien? —pruebo de nuevo, conteniendo el aliento.

—*Ça marche!*

«*Ça marche!*». ¡Eso es que sí! ¡Bien! Solo tengo que darme prisa para recoger en las termas y salir un poco antes.

Una paz insólita me invade. Hasta que me doy cuenta de que la panadera me está preguntando el precio. OMG. Me apresuro a negar con la cabeza.

—*Non! Non. Rien*. No pagar nada. ¿OK? *Tu comprends?* —Es importantísimo que sepa que no lo hago por dinero.

Asiente, aunque no parece muy convencida. Me voy de ahí antes de que cambie de opinión.

Esa misma tarde, busco a mis últimos pacientes en las termas y, con su permiso, los reubico a primera hora, para poder quedar libre a las doce y veinte. Los horarios que prometieron son bastante flexibles, suelen ampliarse en función del flujo de pacientes. Afortunadamente, esta semana estoy más libre. Aun así, mi acuerdo con la panadera me obliga a levantarme a las seis de la mañana, pero merece la pena si así puedo tocar esa pierna.

No contaba con coincidir con él en el rellano. Lleva ropa deportiva, el pelo rubio recogido en un moño apretado y las gafas de sol en lo alto de la cabeza, pese a que todavía es de noche. Nos topamos nada más cerrar nuestras respectivas puertas, sorprendidos de encontrarnos frente a frente, y bajamos juntos la escalera.

—¿Adónde vas tan pronto? —pregunta, en esa mezcla de tres idiomas que he bautizado como *espanglishfrench*.

Barajo no responder debido al último altercado en la *crêperie*, por el que aún sigo molesta, pero ando medio dormida.

—A trabajar. —Bostezo— ¿Y tú? Porque digo yo que a algo te dedicarás además de correr como si te persiguieran por la montaña.

Por un momento, creo que no me ha entendido.

—¿Me estás preguntando a qué me dedico, española? ¿En serio?

—Eso es. Aparte de tirar basuras ajenas, despejar los coches, robar llaves, pasearte por las termas cuando te aburres y personarte en las casas de los vecinos para hacer chapuzas, a algo te dedicarás, digo yo. ¿No decías hace un momento que te disponías a trabajar? ¿O es que al ordenador se le ha caído un tornillo? —Me río y todo.

Él, no. Él me mira raro.

—Soy el dueño de las termas. —Se toca el pecho, ofendido.

Oh. Que el yeti roballaves tiene un corazón. Espera, ¿qué ha dicho?

—¿De las termas?

—Claro.

—¿Tú eres Monsieur de Sauternes?, ¿el que firmó mi contrato?

—El mismo.

Joder. Y yo llamándole yeti. A mi jefe.

Ni siquiera sé qué decirle. ¿Tengo que empezar a hablarle de usted? ¡Ni muerta!

Afortunadamente, las luces de las termas se han encendido y ya hemos alcanzado la puerta de la *laverie.* Voy a decirle adiós con la mano cuando pregunta:

—¿Por qué entras tan pronto? No empiezas hasta las siete y media.

No sé qué pensar de que conozca tan bien mi horario. Me digo que es normal, al ser el dueño.

—He reubicado a algunos pacientes para poder salir antes. Michel me dijo que podía.

—¿Por qué necesitas salir antes?

—Tengo unos asuntos importantes.

—¿Qué asuntos? —Se detiene con los brazos cruzados a la altura del pecho. Un pecho musculado. Aparto la vista como si quemara. Por fortuna, ya hemos alcanzado la puerta de la *laverie.*

—Asuntos que no te interesan, yeti. Además, sigo enfadada contigo. *Bye, bye!* —me despido, diciéndome que es mejor que crea que mi irritación se debe al rapto de mis llaves y no a que soy incapaz de apartar la vista de su cuerpo. Debería estar prohibido estar tan bueno.

«Bruma, que acabas de hacerle un desplante a tu jefe. Un poco de humildad».

En cuanto termino el último masaje de la jornada, no me demoro. Me cambio de ropa y echo a andar al tiempo que me enfundo en el plumífero. Accedo a la *boulangerie* con la respiración acelerada de correr, sonrío a la panadera y señalo a su abuela sin querer sostenerle la mirada, no sea que se haya arrepentido. Alcanzo una caja, me siento sobre ella y, con mucho cuidado, coloco la pierna derecha de la señora sobre mi regazo.

—*Bonjour, madame, ça va?* —Aguardo un momento y, al no obtener respuesta, continúo en español, más para tranquilizarme a mí misma que para ella—: Vamos a ver este tobillo. Muy cómodo no debe de ser, ¿no? No se preocupe, que esto no duele y notará mejoría de inmediato.

Continúo enlazando tonterías mientras masajeo levemente la piel. Cada vez que un cliente entra, le pregunta a la panadera qué estoy haciendo, y ella responde con orgullo, cosa que me serena y me permite ir todo lo despacio que el drenaje linfático manual requiere. Media hora después, le enseño a la mujer unos movimientos de tobillo y rodilla para que me imite. Al principio no responde, pero, después de que yo haga mucho el ridículo, sus ojos se enfocan y lo hace, me imita. Le sonrío para animarla.

Antes de irme, le doy indicaciones a la panadera de la manera más autoritaria que puedo.

—Esto, aquí, no. La estufa tiene que estar lejos, ¿de acuerdo? Más lejos. —*Chauffage, loin.* Separo la estufa de las piernas de la anciana y, a continuación, pido un cojín. *Coussin*. Esto es más fácil de lo que esperaba.

La chica me hace acompañarla al almacén. Me sorprende descubrir que, más que un almacén, es su vivienda y la de su abuela. Señala el sofá y escojo uno de los cojines, de consistencia media. Luego, volvemos a la panadería.

—Cloé —dice la panadera, señalándose.

Sonrío al verla palmearse el pecho, tal como hice yo con el yeti.

—*Moi, je m'appelle Cloé.*

—*Moi,* Bruma.

—*Non. Toi, kiné.*

Antes de irme, me despido de mi paciente y, para mi sorpresa, la señora responde:

—Adiós, *kiné*.

En español. Solo una palabra, pero la sonrisa arrugada que la acompaña no tiene precio.

—Oh, no sabía que hablaba español.

—Es española —atina a decir Cloé, pero la congoja en su voz no le permite añadir más. No sé qué ha ocurrido, pero parece ilusionada y a punto de echarse a llorar, todo a la vez.

La dejo en la panadería. Mientras me marcho, pienso que prefiero mil veces que me llamen «*kiné*» que «Brume».

Por suerte, ya me quedo con ese nombre, tanto para ella como para el resto del pueblo, que, desde ese día, pierden la vergüenza para detenerme en mitad de los paseos, en las termas o en la misma *crêperie*, para explicarme lo que padecen y pedirme tratamiento, llegando incluso a esperarme al final de mi jornada para que los trate.

Me veo obligada a anotar en el calendario las citas que doy a cada uno de mis nuevos pacientes cuando empiezan a ser numerosos.

Un día cualquiera, al salir de la *boulangerie* después de tratar a la abuela de Cloé, respiro hondo ese aire de montaña que empieza a tener significado para mí y me acuerdo de mi madre. Pienso en lo orgullosa que estaría de mis progresos. En que me gustaría contarle mis avances. En realidad, empieza a pesarme cada tarde que el móvil fantasma aparece ante mi puerta y yo no tecleo su número. Me pregunto si habrá intentado localizarme en mi móvil hecho añicos, y esa posibilidad me mata.

Y luego recuerdo que ella me echó de su lado. «Bruma, me voy de crucero. Necesito soltar lastre. Pretendo vender la casa. Tú… tú puedes aceptar esa oferta de la que me ha hablado Simon, ¿verdad?». Que hundió a propósito el último bastión de mi vida, lo último a lo que me aferraba para mantenerme a flote, y las ganas de llamarla se diluyen en el día a día.

BRUMA

Años atrás

Sesión 3

—¿Ya ha llegado? —preguntó, antes incluso de que yo tomara asiento.

Parpadeé lentamente.

—No.

—¿Seguro?

—Sí.

—Bueno. Hablemos de ese chico al que dices que has conocido.

—Yo no le he hablado de ningún chico.

—No, pero deberías haberlo hecho. Tu madre está preocupada. Dice que no lo conoce.

—Se lo presentaré.

—Estoy segura de que eso la aliviará. ¿Qué te parece si me hablas de él? ¿Cómo lo conociste?

—En realidad, lo conozco desde siempre. Se llama Nacho.

Un rato después, me observó con preocupación.

—Bruma…, no creo que sea el mejor momento para iniciar una relación sentimental con nadie. Tu vulnerabilidad ahora mismo está en lo más alto. Eres como un pollito recién nacido, para que lo entiendas. Lo que necesitas es una estabilidad que venga dada por tus seres queridos y por mí. Únicamente.

Más bien como un perro apaleado, pensé, antes de sacarla de su error.

—No es sentimental. Solo somos amigos.

—Oh. Bien. Te pueden venir bien los amigos. Solo ten cuidado y mantenme al corriente.

El rescate de Bruma

BRUMA

Antes de salir al rellano, me recojo el pelo y me pinto los labios. Luego, golpeo la puerta del vecino con los nudillos. Todo el valor que me ha traído hasta su felpudo se esfuma cuando escucho pasos al otro lado. De repente, siento la necesidad de esconderme como una cría (o como una empleada de su jefe… Tengo que dejar de pensar en él de esa manera). Me obligo a permanecer en el lugar, diciéndome que tengo dos buenas razones: una, devolverle su móvil y que de ese modo sepa que sé que es suyo.

Lo admito, la curiosidad me ganó. No pude evitar activar los datos, abrir la aplicación de WhatsApp y husmear. Jamás habría imaginado la cantidad de mensajes y notificaciones que entraron. No sé cómo no quemaron el sistema. A duras penas logré controlarme para no leerlos todos, pero pude captar el nombre de Eric en varias de las burbujas que iban emergiendo. Eric por aquí, Eric por allá. Un tal Daniel parecía medio desquiciado por contactar con él.

El otro motivo: que es viernes y tengo que ir con urgencia a Pau, para lo cual necesito mi coche, cuyas llaves todavía no me ha devuelto.

Y si para eso tengo que enfrentar al abominable, que así sea.

Lo primero que veo cuando se abre la puerta son los pantalones negros de deporte. Estos no se los había visto nunca, todo sea dicho. Luego, la camiseta, pegada a unos músculos apretados que no dejan espacio para grasa alguna. Entre el amasijo de barba me fijo en la boca seria y la mirada más penetrante y severa que me ha dedicado nunca. Me parece más grande y amenazante incluso que en mis recuerdos, aunque trato de esconderlo. Cuando nuestros ojos se encuentran, ya no me acuerdo de lo que iba a decirle.

Me quedo ahí, retorciéndome los dedos, incapaz de hablar. ¿No puede empezar él? ¿Tiene que quedarse quieto, en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y esa expresión de: «Me lo debes todo» que tanto me impone?

Sin pretenderlo, una imagen acude a mi mente: Eric con su pelo rubio oscuro recogido en un moño en lo alto de la cabeza y acariciándose la barba frente al espejo. «Mierda de barba», creo que dijo, mientras se la recortaba alrededor de la boca con unas tijeras pequeñas. Yo, escondida en el *toilette* con solo una rendija abierta, el día que me colé en su casa. Maldita Marise, ¿es que no comprendió el significado de: «Entretenlo»? No me había dado tiempo ni a comenzar a buscar las llaves, por lo que estaba encerrada y, lo que es peor, sabiendo que no podría escapar sin ser vista. Tras sopesar mis opciones, decidí que la mejor defensa siempre es un buen ataque, de modo que me inventé lo del porno en cuanto se sentó frente al ordenador.

Una capa de rubor tiñe mi piel al pensar en Eric y porno a la vez, aumentando mis dificultades de habla.

Entonces, eleva una ceja y su expresión burlona hace aparición, momento en que recupera su tamaño normal frente a mis ojos y yo vuelvo a tener dominio sobre mis cuerdas vocales.

—Necesito ir a Pau. O me devuelves mis llaves o me llevas tú. Elige.

No sé qué responde, puesto que una música estridente asciende hasta nuestra planta. No es la música en sí, sino la voz que la acompaña la que me hace olvidarme de todo. Eric y yo nos miramos confusos un instante, tras el cual el rictus de mi cara cambia. Lo noto. Tanto que tengo que taparme la boca con las manos a causa de la emoción. Las lágrimas brotan de forma

instantánea. Y luego echo a correr escaleras abajo, sin poder creer lo que escuchan mis oídos.

Casi trastabillo con mis propios pies mientras mi cerebro lucha por asimilar la escena que encuentro en el aparcamiento: un Ford Focus azul vacío con todas las portezuelas abiertas y la canción *Crazy in love*, de Beyoncé, sonando a todo volumen por los altavoces; Simon bailando como si, en lugar de en el pueblo más frío de Francia, estuviera en el interior de Pachá. No tarda en rodearme para que baile con él.

Siento sus manos tratando de marcarme los pasos , pero no puedo más y lo apretujo mientras lloro como una catarata. Dios, ¡cuánto lo he echado de menos!

—¿Qué haces aquí? —pregunto, con la cara enterrada en su cuello.

—Vengo a rescatarte. ¿No dijiste que había un ser mítico? Llevo semanas planeándolo. En cuanto vi el primer sábado con sol en la montaña de Mordor, despejé mi agenda y aquí estoy.

Aspiro mis mocos cuando Simon me separa de él.

—Oye, ¿estás bien?

Le sonrío y vuelvo a abrazarlo.

—Fenomenal. —Lo estoy. Sobre todo, ahora que está aquí.

Mi amigo me observa con detenimiento.

—¿Por qué llevas los labios pintados?

Al lamérmelos, recuerdo mi encuentro frustrado con el yeti. Se me escapa una mueca.

—Iba a enfrentarme a mi vecino y recordé algo que decía mi abuela: que ir sin pintalabios es como ir desnuda; nadie quiere enfrentarse a un enemigo yendo desnudo, ¿no? —confieso.

—No. A no ser que estés pensando en un final diferente. ¿Está bueno el vecino en cuestión? Tal vez no te vendría mal un final feliz, para variar.

—Simon…

—¡¿Qué?! Ahora eres una mujer soltera, ¿no?

Ese «¿no?» va cargado de intención y de advertencia. Me veo obligada a aguantar el tipo bajo la inspección de la persona que mejor me conoce. Vacilo.

—Supongo que sí. Y no quiero ningún tipo de final, aquí solo hay principios.

—¡Esa es mi chica!

Lo ayudo a sacar las maletas. Simon apaga la música y cerramos el coche antes de dirigirnos hacia el portal sin dejar de parlotear.

Mi amigo me pasa un brazo por el cuello y me da un beso en la mejilla.

—Por cierto, *myfriend*, no te lo vas a creer: te he encontrado el curro de tus sueños. Al lado de tu casa y… ¡con niños! Además, te pagan la formación, ¡alucina! Ya puedes hacer las maletas. ¡Te saco de aquí! De nada, de nada.

Antes de que me dé tiempo a responder, siento un tirón que nos hace detenernos abruptamente.

—*Oh-my-God! Are you kidding to me?*[9] —exclama Simon—. ¿Me he dado un golpe mortal y he caído en *Entrevista con el vampiro*? A Tom Cruise le han crecido barba y veinte centímetros de estatura, pero el otro es igualito a Brad Pitt.

Voy a preguntarle qué tonterías dice cuando, al levantar la vista, descubro bajo el dintel del portal a Eric y a Michel, quietos y observándonos. Uno rubio y el otro moreno. Ambos con el pelo largo y los ojos del azul del cielo que aquí nunca se ve. Los de Eric, más intensos y tirando al turquesa; los de Michel, más claros, casi transparentes. Uno más alto y fornido; el suizo, más flexible y fibroso. Uno con una mueca severa y el otro, circunspecta.

Comprendo la parálisis de Simon. La estampa de esos dos impacta, más aún cuando te escudriñan en silencio con las manos metidas en los bolsillos y haciendo de pared humana que

tenemos que atravesar.

Es Simon quien rompe el hielo.

—¡Esperad! —indica, alzando ambas manos—. No me digáis nada. Tú eres el suizo; la verdad es que estás como uno, todo hay que decirlo. Y tú, el vecino tocapelotas que no habla español, ¿cierto? Al menos, espero que no lo entiendas. Bueno, no pasa nada. Tú eres Louis… digo, Michel, ¿verdad? Tú traduces. Mira, esta es mi Bruma, mía. —Me toca a mí y luego su pecho con énfasis, en dirección a Eric—. *Do you understand?* Tú tienes que ser bueno con ella porque esta chica es lo máximo, ¿OK? *Capisci?* Mierda, me sale italiano. Pero has entendido, ¿verdad? Y ahora vamos a *distensar* el ambiente. ¿Qué hacen un suizo, un francés y un español en una guerra entre chinos y tibetanos? El francés, que es un chulito, dice: «¡Terremoto!», y se va corriendo. El suizo, que quiere chulear más que el francés, grita: «¡Tornado!», y también se va corriendo. El español, el más chulito de los tres, grita: «¡Fuego!», y lo matan.

Para cuando termina, ya he tenido tiempo de prepararme, por lo que lo agarro del brazo y tiro de él.

—Hola, Michel; hola, Eric, ¿qué tal? Este es mi amigo, Simon. Simon, estos son Michel, mi jefe, y Eric, el jefe de Michel —apunto, esperando que lo comprenda. No he tenido ocasión de aportarle ese dato, y sus cejas se elevan—. Simon se va a quedar en mi casa. Ahora, ¿qué tal si nos dejáis pasar?

Suenan varios «holas» y «*bonjours*» mientras nos abrimos paso entre ellos a empellones, y luego resoplidos a medida que subimos las escaleras. Cuando por fin llegamos a mi casa, suelto la maleta tamaño ciclópeo de Simon y lo encaro.

—¡Tú no eres español! Y se dice «distender» o «destensar», ¡no *distensar*!

No era eso lo que pretendía decir. En realidad, quería desplomarme sobre él y darle las gracias por tratar de defenderme, a pesar de que Eric le saque dos cabezas. Simon comienza a fisgonear por el piso.

—Bueno, pero ellos no lo saben, Dom, y había que bajar un poco los niveles de testosterona. ¡Menudos dos *bollycaos* tienes aquí! Me dan ganas de dejarme crecer el pelo y golpearme el pecho a lo Tarzán. Por cierto, ¿de qué isla se ha escapado el vecino? Se parece a Tom Hanks después de dos años en la isla desierta.

No puedo evitar echar la cabeza atrás y reír. Es el «efecto Simon», que te pone de buen humor.

A pesar del vergonzoso inicio, la tarde transcurre sin incidentes. No volvemos a toparnos con los vecinos, al menos que yo recuerde, porque al tercer mojito todo deja de tener importancia.

Es lo que Simon lleva en una de las maletas: más bebidas alcohólicas de las que encontrarías en toda la isla de Ibiza.

—Estás loco —respondo al descubrir el alijo de alcohol—. ¿Y si te hubieran parado en la frontera?

—Pues, habría explicado que no es para venta, sino para consumo propio; que tengo a una *superfriend* infeliz desterrada en las montañas, que ha sido secuestrada por King Kong… antes de saber que el monstruo en cuestión está para que te muerda, claro. ¡Qué callado te lo tenías! Tanto quejarte de él y mira… Oye, ¿y si invitamos a tus amigos esta noche, *myfriend*? —Se pone en pie, animado—. Podríamos hacer un juego: españoles contra franceses, a ver quién aguanta más la bebida. Juro solemnemente no hacer más chistes de franceses, suizos y españoles. *Please, please, pleaaaaaaaase!*

Por supuesto, se lo prohíbo tajantemente.



De la otra maleta extraemos jamón ibérico y kilos de chucherías a granel. También unas botas de montaña que manda mi madre y ropa de abrigo, así como mi raqueta.

Me quedo mirando ambas cosas durante mucho tiempo. En estas últimas semanas, me he preguntado infinidad de veces si mi casa ya habría sido vendida, y la misma cantidad de veces he apartado el pensamiento por doloroso. No quiero saberlo. Prefiero vivir con la acogedora sensación de que existe un lugar conocido al que regresaré cuando esta locura pirenaica haya acabado. Pero, para que estas cosas estén ahora en mis manos, Simon ha tenido que ver a mi madre antes de venir.

—¿Cuándo? —Es lo único que soy capaz de articular. No tengo claro si siento furia o nostalgia.

—Me lo dejó en casa antes de irse. Me pidió que te lo trajera cuando le aseguré que vendría a visitarte.

—No lo sabía —murmuro, dolida. No sé cómo me hace sentir su gesto: si está loca por mandarme la raqueta o si es la persona más intuitiva del mundo. La echo terriblemente de menos y, al mismo tiempo, no quiero saber nada de ella. Prefiero ocultar todo lo que rodea a mi madre tras un tupido velo para no desmoronarme.

—Oye, Dom, cuéntame, ¿qué pasa con estos franchutes que no puedes hablar con ellos en inglés? —Una de las cualidades que conforman la personalidad de Simon es intuir cuándo ha llegado el momento de cambiar de tema, cosa que le agradezco.

—Los franceses de más de sesenta años no saben hablar más que francés. —Se me escapa una mueca al tratar de explicar el complicado entresijo idiomático de la cultura francesa—. Y, aunque supieran, se negarían. Si yo vengo a su país y encima voy a cobrar un salario, qué menos que hacer un esfuerzo por comunicarme con ellos. Es lo que piensan.

Después de varios parpadeos estupefactos, estalla en carcajadas. Es una risa algo nerviosa, y contagiosa, de esas que hacen brotar lágrimas por la comisura del ojo sin motivo alguno. Porque estamos juntos; porque ha recorrido más de setecientos kilómetros solo para venir a verme, dejando atrás una agenda repleta de horarios; porque me siento ebria del trocito de casa que este chico me ha traído a las reconditeces del mundo.

Pasamos la tarde encerrados en mi apartamento, bebiendo mojitos, comiendo guarradas, bailando con la música alta y doblándonos de la risa. De modo que no es de extrañar que a las once estemos tirados en el suelo del salón, borrachos. La armadura del sofá ha terminado debajo del somier del dormitorio y tanto el colchón de la cama como los cojines del sofá se hallan desperdigados por el salón con nosotros encima. He conseguido alargar los tres mojitos, pero no me he librado de algún que otro chupito de tequila. Por suerte, el jamón mantiene a raya la tasa de alcohol en sangre.

—Yo voto por jugar a «beso, atrevimiento o verdad» —propone Simon, sentándose sin tambalearse ni un pelo. Tiene tanto aguante que a veces pienso si no le pondrían alcohol en el biberón.

—No, por favor.

Lloriquea tanto y tan fuerte que cedo para quitármelo de encima, pero con una advertencia:

—Nada de molestar a los vecinos. Son personas serias, no como tú, y no vamos a tocar a sus puertas.

—¿Podemos tocarles otras cosas?

Vivimos el momento de exaltación de la amistad, el de decirnos las verdades a la cara y el

de enumerar futuros proyectos que jamás nadie realizará.

Antes de que el alcohol nos deje fuera de juego, logramos abordar el tema principal.

—Entonces, ¿qué me dices del trabajo que te he conseguido? —me pregunta, provocándome un nudo en el estómago.

Aunque el alcohol me tiene adormecida, me tenso de inmediato. No me gusta cuando Simon trata de organizarme la vida, y lo está haciendo de nuevo. Claro, que una cosa es que no me guste y otra, dejar pasar una oportunidad de oro.

—¿Dónde es? —pregunto, por educación. Mi amigo ha pensado en mí, se preocupa, así que lo mínimo es mostrar interés, aunque en el fondo sepa que nada me arrancará de aquí. Al menos, por ahora.

A Simon se le encienden los ojos.

—En la Unidad de Neurología Infantil. Una baja por depresión, pero ya sabes cómo van esas cosas. Muy buen curro, con horario de mañana, Dom, y da puntos para la bolsa de trabajo. Te va a encantar. Y puedes empezar cuando quieras.

—Es una gran oportunidad —comento, sin saber qué otra cosa decir. Me da pena arrebatarle la ilusión de golpe.

—Lo es. Ya sabes que mi tío es neurólogo externo allí, y le pedí que me reservara la plaza. Cuando le dije que la candidata eras tú, me aseguró que la guardaría. Quedó muy contento con las prácticas de verano que hiciste en su consulta.

—Ya. El problema es que… todavía siento que no he terminado lo que vine a hacer aquí. ¿Qué harías si fueras yo? ¿Aceptarías, sabiendo lo que sabes de mí?

Se queda callado, lo cual me da muchísimo miedo. Simon nunca se queda callado, él es de los que tienen las cosas claras y ve las soluciones a kilómetros de distancia.

Por fin, suspira y me mira con una especie de disculpa en las pupilas.

—Depende. ¿Te has reencontrado ya contigo misma?

Buena pregunta. Me dejo caer sobre mi espalda con la vista en el techo. Llevo aquí tres meses, pero es como si fuera otro mundo, y otra Bruma se ha adaptado a él. Simon tenía razón: necesitaba un cambio radical de gente, de espacio, de tiempo, para rebuscar entre las cenizas a aquella Bruma que se perdió un catorce de septiembre. No la he recuperado del todo aún, pero la tengo cogida de los dedos y, lo mejor, ella ha ido creciendo a mi sombra. La cuestión es: ¿me veo capaz de volver a España sin desprenderme de ella?

Porque el trabajo en mi ciudad me ayudará a nivel profesional, pero este trabajo en el último rincón de Francia representa un viaje emocional que, intuyo, me servirá para el resto de mis días.

Cierro los ojos y recuerdo la lista y uno de sus puntos.

«Dar un beso francés».

«Estimular los labios y la lengua de nuestra pareja en profundidad».

No sé por qué acude a mi mente aquel papel insignificante que, de hecho, perdí nada más llegar. Lo que sí sé es qué respuesta darle a Simon, aunque lo cierto es que en ningún momento he dudado.

Los seres míticos también se derriten

BRUMA

Me despierto con el cuello del revés, una pierna dormida y un cúmulo de babas en la mejilla. Cuando consigo parpadear, me doy cuenta de que ayer no cerramos las contraventanas, por lo que una luz extrañísima se filtra a través del cristal.

—¡Qué resaca! —gimoteo.

—*I know*. Somos tan patéticos que la hemos liado estando solo los dos. Pero hoy es un nuevo día. ¡Vamos, *myfriend*! Tienes café en la cafetera. He planificado una ruta que te va a encantar, así que, ¡arriba!

Abro un ojo para ver a Simon dar una palmada, duchado y vestido para comerse el mundo. Bostezo. A veces me olvido de su espíritu *boy scout*.

—Vale. Pero tendrá que ser en tu coche. El mío lo tiene el yeti requisado.

—¿Por qué? —inquiere, de espaldas a mí.

—¡Y yo qué sé! Para hacerme la vida imposible, supongo.

—Eso es porque tiene miedo de que te vayas. *Anyway*, ya le podrías haber pedido las llaves anoche —dice, lo cual me resulta incomprensible, ya que no vi al yeti anoche. Ignoro la segunda parte de su comentario y me quedo con la primera, partiéndome de la risa mientras me meto en el baño sin cerrar la puerta.

—Que surja algo entre el yeti y yo es tan improbable como que brille el sol en este pueblo.

—Ya. Pues, para mí, eso se parece mucho a un sol —escucho desde el otro lado.

Cuando salgo, lo encuentro riendo asomado a la ventana, por donde se cuelan unos rayos que deslumbran. Resulta que es el sol. Increíble. Me apretujo junto a él y permanezco un rato con una sonrisa boba frente al cristal. Supongo que junio está aquí, después de todo.

Nos pasamos toda la mañana recorriendo carreteras que serpentean entre pastos a lo largo del valle y esquivando Twingos franceses que circulan por ellas en modo suicida, dejando una estela de humo detrás. Simon me da indicaciones y yo… yo lo mataría si no fuera mi amigo. ¿A quién se le ocurre llevarme a «la ruta de los quesos»?

Llegamos a casa a las doce, acusando todavía la resaca de la noche de ayer. Entramos en mi edificio y nos detenemos en el rellano mientras busco las llaves.

—Eso no lo metes en mi casa. Como mucho, puedes dejarlo aquí, en este pasillo, y ya estoy siendo generosa —lo amenazo, señalando las bolsas llenas de queso.

Mientras él se queja, la puerta de enfrente se abre y por ella aparecen Michel y Eric, que se disponen a salir.

Les sonrío con un saludo. Hasta que noto que el último me mira raro.

«Ya le podías haber pedido las llaves anoche», dijo mi amigo. ¿Anoche?

Y, así como así, el recuerdo me golpea.

La sorprendente suavidad de sus labios, más carnosos de lo que la barba insinúa.

Él, aspirando de súbito al ser tomado por sorpresa.

Yo… lo mismo… aunque por diferente motivo.

Espera, espera, espera. Joder. ¿Besé al yeti anoche?

Mi mente elige este momento para despejarse y mostrarme un *flash* de lo ocurrido.

Simon y yo estábamos sentados a lo indio, con la botella de tequila en el medio y dos vasos

de chupito llenos.

—Beso, verdad o atrevimiento —dijo él, apuntándome con un cigarro de liar.

Puse los ojos en blanco y abracé la manta que me envolvía, porque habíamos dejado la ventana abierta.

—No tengo doce años, gracias.

—Venga, no seas aguafiestas. Solo es entre nosotros.

—¿Y a quién voy a besar? ¿A la planta?

—Si no hubieras prohibido llamar a los vecinos…

—¡Que dejes en paz a los vecinos! —reiteré. El problema es que íbamos muy borrachos y, cuando estamos así, todo puede ocurrir. Una vez, reté a Simon a besar al conejito escondido tras el radiador del sótano de sus padres, antes de darnos cuenta de que no era un conejo, sino una rata enorme, negra y moribunda. La besó, y tuvimos que correr a urgencias para que le pusieran dos o tres vacunas—. ¡No!

Me repetía, lo sé, pero debía dejarlo claro.

—Vale. Pues, ya que el beso y el atrevimiento van a ser complicados, vamos a elegir verdad. Verdad, verdad… —Pensó hasta que se le hizo la luz, y esa expresión calculadora que tanto miedo me da tomó posesión de su cara—. ¿Verdad que estás *in love* hasta las trancas de tu vecino el náufrago? ¡Confiesa!

—¿El vecino? —Me eché a reír.

—Dom…

—Deja de fumar, Simon, en serio. Ves cosas donde no las hay. El vecino y yo nos odiamos.

Aun así, bebí para librarme del calor. No nos poníamos de acuerdo sobre qué era mejor. Él decía que el frío nos quitaría el pedo; yo insistía en que eso no pasaría si bebíamos para combatir el frío. Me llovieron calcetines sucios a la cabeza.

—Venga ya. No me lo creo —se quejó—. ¿Ni siquiera te pone un poquito? ¿Seguro que nunca te lo has imaginado desnudo, Dom? —insistió Simon, que a veces es más pesado que el burro de *Shrek* y ni se da cuenta—. ¿Seguro que no te has imaginado sobre él, acariciando esos hombros de Conan y esa barba?, ¿buceando en busca de su boca y comiéndole esa lengua francesa que tiene? Podría auparte con una sola mano y hacértelo contra la pared; o igual es de esos a los que les gusta que te pongas encima para verte bien. Sí, eso me cuadra más. Te miraría como te ha mirado esta mañana, como si estuviera a punto de cargarte sobre el hombro y esconderte en su cueva. OMG, me estoy poniendo solo de pensarlo.

Caí de espaldas a causa de la risa.

Solo que… luego me picó. Lanzó la apuesta, y yo la acepté para demostrarle que entre el yeti y yo no había nada. Maldito tequila.

Yo, llamando con los nudillos. Risitas de mi amigo, escondido tras la puerta de mi piso. El yeti que no abre, y yo sintiéndome entre decepcionada y aliviada. La puerta que sí se abre, justo cuando ya me daba la vuelta, y yo…

—Oye, yeti, queríamos comprobar si los seres míticos también se derriten.

¿Lo arrastré hasta el primer escalón para poder alcanzar su boca con facilidad? Y él me siguió, eso está claro, porque si él no hubiera querido, yo jamás habría logrado moverlo del sitio. Supongo que lo pillé por sorpresa. Me quiero morir.

No sé cómo logro mantener mi rostro impasible mientras los calores me sacuden. Le acaricié la barba y pegué mi cuerpo al suyo, estático. ¿Se puede ser más penosa?

—Buenos días, ¿adónde vais? —me pregunta Michel.

«A ahogarme en algún río cercano», me gustaría decir. Por suerte, Simon acapara la conversación. Yo todavía no puedo hablar. Cuanto más lo pienso, más veo una única salida posible para mi orgullo. Para cuando preguntan qué tal la noche, ya he recuperado el habla y aprovecho la oportunidad.

—Muy bien. Bebimos y nos emborrachamos tanto que no nos acordamos de nada.

—¿De nada? —inquiere el abominable, que no ha abierto el pico hasta ahora. Estaba demasiado ocupado mirándome fijamente.

Por error, lo miro, y trato de disimular mi sofoco apartando la vista.

—De nada —recalco—. Es el tequila, que da resaca. Nunca hay que fiarse del tequila.

Mientras Simon me da la razón, Eric no aparta los ojos de mí, como calibrando cuánta verdad hay en mis palabras.

La conversación continúa. Estoy tan abstraída rezando para que esta agonía acabe y pueda entrar en casa que no me percato de que Simon se dirige a mí.

—¿Qué te parece? —pregunta, descolocándome.

—Ehm… bien.

No sé ni qué han dicho.

—Fenomenal. Aunque, antes de ir al restaurante, necesitamos dejar los quesos en alguna parte.

—En mi casa no entran —repito, alarmada—. Bastante que me has arrastrado por cada granja del distrito en busca del queso más mohoso de la región.

—Sí —prosigue Simon—, en cuanto te has dado cuenta de que estábamos en las cubas, has salido tan disparada que casi caes en la pocilga. ¡Qué pena no haberlo visto, *myfriend*!

Hago una mueca.

—La pocilga olía mejor que eso.

Mi amigo me observa con exasperación.

—Bruma, algún día tendrás que superar tu aversión al queso.

—Las aversiones son algo irracional —aporta Michel, quien traduce fielmente a Eric.

—Ya, pero no es su caso. A Bruma la obligaron a comer queso durante tanto tiempo que ahora no puede ni olerlo, pero antes le gustaba.

Al parecer, a mi amigo se le ha soltado la lengua.

—*Tu amais le fromage avant?* —«¿Antes te gustaba el queso?», indaga Eric, a quien, por supuesto, el comentario no le podía pasar desapercibido. Ya se enteró el día de la *crêperie* de que aborrezco el queso cuando me vio destripando mi *crêpe*, ¿a qué viene ese interés ahora?

En cuanto Simon escucha la traducción de Michel, me observa con sorpresa y preocupación.

—¿No se lo has contado? Dom, tienen que saberlo. Ahora vives con ellos.

Le suplico con la mirada que no siga por ese camino y él, a regañadientes, decide salvar la situación elevando las bolsas que sostiene.

—A ver, gente, ¡esto pesa! ¿Por qué no lo metemos en algún lado que no sea la casa de Bruma?

—Tú poder aquí, en mi nevera —propone Eric.

Alzo las cejas, porque ha hablado en español y por su cordialidad, pero no parece que trame nada en mi contra.

Por lo visto, mientras yo estaba ocupada tratando de no mirar al yeti, entre todos han decidido ir a comer los cuatro juntos al Hotel Richelieu. Una vez que los quesos están a resguardo, bajamos por las escaleras y salimos al exterior para caminar acompañados por el

murmullo cantarín de los regueros de agua que causa el deshielo. Las montañas se derriten y el pueblo parece un río. Michel dice que va a ser así hasta por lo menos mediados de septiembre.

Cruzamos a la acera de enfrente y descendemos, más allá de la *boulangerie*, hacia la refinada entrada, donde un *maître* sale a recibirnos. Nos hace pasar al suntuoso salón tras saludarnos de un modo cortés. A continuación, se produce un discreto juego de sillas.

No sé de qué manera, termino sentada junto al yeti. Cuando él apoya los antebrazos en la mesa, reparo en su mano, relajada sobre el mantel, junto a la mía. No tiene un solo pelo, pero sí callos cerca de las uñas. Manos grandes, con dedos grandes.

«Podría auparte con una sola mano y hacértelo contra la pared». El recuerdo de las palabras de Simon me obliga a apartar la vista, avergonzada por mis pensamientos.

—Fue una broma —me escucho decir. ¿Por qué? Pues, porque debo de ser más tonta de lo que pensaba. O porque las mentiras y yo no nos llevamos bien. Me quedo con la segunda opción, que al menos me honra.

Eric me mira fijamente, sin llegar a entenderlo. Sé que no es por el idioma.

—*A joke*? —Repite la palabra que he pronunciado.

—Eso es.

Se acoda sobre la mesa, ladeando el cuerpo ligeramente en mi dirección.

—Me encantaría escuchar la historia.

—Es simple —comento, con aire indiferente—. Mi amigo está medio loco y me retó a beso, verdad o atrevimiento; ¿conoces el juego?

—Conozco el juego —responde. Ignoro la forma en que se lame los labios con aire interesado.

—Bien. Pensé que, puesto que eres mi amigo, no te importaría que te despertara y te besara en el rellano para ganar el juego. Total, solo era un beso de nada.

—Así que la única razón por la que me sacaste de la cama y me besaste a traición fue por un juego —resume. Lo estudio atentamente. ¿Por qué tengo la impresión de que, por debajo de la barba, se está partiendo de risa?

—Exacto.

—En realidad, tú no querías.

—Exacto.

Se reclina sin dejar de observarme. Yo quiero morirme. ¿En qué dimensión creí que sacando el tema podríamos quitarlo de en medio? Supongo que no quería que la cosa se volviera rara entre nosotros. Al fin y al cabo, es mi jefe, ¿no?

«Qué buena soy inventando excusas».

—Menos mal que soy sonámbulo.

—¿Qué? —Ha dicho: «*Somnambule*». Cero confusión ahí—. ¿En serio?

—Sí. Si te abrí la puerta seguramente fue porque estaba dormido. De lo contrario, me acordaría.

Creo que boqueo como un pez.

—Eric, ¿me estás mintiendo? —No me lo puedo creer.

—*Donc, non*. Tú, borracha; yo, sonámbulo.

Enrojezco hasta la raíz del cabello al captar la indirecta. Que vamos a olvidarlo. Que no le gusto. Que la próxima vez bese a la planta, vamos.

Si antes quería morirme, ahora quiero resucitar y reencarnarme en su peor pesadilla, tal vez unas tijeras, así tendría el placer de cortar su precioso pelo, que, a todas luces, adora.

Justo en este momento, aparece el sumiller, quien entabla una conversación asombrosa con

Eric. Lástima que yo no sea capaz de apreciarla, demasiado ocupada en asimilar el bochorno de haber resultado tan evidente.

Durante toda la comida, Eric hace gala de una educación exquisita. Mi amigo logra captar con rapidez la mezcla de francés, inglés y español que habla, y, si no, está Michel para ayudar. Simon queda embelesado cuando el yeti comienza a especificar detalles sobre cada plato que nos sirven, sobre la cultura del pueblo o sobre las aguas termales. Más aún, cuando nos invita a todos a la comida. Al principio me pregunto a qué viene tanta amabilidad, pero después de una hora me relajo. Las anécdotas se suceden durante el paseo por la montaña y, ya por la tarde, cuando sugiere una visita guiada por el balneario, Simon asiente con verdadero fervor, totalmente cautivado por él.

Solo en el dolor hay amor

ERIC

Al descender tras un paseo por la montaña, nos dirigimos hacia la entrada principal de las termas. No es solo el valor sentimental que yo veo en ella, es que la Station Thermale des Eaux-Bonnes dio lugar a una época dorada en este trozo de tierra, y soy consciente de que ni siquiera la *kiné,* que trabaja en ella, conoce su historia. Cierto es que yo no estuve por la labor de una visita guiada cuando llegó. No quería trabajadores extranjeros que nos pudieran dejar tirados. Y ahora… ahora ya no se va a ir. Lo tengo todo bien atado. Estoy preparado. No es solo que nos dejaría cojos si de pronto se marchara, es que… es que no va a irse. No puede irse. No todavía, y muchísimo menos después de anoche.

Saco el llavero y abro la pesada puerta con vidriera que da acceso al balneario antes de hacerlos entrar. Los guío hasta la fuente de agua de manantial que sale del fondo y dejo ahí a los españoles antes de dirigirme al despacho y hacer una seña a Michel para que me siga.

—Deja la puerta abierta, solo será un momento —le digo, antes de explicarle lo que estoy a punto de hacer. Ambos estábamos juntos ayer, cuando su amigo la informó de un nuevo trabajo que, al parecer, le gusta más que este. Y cerca de su casa. Trato de enmascarar el dolor que el tema me produce.

Michel se muestra de acuerdo, aunque parece esconder cierto humor tras su pose. Me lo confirma cuando se gira un momento antes de salir con una mueca burlona.

—Por cierto, hablando de Bruma: te he dejado sobre la mesa las candidaturas que me pediste.

—¿Qué candidaturas?

—Las de los fisioterapeutas franceses, ¿recuerdas? Con el fin de sustituirla. ¿O es que ya no las quieres?

Se está mofando de mí. Lo mando a paseo antes de pedirle que le diga a Bruma que venga al despacho.

Mi *kiné* española tarda sorprendentemente poco en aparecer.

—Pasa. Hay algo importante que quería decirte. ¿Te podrías sentar?

En lugar de obedecerme, la veo avanzar muy despacio y con una expresión similar a la que tendría si acabaran de asesinar a su mascota. ¿Qué diantres le pasa? La voz le tiembla al hablar.

—¿Vas a echarme? —Me quedo de piedra. A ella le tiembla hasta la barbilla, pero prosigue—. Os he escuchado. Venía a preguntarte si podía enseñarle el recinto a Simon justo cuando Michel te decía que tenías las candidaturas de otros fisios para sustituirme. ¿Es cierto eso, Eric? ¿Le pediste que siguiera buscando a pesar de que yo ya estaba aquí?

Merde! Qué incidente tan inoportuno. ¿Cómo le explico que mi subordinado me estaba gastando una broma? No se lo va a creer. Y, para que se lo creyera, yo tendría que explicarle todas las dudas que albergué sobre ella de primeras: no solo que en un inicio me negué a que la contratara y que Bruma fue nuestra última opción, sino también que, una vez aquí, la consideré totalmente inadecuada. Cuando ha demostrado ser todo lo contrario. Dios, qué imbécil soy a veces. ¿Lo peor? La cara con la que espera una respuesta que (debido a mi silencio) ya conoce.

—Sí, se lo pedí —admito, tras tomar aire—. Pensé que podías dejarnos tirados en cualquier momento.

Voy a continuar disculpándome cuando, de pronto, hace algo que me deja perplejo: da media vuelta y se va. Me quedo completamente solo y alucinado dentro de mi despacho.

Menudo carácter.

¿Qué ha ocurrido? ¿Se ha enfadado? «No, enfadado no, Eric. "Hundido" sería mejor término. Le has dado a entender que no es válida, justo lo que querías evitar».

—*Merde*.

Echo a correr tras ella. Atravieso el portón de las termas y salgo al exterior.

—¡Bruma! ¡Bruma!

La diviso a mitad de camino hacia los apartamentos, en el instante preciso en que resbala y cae de culo sobre el pavimento mojado por el deshielo. Cuando la alcanzo, ella ya se ha levantado, pero aun así la ayudo sujetándola del codo.

—¡No me toques, *cochon* francés! —Aparta mi mano. Maldito el momento en que me escuchó decir esa palabra.

—¿Qué narices te pasa? ¿Te has vuelto loca?

Ni me escucha. Se deshace de mí y sigue su camino rumiando frases largas en español. Me resulta curiosa una reacción tan bestia. Una francesa jamás se hubiera permitido semejante descontrol emocional. No sé por qué, pero… me gusta.

La sigo. Tiene la nuca al descubierto y algunos mechones pegados a ella, como si estuviera sudando a pesar del frío.

—¿Por qué te pones así? Solo he buscado otras opciones. Tú eres española. Podrías marcharte en cualquier momento.

Camina rápido, aunque con cuidado, como si espachurrara a alguien con cada pisada, esforzándose por no resbalar de nuevo.

Sin previo aviso, se gira y me encara.

—Eric, bla, bla, bla… profesionalidad… bla, bla, bla…

Creo que me está aleccionando, aunque no comprendo una sola palabra porque habla rápido y sin gesticular. Y solo en español. Me pregunto si lo hace a propósito.

—No voy a reemplazarte. No sé qué estás haciendo con los curistas. No sé qué estás haciendo conmigo. —Exagero mi acento cerrado para jorobarla y que no me entienda—. Pero aquí te quedas hasta que lo averigüe, *petit canard*.

Añado eso para que piense que me estoy burlando de ella. Funciona. Ejecuta un giro de ciento ochenta grados y vuelve a apuntarme con un dedo.

—Escucha, yeti, bla, bla, bla de narices, pero… bla, bla, bla…

Me frustro. No entiendo ni una palabra, solo que me está poniendo a caldo. Frunzo el ceño y suelto lo primero que se me ocurre, rápido y en francés cerrado:

—OK. Podemos hablarlo tranquilamente, seguro que todo esto no es más que un malentendido. ¿Por qué no vienes a mi casa esta noche?

No cuela. A estas alturas, ya conoce el significado de la última frase y piensa que es un vacile. Continúa el discurso, enrabietada como yo jamás la había visto. Es casi… casi… magnífica, esa forma de explotar suya.

Sin previo aviso, da media vuelta de nuevo, y va a colarse en el portal cuando una voz nos interrumpe.

—Él dice que cenes en su casa esta noche y ella que estás bueno de narices. —Dejamos de hablar y observamos al tipo que ha aparecido de la nada para ejercer de traductor, y que pasa por nuestro lado. Ya está dentro del portal cuando se vuelve—. *Anyway, elle pense que tu est un machoman. «Pour te manger», ella a dit.*

Eso último va para mí. Que estoy para comerme. Que ella piensa que yo soy un *machoman* y que estoy para comerme. Para comerme. Me quedo en bucle y sin habla, algo que jamás me había pasado. ¿Bruma ha dicho eso?

Está completamente abochornada, o sea que debe de ser verdad. Ojeo su cara sonrojada y en pánico, angulosa, dulce y sexi a la vez. De esas que, cuanto más las miras, más te gustan. Algo hace clic dentro de mi cabeza, y entonces mis ojos la contemplan de otra manera. ¿La vecina quiere comerme?

¿Y qué más da? Sacudo la cabeza. Más bien la comería yo a ella.

El recuerdo de su dedo enganchando mi camiseta para hacerme avanzar. Sus ojos grandes y oscuros hipnotizando los míos. Sus labios frotando mi boca y su lengua curiosa. Todo acude en tropel a mi mente. No es la primera vez que recibo proposiciones mucho más directas que un sonrojo, y siempre he pasado de ellas. ¿Por qué pensar en comérmela me pone el cuerpo listo para la acción?

—Amigo, está dolida. Y solo en el dolor hay amor. Creo que la tienes a huevo —dice el tipo, en un francés con acento irreconocible. Se permite incluso el lujo de palmearme la espalda antes de dirigirse hacia el fondo del portal, por donde Bruma ya ha desaparecido. No sé quién demonios es, y prometo que ya lo pillaré por banda, pero antes… antes lo agarro del hombro.

—Oye, ¿estás seguro de que ha dicho eso?

El menda cubano

MICHEL

Para cuando termino de enseñar las termas a Simon, estoy agotado.

Me planteo utilizar el ascensor para subir hasta el tercero, pero me obligo a hacer un último esfuerzo. Mientras asciendo, solo pienso en abrazar mi preciada rutina de pijama, cena y cama, por eso no me doy cuenta del sonido grave que reverbera por el hueco de la escalera y que procede de mi piso, más concretamente de la garganta de un tío despatarrado sobre mi felpudo, con la espalda apoyada en mi puerta, y que es quien canta con ese tono desafinado. A sus pies identifico una cazadora tirada, junto con un macuto cedido en algunas costuras.

El tipejo ve mis pies y luego alza la vista despacio hasta llegar a mi rostro, momento en que deja de cantar y eleva las cejas. No tarda en levantarse con agilidad. Me percato de que se limpia la mano en el pantalón antes de extenderla.

—Ey, buenos días, amigo. Soy Leonardo, Leo para los amigos. Y tú debes de ser el primo de Mélanie. ¿Lo eres? No te imaginaba así.

Voy a matar a mi prima; al final lo ha hecho. El tipo vuelve a registrarme de arriba abajo. Yo también ladeo la cabeza y lo escaneo a él, aunque sin fijarme realmente en nada.

—Ni yo te imaginaba así.

—¿Así cómo? —quiere saber, con un gesto cargado de simpatía.

—No aparentas diecinueve.

O los chavales cubanos están muy desarrollados o yo me he hecho mayor de golpe.

—Tal vez sea porque no los tengo. Tengo veintitrés. ¿Te dijo Mélanie que era más joven?

—Eso entendí. Pero, mejor, así no necesitaré los papeles de la custodia.

Esperaba a un chaval, no a… esto. Me resigno a tener que acoger al inmigrante. Con las ganas que tenía de estar solo en mi casa, por fin. Suspiro con pesadez y me froto los ojos mientras paso por su lado y saco las llaves del bolsillo.

El tipo… ¿cómo dijo que se llama?, habla a mi espalda.

—Oye, amigo, si te molesto me avisas. Lo cierto es que no pareces tener muchas ganas de compañía. Si es así, lo dices y punto, que no he cruzado el océano para importunar a nadie; o, si no es el caso y me he equivocado, cambia la cara, que parece que acaban de hacerte la foto para la ficha policial.

Se expresa con cordialidad, lo que, por alguna razón, me molesta sobremanera. Sacudo la cabeza ante la franqueza del niño. Qué intuitivo.

Decido hablar con sinceridad.

—Si tengo que meterte en mi casa, te meto —respondo, mirándolo de frente—. Por Mélanie. Pero otra cosa es que vayas a ser bienvenido. Vivo solo desde hace diez años y odio que toquen mis cosas. Me va a costar adaptarme a otra persona.

No le digo que, además, no tiene pinta de ser el compañero de piso más hacendoso, pero fijo la vista a propósito en sus pantalones llenos de desgarros. ¿Tanto valen en Cuba una aguja y un carrete de hilo? Y estoy siendo amable al responderle con tanto filtro. O, al menos, eso me parece a mí.

Para mi sorpresa, el tipo alza las manos y retrocede.

—Pillado, amigo. No problema conmigo, ¿OK? Yo me piro y tu prima nunca se enterará

de nada. Chao, capullo.

Aún no ha terminado de despedirse y ya ha dado media vuelta, con la chaqueta y el macuto al hombro. Me quedo tan desconcertado por su rápida partida que no reacciono de inmediato, ni siquiera cuando lo escucho trotar por las escaleras y pegar golpes en la pared de escayola. Inserto la llave en la cerradura y abro la puerta; me guarezco en el interior caldeado. En realidad, no es mi prima, me gustaría haberle explicado, porque yo fui adoptado. ¿Qué más da? Ahora ya no está. Perfecto.

El olor a bosque que desprende mi casa penetra en mi nariz, pero la paz que suele envolverme no llega. Dejo chaqueta y zapatos bien ordenados en el colgador de la entrada, me desabrocho la pechera y los puños de la camisa y me la saco del pantalón. Luego camino descalzo hasta la ventana y me asomo para verlo salir, pero no lo ubico. ¿Se ha largado? ¿En serio? ¿Solo porque le he dicho que no es bienvenido? Soy de los que piensan que sentar las bases de toda relación nada más empezar es beneficioso. A la gente le encanta sacar conclusiones, y a menudo estas terminan siendo falsas. Si tú les planteas la realidad desde el principio nos evitamos sorpresas. Que él no lo vea así y se haya ofendido no es mi culpa.

Debería preparar la cena y la comida de mañana. En lugar de eso, me encuentro con el teléfono en la mano. Marco con un dedo. Me coloco el auricular en la oreja y aguardo de pie junto al sillón. Al cuarto tono, responde mi tía.

—Mélanie, soy yo, Michel. ¿Está Meli por ahí? Necesito hablar con ella. —Al llamarse las dos igual, a mi prima le acorto el nombre. Espero no tener que cortarle otra cosa, como el cuello, por el lío en el que me ha metido.

—Claro. Espera. —La escucho discutir a lo lejos antes de volver a dirigirse a mí con claridad—. Dice que tiene las manos ocupadas y que no se puede poner, que me digas a mí…

—Dile que deje de esconderse y se ponga al teléfono, por favor —atajo—. El tipo ya está aquí.

Soy un poco brusco, pero llevamos más de una semana así: yo, llamándola, tanto al móvil como al fijo, y ella, evitándome de la manera más ruin que existe. En cuanto escucho a mi prima del otro lado, comienzo a hablar:

—Si los tres mosqueteros se hubieran portado como tú, Francia no sería lo que es hoy día —la riño, a mi manera—. Esa forma de esconder la cabeza en el trasero, ¿qué clase de educación…

—¿Ya está ahí? —me corta, excitada. Sí que va a ser su novio—. Oh, Dios mío, menos mal. ¿Me lo puedes pasar, que oiga su voz?

—No tiene diecinueve años —es lo primero que sale por mi boca, vete tú a saber por qué.

—No, claro que no, es mayor. ¿Por qué pensabas que tenía diecinueve años?

«Eso, Michel, ¿por qué asumiste que era un adolescente solo porque necesita ayuda?».

—Dijiste «chico». —Suspiro. Al momento, me doy cuenta de que estamos hablando en círculos—. Que sepas que no me hace gracia lo que has hecho…

—Michi, deja de sermonearme, que me está dando taquicardia. No sé nada de él desde hace dos días. No sabía si lo habrían detenido en los controles o qué… con el chanchullo que tuvimos que hacer para que saliera del país. Entonces, ¿está bien?

—Sí.

Al menos, lo estaba cuando se fue, antes de regresar al exterior, donde la temperatura desciende en picado al caer el sol. Además, esta zona no está hecha para pasar la noche a la intemperie. Apenas hay iluminación ni lugares donde refugiarse. Se me hunden los hombros. ¿Cómo narices va a sobrevivir un cubano en este sitio inhóspito? ¿En qué estaba pensando?

Cuando mi prima vuelve a solicitar hablar con él, tomo una decisión.

—Mélanie, justo acaba de meterse en la ducha, pero le digo que te llame cuando salga, ¿de acuerdo? Me tengo que ir.

—Pero…

Corto la llamada.

Me pongo el abrigo y las botas que me he quitado hace tan solo unos minutos, cojo las llaves del coche y las de casa, y bajo por las escaleras, con la esperanza de que se le haya ocurrido quedarse a resguardo en el interior del edificio. Sin embargo, tras revisar las tres plantas y no verlo por ninguna parte, salgo a la calle.

—*Merde.* No podías ponérmelo fácil, ¿verdad?

Cavilo, pero, salvo el Hotel Richelieu, no se me ocurre ningún alojamiento abierto al público donde pueda haber ido. En Laruns no hay ningún albergue, mucho menos en Eaux-Bonnes. Repaso en mi cabeza uno a uno los lugares donde podría haberse metido. La iglesia, los soportales, un banco del parque. No soy una persona que se deje vencer por las situaciones, pero de pronto siento que «el niño» es mi responsabilidad, y yo sé sobre responsabilidades. Mi madre no me adoptó porque fuera irresponsable, sino todo lo contrario. La responsabilidad hace del mundo un lugar más ordenado y, por ende, más habitable.

Estoy a punto de montarme en el coche cuando una voz resuena tras de mí.

—¿Me buscabas?

Giro la cabeza y escudriño el hueco debajo de las estrechas escaleras de piedra que descienden hasta el parque. No será capaz de haberse acostado ahí y punto, ¿no?

—*Naturellement*… Claro que sí. —Suspiro antes de dirigirme hasta él.

Observo con curiosidad el nido que se ha fabricado. Hay una almohada y una manta gruesa. Él mismo se ha abrigado poniéndose una capa de ropa sobre otra. Permanece recostado contra el muro, con los ojos cerrados y tarareando la misma cancioncilla odiosa.

—No puedes dormir aquí, a la intemperie —le indico.

Solo interrumpe la canción lo justo para hablar.

—Yo no veo policía por ningún lado, ergo, sí puedo.

Me pregunto si él es consciente de todo lo que desvela esa frase. La memorizo para analizarla más tarde.

—Ni siquiera hay un techo sobre tu cabeza. Estas no son condiciones. —No obtengo reacción—. ¿Podrías al menos dejar de cantar? Así no hay manera de hablar contigo.

Inhala antes de cesar su canturreo y mirarme con el cogote apoyado en el muro.

—¿Qué pasa, amigo? ¿Te molesto también aquí? —No hago caso de la acusación. Parece que va a volver a su postura de monje budista, pero se detiene con una mueca—. ¿O es que Caronte ha sentido remordimientos?

Me pregunto si sabrá quién es Caronte.

—Solo quiero que vengas a casa.

—Tú no me vengas con ese cuento, amigo. Me parece fenomenal que demuestres que tienes sentimientos y quieras hacer tu buena acción del día, pero tú no me calculas, tú sabes. Así que hazla con otro.

—No es una buena acción, solo quiero hablar, y aquí hace frío.

Ríe como si no pudiera creérselo, y ese pasotismo me sienta peor que si me hubiera insultado. Si me conociera, sabría que yo siempre soy sincero.

—Amigo —se lame los labios—, yo he vivido casi toda mi vida sin luz en casa, solo con velas, comiendo arroz con frijoles, o solo arroz, y haciéndome pasar por un fiñe cuando apenas

me salían pelos en los cojones para hacer el lío al empleado público y conseguir más pan para mi familia. Menos mal que era un canillas.

»En 2012, me lancé al mar con tres gusanos como yo en una balsa construida por mí y pasé siete días en ella, a pesar de las olas de dos metros. Tuvimos la chance de poder dormir acostados porque días antes treinta balseros habían vivido el reparto bocarriba al intentar la travesía, así que ya nadie quería ir. Yo tenía diecisiete años, no era un niño, así que, aunque la balsa se rompiera, me veía capaz de nadar si los escualos me dejaban. Al llegar a Miami, me registraron hasta el ano con un chorro de agua y me dejaron durante cinco días en un zulo de inmigración al que se negaban a llamar «cárcel».

»Pero bueno, los cubanos hemos aprendido a no quejarnos, ¿verdad? «¿Qué tal vas, amigo?». «Pues, no podemos quejarnos», respondemos. «Ah, entonces ni tan mal», te dicen, y tú vuelves a explicarte: «No. Que no *podemos* quejarnos», hasta que comprenden. Para mí poder ir y venir a mis anchas por este pueblo, sin controles, es el paraíso, amigo, y no he llegado hasta aquí para meterme en un lugar donde no soy bienvenido. No te apiades de mí y vete a dormir, que lo necesitas. Joder, y yo que pensaba que los franceses eran cosmopolitas.

Dios… Increíble. Ni un puto quiebre en su discurso para que yo pudiera intervenir. Estoy seguro de la veracidad de cada palabra. Me quedo tanto tiempo callado que la cancioncilla vuelve a sonar y no me espabilo hasta que ha terminado, momento en que veo que comienza a recoger sus cosas.

—¿Qué haces?

—Pues, ir contigo. No es que no me guste tener público, es que das un poco de miedo ahí parado con todo oscuro. Además, has sido amable. Yo, con amabilidad, hasta el fin del mundo, amigo. Y ya de paso, me disculpo también; no tendría que haberte llamado «capullo», hasta estos merecen un respeto.

No sé cómo tomarme esa ambigüedad, pero desisto de darle más vueltas.

—Vale. Pero preferiría que tampoco me llamaras «amigo», al menos no hasta que lo seamos.

«Si es que llegamos a serlo», añado para mí. No quiero liar más la perdiz.

Regresamos al portal en silencio. Cuando ya hemos dejado atrás la niebla y subimos los escalones, le pregunto:

—¿Sabes mucho sobre fotos en expedientes policiales? —Saco las llaves del bolsillo. Abro la puerta y la sujeto para que entre, lo cual hace con una sonrisilla petulante.

—Claro, amigo, soy inmigrante. En TPA tienen una sala solo para cubanos.

—¿TPA?

—Aeropuerto Internacional de Tampa.

—Creí entender que habías salido desde Cuba, no de Estados Unidos. Es lo que me dijo mi prima.

—Bueno, tal vez le exageré un poco la situación a tu prima. No pasa nada. Un hombre hace lo que tiene que hacer para cambiar de vida, ¿cierto? —Me guiña un ojo mientras examina mi piso, y yo me quedo procesando lo que ha dicho—. Me gusta tu hogar, es muy acogedor. ¿Y mi cuarto, amigo?

BRUMA

Años atrás

Sesión 5

Desde hacía varias sesiones, la notaba inquieta.

—¿Ya ha llegado?

—No.

—¿Seguro? —Me pregunté por qué parecía contrariada—. ¿No te da miedo caminar por la calle sola por la noche? ¿Escuchas ruidos extraños mientras duermes?

—Eh… Por ahora, no.

Pero empezaba a dudar.

—Bruma, ¡tienes que concentrarte! —Su estallido me sobresaltó. De inmediato, trató de serenarse, adoptando una postura más profesional—. ¿Viste la película que te recomendé?

—Empecé a verla, pero, no sé… no me gustó. No me gustan las películas de miedo, son escalofriantes.

—No era de miedo.

—Pues, a mí me lo pareció. Es de Hitchcock.

Y estaba clasificada como *thriller* psicológico. Tampoco quise presionar más. La doctora permaneció pensativa durante un rato antes de comenzar a escribir con mucho cuidado.

—¿Qué apunta? —me atreví a preguntar. A lo largo de las sesiones había cogido algo de confianza y ella siempre se había mostrado abierta. Por eso me extrañó tanto su pose envarada.

—Ya que parece que no quieres colaborar, tendremos que comenzar ya la técnica cognitivo-conductual de la que te hablé para tratar ese miedo.

—Pero…

Yo pensaba que, tras el margen de dos meses que le había concedido a mi madre, me daría el alta. Yo no sabía mucho de psiquiatría, pero iniciar un tratamiento me sonaba a tiempo y más tiempo entre esas cuatro paredes que ya detestaba.

—No queremos que venga a nuestra vida de improviso, ¿no? —me cortó—. Recuerda lo que te conté. Se instala en tu mente sin darte cuenta. Es peligrosísimo. Si hubieras visto lo que yo sobre la eremofobia, entenderías por qué insisto.

—De acuerdo.

Soupe de printemps

BRUMA

Apago el secador y aguzo el oído, pero debo de haber imaginado que llamaban a la puerta, así que vuelvo a cogerlo y me seco con más brío del necesario. Todavía me duele el altercado ocurrido hace una semana en el despacho de Eric. Lo herida que me sentí al saber que no le gustaba mi modo de trabajar fue más allá de una empleada cuyo jefe no está satisfecho con su trabajo. Y ahí va una gran verdad: yo deseo agradarle a Eric, no que quiera sustituirme. Cosa que no está bien. Nada bien. Esa revelación puso de manifiesto la importancia que el yeti ha adquirido en mi vida. La rabieta que tuve justo después no es más que la prueba de ello. Jamás me había sucedido algo así; claro, que nadie como Eric es capaz de provocarme tantas emociones juntas y que me desborden.

¿Lo peor? Su expresión cuando, gracias al menda cubano que apareció de la nada, escuchó lo de «*machoman*»; de horror, como si tuviera que planear cómo quitárseme de encima.

«Bruma, que lo besaste a traición, tiene razones para preocuparse».

Y el cubano. Después de casi una semana, ya sé que se llama Leo, que es el novio de una prima de Michel, que ha venido para quedarse y que lleva a mi jefe de cabeza, por lo visto, aunque no he logrado saber más: cada vez que pregunto, a Michel se le hincha una vena en la sien, a pesar de que con el resto de los vecinos Leo ha hecho muy buenas migas. Con el abominable, incluso, sale a correr cada día montaña arriba. Pero eso no se lo voy a confesar a mi amigo.

Apago el secador. Voy a guardarlo, cuando escucho mi nombre gritado en estéreo al otro lado de mi baño. Debo de estar soñando, pero aun así abro la puerta y no doy crédito a lo que veo: Eric en mi pasillo. En mi casa. O, más bien, solo una ráfaga de Eric, porque al momento desaparece rumbo al rellano, sin dejar de gritar mi nombre. Pero ¿qué?

Dejo el secador con un golpe.

Ya puede estar ardiendo el edificio.

Cuando asomo la cabeza hacia el descansillo, descubro su puerta abierta y a él haciéndome señas para que vaya, antes de volver a desaparecer, esta vez en el interior de su apartamento. Supongo que necesita mi ayuda con urgencia, así que voy detrás. En cuanto entro en su casa, me da la primera orden de la noche.

—Cierra la puerta y ven a la cocina. —*Porte et cuisine*, puerta y cocina. Controlado.

Obedezco. En la cocina, lo encuentro trasteando frente a los fuegos con un delantal negro y el pelo recogido en una cola alta. Me cruzo de brazos.

—¿Por qué estabas en mi casa?

—No contestabas —se limita a decir, como si eso lo explicara todo.

—Tal vez no contestaba porque no quería que me molestaran. ¿Y por qué tienes llaves de mi casa? Tienes las de mi coche, de mi casa… ¿Y si hubiera estado desnuda?

Me arrepiento al momento de mi comentario. Si no se inmutó con un beso, menos aún lo va a hacer con un desnudo. Por suerte, ni me escucha.

—*Regarde* —susurra, haciéndome señas para que me aproxime. Tengo que hacer un esfuerzo por concentrarme en lo que manipulan sus dedos sobre la encimera, que no es otra cosa que mi último intento de sopa, aunque… distinta. ¿Qué le ha hecho a mi sopa de primavera?

Sobre una bandeja reposan dos platos hondos llenos de un caldo de color caramelo que huele francamente bien.

—¿Por qué tienes tú mi sopa? —inquiero. La elaboré el día que Simon regresó a España, como remedio contra la soledad.

—Me dio Michel. Yo se la pedí. Él tenía mucha, como siempre.

—Oh.

—Mira —repite, señalando la segunda sopa—. Esto de aquí es una *soupe d'oignon*, sopa de cebolla, ¿ves la diferencia? Una *soupe* puede ser ligera, sin trozos, como el consomé. Luego están las sopas ligadas con *roux* o con un *fumet*. La que tú has hecho es una sopa de verduras, *c'est ça?*

Me embelesa su voz ronca y dulce, como si temiera despertar a las sopas. Su dedo va señalando las palabras claves en el diccionario, que han sido buscadas y subrayadas con antelación.

Me muerdo el labio sin entender este cosquilleo repentino. ¿Por qué me emocionan sus esfuerzos por comunicarse conmigo? Si lleva haciéndolo desde casi el principio…

—Eso ponía en el libro. *Soupe de printemps.*

—OK. Sopa de primavera. *Très bien*. —A continuación, se inclina sobre ella, cuchara en mano, y remueve para sacar las verduras a flote—. ¿Y dónde está el nabo?

Conozco las palabras porque las tuve que buscar en el diccionario.

—No está. Lo sustituí por remolacha.

—Hummm… OK, de ahí el color rosa que no entendía. ¿Y las zanahorias?

—No tenía. En su lugar, eché calabaza. Y si vas a preguntarme por *les choux de Bruxelles*, cuya traducción no aparecía en el diccionario, lo sustituí por acelgas. Y el perejil, por romero.

Llegados a este punto, se yergue y deja de estudiar la sopa para estudiarme a mí.

—Bruma, ¿hay algo de la receta original aquí dentro?

Pues… todo. O casi todo, vaya.

—Agua. Y aceite y… ajo. Ajo sí que tenía. De todos modos, ¿qué más da? Solo es una sopa.

Lo veo cerrar los ojos como si le acabara de asestar un puñetazo. Hace mucho ese gesto conmigo.

—La comida es comida cuando solo te la comes, pero deja de serlo cuando la cocinas. Entonces, pasa a ser un arte, si lo haces como es debido. *Tu comprends?*

Ehm… no. Y en esta ocasión no se trata del idioma.

—Vale —acepto, para no irritarlo.

—Vale. —Suspira con alivio antes de concentrarse en las sopas otra vez—. ¿Puedes poner estos cubiertos en la mesa, por favor? Yo llevaré el vino.

Los cojo con la mano.

—Vale. ¿Qué mesa? —Miro alrededor.

—La que hay en el salón.

Me acerco con curiosidad al salón y me permito observarlo todo más detenidamente que la primera vez que estuve aquí, escondida en el retrete. Piso simétrico al mío, solo que el suyo parece salido de un catálogo de la tienda Art&Design: sofá enorme con *chaise-longue* sobre una alfombra con motivos geométricos, televisor de plasma, dos lámparas de diseño y una mesa auxiliar, sobre la que se apoyan varios libros con tapas de cuero y un portátil cerrado. La única mesa de comedor está pegada a la ventana. Al desplegar los cubiertos y colocarlos, me doy cuenta de que hay dos de todo: dos cucharas, dos tenedores y dos cuchillos. A no ser que el

hombre vea doble, me parece a mí que Eric espera compañía. Y yo, en pijama y con la cara lavada…

Cuando aparece por detrás de mí, dejo de husmearlo todo y me enderezo.

—Bueno, pues si ya no me necesitas para darme más lecciones de cocina, me voy, que veo que esperas a alguien.

¿Michel, quizás?

No creo. El ambiente es demasiado romántico.

¿Una mujer?

—¿Quieres dejar de hacer la payasa y sentarte? —comenta, sin ocultar su exasperación.

¡Ah, que es para mí! Me dispongo a replicar, pero el despliegue que me ofrece a continuación me deja sin habla. Abre el ordenador y maneja el ratón con fluidez hasta que de los altavoces surge una música suave; apaga la luz del techo y atenúa la de la lamparilla junto a la mesa; por fin, alcanza dos copas de la repisa bajo la ventana y las llena con un vino rosado.

Ocupo la silla con la cautela de quien cree que de un momento a otro lo pueden sacar de ahí porque no es su sitio.

—Oye, yeti, no estarás sonámbulo ahora, ¿no?

Se limita a extender una copa en mi dirección.

—Toma, prueba este vino, Bruma. *C'est doux et bruillant.* —«Dulce y con burbujas», dice, mientras se sienta frente a mí—. Es el típico vino que gusta a todo el mundo, aunque no entienda.

Voy a beber, pero entonces…

—Espera. ¿Me estás llamando «ignorante»?

La expresión de su cara ni siquiera se altera.

—Solo de vinos. Y de sopas. En España no es que tengáis grandes bodegas, ¿no, española?

Bajo la copa sin llegar a probarlo, entrecerrando los ojos.

—Oye, francés, que sepa menos que tú sobre sopas no me hace una ignorante. Y con respecto a los vinos, por supuesto que entiendo. En España tenemos tres grandísimas bodegas con denominación de origen. Se llaman Calimocho, Sangría y Tinto de verano. —Se me escapa la risa al imaginar su vino *doux et bruillant* mezclado con Coca-Cola. Creo que nunca había visto a Eric en estado de *shock*, por eso me afano en reprimirla, hasta que su falta de reacción empieza a preocuparme seriamente y la diversión queda en el pasado. Alzo las cejas—. Era broma. *Blague. Joke.* Creo que ya hemos superado el significado de esa palabra, *non?*

Increíble que yo esté haciendo alusión al episodio del juego, pero es el efecto que Eric causa en mí: me impone. Hasta que empezamos a hablar y, entonces, se obra la magia, yo me relajo y disfruto.

De pronto, sus ojos brillan. Ladea la cabeza.

—¿Me has gastado una broma?

—Tú has dicho que soy ignorante —me defiendo—. Y que no sé de vinos, y, a ver, tú no sabes cuánto sé yo de vinos. Si de algo sabemos los españoles es de fiesta, fútbol y construir castillos. El vino entra dentro de la primera categoría, por cierto.

Sonríe, meneando la cabeza. El brillo no ha abandonado sus ojos.

—A castillos no nos ganáis, española.

—Claro que os ganamos. Lo que pasa es que vuestros castillos son nuevos al lado de los nuestros, que son medievales, lo que los sitúa al nivel de reliquia. Es como comparar un teléfono fijo con un iPhone.

—¿Estás diciendo que nuestros castillos son modernos? *C'est fou!*

Seguimos discutiendo sobre muchas cosas, pero esta vez sin risas, mientras procuro no escupir la sopa en plan sifón. Juro que a veces pienso que Eric me pica solo para que me lance a su yugular; si no, ¿cómo se le ocurre insinuar que la tortilla española no es española, sino francesa, que Gaudí estaba borracho cuando diseñó la Sagrada Familia y otras barbaridades parecidas?

—¿No es un poco raro? —pregunto, casi terminando la cena, para liberar tensión. Aunque la verdad es que la tensión ha desaparecido gracias al vino, que se me ha subido a la cabeza. Y la compañía del vecino, que es un *gourmet* de mucho cuidado y sabe crear ambientes y dar la mejor conversación.

—¿El qué? —pregunta él, sin dejar de comer.

—Esto. Cenar dos sopas.

—Lo único raro aquí es tomar la *soupe d'oignon* sin queso. ¿Estás segura de que no quieres probarlo? Este sería un buen momento —me aconseja.

—No, gracias. Así está bien.

—Hay *carpaccio* de segundo —responde a mi pregunta inicial.

—Perfecto.

No quiero admitir que no sé lo que es un *carpaccio*, bastante munición le doy para sus pullas sin pretenderlo. Eric se levanta con los platos vacíos y regresa al momento con una bandeja de filetes muy finos y muy rojos, espolvoreados con algunas especias y unas virutas que parecen chocolate blanco. Me sirve uno en mi plato y otro en el suyo antes de sentarse de nuevo y colocarse la servilleta de tela sobre las rodillas.

Lo degustamos prácticamente en silencio. Entre canción y canción, percibimos que fuera ha empezado a llover, pero en el interior solo nuestros cubiertos tintinean, y ese sonido, estar acompañada, que te cuiden, su presencia y la conversación es… bonito. Reconfortante.

Poco a poco lo voy perdonando por ese: «Tú borracha, yo sonámbulo» que tanto dolió y porque haya intentado sustituirme.

Solo cuando termina de masticar el último bocado, bebe vino y se limpia con la servilleta antes de mirarme.

—¿Te ha gustado la carne? —Señala mi plato.

Bajo la vista, sorprendida porque me la he terminado, a falta de un trozo, el cual me meto en la boca y trato de saborear como él hace.

—Sí, estaba muy buena. Aunque, ¿no está un poco… ehm… poco hecho?

—El *carpaccio* es una carne que se sirve cruda. —*Crue*. No hay confusión. Paro de masticar, y él, al ver mi cara, afirma—: No lo sabías.

Niego con la cabeza, pero logro tragármelo a pesar de todo. Vino, para que pase, y más vino. Dejo la copa en la mesa con un golpe seco.

—¿Me has dado carne cruda?

—Y con queso, *voilà*.

Casi me atraganto. Las virutas. Parmesano, comprendo, antes de salir corriendo hacia el baño.

Cuando vuelvo al salón, después de haberme lavado la boca a conciencia, lo encuentro frente al ordenador, del cual ya no sale música.

—¡Sabes que odio el queso!

—Pues, te lo has comido como si fuera chocolate. Porque te gustará el chocolate, ¿no? ¿O también eres rarita con eso? Tengo helado de caramelo y chocolate blanco, por cierto. Siéntate y elige una película.

Señala una de las cajas que ha abierto antes de irse al baño. No sé por qué obedezco. Comienzo a revolver deuvedés convenciéndome de que sería descortés esfumarme después de la cena que se ha currado.

Por curiosidad, cojo una carátula. Y luego otra. Guau. Casi todo son películas francesas antiguas que yo no conozco. Descarto varias, y he de meter medio cuerpo dentro de la caja para llegar a las de abajo. Madre mía, la colección que tiene; habrá más de cien películas, alguna debe de haber que me guste.

—¿Te ayudo?

Me yergo de golpe, para encontrarlo justo detrás de mí, tan pegado que choco con él y me tiene que sujetar por las caderas para que no caigamos los dos. Un ramalazo ardiente me recorre entera y la respiración se me atora. Solo por un contacto tonto que dura… ¿un segundo? ¿Cómo es posible?

Me separo como si me hubiera dado corriente eléctrica. Así me siento: como si la descarga me hubiera dejado idiotizada. Respiro igual de fuerte.

—¡Me has asustado! ¿No tienes internet aquí? Todo esto es demasiado antiguo. No conozco nada.

No sé ni cómo consigo hablar sin tartamudear. El corazón me brinca en el pecho.

—Internet no llega bien. Esas películas eran de mi abuelo. Me gustan las antiguas, de todos modos. ¿Cuál has cogido? Déjame ver. *Le fantôme de l'Opéra*, buena elección. Es la versión más reciente. ¿La has visto ya?

—No. ¿Para qué voy a ver cine francés? —me quejo un poco—. Todas tus películas son así. No me voy a enterar de nada, a no ser que la veamos en español, lo cual sería bueno para ti.

Se pone mortalmente serio.

—Bruma, no voy a poner *El fantasma de la Ópera*, una película basada en el libro francés por excelencia, en español ni en inglés. Nada más que el francés se lo merece. A cada cosa, por su nombre. —En realidad, no tengo muy claro qué dice ahí, pero mi cabeza lo traduce así—. Voy a ponerla con subtítulos y así te enterarás, ya verás. Siéntate y ponte cómoda.

Eso hago, acurrucarme en el sofá, que resulta ser la cosa más confortable del planeta. Eric ha extendido una manta por encima y es… es… más cómoda que mi cama al otro lado del pasillo, así de claro. Además, es evidente que no sufre por tener que pagar la calefacción, porque su apartamento está muy bien caldeado.

Me centro en él, quien se ha arrodillado frente a un reproductor de deuvedés del jurásico y lo manipula, haciendo que su camiseta blanca se estire de un hombro al otro y el vaquero le marque un trasero bastante sensacional.

Me aclaro la garganta.

—Entonces, ¿las de Harry Potter las ves en inglés? —indago, apartando la vista.

—Por supuesto.

—Y por supuesto que *Mar adentro* la viste en español —insisto.

—¿*Mar adentro*? No me suena.

Sonrío. Pillado.

—Óscar a la mejor película extranjera en 2005. Y española.

Lo estoy chinchando. Me lanza un cojín para que deje de reírme y me calla al decirme que la película que vamos a ver recibió tres nominaciones a los Óscar.

—Ah, ¿pero ya existía esa gala por aquellos tiempos? —Vuelvo a reír.

O el vino tenía más graduación de lo aconsejable o yo estoy más feliz de lo normal.

Bufa mientras se derrumba junto a mí con el mando en la mano, con tanto ímpetu que me

veo ligeramente arrastrada hacia su posición. En cuanto logro estabilizarme, estudio su perfil.

—Oye, francés.

—Mmmfff… —farfulla, sin mirarme.

—¿Qué has comentado antes sobre un helado de chocolate?

Estoy a punto de ir yo misma cuando me dirige esa mirada de: «¿No te podrías haber acordado cuando estaba de pie?», pero se levanta al momento (si es que es incapaz de ser un mal anfitrión), para volver con un cuenco en la mano, que me ofrece.

—Oye, no será de miedo, ¿no? —pregunto, seria. Porque ese es uno de los lastres que todavía cargo desde el secuestro—. No veo películas de miedo, te lo advierto.

—¿Porque te dan miedo y tendrías que agarrarte a mí? —bromea.

—No. Porque no las veo.

No hurga cuando vislumbra el terror agazapado detrás de mi seriedad. Su gesto se suaviza, pero algo parecido a la preocupación nos ronda en esos segundos de más en los que se ha quedado observándome.

—No te preocupes, dicen que es romántica, aunque a mí no me lo parece. —Se vuelve a sentar en el sofá.

Me resulta rarísimo compartir con él esta intimidad, sobre todo teniendo en cuenta que llevo casi una semana evitándolo.

Empezamos a ver la película así, sentados muy juntos, con los ojos puestos en el resplandor de la pantalla, mientras el resto de la casa permanece a oscuras y la lluvia tenue golpea la ventana. Se está muy a gusto, con todo el calor que desprende su cuerpo.

—Oye, española —murmura, en medio de la oscuridad.

—¿Hummm?

—No pensaba contratar a otra *kiné*. Fue una idea tonta que se me ocurrió al principio, antes de conocerte. Michel se estaba burlando de mí. Te pido perdón.

Dirijo la vista a su perfil, sintiendo un montón de mariposas en el vientre y que, por fin, consigo relajarme del todo.

—Te perdono. —Sonrío. Su mirada se detiene fugazmente en varios puntos de mi rostro antes de regresar a la película. Carraspea y me ordena que me fije en algo, al parecer crucial, que está ocurriendo en la pantalla, y yo sonrío más si cabe al percibir su incomodidad.

Una disculpa de Eric. ¿Quién lo iba a decir? Algo me dice que no es habitual en él, así que lo disfruto.

La película discurre en un apacible silencio.

La protagonista está muy confundida.

—Como se quede con el vizconde, entro ahí y la agarro de los pelos —murmuro, amodorrada. Cuesta pensar en español y hablar en francés cuando los párpados te pesan.

Creo que lo despierto, porque una respiración pesada retumba en su pecho. Responde contra mi pelo. No sabía que estábamos tan cerca.

—Pues, me temo que vas a tener que entrar. No se va a quedar con el fantasma, la pobre chica. El tipo, por muy bien que cante, es deforme.

—No digas tonterías, no es deforme. Además, eso ni se nota.

—Eso lo dirás tú, pero prueba a besar a un tipo feo.

—Ya lo hice. Y con barba de náufrago. —Río. No obstante, la risa me sale trémula y sin fuerza. Siento que mi corazón comienza a dar tumbos por mi pecho, como si buscara la salida. ¿Cómo he pasado de querer morirme de vergüenza a bromear por el mismo acto? Poco a poco me relajo—. Lo cierto es que no está tan mal. Christine debería probarlo.

Veo, por el rabillo del ojo, que Eric alza las cejas con un esbozo de sonrisa burlona, sin despegar la vista de la pantalla.

—Lo está haciendo.

Presto atención a la trama. Demonios, sí, lo está haciendo. ¿Cómo es capaz de cantar y morrear al mismo tiempo?

Eric carraspea, y su voz ronca se clava en algún punto en mi interior. Noto la calidez de su aliento en mi sien, por eso intuyo que ha girado la cabeza.

—Entonces, ¿te parezco feo?

—Feísimo.

Sonrío ampliamente, al igual que él, según compruebo mirándolo de reojo.

O yo estoy muy pez en esto o estamos ligando.

Con el yeti.

¿Dónde quedó el: «Tú borracha, yo sonámbulo»?

Eremofobia

BRUMA

Lo primero que oigo al despertar es el brusco golpeteo de la tormenta contra el cristal, luego el de la ducha y, finalmente, una puerta y pasos que entran en mi habitación.

—Es increíble, duermes como *une bûche*.

Parpadeo varias veces. Francés antes del café no, por favor. Me incorporo en el sofá de Eric, que se ha convertido en una cama gigante. A diario suelo pasar varios minutos desperezándome y haciéndome la remolona, pero en esta ocasión trato de guardar la dignidad.

—¿Qué es «*une bûche*»? —Bostezo.

—Espera. —Regresa con el diccionario—. Un tronco.

—¿Qué tonterías dices? Yo dejé de dormir como un tronco hace años.

¿También existe esa expresión en francés? Bostezo de nuevo y luego trato de adecentarme un poco, pero mi masa capilar es indomable por las mañanas. Desisto de arreglarla y me froto los ojos. Dios, qué bien he dormido.

—Pues, no había manera de despertarte. Ni siquiera te moviste cuando te puse sobre la alfombra, extendí el sofá para hacerlo cama y te tumbé de nuevo en él. Si no hubiera visto que respirabas, habría pensado que estabas muerta. Para lo que sí te moviste fue para apoyar la cabeza en mi hombro. —Lo hace girar en círculos, como los deportistas—. Todavía lo tengo dormido. ¡*C'est lourde*, tu cabeza!

—¿Qué le pasa a mi cabeza?

—Que te pesa.

Vuelvo a bostezar. ¿Qué dice? Está claro que el yeti se levanta parlanchín.

—Oye, francés, si tienes café, podré comenzar a responderte, ¿qué me dices?

No atiendo cuando murmura algo sobre que me prefiere así, o yo qué sé. Se me traba el idioma tan temprano. Se mete en la cocina, mirando su reloj, y refunfuña por lo bajo mientras abre y cierra armarios. Escucho el sonido del vapor y, poco después, una aromática nube con olor a café envuelve el salón, eclipsando el de gel de hombre que emana del baño y me tiene mareada.

Vuelve poco después llevando en las manos una bandejita con todo lo necesario, hasta azúcar y leche en una jarrita. Mira que es pijo.

—También puedes irte a tu casa y desayunar allí —sugiere, volviendo a mirar el reloj.

—Sí, podría. Pero allí no me lo sirven en la cama.

Me lo tomo poco a poco, sentada a lo indio bajo la manta y sintiendo que el líquido me espabila, sin importarme el escrutinio de Eric, que me observa apoyado en el marco de la puerta, con el ceño fruncido, seguramente porque todavía estoy ocupando su casa. Su casa caldeada. Que se jorobe.

Cuando por fin despierto oficialmente, me giro hacia él para informarlo de que ya me voy, pero me quedo sin palabras al observar su cuerpo apoyado con indolencia, con una mano en el bolsillo y el otro brazo cruzado sobre su torso, rascándose el costado como un maldito anuncio de Marlboro, camiseta blanca sin mangas incluida. Tanto tiempo echando pestes de la camisa de cuadros y ahora que lo veo sin ella solo quiero que se la ponga de nuevo. Madre mía, los bíceps. ¿He dormido sobre eso?

—¿Hemos dormido juntos? —pregunto sin querer, a sabiendas de que ni siquiera el café me ha activado los filtros aún.

—Sí. Peso demasiado para que el suelo sea confortable.

—Podrías haberte ido a tu cama.

—Podría. Pero había una bella durmiente en ella.

Arquea una ceja con chulería y yo vuelvo a estudiar la gran cama sobre la que estoy sentada, la cual mide, tranquilamente, dos metros de ancho. Acaricio las sábanas blancas arrugadas.

—¿Duermes aquí?

—Duermo aquí. La habitación la uso de guardamuebles. De todos modos, no sé de qué te quejas, si has dormido toda la noche sobre mi hombro. Además, parece que hay un imán que te atrae hacia él: cada vez que me movía, tu cabeza volvía a colonizarlo; seguro que, de haberme ido a la habitación, hubieras venido detrás.

Hay reproche, pero, sobre todo, burla. Puedo vivir con ella. Por alguna razón, las burlas de Eric me reconfortan porque en el fondo solo noto amabilidad.

—También podrías haberme dejado en mi cama y hacer un buen uso de la llave, por una vez.

Enarca las cejas.

—Pensaba que no querías que la utilizara.

—¿La usas para asustarme de muerte porque hay remolacha en la sopa y no para meterme en mi cama y que duermas a gusto? No hay quién te entienda.

—Yo no he dicho que no haya dormido a gusto. Y me encantaría seguir discutiendo sobre tus hábitos de sueño —dice, despegándose de la pared y volviendo a comprobar la hora—, pero tengo una cita en las termas dentro de un minuto y tú tienes que ponerte en marcha.

Espera, rebobinemos. ¿Qué día es hoy?

—Mierda. ¿No era sábado?

—Sí, hace seis días lo fue, y mañana lo será otra vez. Pero ahora es viernes y son las ocho menos cinco de la mañana. Que no quiero echarte, quedas demasiado bien en mi sofá, pero…

Ya no escucho más. Me levanto, me tropiezo, desenredo la manta de mi pie tirando en el proceso la taza (vacía y sin llegar a romperla, menos mal) sobre la alfombra…

—Joder, Eric, ¿por qué no me has despertado antes? —farfullo, en español. Yo nunca he llegado tarde a mi trabajo. Nunca. Puedo ser una marmota por las mañanas, no lo niego, pero hacer esperar a la gente no es mi estilo.

—Lo he hecho —responde él—. Cuando me he despertado; cuando he salido a correr; cuando he vuelto, y después de meterme en la ducha, pero eres un oso en plena hibernación, te lo juro. Si no la hubiera preparado yo, pensaría que alguien te echó cannabis en la cena, o algo parecido.

Yo ya no lo escucho. He cruzado la puerta, me he detenido en el rellano palpándome los bolsillos del pijama en busca de las llaves antes de darme cuenta de que no tiene bolsillos, he vuelto sobre mis pasos, cogido las llaves del dedo burlón de Eric y me he girado de nuevo. Pero, antes de desparecer por el pasillo, me doy la vuelta y le apunto con un dedo.

—Como el primer cliente se me queje, lo mando a tu despacho, y ya verás tú lo que le dices —amenazo.

Se podría haber quitado una pelusilla imaginaria del hombro, que acaba de cubrirse con la bendita camisa de cuadros.

—Eso se lo dejo a Michel, que sabe decirles que sí a todo. Yo le metería el puño por el

lugar donde se meten las irrigaciones nasales, y lo peor es que nadie puede echarme porque soy el jefe. Una odisea. —Algo así deduzco de sus palabras.

Ni siquiera me ducho. Me pongo ropa encima y me voy pitando, tratando de reprimir la sonrisa que trata de abrirse paso a cada momento.



Ese día salgo la última porque, si empiezas tarde, terminas tarde. Es la ley de las termas y de sus horarios milimétricamente cronometrados.

Cuando acabo, a esa hora el lugar suele estar desierto, a excepción de las tres chicas que lo limpian todo con mangueras de bombero y botas de agua hasta las rodillas. Habitualmente, Eric no aguanta mucho en ningún lugar cerrado; lo normal es que haga acto de presencia por las mañanas y se largue tan pronto como puede, por eso me sorprende encontrarlo hoy en el límite que separa la zona de aguas del resto de la estación termal, sin dejar de consultar su reloj (uno nuevo, por supuesto; el otro continúa en mi muñeca). El corazón se me dispara sin remedio en cuanto lo veo ahí apostado, tan alto, tan impasible, en plan: «Me importa todo una mierda, pero me estoy impacientando», y con una pose tan parecida a la de esta mañana que me río por dentro.

No sé qué hace aquí, pero estoy hambrienta y no tengo intención de pararme a preguntárselo. Camino en su dirección y paso de largo junto a él.

—Hasta luego, yeti.

Al sonido de mi voz, alza la vista y sus hombros se relajan de golpe.

—¡Por fin! —exclama, aproximándose a mí.

—¿Por fin, qué? —pregunto, confundida.

Eric me alcanza y tira de mi mano.

—Ven, tengo algo para ti.

—Y ¿no puede esperar a esta tarde? Estoy muerta de hambre y necesito una ducha. Suelo hacer ambas cosas por la mañana, ¿sabes?, ducharme y desayunar, pero hoy me ha sido imposible.

—Qué barbaridad. —En realidad, en francés dice algo así como: «¡Que’l horror!». Muy exagerado, el francés.

—Sí. —Llegamos a su despacho y, mientras él accede al interior, yo me apoyo en el marco de la puerta, cruzada de brazos—. Recuérdame que avise a un cerrajero para que instale en mi piso cinco pestillos a prueba de vecinos entremetidos.

—Aquí no hay cerrajero. ¿Dónde crees que vives? Aquí, si alguien necesita un cerrajero, me llama a mí, y te aseguro que no voy a poner nada en tu puerta. Anda, toma, guárdatelo.

Alzo los brazos por inercia cuando me lanza un objeto, que cojo al vuelo, por supuesto; no soy tenista profesional por tener malos reflejos. Él se sorprende. Hombres… Doy varias vueltas en mis manos al objeto en cuestión, una caja cuadrada envuelta en papel de regalo plateado.

—¿Qué es?, ¿de los curistas? —pregunto.

—Algo así —evade. Cierra el despacho con llave para, a continuación, cogerme del hombro—. Anda, vamos. Yo también tengo hambre. Comemos, te duchas y luego nos vamos a Pau.

—Oh. ¿Ahora lo hacemos todo juntos? —Me burlo un poquito, aunque lo cierto es que me viene de perlas.

En cuanto atravesamos el portón, nos recibe un cielo totalmente despejado y azul, como si la lluvia lo hubiera limpiado. Me desabrocho el abrigo y cruzamos la plaza en diagonal hacia nuestro portal, comentando la película que vimos ayer.

Yo insisto en que es una película romántica, mientras que Eric no encuentra el romanticismo por ninguna parte.

—Es cierto que al principio es un amor *insane* —le doy la razón—, así como…

—*Insane?* —me interrumpe.

—Sí, insano. Obsesivo. Que… eh… no es bueno —trato de explicar. Evito decir que yo sé mucho acerca de eso.

Evidentemente, mi cerebro se ha puesto a comparar la película con mi relación con Nacho.

—No existe «*insane*». —Entrecierra los ojos—. Esa palabra te la has inventado, al igual que muchas otras desde hace unas dos semanas. ¿Qué pasa, que no tenemos suficiente vocabulario en francés que tienes que improvisar más?

Su indignación me hace gracia. Es tan francés…

—Bueno, si quieres mantener conversaciones profundas y algo coherentes, tendré que inventármelas. No llevo encima el diccionario y, además, estoy harta de andar interrumpiendo las conversaciones cada dos por tres.

—*Coherant?* —se impresiona de nuevo. Ni siquiera sé por qué me sorprende que se quede con eso.

—Claro. Coherentes.

—No existe «*coherant*».

Hemos alcanzado el portal y avanzado hacia la escalera, de modo que aprovecho que me cede el paso para subir un escalón y plantarme frente a él, interrumpiéndole el paso.

—Oye, francés, si te molesta, dilo, porque sé de sobra que has entendido mi «*coherant*».

Otra vez ese gesto de dolor que me hace sofocar la risa.

—¿Podrías dejar de usar el Real Diccionario de la Lengua Francesa como si fuera un saco de boxeo?

—Porque tú al español lo acaricias. —Agito la cabeza.

—¿Qué?

—Acariciar.

Para ilustrarlo, mi mano se eleva y toca su mejilla, ahí donde la barba es… suave. Ambos somos tan conscientes del gesto que aparto pronto la mano y carraspeo antes de dar media vuelta y continuar el ascenso. Tarda unos segundos en seguirme.

—De modo que Erik —reconduzco la conversación. Así se llama el fantasma de la Ópera, ironías de la vida— era un hombre repudiado que conoció desde bien pronto la crueldad del ser humano, por eso quiere proteger a su amada de esa misma crueldad, aislarse, y vivir para siempre en su propio mundo. Es una historia preciosa.

—Sea cual sea su pasado, lo cierto es que se vuelve loco —opina.

Ya hemos llegado al rellano.

En cierto modo tiene razón, pero ni en broma voy a admitirlo. Además, él ha leído el libro; me lo dijo anoche, cuando lo cuestioné después de que me diera una serie de datos que no aparecían en la película.

—Sea como sea, a Christine le vendría bien una cita con mi psiquiatra. La doctora Sinclair se la hubiera merendado.

—¿Por qué tienes psiquiatra?

Mierda.

La mano se me queda congelada con la llave en la cerradura. ¿Cómo se dice «bocazas» en francés?

—Casi todo el mundo tiene una en España. ¿No lo sabías? Pensaba que aquí, en Francia,

era igual.

Finjo una risa después de soltar tal mentira. Giro de muñeca y otro giro de muñeca, abro la puerta y… casi lo consigo. Me despido, estoy a punto de cerrar, pero una mano enorme se interpone.

—Bruma, ¿por qué vas al psiquiatra? ¿Tiene algo que ver con tu aversión al queso? —pregunta, indagando en mis ojos con preocupación.

—Está enferma, ¿no te lo ha dicho? Tiene una cosa rara que le da miedo estar sola.

Siento que expulso todo el aire de golpe al escuchar las palabras que me han definido durante tantos años, pero pronunciadas en francés con acento cubano.

—¿Enferma? —repite Eric, frunciendo el ceño.

—Tú. —Abro la puerta de par en par y señalo al indeseable que permanece cómodamente apoyado entre escalón y escalón—. ¡Tienes que dejar de hacer eso! —le exijo, en español.

—¿Qué cosa, mami? —responde, en mi lengua. Agranda los ojos y todo, el muy canalla. Juro que lo habría golpeado si no fuera porque no soy una persona violenta, aunque me lo estoy planteando.

—Aparecer de la nada para inmiscuirte en conversaciones ajenas —le reprocho.

—¿Inmis… qué? Amiga, esa palabra no la identifico como española ni como francesa. Ni siquiera es cubana.

El «amigo» lanza una carcajada. Y yo defendiéndolo delante de Michel. En este tiempo había llegado a caerme bien. Cubanos… Fíate de ellos.

Eric toma mi barbilla con la mano para que me olvide del menda y lo atienda a él.

—¿Por qué dice que estás enferma? —insiste.

Me zafo de su agarre apartando la cara, incómoda.

—Y yo qué sé, Eric. Porque sí. Llevo enferma casi nueve años.

—Pues, yo te veo sana.

—Yo también. Sana como una manzana. —Ambos taladramos con la mirada a Leo, hasta que este levanta las manos y retrocede, subiendo los peldaños de espaldas—. Vale, ya me voy, chicos, no se enojen.

Cuando por fin se da la vuelta y desaparece escaleras arriba, me veo obligada a enfrentarme a la ira contenida en los ojos de Eric. Suspiro. No hay forma de librarme de esto. Era cuestión de tiempo que se enterara. Ahora solo queda intentar que lo entienda.

—Es de aquí —trato de explicar, señalándome la cabeza—. Se llama «eremofobia»; no sé cómo se dice en francés.

—Eremofobia —repite. Pronuncia sorprendentemente bien la palabra en español—. ¿Qué es?

—Pues, eso, lo que te ha dicho el bocachancla del cubano, ¿cómo la ha llamado?

—*Phobie à la solitude!* —«¡Miedo a la soledad!», llega desde el piso de arriba. No me lo puedo creer. Voy a decirle cuatro cosas, pero Eric se me adelanta al encaramarse a la barandilla y amenazarlo en francés con algo que a mí me suena muy chungo, y debe de serlo, porque el cubano por fin entra en el piso, dejándonos de nuevo cara a cara.

—Déjame que lo comprenda bien: crees que tienes miedo a la soledad —resume—. ¿Es eso?

—Creo, no —lo corrijo—, lo tengo de verdad. No solo miedo, sino fobia. Es un terror irracional; no piensas, solo está ahí y devora tu vida, todas tus decisiones circulan en torno a ello. Determina cómo vas a vivir cada experiencia, ¿entiendes? Por eso estoy aquí, para curarme.

No sé por qué necesito que comprenda que este trastorno ha condicionado mi vida, pero de

pronto se me antoja crucial que lo acepte; que me acepte tal como soy, signifique eso lo que signifique.

Todas mis expectativas se van al garete cuando bufa, incrédulo. Enfadado.

—Tú no tienes de eso —niega, y su desprecio me hace recular.

—Sí, ¡lo tengo! Está diagnosticado por un médico. ¡No me lo estoy inventando! Lo sentí el primer día, cuando llegué, pero me calmé al ver tu camioneta. Un ataque de pánico. ¿Has tenido un ataque de pánico alguna vez? Se puede morir a causa de uno, así que no te rías, y menos aún lo menosprecies. La gente se queda sin respiración. Y todavía sufro pesadillas, incluso aquí. Todo, por mi enfermedad.

No sé cuánto ha asimilado, porque he empleado más español que francés o inglés, pero no pregunta nada más, de modo que debe de haber captado la esencia.

Se nos traban las miradas después de mi confesión; yo, respirando agitadamente, a la espera, y él, estático, registrando toda la información.

Y entonces… resopla. No me lo puedo creer.

No sé qué clase de frenesí me asalta para que, de pronto, mi mano busque el bulto en mi bolsillo y le lance el regalo a la cara.

—¿Estás loca? ¡Se puede romper! —«*T'es folle*» no significa solo 'estás loca'. En francés quiere decir algo así como 'estás fuera de tus cabales', 'majareta', 'completamente ida y desquiciada'. De pronto, algo parece abrirle los ojos, supongo que el estado en que me encuentro. Intenta acercarse con las manos en alto, igual que cuando tratas de apaciguar a una fiera—. Ey, ¿por qué no nos serenamos? Mira, nos duchamos, comemos. Te tranquilizas, ¿OK? Después, nos vamos calmadamente a Pau. Eso te gusta, ¿cierto?

Su voz obra algún tipo de milagro: a medida que sale por su boca, ronca y suave, mi cuerpo va liberando tensión. Pau. Me concentro en eso. Él lo nota.

—Y luego, si quieres, hablamos del tema.

La tensión regresa.

—No quiero.

—Solo lo justo para que yo comprenda. Por favor.

Pacto

BRUMA

Una hora después, ya estoy duchada, vestida con ropa limpia y hemos comido un plato de pasta en casa de Eric. En mi muñeca descansa el regalo: un reloj deportivo de mujer, que me encanta. Y no es de parte de los curistas. Supongo que el yeti quería recuperar el suyo, así que tampoco me quejo.

—Voy a ir sola —le comunico cuando salimos al rellano.

La discusión sobre mi enfermedad me ha hecho recapacitar. He llegado a la conclusión de que no estoy poniendo todo de mi parte para curarme. Paso demasiado tiempo con el francés. Supongo que sentir tantas emociones por primera vez puede volverse adictivo. Debería cuestionarme seriamente por qué solo con él desaparece ese vacío dentro de mí, solo que… no me da la gana. No aún.

Eric se detiene después de cerrar su casa.

—Vamos juntos. Tú y yo.

—Tú no tienes nada que hacer en Pau. Yo, sí.

—Yo te voy a acompañar. ¿No decías que tenías *phobie à la solitude*? Así no vas sola.

Eso es lo que me temo.

—Para eso vine aquí, Eric, para curarme. Si me acompañas a todas partes, jamás lo lograré.

Me mira con una expresión que no logro descifrar, como si supiera más de lo que da a entender.

Tampoco es que yo a Eric lo pueda parar.

Ni siquiera sé muy bien cómo termino sentada en esa camioneta verde que tanto dolor de cabeza me ha dado. Lo miro sin comprender cuando, desde fuera, coge el cinturón de seguridad y se aproxima a mi cuerpo, tan cerca que lo respiro entero (montaña, nieve). Me lo abrocha antes de cerrar la portezuela del copiloto y rodear el coche para sentarse en el lado del conductor. Relajo el ceño y trato de desprenderme de su olor, que ha invadido mis fosas nasales.

Si no lo conociera, pensaría que lo está haciendo aposta.

Eric arranca el motor y nos ponemos en marcha. Acelera con un estruendo en cuanto dejamos atrás el cartel del pueblo.

El corazón se me desboca en el pecho al ver pasar los árboles como fogonazos marrones.

—¿Podrías reducir la velocidad? No tengo prisa por llegar, ni por morir, ya que estamos —pido, tratando de no sonar histérica.

—Voy a setenta —alega.

—Y el límite es cuarenta.

Su cuerpo se sacude con una risa, como si respetar las señales de tráfico fuera algo gracioso y no un requerimiento legal. Cuando voy a replicar, un sonido que conozco muy bien se eleva por encima del rugido del motor. Por inercia, alcanzo el móvil, y me doy cuenta casi al instante de que se trata de *su* móvil. Voy a disculparme y devolverlo a su sitio, pero cambio de opinión. Lo cojo, sorprendida tanto de que lo lleve encima como de que tenga el sonido activado. Además, decenas de aplicaciones han vuelto a su sitio, y las notificaciones están más vivas que nunca. Increíble.

—Es Thomas. Pregunta dónde guardas los dosieres de los temporeros —comento con tono

jovial, como si fuera lo más natural que yo husmee en su móvil y sus conversaciones. En realidad, lo es; al menos, en privado.

—Dile que en el ordenador número tres de mi despacho —responde, como si no le importara.

Tecleo.

—¿Qué eres, contratador o algo así? ¿Contable?

—Algo así.

No puedo evitar estudiar su perfil concentrado. ¿Por qué siento que me está timando?

—¿Por qué has desbloqueado todos los contactos ahora?

No puedo asegurarlo por la barba, pero juraría que sonríe.

—¿Quieres escuchar una historia de lo más surrealista?

Durante el resto del camino, me pone al día sobre su hermano pequeño, Daniel. Así, de pasada, me entero de que Eric tiene treinta y tres años. Diez más que yo. Guau. Otra razón que viene a confirmar que todos esos roces tontos no son más que gestos poco importantes. Un tío como el yeti jamás se fijaría en una cría como yo.

Mis propias conclusiones me han quitado las ganas de charla, de modo que desvío la vista hacia la ventana y diviso una casita rodeada por un prado verde en la falda de la montaña. Se trata de una de las queserías que Simon me obligó a visitar. La nostalgia me embarga al pensar en él, en que ahora yo podría estar en España, en ese gran trabajo, y este momento con Eric podría no estar sucediendo. Y, a pesar de mi ánimo algo alicaído, la certeza de que estoy donde tengo que estar me sacude.

Me giro hacia el hombre de las nieves.

—Oye, yeti, no os voy a dejar. Todavía no he terminado todo lo que tenía que hacer aquí.

—¿No?

—No. Simon y yo elaboramos una lista antes de que yo viniera. En ella había varios puntos. Ahora ya no me parece tan ridícula como cuando la escribimos y… he pensado que tal vez la lleve a cabo.

—Hummm. Una lista. —Medita con interés antes de preguntar—: ¿Te faltan muchos puntos por cumplir?

—Creo que no.

Hago repaso de todos ellos y caigo en la cuenta de que no lo he hecho tan mal. Podría tachar unos cuantos si no la hubiera perdido.

Ser más que un tándem. *Check.*

Aprender gabacho. *Check.*

Remontar mi autoestima. Estoy en ello, pero… ¿qué demonios?, sí, yo creo que sí.

Recuerdo el resto y sonrío, feliz.

—Gracias a ti puedo incluso tachar el de «dar un beso francés a un francés». —Se me escapa la risa—. Íbamos algo borrachos cuando hicimos la lista —explico, a modo de disculpa.

—¿Qué beso francés? —Se extraña.

No puedo creer que regresemos al mismo punto.

—El que te di en las escaleras, gabacho. ¿Recuerdas? «Yo borracha, tú sonámbulo».

Increíble el bufido de mula francesa que exhala.

—Eso no era un beso francés.

Pongo los ojos en blanco. Ha usado el mismo tonito ofendido de cuando aparté el queso del *crêpe*.

—¿Cómo que no? Lo era. Simon y yo buscamos en internet el significado antes de

anotarlo, y vale que he perdido la lista, pero ponía claramente: «Estimular…

Estoy tan concentrada tratando de recordar las palabras precisas que no me percato de que el coche se ha detenido.

Antes de que pueda preguntar qué ocurre, descubro todo su cuerpo vuelto hacia mí.

—Bruma, gírate —me ordena, mientras desabrocha mi cinturón de seguridad. El suyo ya ha desaparecido.

—¿Para qué? —Hago lo que me pide y, sin previo aviso, se inclina.

Y me besa.

No, espera. No sucede tan rápido, pero mi mente parece haberse ralentizado y no es capaz de procesar sus gestos a la velocidad normal. No registro a tiempo el brazo que extiende por encima de mi reposacabezas, para apoyarse, ni el otro brazo, que abarca mis caderas para girarme y acercarme más a él, ni su cuerpo enorme cerniéndose sobre mí, ni, especialmente, su mirada cargada de intención. Al primer toque de sus labios, me separo de él sobresaltada. ¿Qué ha pasado? Me siento como un electrodoméstico apagado al que acaban de enchufar a la corriente.

—¿Qué? —inquiere.

—¿Qué ha sido eso?

—¿El qué?

—El beso.

—*Bisou.*

Joder, y ahora me anda con traducciones.

—Ya, ya. —Ha sido electrificante. Ni idea de cómo se dice en otra lengua—. ¿Puedes repetirlo? *Again*.

Tal vez sueno un tanto desesperada. Me da igual. Necesito que lo repita. Eric compone una expresión de hartazgo.

—En eso estaba, española. ¿Es que no podemos ni enrollarnos sin discutir?

—Hablas demasiado, yeti.

Lo agarro de la horrorosa camisa de cuadros y lo acerco a mí para besarlo. Un segundo después, quien fabrica y moldea y se adueña del beso es él. Lo primero que pienso es que lo de aquel día, en las escaleras, no fue un beso. Lo segundo es que… que ya no pienso. Me ladea la cara y acaricia mi lengua con la suya con tanta maestría que cualquier pensamiento coherente vuela de mi cabeza. Plum. Adiós. Por eso, mi cuerpo se pega al suyo para sentir su solidez. Su nuca es fuerte y cálida cuando la rodeo con la mano; un músculo se tensa en su mandíbula bajo mis dedos y sus pectorales parecen montañas cuando desciendo un poco más. Admito que lo estoy sobando a base de bien. Me da igual.

Creo que llevamos varios minutos aquí, comiéndonos la boca, la lengua y todo lo que puede comerse sin que nos multen. Cogemos aire y volvemos al ataque con ganas crecientes. Cuando por fin se aparta, siento los labios hinchados, los pechos pesados y un cosquilleo entre las piernas. Qué maravilla de sensación. Él se me queda mirando con los ojos más claros que nunca.

—*Et voilà*. —Su voz es ronquísima—. Esto sí es un beso francés a un francés. O, más bien, un beso francés *de* un francés. También estaba en tu lista. Ya puedes tacharlo.

Me cuesta reaccionar porque mi cerebro anda como loco reagrupando a todas mis hormonas, que se han puesto a jugar al pilla-pilla como niñas traviesas y desobedientes. Abro y cierro la boca conforme el significado de sus palabras penetra con lentitud. Lo mato.

—¡¿La tenías tú?! —adivino. Creo que se me cayó cuando iba a tirar la basura, durante

nuestro primer encuentro. Debió de recogerla él. Respira, Bruma. Respira—. ¿Sabes lo bochornoso que resulta esto para mí?

¡Me ha besado únicamente por un motivo! Y no era sentirse desbordado por mi asombrosa personalidad, sino para demostrar un punto. Y yo, totalmente rendida. Le odio.

Por supuesto, él ni se inmuta. Ha reanudado la conducción y permanece ahí, tan satisfecho consigo mismo. Ardo de vergüenza. ¿Dónde está una buena lluvia cuando se la necesita?

—¿Dónde es? —pregunta, cuando llegamos al centro de Pau. Sinceramente, me viene bien el cambio de tema, así como escapar del interior claustrofóbico de la ranchera.

Saco un papelito del bolsillo y se lo doy, tratando de mostrarme tan indiferente y poco afectada como él.

—Vamos aquí.

Le echa un vistazo sin dejar de conducir.

—¿Aquí? ¿Estás segura?

—Sí.

—Es una ortopedia.

—¿En serio? —Alzo la vista al techo—. Ya lo sé. Hablé con ellos por teléfono y me lo tienen preparado.

Intento comportarme como si nada hubiera ocurrido, igual que él, aunque la realidad es que mi mundo parece haber cambiado de color. Sobre todo, intento que no note que quiero más. «No, no, eso jamás, Bruma. ¿Te imaginas las burlas si se entera?». De modo que apoyo el antebrazo sobre la portezuela y finjo desinterés.

Zigzagueamos por varias calles hasta alcanzar una principal. En cuanto distingo el cartel de la tienda, me apeo. Regreso cinco minutos después con el paquete bajo el brazo. Me subo al coche y cierro la puerta; coloco la caja a mis pies.

—¡Listo!

—¿Necesitas calzado especial? —me pregunta, curioso.

—Algo así —comento, de forma vaga, y me apresuro a cambiar de tema. A ratos, todavía puedo notar restos de la corriente que me ha provocado ese beso, como cuando un objeto ha sido cargado por un rayo y fuertes descargas le recorren un tiempo después. Estrés postraumático por un beso. ¿Se puede ser más tonta?



Nos detenemos a echar gasolina e, increíblemente, Eric no dice nada cuando regresa de pagar y me encuentra sentada al volante. Se limita a ocupar la plaza del copiloto y preguntar por qué no arranco. En el exterior, es noche cerrada y ha comenzado a llover de forma ligera.

Resulta que él, al contrario que yo, no necesita esconder que me observa a sus anchas mientras conduzco, cosa que intento que no me ponga nerviosa. Para disimularlo, hablo y hablo sin parar, lo que aprovecha en su beneficio.

—¿Por qué no te gusta que cambien tu nombre? —inquiere, al surgir el tema de Brume.

Lo he repetido tantas veces que no lo medito demasiado antes de contestar.

—Supongo que, a pesar de lo mucho que me queje delante de mi madre, adoro mi nombre. Para ella significó lo imposible. La niebla, en los países nórdicos, anuncia que algo fantástico está por llegar; representa el misterio que envuelve a un suceso.

»Mi madre llevaba siete años buscando un bebé sin éxito. En mi ciudad nunca nieva, y llueve poco. Por esa razón, que la atmósfera estuviera cubierta de bruma el día que cruzó las puertas del hospital para parir tuvo para ella un significado especial.

Varias gotas caen sobre la luna delantera, y Eric se inclina sobre mí para activar los limpiaparabrisas.

—¿Y tu padre? —pregunta, con delicadeza.

El estómago se me encoge.

—Mi padre siempre estuvo demasiado ocupado siendo famoso —murmuro, pensativa. El ambiente anubarrado al otro lado del cristal invita a ver los fantasmas del pasado. La prepotencia de mi padre, que yo confundía con elegancia, al irse emperifollado a la recepción de turno. La verdadera elegancia de mi madre, aun en pijama, porque se quedaba en casa conmigo. Al nacer yo, bifurcaron sus caminos, aunque mi abuela decía que nunca habían transitado por el mismo. Cada uno perseguía un objetivo distinto en la vida, y el de mi padre era ser noticia—. Mi madre también era famosa, pero no se lo tenía tan creído.

No comento que yo también lo era, y que tampoco se me subió jamás a la cabeza.

—¿Ya no vive? —Deduzco que se refiere a mi padre.

—¿Eh? Sí, sí vive. —Giro el volante con suavidad al dejar atrás otro pueblo—. Al menos, supongo que vive, no lo sé seguro. Nos abandonó después de mi secuestro. Supongo que fue demasiado para digerir. Él era locutor de la radio nacional. Era una fama buena, ¿entiendes? Además, yo hacía honor al apellido. Pero luego todo cambió. No es lo mismo la fama buena que la mala, ¿no? No pasa nada. Mi madre siempre ha estado ahí, y mi abuela, hasta que murió. Ni me enteré cuando mi padre faltó.

No es que yo diga mentiras, es que a veces hasta yo me las creo. O sepulto los recuerdos, como la manera en que mi padre me trataba, con tanta protección. Cómo me advertía de todo, por mi bien, y cómo se ofrecía a acompañarme en las ruedas de prensa cuando empecé a adquirir notoriedad, para que yo no tuviera que pasar por ese mal trago sola. La realidad es que quien acaparaba la rueda de prensa era él. Normal que, al faltar en casa, yo me sintiera como una mesa a la que han cortado una pata. Y puedes vivir cojeando, claro que sí, pero ya no es lo mismo. Siempre tienes la sensación de que antes todo era mejor.

Continúo conduciendo por esa carretera entre montañas. Me está gustando ir subida en un todoterreno; desde tan arriba, la visibilidad es perfecta. Además, ya casi hemos llegado, solo falta atravesar Laruns y ascender el zigzag montañoso.

Eric me sobresalta.

—¿Qué has dicho? —Su tono suena mortuorio.

Su expresión también es extrañísima, como si se reprimiera.

—¿Qué?

—Para ahí —me ordena, señalando una marquesina de autobús.

Obedezco, cada vez más nerviosa. Observo a un lado y a otro, pero no localizo el peligro por ninguna parte. En cuanto el coche está completamente quieto, ladea la cabeza.

—¿Secuestro? ¿Has dicho «secuestro»? —pronuncia.

Cierro los ojos.

«*Kidnapping*», he dicho, más exactamente. Encima, en inglés. ¿Cómo no me he dado cuenta? Supongo que compartir con él mi eremofobia, una de las tantas consecuencias del secuestro, me ha hecho relajarme en su presencia.

Me humedezco los labios, que se me han secado de pronto.

—Fue hace mucho tiempo. Está olvidado.

Gracias a Dios, por todo el mundo. Ocurrieron otros casos, se cansaron del mío y mi nombre dejó de ser noticia. Y así quería yo que siguiera, por eso dejé el tenis. Fue mediático en su momento, pero ya no soy esa niña, la niña española secuestrada. No quiero serlo.

A menos que alguien insista en que lo sea.

Me agarra del brazo con ferocidad y me hace mirarlo a los ojos. El azul de sus iris se ha tornado frío, y el hielo también quema, eso nunca hay que olvidarlo.

—Secuestro es retener a alguien en contra de su voluntad —explica, grave. Como si yo no lo supiera—. ¿Hablas de ese tipo de secuestro?

No tenía ni idea de que existiera otro. Supongo que se refiere al secuestro figurado. Secuestro de ideales; secuestro de niñez u otra etapa evolutiva… O tal vez sí. Tal vez me secuestraron de muchas más maneras de las que pensaba.

—Eric, estás muy inquieto y me estás inquietando a mí. ¿Qué te parece si vamos a casa y hablamos más tranquilamente allí?

—¿Por qué secuestro? —insiste, como si yo no hubiera hablado. Parece fuera de sí—. ¿Quién te secuestró?

«No lo sé». Aprieto los párpados con fuerza y trato de controlar el temblor en mi barbilla.

—Eric…

—Necesito que me lo expliques, Bruma. ¿Cuántos años tenías?

Llevo la vista al frente y tenso las manos en torno al volante. La única luz procede de los faros del coche, cuyos haces son atravesados por gotas como cuchillos. Trato de serenarme, pero su insistencia no ayuda. Es evidente que no va a ceder.

—No quiero hablar de ello. —Me cierro—. Me secuestraron. Me soltaron. Ya está. Lo quiero olvidar.

Bufa, con tanto agobio y frustración que hago un esfuerzo por explicarme de nuevo, pero nada sale.

—¿Quién te secuestró? —reitera, lo cual me desinfla. Es evidente que solo le interesan los detalles morbosos, y a la mierda los sentimientos de Bruma. Igual que los policías y todos los cuerpos militares y médicos del Estado español durante los meses posteriores al secuestro.

—No lo sé. Nadie lo sabe.

—¿Por qué? ¿Dónde están ahora? ¡Cuéntamelo! —suplica. Trago tan fuerte que se escucha en el interior silencioso del coche, pero no contesto. Él se frustra—. Bruma, vives sola. Solo tienes veintitrés años y es obvio que estás mal, que todavía no lo has superado. Alguien tiene que saber acerca de ti para cuidarte, no puedes tú sola.

Me obligo a no derrumbarme. Quiero pensar que no lo estoy haciendo tan mal. Ya no me desvelo contemplando un techo desconchado que solo existe en mi memoria. El resto… Trabajo bien, cumplo mis horarios y los pacientes no se quejan. Al menos, eso creía yo.

Ajeno a mi desastre interior, Eric arremete.

—¿Por qué tu familia te ha dejado venir aquí sola? Qué irresponsabilidad. ¿Y si vuelve a suceder?

Pego un respingo y lo miro con los ojos muy abiertos. Esa opción me ha tenido en vela durante muchos años, a pesar de que mi madre me aseguró que no pasaría de nuevo.

—N-no me asusta, Eric. No estoy traumatizada. —Me hundo cuando me escucho tartamudear, al igual que tras la liberación. Lo odio. Empiezo a odiar a Eric por someterme a esto en estos momentos—. Ni siquiera tengo lagunas del episodio. Tengo muy claro lo que pasó. No intentes asustarme tú, por favor. —Es tal su grado de frustración que hago un nuevo intento por sincerarme—: Eric, he relatado lo ocurrido tantas veces que he rebasado mi cupo para la eternidad. Me han obligado tantas y tantas veces a contar la misma historia y reproducir cada detalle que llegué a odiar mi voz. Literalmente. Dejé de hablar durante seis meses. Dijeron que una experiencia así desbarata la mente de cualquiera, pero lo cierto es que eran ellos quienes no

conseguían pronunciar la palabra «secuestro»; la sustituyeron por «aquello». «Aquello cuando tenías catorce años», como si ese año no hubiera ganado un torneo nacional. Nadie entenderá nunca todo lo que me arrebató aquel mes de mi vida. Lo último que quiero es que también me arrebate esta nueva oportunidad en este confín del mundo.

—*Attends* —pronuncia, cuando por fin me callo. Rebusca frenético en la guantera, resollando—. Lento, por favor. No he comprendido bien. No he comprendido bien. ¿Qué es «traumatizada»? ¿Y «lagunas»?

Suspiro, echando la cabeza atrás cuando lo veo agarrar el diccionario y pasar páginas como si le fuera la vida en ello. Normal. Estamos alterados, y, alterado, uno no logra expresarse con coherencia; imagínate mezclando tres idiomas.

—Eric, no me gusta hablar del secuestro. No quiero que me defina.

«Nuestra historia nos define» es una frase que escuché en algún lugar y que odié al instante, porque sentirte definido por el horror desde tan joven es como arrastrar un ancla atada al tobillo para toda la vida.

Ya sea porque no comprende o porque me ignora, Eric continúa hojeando con gesto enfebrecido y entre maldiciones. Me reclino en el asiento y espero a que termine, perdida en mis pensamientos. Guardo silencio incluso cuando lo veo estrellar el pequeño diccionario contra el salpicadero y salir del coche bruscamente.

Alcanza mi puerta y me pide con urgencia que me cambie de asiento. No opongo resistencia.

—Necesito conducir. Necesito hacer algo —murmura, a modo de explicación. Así de alterado se encuentra. Nos encontramos los dos.

BRUMA

Años atrás

Sesión 8

Me aclaré la garganta con nerviosismo antes de empezar a hablar.

—Me gustaría dejar las sesiones. En realidad, le prometí a mi madre que probaría durante dos meses y ya lo he hecho.

La doctora asintió sin mirarme a los ojos.

—Me parece bien. Solo déjame que ponga en práctica una última cosa, ¿de acuerdo?

El pasado nos define

BRUMA

No hablamos durante los siguientes minutos. Miro al frente el resto del trayecto, queriendo deshacerme del mal cuerpo que me ha generado la discusión. Al llegar al pueblo, Eric aparca pronto y mal, con una rueda prácticamente en la acera. Ni siquiera me da tiempo a recoger mis cosas antes de que abra mi puerta y me pida por favor que me dirija al portal.

No me extraño cuando, al entrar en el ascensor, Eric pulsa el botón número tres.

Intento convencerme de que puede ser algo positivo; así me lo quito todo de encima de una vez.

Salimos al rellano en cuanto el ascensor se detiene en el último piso y abre sus puertas. Acto seguido, Eric llama al timbre de Michel con desesperación.

El cubano abre la puerta, pero, antes de que abra también la boca, Eric llama a gritos a Michel. La sonrisa de Leo se borra y nos observa a los dos con el ceño fruncido: mi cara en llamas; la furia que domina a Eric.

Es curioso. Antiguamente, cada vez que me enfrentaba a un interrogatorio, temblaba de frío. Ahora, ardo.

—¡Michel! P*utain. Viens-là!* —brama Eric, antes de dirigirse al cubano—. ¿Está aquí?

—¿Qué pasa, amigo? ¿A qué viene…

—¡Michel!

Se escuchan sus pasos apresurados antes de que su figura aparezca junto a la de su compañero de piso.

—¿Qué ocurre? Bruma. —Se sorprende al verme—. ¿Estás bien? ¿Qué…

Su sincera preocupación transforma mi temblor interior en una tiritona que me cuesta dominar. Y yo pensando que esa etapa ya había pasado.

No sé qué ve Michel en mí, pero hace amago de frenar a su jefe.

—Eric, *stop. Arrête-toi*. La estás asustando.

—*Non. C'est important.*

—Eric…

—Michel, *traduis. C'est tout, ok?*[10]

Resulta imparable, y eso me asusta. Nos está asustando a todos.

Necesito terminar con esto cuanto antes.

—¿Qué quieres saber? —Alzo la vista hacia él.

—Todo. ¿Por qué te secuestraron?, ¿quiénes fueron?, ¿qué ocurrió cada hora de cada día?, ¿qué se hizo con los culpables? ¡Todo!

Cierro los ojos. Lo típico, vaya.

Sórdido. Triste. Negro.

—¿Te secuestraron? —se asombra Michel—. ¿De qué está hablando Eric?

Este responde muy rápido en francés, tanto que no alcanzo a pillarlo todo. Sé leer sus caras, sin embargo, la de Michel y la de Leo. Vaya que sí. Me las sé de memoria. La expresión de horror, seguida de la lástima al mirarme a los ojos.

Sonrío sin humor, pero una lágrima se me escapa. Quiero ser irónica y un poco despiadada. Quiero hablar. Recitar palabra por palabra esa declaración tan bien aprendida, como un maldito

padrenuestro que murmuras rápido porque es lo que toca, pero sin saber ni lo que dices. Porque, a pesar de los nueve años transcurridos, esas cosas no se olvidan, perduran frescas en la memoria igual que el primer día. Le diré que me arrancaron de mi cama de toda la vida. Que permanecí en una habitación con la ventana tapiada. Que escuchaba murmullos del otro lado. Que me cansé de gritar y golpear la puerta. De contar los días. Después, la liberación; la extraña luz del sol, que creí no volver a ver. Luego, los interrogatorios. Los diagnósticos. Le contaré la manera en que la prensa rosa se cebó con la historia de la tenista secuestrada…

Y luego le odiaré.

Y haré las maletas con el fracaso de copiloto.

No sé de dónde saco la fuerza para levantar el mentón. El corazón me late como si hubiera duplicado su tamaño normal.

—No —pronuncio, antes de temblar todavía más intensamente. Jamás me había rebelado así. Otra secuela del secuestro: decir sí a todo porque no tienes más opciones. Me las arrebataron al encerrarme sin ninguna explicación.

—Por favor —ruega Eric, torturado. Me duele verlo sufrir, pero acabo de decidir que no quiero odiarle. A él, no. Al ver que no contesto, se gira hacia Michel—. ¿Qué significa: «No estoy traumatizada»?

Michel me pide permiso antes de hablar. Puesto que no me opongo, contesta.

—*Elle n’est pas sous le choc.*

—¿Y «lagunas»? «No tengo lagunas», ha dicho.

—*Elle… elle… se rappelle de tout.*

Me veo obligada a intervenir.

—Eric, por favor, no me hagas contártelo. Me miraréis con pena.

—No te miraremos con pena.

—¡Ya lo estáis haciendo!

Respiro hondo tras mi estallido. No es una explosión, más bien una implosión hacia el fondo de mi ser. Me estoy enfrentando a tres personas por primera vez, y a la vez, y mis entrañas se hacen pequeñitas a la par que mi cerebro intenta hacerlas crecer, sin mucho éxito.

Ya sé que me repito, pero es que… se trata de Eric. No sé qué me pasa con él, pero necesito que me entienda.

Y a la porra todo lo demás.

Me dirijo únicamente a él.

—Necesito que respetes mi decisión. —Trago saliva al oír mi voz trémula, ignorando ese detalle. Para mí es una proeza. Porque lo importante no es lo que Eric vea, sino lo que yo transmita, y él necesita comprender que esto es serio—. Te basta con saber que mi mente no ha borrado ni un solo día pasado en ese cuarto, tal como les pasa a otras personas secuestradas. Porque, cuando te diga que en realidad no estuve mal, que me sentí arropada por los murmullos y que hasta les puse nombre a las voces para no sentirme tan sola, pensarás que desarrollé algún síndrome raro; es lo que pensaron todos, hasta mi madre.

»Cuando te diga que no creo que fueran malas personas, y que intuyo que en realidad no querían tenerme allí, y que compartí su desesperación por un acto que no cuadraba en sus vidas, pensarás que soy demasiado influenciable, vulnerable, que soy tonta, de tan buena. Y no es así, yo lo sé, pero tú lo pensarás, y cuando me mires, lo leeré en tus ojos y huiré de ti; tal vez no físicamente, pero sí mentalmente. Y lo haré sin poder explicarte por qué, así que, por favor, no me obligues a contártelo. A ti, no. No quiero huir de ti. En este lugar me siento… bien, fuera de mi papel. Aquí puedo ser solo yo, sea quien sea; todavía no lo tengo claro, pero…

Me abraza.

Y yo aguanto la respiración.

Un segundo. Dos segundos. Tres segundos.

La traducción de Michel se desvanece poco a poco en las paredes del rellano. Yo, tras la sorpresa inicial, cierro los ojos y correspondo al abrazo: rodeo su cintura y recojo su camisa entre mis puños para aferrarlo más fuerte; hundo la cara en esa ridícula camisa de cuadros que huele a tempestad y siento que me desplomo de puro alivio cuando lo escucho aceptar la situación.

—Está bien. Olvidado. Ya está.

Y así continúa. Porque un abrazo de Eric no es un abrazo cualquiera. Sabe envolverte, por dentro y por fuera, cobijarte, ser un refugio; como si extendiera unos hilos imaginarios que mantienen unidos dos cuerpos. Ventajas de tener unos hombros tan anchos, supongo, capaces de acarrear las miserias ajenas sin que se le mueva ni un pelo. Y luego su olor, que impregna sin piedad tu cerebro para descolocarlo todo; y luego el latido de su corazón, como loco. Como si estuviera tomando carrerilla. ¿El mío o el suyo?

Solo cuando se apaga la luz fluorescente del descansillo me separo de él para encenderla de nuevo.

—No me gusta la oscuridad —le explico. Y le agradezco de corazón que sepa acallar el montón de preguntas que confluyen en sus ojos.

No sé en qué momento Michel y Leo han desaparecido tras la puerta. Tampoco pregunto. Las emociones han colapsado mi cuerpo. Me siento como si un tronco gigante hubiera pasado rodando por encima de mí.

—Soy capaz de olvidar —murmura Eric, como convenciéndose a sí mismo—. Anda, vamos, *petit canard*. Necesito comer; estoy muerto de hambre, ¿tú no? Hoy toca en mi casa.

Entrelaza nuestras manos de camino a las escaleras.

—Vale, pero hoy vemos una película romántica de verdad. Una de Netflix. No me gustan tus películas antiguas, yeti. No me entero de la mitad.

—No podíamos ser la pareja perfecta.

Ha dicho «*partenaire*», lo que al principio me confunde y hace que mi corazón se salte un latido, pero de inmediato desecho la idea, convencida de que se refiere a pareja de cena y película, como compañeros.

Pareja sentimental se diría «*couple*». ¿No?

¡¿No?!

Descendemos por las escaleras, él delante y yo detrás. No consigo dejar de darle vueltas. ¿A qué se refería? Al salvar el último escalón, Eric permanece pensativo un momento antes de dar media vuelta. Quiero preguntarle a qué se refería, pero me frena todo lo que leo en su rostro. Y me asusta. Nunca le había visto una expresión tan solemne, como si fuera a decirme algo importante. Coge aire, sopesando si hablar o no, y, justo cuando se decide, el ascensor se detiene en nuestra planta y la puerta se abre. Mis ojos se arrastran desde el rostro de Eric hacia… hacia…

—¡Bruma! ¡Por fin!

En un primer momento, creo que la vista me engaña, pero no.

—¿Nacho? ¿Qué… qué haces aquí?

Me voy

BRUMA

—¿Bruma? —pregunta Nacho, nada más salir del ascensor. Las aletas de su nariz se dilatan imperceptiblemente al reparar en la cercanía entre Eric y yo, justo antes de sonreír—. Por fin doy contigo.

—¿Qué haces aquí? —Me envaro, apartándome de Eric. Estoy molesta, pero no sorprendida. No es la primera vez que Nacho aparece de repente cuando cree que puedo estar rehaciendo mi vida.

—Venir a verte. No sabía que necesitaba invitación para ver a mi novia. —No me trago su tono inocente, pero lo dejo pasar. Lo de «novia», también. Los dos sabemos que no es cierto—. ¿Cuál es tu casa, por cierto? ¿Esa o esa? Me ha costado encontrarte, solo tenía el número del portal, pero una mujer muy simpática me ha indicado que vives en el segundo piso. Y aquí estás. —Calla, y de pronto nos quedamos en silencio los tres. Nacho rompe la tensión estirando el brazo—. Por cierto, soy Nacho, el novio de Bruma.

Tendría que haberme aliviado su sonrisa encantadora, pero lo cierto es que me asusta. Un montón de alarmas se disparan en mi cabeza, y siento la imperiosa necesidad de agarrarlo por las solapas de la chupa de cuero, incrustarlo contra la pared y preguntarle de qué va.

Eric alza una ceja al ver la mano extendida, pero la acepta.

—Eric, su jefe —responde, en inglés. *Bruma's chief.*

Lo estudio con curiosidad. Es la primera vez que lo menciona, a pesar de que lo es. Siento que acaba de imponer una distancia entre los dos, lo que me hace preguntarme si no habrá agradecido la interrupción. Tal vez acaba de recordar cuál es su papel aquí, el mío, y que estaba a punto de cometer una estupidez.

Decepcionada, bajo el último escalón y, evitando el abrazo de Nacho, que trata de enrollarse en mi cintura, me giro hacia la puerta de mi casa. Entonces se plantea el primer problema: no tengo las llaves. Doy media vuelta, confiando en interceptar a Eric antes de que se meta en su apartamento, pero él ni siquiera se ha movido del sitio. Solo nos analiza.

—Esto… —señalo la puerta a mi espalda— mis llaves están en tu coche. Junto con el bolso y el abrigo. Si quieres, puedo ir a por ellas.

Eric niega.

—No hará falta, yo te abro.

Entra en su casa y sale al momento con el manojo en la mano.

—¿No me digas que aparte de tu jefe es tu casero? Y tu vecino —adivina Nacho. Creo que empieza a percibir la tensión entre Eric y yo, porque cualquiera diría que acaba de armar un puzle fácil.

—No es mi casero.

Ni mi jefe, quiero añadir. Al menos, yo no lo siento así. Eric abre mi puerta y luego se vuelve hacia mí. Imposible que esté nervioso, seguro que lo estoy imaginando.

—Bruma, ¿podemos hablar?

Observo al yeti, pero su hermetismo no me permite descifrar nada.

—Ahora voy.

—Te espero en mi casa.

Una vez que ha desaparecido, me dirijo a Nacho.

—Ahora vengo. Puedes entrar, pero no te pongas cómodo.

—Oye, ¿qué modales son esos? —bromea. El problema es que yo no estoy para bromas.

Tengo tantas respuestas posibles que las silencio todas. No se merece ninguna.

—Ahora vengo.

Aprieta la mandíbula, pero al final cede con una sonrisa.

—Ve con él, pero no tardes, nena.

Contengo las ganas de abofetearlo. No le voy a dar el gusto de sacarme de mis casillas.

Eric me espera detrás de la puerta, apoyado en la pared, con los brazos cruzados y gesto meditabundo.

—Lo siento —digo, por inercia. Es costumbre disculparme por los actos de Nacho.

Su gesto se suaviza. No ha dejado de escudriñarme en ningún momento.

—No sabía que seguíais juntos. Al no verlo por aquí en todo este tiempo, creí…

—Lo dejamos antes de venir, pero… —Tampoco quiero mentirle. Nacho y yo lo hemos dejado mil veces y nunca se lo ha tomado en serio. La culpa es mía, por volver con él siempre que decide reaparecer. El cuento del lobo, pero con Nacho—. Es complicado, Eric. Nos unen tantas cosas como las que nos separan.

—¿Va a dormir en tu casa?

—Supongo. No lo había pensado. Viendo que fuera ya es de noche, sí, supongo que sí.

—Si lo prefieres, puedo reservarle habitación en el Richelieu. Yo hablo con los dueños.

¿Cómo? ¿En un hotel? ¿Nacho?

—Eric, es Nacho; no puedo hacerlo dormir en un hotel. —Me lamo los labios e intento suavizar el diálogo implorándole con los ojos—. Mira… Es difícil, tú no lo conoces. Cuando algo se le mete entre ceja y ceja, es imposible hacerlo cambiar de opinión. Tengo que ir poco a poco con él. ¿Lo entiendes?

—¿Es peligroso?

Su pregunta me sorprende, pero respondo sin dudar.

—No. Nacho nunca me haría daño. Al menos, no daño físico.

Es cierto. Desde el principio. A pesar de todas las sustancias que ha llegado a meterse en el cuerpo y de arrastrarme de fiesta en fiesta, nunca me dejó probar nada. Podíamos beber hasta perder el sentido, pero, incluso en esas ocasiones, él controlaba cuánto y hasta dónde.

Aunque mi respuesta no parece convencerlo, la acepta. O, al menos, trata de hacerlo, cosa que me agrada.

Quiero que confíe en mí.

—¿Estás segura de que no quieres dormir aquí? Puedes pasar en este apartamento esta noche y todas las que quieras.

Su propuesta me hace sonreír. Y ponerme muy nerviosa. Con cada palabra que sale de su boca, me gusta más. A pesar de que se ha presentado como mi jefe.

—No puedo. Nacho ha venido a verme.

—Eso me temo —murmura. Ha usado una frase hecha que no he entendido muy bien. Lo achaco al idioma—. Bruma…

La manera en que pronuncia mi nombre, como intentando frenarme y darme alas al mismo tiempo, me hace preguntarme qué le ocurre. Parece como si lidiara algún tipo de batalla consigo mismo. El roce de mi mano en su antebrazo nos estremece a los dos.

—Estaré bien, no te preocupes. Es Nacho. Llevo un tercio de mi vida con él.

Le sonrío con convicción antes de darme la vuelta. Nada más hacerlo, una mano engancha

mi codo para que me gire, y quedo frente a dos ojos fijos, cuyo mensaje no logro interpretar. Finalmente, opta por dar un paso atrás.

—Ve con él, anda —me pide, tras un suspiro que jamás había escuchado en sus labios, como si le doliera—. Estaré aquí.

La verdad, me quedaría de buen grado.

Si no fuera por Nacho.



Me apoyo en la entrada de la cocina y observo a mi exnovio preparar la cena sin saber muy bien cómo sentirme. Estúpida, principalmente, por haber sido tomada por sorpresa. De nuevo. Y mira que Simon me lo advirtió.

—Tienes un radar para aparecer cuando estoy saliendo del caparazón —le digo, interrumpiendo sus quehaceres. Aunque los reanuda pronto.

—Así que te estás curando. Y gracias a ese tipo, ¿no? Qué previsible eres, Brumita —comenta, antes de menear la cabeza como si viera algo que yo no veo.

—Bruma. Y no soy previsible.

—Claro que lo eres, Bruma —pronuncia con mofa—. Jefe, tío y vecino. Blanco y en botella.

Niega con la cabeza y yo vuelvo a sentirme esa cría ingenua que bailaba a su son.

No quiero ahondar en las especulaciones de Nacho, no quiero entrar en su juego. Nada de lo que salga por su boca va a ser beneficioso para mí. No obstante…

—Explícate —le exijo.

Él finge sorprenderse de que todavía esté aquí, cuando la realidad es que sabe a la perfección dónde pincharme para que reaccione.

—En primer lugar, es tu jefe, igual a relación de superioridad. Tú no sabes decir que no a alguien por encima de ti, ¿recuerdas? Dos: es un tío. Para mojar el churro no hace falta hacerlo en chocolate Valor, ya me entiendes. Y, por último, es tu vecino, más a mano imposible. ¿Quién puede resistirse a algo así? Y encima estás buena. Pues, eso.

Ni siquiera entiendo los derroteros que hemos seguido para terminar hablando de Eric. Pero lo dicho dicho está. Y no puedo hacer como si no lo hubiera oído. Con Nacho, no.

—Quieres decir que se está aprovechando de mí —afirmo, sin dudar. Es tan típico de Nacho. Si por él fuera, nada bueno podría sucederme solo por ser yo. Y Eric es algo bueno, solo con ser amigos.

Enarca las cejas en mi dirección.

—¿Lo ha hecho?

Sé perfectamente lo que me está preguntando.

—No.

—Bueno, dale tiempo. Solo llevas aquí… ¿cuánto?, ¿un mes? —Finge hacer cálculos.

«Tres meses». Lo sabe de sobra.

—Algo así.

—Ten muy clara una cosa, Bruma: ese tío solo quiere pasar el rato contigo, nada más. Sabe que, cuando se te acabe el contrato, te irás sin montar dramas.

«Igual que tú».

«Sin etiquetas», era su mantra.

Tengo que disipar la duda que está consiguiendo sembrar en mi cabeza.

—Él no es así.

Se ríe como si no se lo pudiera creer. No entiendo cómo adoré esa risa en el pasado.

—Todos los tíos somos así. Hoy eres tú, mañana será otra.

No quiero pensar en eso. Tendría que preguntarme por qué me molesta, y no estoy preparada.

—No. Él no es *así* —insisto.

Deposita el cucharón en la encimera y se gira hacia mí como armándose de paciencia.

—Vale, está bien, te lo preguntaré: ¿así cómo?

Me cruzo de brazos.

—Como tú.

—¿Quieres decir guapo, encantador y con tablas? Es obvio que no.

—Quiero decir que es maduro, empático y responsable. Una persona que se preocupa por los demás de manera altruista y no para pedir favores o de cara a la galería. Sabe respetar tu espacio, pero no duda a la hora de poner los puntos sobre las íes. Es imaginativo y algo pasota —y cómo me encanta—, y nunca se ceñirá a los moldes. Es… es…

Quiero añadir que es la mejor persona que conozco, aparte de Simon, porque lo es de un modo distinto. De uno que hace saltar tu corazón y verlo aun con los ojos cerrados; que irradia calor, como si fuera el Sol y tuviera el poder de proyectar sus rayos allá donde va, con su pala al hombro y su barba de leñador. Y si no consigo terminar la frase es porque me pilla tan desprevenida pensar todo eso acerca del yeti que no logro gestionarlo a tiempo.

Estoy tan aturdida por la dirección de mis pensamientos que no me doy cuenta de que Nacho se ha acercado hasta invadir mi espacio vital.

—¿Estás intentando ponerme celoso? —murmura en mi oído, empujando su erección contra mi pelvis.

¡¿Qué?! Lo miro, sorprendida. Ni siquiera sé cómo se le puede ocurrir algo así. Jamás se me ocurriría provocarlo de ningún modo.

—No. —Descruzo un brazo para mantenerlo a distancia, y él observa mi palma en su pecho arqueando una ceja—. ¿Hasta cuándo te quedas?

Durante un segundo, un fogonazo de esa rabia que tan bien conozco desfila por sus ojos, fijos en la mano que lo mantiene lejos. Las aletas de la nariz se le dilatan y me preparo para lo que puede venir.

Sin embargo, en lugar de explotar, se da media vuelta.

Y es al darme la espalda cuando me percato de algo: no le tengo miedo. Ya no. Sé, con una naturalidad pasmosa, que Nacho ha salido de mi vida en algún momento, y que esta vez es para no volver jamás.

Animada por esa revelación, me dirijo a mi habitación y abro y cierro cajones. Nacho viene detrás.

—¿Qué haces?

—Me voy. —«Me voy». Siempre he recibido ese mensaje, nunca lo había emitido yo. Se siente cojonudamente bien—. A casa de Eric.

—Mentira.

—Puedes dormir aquí. Por la mañana vendré y hablaremos.

«O no. Ya veré».

—¿Y yo? Mírame, Bruma —me exige. Inhalo y me vuelvo lentamente—. He venido a verte. A ti.

Me callo que podría haberse ahorrado el viaje. O que la verdad, la maravillosa verdad, es que la persona a la que ha venido a ver ya no existe. Ya lo descubrirá. O no. Lo cierto es que me

da igual.

—Lo siento, pero me tengo que ir.

Paso por su lado de camino al baño. Nacho pisa mis talones lanzándome frases despectivas e hirientes. «No lo escuches, no lo escuches». A la mierda el cepillo del pelo. Abro la puerta principal, pero una mano grande vuelve a cerrarla de un empujón.

—Bruma —me habla pegando su cara a la mía—, si sales por esa puerta, no me verás más. Me iré, ¿entiendes, Bruma? Me iré y te quedarás sola.

«Te quedarás sola».

Y ahí está: la frase con la que me dominó. La que aprendió a usar nada más reconocer a la niña secuestrada (a la cual ignoraba antes del secuestro). Que se acercara a mí no fue casual. Fue un buitre oliendo sangre fresca. Y yo, la presa que ha ido languideciendo a su sombra.

«Te quedarás sola».

Espero. Espero. Pero el pánico no llega. Lo considero una victoria.

—Déjame pasar.

Durante una eternidad, nos miramos a los ojos. No sé qué atisba en ellos, tal vez la férrea decisión que me embarga. Sea lo que sea, finalmente se aparta, y yo cierro a mi espalda sin mirar atrás; ni siquiera cuando escucho el golpe contra la pared.

Dejar de ir en gayumbos

MICHEL

—¿Hace ruido?, ¿pone música alta? —pregunta Bruma, refiriéndose al cubano.

—No.

—Entonces, ¿qué es lo que te desvela por las noches?

«No saber lo que realmente hace». La dichosa curiosidad es lo que me mantiene en vilo. Sin embargo, esa misma noche decido bajar. Estoy harto. Harto de no saber, de dar vueltas y más vueltas en la cama, de imaginar que espío lo que hace por un agujerito. Aunque, mientras desciendo las escaleras, tengo que admitir que lo que más me molesta es que el niño me despierte tanta curiosidad, y no poder controlarla. La culpa por sentirme así por el novio de mi prima es una cuestión que todavía no me veo capaz de afrontar.

El salón de mi casa solía ser un espacio diáfano y neutro, pero, desde que el cubano se ha adueñado de él, está lleno de mantas tejidas a mano, cintas para el pelo de colores llamativos, calcetines desparejados y alguna que otra figurilla de madera tallada a mano que ha colocado entre mis libros. Su consola ha adoptado un nuevo lugar bajo el televisor, junto con varios videojuegos y mandos, y mi ordenador ahora es suyo, pues está siempre encendido y con varias aplicaciones abiertas.

Y él… Apoyo el hombro en el marco y me cruzo de brazos, tratando de discernir qué hace el cubano. Está nervioso. Salvo el tabaleo de sus dedos contra su cara, permanece muy quieto, ahí sentado sobre el sofá, con todo el cuerpo inclinado hacia delante. La pantalla del televisor está pausada en medio de una partida y el mando descansa a su lado.

—¿Qué haces? —inquiero, dando dos pasos hacia el interior de la estancia, momento en que me percato de las monedas y billetes dispuestos en montones ordenados, y un monedero de piel vacío al lado. Todo sobre un catálogo del supermercado de Laruns.

El cubano se vuelve, tomado por sorpresa, pero, de inmediato, lo que sea que lo preocupa vuelve a apropiarse de sus facciones. Suspira, señalando con la mano el catálogo, antes de pasarse los dedos por los rizos, que salen disparados en todas direcciones sin goma alguna que los retenga en su sitio. Más abajo, viste tan solo un bóxer y calcetines diferentes en los pies. Solo esa ropa. Y de milagro.

—Aquí todo es caro de narices, amigo —se lamenta—. ¿Qué carajo puede valer una cámara de video quinientos dólares? No tengo tanto. Y en conseguirlo tardaría demasiado tiempo. La necesito ya.

Vaya con el cubano. O sea, que el gran dilema existencial que lo mantiene despierto por las noches es que se le ha antojado una cámara de vídeo. Contengo un bufido mientras me siento en la silla del ordenador.

—¿Para qué necesitas una cámara de vídeo?

—¿Eh? Para un trabajo que estoy haciendo.

—¿Un trabajo? —¿Se cree que soy imbécil o qué?

En lugar de sentir vergüenza por la mentira, me sorprende al asentir con seguridad.

—Creo que puede funcionar. Creo, no; sé que lo va a hacer, pero necesito una cámara. Tengo un proyecto en mente en el que llevo trabajando dos años, pero solo ahora he dado con la tecla. Mierda de dinero, amigo. El mundo de los ricos no está hecho para pobres, ¿eh?

Es la primera vez que lo veo preocupado por algo que no sea banal. De pronto, se me ocurre que tal vez lo he tratado injustamente. Tal vez de verdad tenga un proyecto y quiera llevarlo a cabo.

Giro la silla hasta quedar frente a él. Lo observo durante un rato mientras Leo vuelve a contar el dinero, para luego pasar las hojas manoseadas del catálogo. Me sorprende ver que ha reunido trescientos euros.

—¿Cómo has conseguido ese dinero?

Se encoge de hombros.

—Vendiendo cosas a los vecinos —comenta, sin darle importancia—. Ya sabes, bayas a unos, setas a otros, o hierbas de esas aromáticas; llevarles la compra… Eric me ayudó a plantar un huerto en macetas en el jardín trasero y estoy esperando a que crezca algo y poder venderlo, pero eso va a ir lento. En Miami tenía una plantación de marihuana y ganaba bien, pero supuse que no te haría gracia descubrir sustancias ilegales en tu casa, por mucho que a este pueblo no llegue ni la policía. ¿Me equivoco? —Y todavía tiene el descaro de preguntar con cierta esperanza. Como si yo fuera a permitir que convierta mi casa en una plantación de cannabis.

Me pongo muy serio.

—No, no te equivocas. No quiero cosas ilegales aquí.

—Lo suponía. —Se desinfla, pero sin perder la energía.

—¿Y qué hiciste con el dinero que conseguiste vendiéndola en Miami?

—Me lo gasté en un pasaporte falso y el billete de avión. No sabes lo caras que son las cosas ilegales en ese país, amigo. Increíble.

No quiero oír absolutamente nada de pasaportes falsos. Solo puedo esperar que realmente su nombre sea Leonardo, y si no lo es… pues, eso, que no quiero oírlo. Reflexiono mucho antes de tomar una decisión.

—Si te dijera que podría conseguir una cámara de vídeo, ¿qué harías?

Se yergue por completo y me mira como si… como si yo fuera Santa Claus y acabara de entrar por la chimenea. Aguanto la respiración al comprender por qué Santa se visita todas esas casas en una noche.

—¿Una cámara de video? ¿Tienes una? *Putain*, amigo, deja de hacerme sufrir. ¿Tienes o no tienes una cámara de video? —insiste, una y otra vez. Se levanta y todo, y se pone a caminar con brío.

—No la tengo, pero puedo conseguirla.

—Pues, haría lo que fuera, mi amigo, lo que fuera. —De pronto, lo tengo arrodillado delante de mí y con las manos en mis muslos, suplicándome con todo el cuerpo.

Tengo que apartarlo de golpe. Huele demasiado al gel de Axe con el que se ducha, que ya me parece oler hasta en mi almohada, así de obsesionado estoy.

—¿Algo como dejar de pasearte desnudo por casa? —gruño.

—Pero ¿qué manía tienes? El cuerpo humano es algo natural, ¿para qué esconderlo? —Se señala de arriba abajo y yo desvío la vista—. Además, el mío es increíble, fibroso y trabajado. Pero podría vestirme para tener una cámara, claro. ¿La tienes?

Le prometo que la conseguiré mañana, después del cumpleaños de Valérie, y, no por primera vez, me imagino cómo sería sentar a mi familia frente a mí y decir a las claras que soy homosexual. Me pregunto por qué, de un tiempo a esta parte, me pesan todos los secretos que guardo. Me pregunto cómo sería sincerarme ante Leo y que sea lo que Dios quiera.

Grandma

ERIC

Cierro la puerta de las termas, malhumorado. Todavía no he descubierto qué son esos «asuntos» que hacen salir disparada a Bruma en cuanto termina el trabajo. Cada día me anoto preguntárselo por la noche y luego siempre se me olvida. En realidad, no se me olvida, pero el ánimo angustiado y algo distante que destila desde que su exnovio llegó sigue ahí, y yo solo tengo cuerpo para hacerle la vida más fácil, no para someterla a un interrogatorio.

Aunque me gustaría. Sobre todo porque antes de su jodidamente oportuna llegada me disponía a confesarle que jamás había ignorado el pasado de alguien que me importa. Que, por ella, lo haría. Claro que tampoco habría servido de nada. Bruma está tan confundida con su enfermedad como con su exnovio.

Siete días. Ese es el tiempo que el tipo lleva aquí. He perdido mucho tiempo meditando acerca de cómo explicarle que sobra, y siempre llego a la misma conclusión: es ella quien se lo ha de decir. Hasta que Bruma no dé el paso, él no se irá. Ojalá no estuviera tan confundida. Ojalá yo pudiera ayudarla.

Por eso, alucino cuando la encuentro en el último lugar imaginable. No he hecho más que traspasar la puerta trasera de la *boulangerie* cuando percibo su voz.

Me detengo en la puerta que separa la vivienda de la panadería, escondido mientras trato de asimilar lo que ven mis ojos: Bruma, en un rincón del local, sentada delante de mi *grandma*, con la pierna de esta en el regazo, dándole un masaje en el muñón y hablándole en español con suavidad, como para sí misma. No entiendo casi nada de lo que dice, y ¡cómo me gustaría!

Cuando Cloé pasa por mi lado, de camino a la tienda, la retengo del brazo.

—¿Qué hace Bruma ahí? —le pregunto a mi prima, sin apartar la vista de la estampa que tiene lugar en el rincón de los dulces.

—¿La *kiné*? Viene todos los días a tratar a *grandma*. No tuve elección, Eric. Apareció por aquí un día, hace casi un mes, y lo organizó todo. Me indicó cómo y dónde tenía que sentarse, dónde colocar la estufa, y decidió que la trataría todos los días. Es cabezota, la *kiné*.

—¿Bruma, cabezota?

—Y que lo digas. Y me consta que ha hecho lo mismo con más vecinos del pueblo. Vas a tener que hablar con ella si no quieres que se aprovechen de tu *kiné*.

Y se va para atender a los clientes que esperan, quienes observan la escena con ternura y ni una pizca de sorpresa, como si fuera algo habitual ver a la *kiné* española cotorreando en su idioma mientras los trata.

«Tu *kiné*». La mía. O lo será. Cuando el exnovio de los cojones se pire.

Dirijo la mirada hacia la *kiné* en cuestión y me envaro al fijarme en algo: Bruma y *grandma* están caminando. Imposible, porque mi *grandma* no camina. Así que…

—¿Qué estás haciendo? —inquiero, avanzando hacia ellas. Y menos mal que llego a tiempo, porque, de pronto, pierden el equilibrio, el bastón resbala, Bruma cede y, de no haber estado yo detrás para sostenerla y gritarle a mi prima que acercara la silla, se hubiera caído. Al suelo. Mi *grandma* en el suelo. Me siento como alcanzado por un rayo solo de pensar en lo que podría haber pasado.

Todavía me estoy recomponiendo cuando la *kiné* se pone roja.

—¡Casi se cae por tu culpa! ¿Por qué has entrado así? ¡Me has asustado!

—He entrado así porque era evidente que se iba a caer, por eso. Perdona por querer evitar que se mate porque una inconsciente ha decidido forzarla a caminar. ¿Quién te ha dado permiso para esto?

—Pues, su nieta, ¿quién me lo iba a dar? ¿Tú?

—Por ejemplo, sí, yo, su nieto y tutor legal.

—¿Nieto? Cómo… cómo… ¿ella es tu abuela?

—Mi abuela, sí.

—Pero… entonces, Cloé es…

—Mi prima.

Repite «abuela» en los tres idiomas y respondo a cada uno de ellos y aun así parece no creérselo y… angustiada. Mierda, yo no quiero que tenga miedo de mí, pero es que todavía tengo el susto metido en el cuerpo.

Entonces, caigo en cuenta de que Bruma corre cada día al salir de las termas para tratar a mi abuela.

Lleva haciéndolo un mes.

Me doy un golpe mental. ¿Por eso alteró sus horarios?

Entro con mi prima a la zona de vivienda y Bruma nos sigue. La rapidez con que acomoda a *grandma* en su lugar junto al sofá me indica que no es la primera vez que lo hace. No puedo evitar frotarme las sienes mientras escucho la voz dulce con que se dirige a ella al ayudarla a pasar de la silla a la mecedora, aunque susurra tan bajito que no puedo entenderla. Además, lo hace en español, supongo que para fastidiarme. O igual me creo el centro del universo, y ella solo se limita a hacer lo de cada día.

—¿Quién le ha dado permiso para tratar a la abuela? —increpo a mi prima, sin importarme la mirada asesina de Bruma—. Estas cosas hay que consultarlas conmigo, Cloé, que tiene ochenta años. Hay cosas que…

—He sido yo, por supuesto que sí. Cuando una profesional viene y te explica, como hizo ella, las consecuencias de tener a tu abuela en las condiciones en que la teníamos, como mínimo la escuchas, Eric.

—¿Sí? Pues, gracias a «tu permiso», casi se cae al suelo.

La discusión deja de ser solo entre mi prima y yo cuando Bruma decide intervenir, con una expresión que delata que a ella también se le están hinchado las narices.

—No se hubiera caído, pedazo de mastodonte —me insulta desde el otro lado del sofá—, la tenía bien agarrada. Y que sepas que, de no haber aparecido tú gritando como si te persiguiera el yeti, tu abuela nunca hubiera perdido el equilibrio.

—Ey, aquí el único yeti soy yo.

—Nunca —continúa, como si yo no hubiera hablado—. Desde hace dos semanas caminamos cada día, y lo hace perfectamente. Y si no te hemos dicho nada era porque ella quería darte una sorpresa.

Eso sí que me deja sin palabras. Mi abuela no habla.

—¿Una sorpresa? ¿A mí?

—Eso me dijo, que quería darle una sorpresa a su nieto enseñándole lo bien que anda. Claro, que de haber sabido que el nieto eras tú, las hubiera avisado de que sorpresa, lo que se dice sorpresa, sería, pero no de las buenas.

—Sorpresa o no, lo cierto es que casi se cae —sentencio.

—Nunca se me ha caído un paciente.

—Tienes veintitrés años. Tiempo al tiempo.

Dios. Es demasiado divertido picarla. Cuánto lo he echado de menos. Cada noche en que su mirada se ha perdido en el vacío me he preguntado si recuperaríamos esto y aquí está, pómulos encendidos incluidos.

—Traté a mi primer paciente con dieciocho años —sisea, con esa calma que precede a una tormenta—, una mujer con poliomielitis a la que rehabilitaba en piscina. Un pequeño roce o un mal gesto y se le hubiera roto la tibia por tres sitios. Al tercer día, me dejaron sola con ella porque era evidente que sabía lo que hacía. Mi segundo paciente fue un politraumatizado en accidente de moto. Trataba a siete pacientes por día, así que imagínate la de personas que se han puesto en mis manos. Esto que hago en tus termas no es fisioterapia, es rascarme la barriga; lo que hago con tu abuela sí que lo es, y lo voy a seguir haciendo, quieras tú o no, porque no puedo ver cómo una persona se deteriora si yo puedo hacer algo por ella. Y, menos aún, por culpa de un nieto ignorante. Así que deja de subestimarme, Eric. —Desde el primer momento me ha golpeado con un dedo en el centro del pecho. Y más que me golpearía si supiera la reacción que acaba de provocarme, muy diferente a la que ella piensa.

Dicho esto, se vuelve y sale de la vivienda. Yo continúo paralizado. El orgullo que siento me desconcierta.

Ahora que la cosa se ha enfriado, debo admitir que tal vez ha sido mi voz la que las ha sobresaltado y provocado el desequilibrio. Repasando el incidente en mi cabeza, asumo, sin lugar a dudas, que habría conseguido sostenerla ella sola.

Me acerco a mi *grandma* y me arrodillo a sus pies para tomar entre mis manos el que está amputado, recordando el sinfín de visitas médicas, la esperanza de que no tuvieran que amputar y las semanas en el hospital cuando ocurrió. El rápido desgaste de su cuerpo después de eso, y a Cloé y a mí cuidándola sin tener ni idea de cómo hacerlo.

—¿Qué es esto? —inquiero, observando el zapato de mi abuela. Es extrañísimo, como de estar por casa, pero la suela, en lugar de ser plana del todo, tiene un tacón enorme que va a la inversa de los normales, haciendo que el peso del cuerpo, comprendo, recaiga sobre el talón y no sobre el antepié, puesto que tal parte ya no existe. Al mirar la caja que balancea mi prima, me doy cuenta de que se trata de la que fuimos a buscar a la ortopedia de Pau. Si lo hubiera sabido, lo hubiera pagado. ¿Por qué Bruma no me contó nada? Cada vez me siento peor.

—*Grandma* quería darte una sorpresa y que la vieras cuando ya caminara un poco mejor, a pesar de que le he dicho que lo hace bien desde el primer día, ¿verdad, *grandma*?

—¿Por qué la has espantado? Me gusta mi *kiné* —se queja mi abuela. «Mi *kiné*». Me abstengo de replicarle que no es «su» *kiné*, sino la mía, porque… está hablando. En español. Como si no fuera bastante sorpresa de por sí, mi abuela, la que llevaba cinco años sin articular palabra, añade—: Quiero a mi *kiné* de vuelta.

Le habría dicho que sí aunque me pidiera la luna. Sin esconder mi estupor, miro a Cloé, quien me sonríe comprensiva. El asunto no es solo que me esté hablando por primera vez, es que hacía años que no me trataba así, como si ella fuera la abuela y yo el nieto, y estoy a punto de derrumbarme y abrazarla para sentirla de vuelta. Estoy tentado de volver a enfadarla para que me riña de nuevo, y lo haría, si el niño que aún vive dentro de mí no estuviera acojonado por su tono.

—Espera ese momento cada día con mucha ilusión —continúa mi prima—. Resulta que *grandma* había olvidado el francés, por eso no hablaba, pero recuerda el español; supongo que conserva su lengua materna. Sin embargo, hasta que no ha venido la chica española no lo hemos averiguado. Yo también me sorprendí muchísimo cuando la escuché hablar por primera vez.

Desde entonces, charlan en español, y Bruma se ocupa de ella sin cobrar absolutamente nada. Te iba a pedir que, ya que eres su jefe, le exigieras que aceptase nuestra invitación a comer, pero ahora creo que será mejor que no intercedas de ninguna de manera, porque será un milagro si vuelve.

Observo con consternación a las dos mujeres, que me miran como si hubiera matado a su gato o algo así. Dejo salir un suspiro corto antes de incorporarme.

—Dormimos juntos cada noche. No os preocupéis, la traeré de vuelta —prometo.

Al salir al aparcamiento, la encuentro concentrada en un papel, junto a su coche. Decido que se acabó verla sumida en la desesperanza cada noche, se acabó respetar su espacio para que purgue a gusto la visita de su ex.

En cuanto me acerco, me agita el papel en la nariz.

—Una multa, Eric. ¡Me han puesto una multa por tu culpa! Cualquier día me encuentro el cepo en la rueda, así que voy a cambiarlo de sitio, quieras tú o no, ¿de acuerdo?

Me hace gracia que, a pesar de tenerlo tan claro, aguarde mi aprobación.

Le arrebato la multa de la mano.

—Yo me encargo —la informo, y me guardo la multa en el bolsillo antes de obsequiarla con sus llaves. En realidad, tenía previsto devolvérselas—. Vamos, *chérie,* Valérie nos espera.

Acepta sorprendentemente rápido y, sin rencor a la vista, comienza a caminar a mi lado. Me encanta esta mujer.

Crêperie

MICHEL

—Quiero afeitarte la barba. —La mesa entera se gira hacia Bruma, quien ha logrado dejarnos a todos sin habla.

Cómo no, se dirige a Eric. La cosa está así: llevamos una hora reunidos. Con la *crêperie* cerrada para nosotros, él se ha hecho cargo de los fogones. Tras las pertinentes burlas porque sea Eric quien cocina, y la correspondiente lección al cubano para mostrarle la diferencia entre *crêpe* y *galette*, nos hemos sentado a comer. Valérie, feliz de tenernos a todos «*à la maison*»; Leo, cómo no, dando la nota con comentarios desatinados; Eric, al acecho, como rumiando algún tipo de plan, y Bruma, observando a Eric de reojo cada cierto tiempo, lo que me hace preguntarme qué ocurre entre estos dos. Alguien ha preguntado si las medidas de higiene permiten cocinar con esa barba (creo que ha sido Albert, que siempre se está burlando con el fin de que se afeite) y Bruma acaba de zanjar la discusión que se ha generado después.

—¿Qué? —inquiere mi amigo.

—Quiero afeitarte la barba —se reafirma Bruma, sacándonos a todos de nuestro estupor. Parece emocionada. Me pregunto de qué manera ha llegado a esa conclusión y por qué ha tardado tanto tiempo en querer quitarla de en medio.

Eric enarca las cejas y Leo bufa.

—Pues, ponte a la cola —interviene el cubano. Porque si no opinara sobre todo, no sería Leo. Aunque tengo que admitir que tiene razones para hablar, porque yo creo que todos en esta mesa ardemos en deseos de que Eric se afeite de una vez y vuelva a ser él mismo.

—Eric se cree que es Sansón y que se le irá la fuerza con la barba —le explico a Bruma, para que no se sienta mal cuando obtenga una rotunda negativa por parte de su vecino—. No hay quien le toque un pelo. Yo hasta me he planteado rasurarlo mientras duerme.

Mi móvil vibra, y lo saco para leer un mensaje.

Romain: Hola, *amore*. Estoy en Pau hasta mañana. ¿Quedamos esta noche? Tengo ganas de verte.

Acompaña el mensaje una foto suya tomada frente al espejo. Pelo castaño claro, unos centímetros más bajo que yo, cuerpo delgado y fibroso. No es tan guapo como Eric o como Leo, pero tiene bastante personalidad, y un motivo de alegría entre las piernas que suele dejarme satisfecho. Nunca tendré una relación seria con él, pero es perfecto para pasar el rato.

Voy a contestar al mensaje cuando noto que Leo me habla.

—¿Por qué mientras duerme? —me pregunta, suspicaz—. ¿Acaso duermes con él?

Su deducción me pilla tan de improviso que me olvido del móvil. Pero ¿cómo voy a dormir con Eric? Si no estuviera rodeado de amigos, me hubiera puesto colorado.

—Porque tengo llave de todos los pisos del edificio, al igual que Eric —le explico.

Además, él sabe de primera mano cómo y con quién duermo, pues me ve cada noche irme a mi cama. Solo. No sé si alguien se ha dado cuenta de la tensión entre nosotros dos. Por suerte, siguen argumentando sobre la barba de Eric. Dejo de prestar atención al cubano. Hay que estar loco para tomarlo en serio, y yo soy el tío más cabal que conozco.

—Su barba es sagrada —comenta Valérie, supongo que con la misma intención que yo—, todo el mundo lo sabe. Llevo tanto tiempo suplicándole que me deje cortarla que hasta he cogido

el hábito de llevar siempre unas tijeras encima, por si se vuelve loco de repente y me dice que sí.

Todos reímos, pero lo más gracioso es que me creo que las lleve. Valérie es demasiado maternal. La broma continúa y Bruma nos escucha a unos y a otros con gesto contrariado, hasta que Eric habla por primera vez, y solo a ella.

—¿A cambio de qué?

Y, entonces, todos guardamos silencio e intentamos procesar sus palabras, lo que esconden y el tono serio con que son pronunciadas. Porque el susodicho y su barba tienen la vista clavada en Bruma como si de pronto todos hubiésemos desaparecido. Me cruzo de brazos y me reclino, observando los ojos de ambos relucir en un intercambio de ida y vuelta.

—Espera, espera. —Leo se pone de pie—. ¿A ella sí le dejas y a mí no?

Tengo que cerrar los ojos y frenar una reprimenda. Me alegro de que mi amigo (me refiero a Eric, por supuesto) haya encontrado a alguien con quien compartir su afición a correr por la montaña, pero las confianzas del cubano son desproporcionadas. Empiezo a pensar que no sería capaz de callarse ni debajo del agua, ni practicando una felación, ni… Espera… ¿de dónde ha salido eso? Afortunadamente, mientras yo trataba de advertir a Leo con la mirada, los dos implicados han sabido ignorarlo. Creo que ni siquiera un meteorito cayendo alrededor lograría alterar la atmósfera que han creado en torno a ellos.

—¿Perdona? —lo chulea Bruma—. Creo que no has entendido bien, de modo que te repito, franchute: yo te haría el favor a ti de quitarte la barba para que dejases de ser el yeti.

—Y yo repito —contraataca él, arrellanándose en la silla con los brazos cruzados y fingida expresión de desinterés—: ¿a cambio de qué? A ver si te crees que los demás no están deseando quitármela, como has podido comprobar.

—Oye, que si esto va de repetir, repito yo también —insiste Leo—: que por qué a ella le dejarías y a mí no.

Me veo en la obligación de pararle los pies. Sé que, si no lo hago yo, no lo hará nadie. Y yo ya me he acostumbrado al cubano, pero el resto, no. Además, me siento responsable, puesto que está aquí por mi culpa.

—Para ya, Leo. Seguro que Eric tiene una buena razón.

No es que Eric necesite que yo lo defienda del cubano, al fin y al cabo, al salir a correr juntos cada mañana se han hecho casi más amigos que el inmigrante y yo. De hecho, este se ha hecho amigo de todos. Uno a uno, por separado y en grupo. El tipo es un ser sociable y amistoso que sabe ganarse a la gente con su cara dura. Al principio, me creí con el deber de vigilarlo de cerca, cuidando que no se pasara, pero pronto me di cuenta de que es buena persona. No está aquí para estafar a nadie, solo para intentar ayudar e integrarse. Y, poco a poco, sus tonterías dejaron de parecerme tonterías y él dejó de parecerme un perroflauta. Entonces mi vigilancia pasó de tener un motivo a ser algo enfermizo.

—Yo diría más bien que son dos buenas razones las que tiene.

Crac. Ahí se va el buen ambiente. Hasta los tortolitos abandonan su silenciosa guerra de miradas para observarlo con consternación. Bruma se mira el pecho y se encorva, y Eric echa humo por la nariz, lo juro. Sin embargo, curiosamente, el reproche no viene de él, sino de Claude, que es un tío callado y con tendencia a la broma muy de vez en cuando, pero que enarbola el respeto por encima de todo. Además, estamos en su local.

—Leo, no sé dónde crees que estás, pero aquí uno se va a ligar a su casa con su esposa —lo amonesta.

Meneo la cabeza en dirección a Eric, mandándole un mensaje silencioso: «Discúlpalo. Es demasiado heterosexual». Lo bueno de mi jefe es que la ira, igual que le sube, le baja.

—Yo te dejo que me afeites si tú me permites hacer un experimento contigo. Pero tienes que llegar hasta el final.

Ni siquiera nos sorprende cuando ambos se levantan y salen del local sin una sola disculpa. Como si el mundo hubiera dejado de girar a su propio ritmo para hacerlo al son de sus miradas.

No puedo evitar que el comportamiento de Eric me sorprenda, y me preocupe. Aparte de un negocio y una familia, Eric dejó más cosas en París.

Además, tanto él como yo nos hemos esmerado siempre en ser muy cuidadosos con respecto a las empleadas. Hola y adiós. Valérie es algo así como una subdirectora, además de vecina, por lo que nuestra estrecha relación con ella no cuenta. Tampoco tendría que haber contado con Bruma, pero es imposible no acercarse a la española. Desprende ese aire tan desvalido y a la vez tan intenso… Me preocupó el día en que vino a casa con el táper, estando Eric allí, pero, al ver la confianza con que él comenzó a tratarla, dejé de esconder nuestra amistad.

No obstante, una cosa es una amistad y otra, una relación que, inclementemente, tiene fecha de caducidad.

El exabrupto de Leo me saca de mis reflexiones. Veo que continúa con la vista enganchada del ventanal incluso cuando Bruma y Eric ya han desaparecido pueblo arriba.

De pronto, algo parece encajar en su rostro.

—Joder, acabo de entender cómo pilláis aquí. ¿«Hasta el final»? En serio, amigos, ¿soy el único que sabe leer entre líneas?

No tiene remedio. Y lo comprendo yo, así como todos los demás, que no añaden ni una palabra.

BRUMA

Años atrás

Sesión 8

—¿Hipnosis?

—Hipnoterapia, en realidad. No te preocupes, es totalmente inocua, y nos permitirá llegar al origen de tus problemas. Cómo viviste realmente aquel episodio que se alargó durante cuatro semanas. Si estás bien, tal como aseguras, no saldrá nada.

—No sé. No me hace gracia. Me asusta. No estoy preparada.

—Solo van a ser unos minutos de nada. ¿Confías en mí? Entonces, túmbate y cierra los ojos. Ya verás como todo se va a solucionar.

Sin pelos en la barba

BRUMA

Caminamos desde la *crêperie* hasta su casa hablando de un montón de cosas sin importancia. Cuando llegamos al rellano y saca las llaves para abrir, me empiezo a sentir nerviosa y a la expectativa.

Sin pretenderlo, me quedo mirando la puerta de mi apartamento. Debería ir a revisar a Nacho. No lo he visto en todo el día y tal vez me esté esperando, pero entonces esa vocecita rebelde que se ha alzado en este pueblo me recuerda que no le debo nada; que si sigue aquí, esperando lo que sea que espere, es su problema. Resisto la tentación de llamar a la puerta o coger el móvil de Eric para mandarle un mensaje. Si necesita algo, sabe adónde acudir.

De pronto, un pecho de yeti se interpone.

—Bruma —llama mi atención. Elevo la vista hasta sus ojos—, ¿sientes algo por él?

Se refiere a Nacho. Su pregunta, junto con el tono inseguro que ha empleado, provoca que algo haga clic en mi cerebro. Eric cree que mi aire desvelado se debe a mi ex. Cuando lo cierto es que cada día me pregunto por qué razón él me evita. Cada noche que se queda trabajando en su ordenador y cada mañana que lo encuentro igual. Cada broma que él no continúa. Su seriedad me ha hecho plantearme si está harto de mí. Si le molesta compartir sus cosas. Si no sabe cómo pedirme que lo deje en paz porque he abusado de su hospitalidad.

—No. Sí. —Su suspiro se entrecorta—. Rechazo —me apresuro a aclarar—, y rencor por el tiempo que permití que me tratara mal.

Y muchas cosas más que tampoco voy a vomitar sobre él.

Nacho, para mí, es agua pasada. Y el agua *pasada* es mejor no removerla porque termina oliendo mal.

—Bien.

Parece como si hubiéramos sacado un elefante enorme de su salón cuando por fin penetramos en él. Y, de pronto, me embarga una mezcla de miedo y emoción que me cuesta gestionar. Porque quiero afeitarle la barba, descubrir su piel del todo, su estructura ósea, pero al mismo tiempo siento que algo podría cambiar entre nosotros. Y yo no soy la mayor fan de los cambios.

Aun así, trato de controlarlo y de tranquilizarme cuando Eric regresa con lo necesario: tijeras, espuma, un cuenco con agua, y se tumba en el sofá, colocándolo todo sobre una mesa, que protege con una toalla grande. Y ahí se queda, tumbado, con solo los vaqueros, descalzo y desnudo de cintura para arriba, un brazo cómodamente alzado por detrás de la cabeza. Y a mí se me seca la boca. Me hormiguean las manos por el deseo de posarlas en su piel y arrastrarlas por ella. Trato de no mirar demasiado, pero el tipo es grande, y el compacto juego de músculos que conforma su torso me atrae como una flor a una abeja en época de polinización.

—¿Has afeitado a alguien alguna vez? —me pregunta de pronto. Supongo que he tardado demasiado en moverme. En realidad, todavía no lo he hecho.

—No.

—Bueno, pero sí habrás afeitado «algo».

Su tonito me hace olvidar sus músculos abultados y duros.

—Sí, Eric, «algo» sí he afeitado. Dejé de tener ocho años hace mucho.

—Perdona, es que me ha parecido que te estabas echando atrás.

«De hecho, estoy tratando de no echarme adelante, querido», me gustaría decirle. Replico a su ceja alzada alzando la mía.

—Más quisieras tú, gabacho. Trae aquí eso, que de esta ya no sales.

Agarro las tijeras que sostiene en la mano, ignorando la sonrisilla que se le adivina bajo tanto pelo. Y comienzo a cortar. Despacio y midiendo con los dedos. En realidad, sé que no hace falta tanta cautela, pero me obligo a ir poco a poco porque no estoy del todo centrada. Para nada. De hecho, la «concentración» se me va desplazando cada vez más abajo.

Me he sentado a horcajadas y, aunque sostengo mi propio peso, mi corazón parece un cohete calentando motores al ser consciente de su proximidad. Creo que inicia una cuenta atrás y todo. En cualquier momento, despegará y dejará un boquete en el centro de mi pecho, seguro, porque Eric acaba de poner sus manos en mis muslos y las sube hacia mis caderas con una lentitud que me hace sentir mareada. Dejo de cortar cuando aferra mi cintura, y sé que no vamos a conseguir quitar la barba hoy. Más aún cuando sus manos me empujan hacia abajo, a la vez que su pelvis se impulsa hacia arriba, y a mí se me cierran los ojos al notar la potencia de una erección que se me clava entre las piernas. Todavía llevo puestos los pantalones de algodón que uso para trabajar en las termas, de modo que siento cada centímetro de su longitud. Bueno, toda no, imposible sentirla toda.

Ambos jadeamos, y a mí, además, se me pone la piel de gallina desde los pies a la nuca.

—Bruma, mírame.

Abro los ojos, pero sin abandonar el refrote. Mi moño sucumbe y mi melena cae alrededor de mi cara, que Eric contempla con el azul de sus ojos más brillante que nunca. Sin pensarlo, las yemas de mis dedos viajan a sus labios para acariciarlos, y luego a sus pómulos definidos; bajan por la barba, tratando de reseguir el contorno debajo de ella y… sé que va a ser bestial cuando se la quite porque noto las mejillas hundidas y la mandíbula marcada; el mentón, acorde al grosor de sus labios.

Quiero besarlos. Dios, cómo quiero besarlos.

Es él quien me besa a mí, empujándome suavemente sobre él, y nada más sentirlos cierro los ojos para huir de la intensidad de los suyos, que observan cada gesto como si murieran por interpretarlo. Lo beso enredando los dedos en su pelo y me empapo de su olor a menta y a lluvia.

—Bruma, espera —suplica, sujetando mis manos—. Bruma…, ¿qué tal si me afeito y seguimos luego? Quiero hacértelo sin barba.

—No.

Y sumerjo mi boca en la suya, balanceando aún más las caderas. No quiero. De pronto, me causa terror lo que sentiré al verlo sin ella. Soy cobarde, lo sé, pero me es imposible detenerme y explicarlo.

Cuando desabrocho el botón de sus pantalones e introduzco la mano, me la retiene y la entrelaza con una de las suyas.

—Espera, amor. —*Amour*. Esa palabra me hace pararme a escuchar—. Vamos a frenar un poco, ¿de acuerdo? Vamos a hacerlo por orden. Primero, me afeitas, y luego podemos ver la película que te recomendó la psiquiatra esa. Quiero quitarte ese miedo. Una vez con eso solucionado, tenemos toda la noche. No hay prisa…

—No.

—Sí, escucha…

—No, Eric. Te quiero ya. ¿Por qué vamos a esperar?

—Bruma…

—Te necesito.

Esas dos palabras lo hacen reaccionar, pero para mal. Se incorpora conmigo en brazos y me veo con la espalda pegada al sofá y él encima de mí, apresando mis manos con las suyas por encima de mi cabeza.

—Bruma, quiero comértelo todo, ¿entiendes? Llevo días pensando en ello, y quiero hacerlo tal y como lo he imaginado.

Cierro los ojos con dolor. «Comértelo todo». ¿Días? Y yo pensando que le estorbaba.

—Yo necesito seguir. Ya. Como sea. ¿Tú no quieres seguir? —Lo pregunto por preguntar, porque la verdad es que tengo la evidencia de cuánto le gusto clavada en mi abdomen. Y le encanto.

—Lo que no quiero es hacer las cosas «como sea». Me conoces. Necesito que sean perfectas.

Y yo quiero hacerlo perder los papeles y que esa perfección suya se vaya a tomar viento a la montaña. Suspiro. Tiene razón. Pero es que él está tan a punto. Yo estoy tan a punto.

—Entonces, ¿por qué me has puesto las manos encima? —pregunto, respirando atolondrada, sin esconder mi frustración—. Yo te estaba afeitando y tú me has acariciado…

—Es verdad. Pero me es imposible no tocarte cuando te tengo cerca. Bastante suplicio ha sido tenerte cada noche encima sin abalanzarme sobre ti.

No le pregunto por qué no lo ha hecho porque conozco la respuesta: yo no estaba. Más bien, él pensaba que no estaba. Puto Nacho.

Lo miro a los ojos y sé que va a suceder como él quiera. La culpa no es suya, o tal vez sí, por ser tan exasperantemente metódico para todo, rasgo que, de un tiempo a esta parte, encuentro excitante.

—Está bien, lo haremos a tu modo —cedo. Me enderezo en el sofá y trato de recoger mi pelo de nuevo en el moño—. Entonces, ¿cuál es el plan?

Me pongo de pie con energía, no porque la tenga, sino porque necesito eliminar el exceso, la predisposición y las ganas, que se me amontonan en una bola que no se deshará si sigo mirando esos pectorales y las dos hileras de portentosos abdominales justo debajo.

Estoy respirando hondo y buscando algo que hacer cuando noto que sus brazos me rodean por detrás y su aliento impacta en mi oreja.

—¿Estás enfadada, *amour?* —me susurra, encendiendo un poco más la hoguera al sentir su calor. Desprenderme de su abrazo me resulta tan difícil como lo fue abandonar ese sofá hace unos momentos.

—Más bien, cachonda. —«*Excitée*», digo, aunque «*horny*» se le acerca más, pero no sé si existe en francés. Y, sí, también un poco enfadada, la verdad, pero tratando de disimular—. Y si no piensas solucionarlo, lo mejor es que nos pongamos a hacer algo aburrido. ¿Por qué no me enseñas una de tus recetas mágicas?

—¿Mágicas para qué?

—Mágicas para bajarme las ganas, gabacho.

—¿Piensas que cocinar a mi lado es aburrido? Vas a ver.

No lo es. Para nada. Pero no porque pelar y cortar zanahorias se haya vuelto divertido, sino porque me sorprende al acorralarme por detrás, ciñéndome entre la encimera y su cuerpo.

Su mano serpentea por el interior de mis pantaloncitos y me toca con la yema de los dedos, como si mi clítoris fuera uno de esos brotes tiernos que con tanto mimo selecciona para la ensalada. Suelto el cuchillo para no cortarme una mano, me recuesto contra su pecho y ya no veo nada. Tengo los ojos cerrados y la boca abierta, para que él la pruebe con delicadeza, como si yo

fuera otra de sus recetas.

De repente, aparta la mano y yo siento que me tambaleo. Como me diga que ha sido un error…

—Ven, date la vuelta.

Obedezco con una amenaza en la punta de la lengua, pero el cariz de sus pupilas me frena. Eso, y que me está bajando lentamente los pantalones, palpando en el camino la piel de mis piernas, que se eriza bajo su toque. Sonríe cuando se eleva y posa sus manos en mi cintura para alzarme, de modo que quedo sentada en la encimera.

—Abre bien las piernas.

Junto con los pantaloncitos iba mi ropa interior, de modo que, cuando lo hago, noto el frescor de la superficie contra mi parte más sensible. Si no estuviera sumida en una nube de excitación, sentiría bochorno por lo que Eric hace a continuación: se arrodilla hasta quedar frente a mi sexo abierto y desnudo. Sus ojos retadores no abandonan los míos.

—Eric… —«Muero de vergüenza aquí», quiero protestar.

Su respuesta consiste en aferrar mis muslos y acercarme más al borde, abriéndome más, de paso. Sin darme tiempo a pensar, un dedo se desliza flojo, hábil y eficaz, a lo largo de mi centro, provocándome un gemido largo que soy incapaz de contener. A continuación, aumenta el ritmo, con una cadencia mágica que hace brotar líquido caliente de entre mis muslos. Lo noto.

—Eric, la encimera. Se va a manchar.

—Dios, sí. —Lo dice como si le encantara la perspectiva.

Cuando el orgasmo llega, veloz e imparable, me pilla tan desprevenida que no consigo acallar un grito. Me tenso, echando la cabeza hacia atrás. Los temblores cesan y Eric continúa acariciándome alrededor, encontrando puntos de placer que yo no sabía que tenía. Su expresión es la de un hombre que ha dado con algo que lo embelesa. Y no me permite arrebatarle su nuevo juguete. Y yo, pensando que lo del multiorgasmo era una leyenda urbana.

Saca dos dedos empapados de mi interior y se incorpora, pero no da su brazo a torcer. Todavía con el corazón bombeando como loco en mi pecho, trato de empujarlo sobre la encimera, pero se niega. Atónita, lo veo lavarse las manos con expresión satisfecha, y a continuación se pone a cortar verduras.

Y, de súbito, me invade la frustración. Tanto que hasta empiezo a dudar de mí misma y de mi capacidad para excitarlo, y mi mente me reprocha que tal vez he hecho algo mal; que me falta edad, y experiencia, porque con Nacho nunca he necesitado seducción. Mientras fuimos amigos, jamás se me ocurrió seducirlo, y después ya no hizo falta porque todo tenía que ser a su manera y él no parecía necesitar incentivos. Nacho es basto, directo y temperamental, todo lo contrario que Eric, que es maduro, refinado y domina el arte de la tentación hasta tenerme así de necesitada. De modo que me encojo y decido que yo no sirvo para estas cosas. Y ahí estoy, peleando con mi cabeza para eliminar las imágenes de Eric con un sinfín de mujeres mayores y más experimentadas, que sabrían cómo excitarlo mejor que yo, cuando me alza la barbilla para escrutar mis ojos. Y, cómo no, el yeti logra leerlo todo.

—Eh, no, no, no. *Arrête-toi!*

—¿Que pare qué?

—Eso que estás pensando. Me atraes, Bruma. Me… *Merde!*

Como si las palabras no fueran suficiente, me besa.

Quiero alejarme de él y pedirle una explicación. Quiero saber si piensa volver a dejarme con las ganas. Si estoy haciendo algo mal. Pero, entonces, su beso se vuelve lento, profundo, tan concienzudo dentro de mi boca que me veo obligada a prestar toda mi atención a lo que hace con

la lengua. Mi deseo aumenta y me debilita, y es ahí cuando conecto. Conecto con sus ojos turquesas, clavados en mí, y con todo lo que me transmiten. Los labios de Eric resbalan por mi cuello, y murmura frases en ese francés tan tentador que le sale cuando quiere algo. Y en este momento me quiere a mí. Percatarme de eso equivale a emerger del agua y tomar esa bocanada que te devuelve a la vida. Cada una de sus caricias me devuelve la confianza que se había derrumbado en mi interior.

De un solo movimiento, me sube de nuevo a la encimera y se coloca entre mis piernas. Lo desafío con la mirada, lo acaricio, deslizo mis palmas por sus hombros y su torso, le aniquilo la boca enredando mis dedos en su pelo. Despacio, desabrocho los pantalones y, cuando él no solo lo consiente, sino que termina de quitárselos, sé que he ganado, que va a ocurrir.

—Vamos al salón. Tengo los preservativos allí.

—Vale, pero me debes uno contra la pared.

—Me quieres hacer trabajar. Me encanta. Pide, Bruma. Quiero que pidas.

Mientras habla, nos traslada hasta el sofá, donde me deposita antes de sacar los condones de un cajón y lanzarlos a un lado. Después, se sienta junto a mí y me agarra de la cintura para situarme sobre él a horcajadas.

Me aparto y contemplo a placer a este pedazo de hombre. No puedo creerme que sea todo para mí. Me relamo.

—*Putain.*

No sé qué he hecho, pero Eric parece llegar a un límite. Se incorpora para protegerse, agarra su polla con toda la mano y, tras acariciarla con una expresión que parece más de dolor que de placer, la sitúa en mi centro. Luego, se adentra en mí sin desviar nunca la mirada de mis ojos. Desquiciantemente lento. En un intento por terminar de encajarlo, me impulso sobre él, alcanzando, sorprendida, un tope que no me permite ir más allá.

—Shhh, tranquila, ya entrará.

Gimo de impotencia y me quedo quieta, temblando, tratando de asimilar tantas emociones. No sé qué ocurre a continuación, solo que la sensación de él dentro de mí es tan maravillosa que me corro. Sus dedos se han colado hasta ese punto que ya no guarda secretos para él y lo acaricia de una manera tan certera que me dejo ir. Gimo una vez más, moviéndome encima de Eric tal como el cuerpo me pide. Voy a gestar una disculpa cuando la fuerza de sus manos me incrusta contra él y, finalmente, se corre.

Me inclino hacia atrás y contemplo su rostro acalorado, su pecho que sube y baja, su expresión satisfecha, con todo el cuerpo relajado contra el sofá. Y me río. ¿Cuánto hemos durado?, ¿cinco minutos? Sus ojos se abren con humor y una disculpa en ellos, y me atrae sobre su pecho.

—*Putain*, Bruma, yo quería hacerte el amor, pero me lo has terminado haciendo tú a mí. Ey, ¿adónde vas?

Me retiene contra su pecho, frustrando mis intentos por apartarme. A Nacho le molestaba el piel con piel poscoito y… Dios, me encanta. Podría confesarle a Eric que es mi primera vez, la primera vez que puedo disfrutar a gusto de su maravilloso aroma, sin toda esa tensión sexual no resuelta entorpeciendo el momento, pero, ¡qué demonios!, me lo guardo para mí.

Durante un rato, solo soy consciente de sus dedos acariciando mi espalda.

—Oye, *chérie*, ya sé que hablamos de no tocar este tema, pero tengo una pregunta y me gustaría que contestaras. Es fácil, lo prometo.

Se me tuerce el morro, aunque lo cierto es lo justo. Además, me siento lánguida y muy satisfecha.

—Sinceramente, yeti, podrías pedirme que te bailase desnuda una danza tribal y lo haría. Me siento muy bien. —Me río.

—Bruma. —Suelta un exabrupto que no logro identificar, aunque parece sufrir—. Cambio mi pregunta. ¿Me puedes hacer esa danza?

Me río más fuerte. ¡Qué bien sienta!

—Dime.

A pesar de mi buena disposición, tarda un momento en hallar la manera de plantearme sus dudas.

—¿Por qué piensas que estás enferma? —Sus ojos me escrutan con visos de súplica. Necesita entenderlo, y yo comprendo. Comprendo su necesidad de saber, que, en su caso, es fruto del cariño, y no de la curiosidad morbosa que guiaba a los demás.

—Apareció un día, sin más. Yo estaba bien. Asistía a la psiquiatra por tranquilizar a mi madre, más que por necesidad. La doctora quiso probar un tipo de terapia conmigo, hipnotismo, y fue instantáneo. Al día siguiente, me desperté sola en casa y me sobrevino el primer ataque de pánico.

Su frente se frunce.

—No entiendo. ¿Por qué te hizo esa terapia si no estabas enferma?

La gran pregunta. Voy a contestarle la retahíla aprendida de que los miedos permanecen encerrados en tu psique y que hay que liberarlos… Me freno a tiempo; sinceramente, me parece absurda. Jamás me convenció, y tampoco va a convencerlo a él.

—No lo sé, Eric. Yo no *estaba* por esa época. Todo me abrumaba. La marea que se produjo tras el secuestro fue brutal, imparable. Me llevaban de un lado a otro sin pedirme permiso ni escucharme. Policía, médicos, prensa. Decían que era por mi bien. Anteponen la burocracia al bienestar de la víctima. Es así. De modo que solo me quedaba permanecer muy quieta e intentar que el tsunami no me arrasara. Con el tiempo, esa sensación se convirtió en habitual. Me sentí atada de manos, como que mis deseos no cuentan y jamás serán escuchados.

«Ni siquiera los que grita mi propio corazón».

No sé si es lo que Eric esperaba escuchar. Permanezco a la espera del interrogatorio que suele venir a continuación. Para mi sorpresa y alivio, no es eso lo que sucede, sino que sus brazos me envuelven. De nuevo.

—Ya no estás ahí, *petit canard*. —Me aparta ligeramente para mirarme a los ojos, y más abajo, de una manera que me genera esa deliciosa tensión que antes se había solucionado. Su boca se curva de una forma muy sexi—. Ahora, ¿qué decías de una danza tribal, española?

El rubio

MICHEL

Es de noche cuando subo cargado con botes de conservas traídos de Suiza por mi tía, la cámara y dos macetas de un aloe vera italiano. De modo que, cuando entra una llamada en mi móvil, no lo puedo coger.

—¿Traes la cámara? —pregunta Leo en cuanto pongo un pie en el interior. Está recién salido de la ducha, con solo una toalla en torno a la cintura y otra para secarse los rizos, con los brazos flexionados en lo alto. Qué putada que, de entre todos los tíos que hay en el mundo, y de los que paso, el cubano me ponga. Qué putada que haya caído en mi casa y le guste andar en pelotas.

Y qué mal empezamos el pacto.

Lo dejo desmantelándome las bolsas y entro en la cocina suspirando y con prisas por servirme una copa de vino.

—Cuidado con las plantas —le grito, de mal humor.

—Pero ¿qué es esto que me has traído? ¡Si es una puta Panasonic que graba en alta definición! ¿De dónde la has sacado, papi?

Cierro los ojos y cuento hasta diez antes de abrirlos. Me dirijo al pasillo.

—Como vuelvas a llamarme «papi», cojo tu consola y la tiro por la ventana.

Ignora mi amenaza y se dirige al salón con la cámara en la mano, rozándome de paso. Me estremezco, cosa que aumenta mi mal humor. Mientras preparo la cena, cavilo sobre el «amigo».

En cuanto cogió confianza, empezó a perseguirme por la casa para que hiciéramos planes juntos, ya fuera caminar por la montaña, jugar al parchís, a la consola (hasta que admitió que se me da de pena y desistió conmigo). Un día, me llevó a rastras al parque, a jugar a la petanca con el grupo de ancianos, a los que pulió. Leo es un tío de acción, y no solo por su edad. Me he dado cuenta de que siempre se trae algo entre manos. No es vago, como creí en un principio; sus instantes de silencio en el sofá suele emplearlos en meditar, según me contó, y de esas reflexiones suele levantarse con energías renovadas y alguna idea loca en la cabeza, en la que, no sé cómo, siempre termino participando.

Estoy a punto de terminar la cena cuando tocan al timbre. Dejo la espátula a un lado, grito: «Voy yo» y me quito el delantal, pensando que serán Eric o Bruma. Por una vez, Leo me hace caso y no acude él (supongo que está demasiado ocupado con la cámara), de modo que, en cuanto abro la puerta, no lo veo venir. O, en realidad, sí. Puede que sí me dé tiempo a identificar el pelo castaño bien cortado y peinado con gel, la camisa azul con vaqueros, antes de que pose su boca sobre la mía. Solemos saludarnos así, y en mi casa, porque para mí es más cómodo. He llegado a un punto en mi vida en que me cuesta esforzarme para los demás, y Romain es de los persuasivos. Tanto que estuvo un año detrás de mí hasta que cedí y decidí implicarme en esta relación esporádica en la cual solo matamos el gusanillo. En realidad, a él se le suele desatar la lengua en el calor del momento y comienza a prometer estupideces, como que solicitará un puesto fijo si yo se lo pido. Siempre corto por lo sano y él sabe callarse. Supongo que entiende que es esto o nada, puesto que yo no busco nada más allá de estos encuentros.

El problema es que ahora la situación ha cambiado: ya no vivo solo. Y eso tendría que haberlo recordado cuando olvidé contestarle al mensaje. Ajeno a mi parálisis, Romain se

presiona contra mi cuerpo, me abre la boca con la suya, y yo solo logro pensar: «Joder, así no», antes de conseguir quitármelo de encima y respirar en busca de oxígeno. Giro la cabeza, pero ahí no hay nadie. Lejos de sentir alivio, lo que me invade es una gran decepción. Y sé que no puedo posponerlo más. No por él (yo, a Leo, no le debo nada), sino por mí, para volver a sentirme cómodo en mi casa. De modo que, cuando la silueta de Leo tapa la luz procedente del salón, agarro a Romain de la cintura, apoyo su espalda contra la pared y lo beso. Y a la mierda todo. A la mierda cuando nada se escucha; cuando detengo el beso y miro en su dirección, manteniendo a Romain a distancia con una mano; cuando Leo solo permanece ahí, en gayumbos (menos mal que al menos ha sustituido la toalla), con la cámara de vídeo olvidada en las manos y los ojos como platos.

No le doy tiempo a reaccionar. A ninguno de los dos.

—Leo, me voy —informo. Me siento en el banco zapatero y me pongo las botas. Para calzarme, pero también para esconder mi erección, que ha alcanzado cotas máximas al saberme observado por el cubano. Y si eso no me indica la magnitud del problema, nada lo hará—. La cena está casi lista, le faltan cinco minutos. Ya volveré, ¿de acuerdo?

Me levanto y cojo las llaves.

—Claro —reacciona—. ¿No me presentas?

—No. —Tengo que salir de aquí, aunque suene borde—. ¿Vamos? —apremio a Romain, quien también observa con pasmo a mi nuevo compañero de piso, supongo que preguntándose qué pinta un tío semidesnudo en mi casa.



Regreso de madrugada. Cierro la puerta y subo despacio las escaleras, pensando en el fiasco de noche con Romain.

—Entonces, el tío que había en tu casa… —ha comentado, ambos sentados en los escalones de cemento de la iglesia, enfriándonos el trasero, y con dos erecciones bajando rápidamente.

—Solo es el novio de mi prima. Está de paso.

—Y te pone —afirmó. Y yo no vi la necesidad de negarlo.

Tragué saliva.

—Mucho. Y no sé por qué, porque pasa de todo, es desordenado y abre la boca a destiempo. No soy un tío que se fije únicamente en el físico, así que…

Me di cuenta de que no decía la verdad. Leo fue desordenado al principio, pero poco a poco se ha acompasado a mis rarezas. Me gusta su boca, que siempre diga lo que piensa sin rodeos. Y no pasa de todo. Es simpático, trabajador y siempre está de buen humor. Tiene un proyecto que incluye una cámara de vídeo. Y esas solo son algunas de las cosas buenas que puedo decir de él, porque la verdad es que me gusta en su totalidad.

Estoy jodido.

Romain me acarició la rodilla, sin ningún ánimo sexual.

—Pues, ve a por él.

Negué con la cabeza.

—Es muy hetero. El más hetero del mundo. No para de hablar de mujeres, y hasta me pregunta a mí si nos cruzamos con una que le gusta en el supermercado. Es desquiciante.

—Civilizaciones más grandes han caído, o algo así, ¿no?

Tuve que sonreír, pero al momento se convirtió en un bufido.

—Este no, te lo aseguro.

—Pues, a mí no me ha parecido muy indignado cuando nos ha visto liarnos.

—Ya. —Y eso me estaba matando lentamente. De nuevo, la curiosidad de las narices. ¿Por qué no se había indignado?—. Por cierto, lamento mucho eso. Te he utilizado a modo de experimento.

—Oye, no te martirices, ¿vale? Todos nos utilizamos, en cierta manera. Es imposible actuar bien todo el tiempo. Tú me has utilizado hoy; otros días has sido tú el utilizado.

—Prefiero no saberlo.

Y, tras invitarlo a una copa en la barra del Richelieu, se fue, pidiéndome que lo mantuviera al corriente.

Mientras entro al baño y me deshago de la ropa, me digo que tengo que contestar de una vez los múltiples mensajes de Mélanie a propósito de su novio, a pesar de que el novio en cuestión no la nombra nunca, como si no recordara que está aquí gracias a ella. Me ducho, me lavo los dientes y salgo a la habitación con una toalla rodeándome las caderas.

Cuando voy a encender la luz, su voz me paraliza.

—Si piensas hacer un estriptis, tienes que saber que estoy aquí. Te estaba esperando. —Se encuentra sentado en mi cama.

—Pues, si no quieres presenciar el estriptis, te recomiendo que te largues de mi cuarto, porque voy a quitarme la toalla para ponerme el pijama.

Nunca he sido pudoroso, pero desnudarme delante de Leo me resulta violento, a pesar de lo cual me obligo a hacerlo, a actuar con normalidad, por mucho que todo mi cuerpo grite que yo, en presencia del cubano, me siento de todo menos normal.

No se va. Es más, enciende la luz justo cuando acabo de quitarme la toalla, y seguramente me ve la trasera en toda su gloria, porque me hallo de espaldas, pero continúo poniéndome el bóxer, y luego el pantalón del pijama, para rematarlo con una camiseta blanca de manga corta.

Entonces, me vuelvo y nos miramos a los ojos.

—¿Qué habéis hecho? —inquiere.

Se refiere a Romain y yo. El estómago se me contrae. Porque leo juicio y censura en su pregunta, justo lo que quería evitar al retrasar tanto el momento. Me quedo mirándolo en silencio, los brazos colgando a lo largo del cuerpo, antes de sentarme en un extremo de la cama, con los pies en el suelo. Él está sentado en la misma posición y en el mismo lado, pero más cerca del cabecero.

—Tengo treinta y tres años, Leo. ¿Qué pretendes averiguar? —Ladeo la cabeza para mirarlo, con los antebrazos en las rodillas.

—El rubio y tú… ¿habéis hecho un trío?

Su conclusión me descoloca.

—¿Un trío? —repito, incrédulo y suspicaz. ¿Se está haciendo el tonto o qué?

—Sí. Con alguna mujer. Yo he hecho tríos, con gente anónima, con parejas, incluso con matrimonios. Una vez, con unos mellizos, chico y chica. Nunca en Cuba, amigo; allí tenía una novia seria, pero en Miami la gente es depravada. Supongo que al final terminas viéndolo todo normal.

Sigue hablando mientras yo lo estudio atentamente. A ver, que nos ha visto comernos la boca, lengua incluida. Romain me ha metido una mano por debajo del pantalón y acariciado el trasero. Si una persona ve eso y busca por todos los medios una explicación diferente a la que es, es que se niega a asumir la realidad. Como mi madre. Y me da igual el motivo por el que él no quiera verlo, yo no me escondo.

—Ya. Pues, no sé lo que se hace en Miami, pero para mí lo normal no es hacer tríos. Yo

solo me acuesto con una persona a la vez.

—Ah. —Dejo que reflexione durante unos segundos—. Y, entonces, ¿con el rubio?

Me lamo los labios. Por fin llegamos a meta.

—Con el rubio, sí. Se llama Romain y quedamos a veces, cuando viene por la zona.

—Y folláis.

—Sí.

—¿Solos?

—Sí, Leo, solos.

Suspira y suspiro. Cruzamos una mirada, él la aparta, ríe y me estudia, yo la aparto.

—Disculpa tanta preguntadera, amigo, es solo que me ha pillado por sorpresa. Entonces… una pregunta más y ya, ¿sí? ¿Yo te gusto?

Como la corriente que debe de descargar un *teaser*, eso es lo que me provoca que el cubano quiera saber si me atrae. Y lo peor es que no lo dice con burla, ni siquiera con sospecha. Solo con curiosidad. Con curiosidad y… ¿esperanza?

—No, Leo, no me gustas. No porque me gusten los hombres me gustan todos los hombres. De hecho, suelo tener problemas para encontrar alguno que me resulte mínimamente atractivo.

Incapaz de soportar el modo en que me escudriña, me pongo en pie y arrastro los dedos por mi pelo, todavía húmedo debido a la ducha.

—Perdona, amigo, pero, aunque no lo creas y a ti no te ponga, desde que me creció pelo en el pecho he tenido infinidad de proposiciones, y uno al final se lo llega a creer y todo.

Vale. Hora de terminar esta conversación.

—De acuerdo, te pido disculpas. ¿Tienes más dudas? ¿Posición en la que me gusta, o algo así? —inquiero, con sarcasmo. Porque me ha molestado escuchar que haya sido tan popular. Que todavía lo sea.

—No me des ideas —murmura como para sí, antes de volver a mirarme de reojo—. Yo solo lo decía porque, si tú quieres, yo…

Otro derechazo. O más bien de frente esta vez, ya no llevo la cuenta.

Vuelvo a sentarme, intentando aparentar paciencia y tranquilidad, aunque lo cierto es que una tempestad acaba de originarse en mi interior.

—Leo, no te me estás ofreciendo, ¿verdad?

Por favor, di que no. Esta conversación es surrealista. Y no entiendo de dónde ha salido el cubano, la verdad.

—¿Por qué no? ¿Tan feo te parezco?

¿Feo? ¿El tipo no ha dado con el espejo del baño? Pero no voy a adularlo, poniéndome yo mismo en evidencia.

—Leo, ni aunque fueras la única opción disponible en el pueblo te elegiría, ¿vale?

Le duele. O al menos lo parece. Pero… ¿por qué le duele? No entiendo nada.

—Oye, amigo, tampoco hace falta ofender.

—¿Que tú…? —*Merde!* Que Leo se indigne porque yo no me lo quiero follar es lo último que habría imaginado. ¿En qué momento el mundo se ha vuelto loco?—. No es por ofender. Es que tú eres más hetero que… —Iba a decir que Homer Simpson, que Spiderman, que Hulk, pero un pensamiento repentino me hace clavarle la mirada de manera fulminante—. Espera… no te me has ofrecido porque te he dado cobijo, ¿no?

—¿Qué? ¡No! No soy un prostituto. Incluso con todas las penalidades que he pasado, nunca he… Pero llegas a dar por normales cosas cuando te juntas con las personas inadecuadas. Y Miami es… Miami. No hay límites, no hay… Y yo soy un tipo de mente abierta, ya lo sabes,

pero lo de los ricos es de locos, amigo, tendrías que verlo. O mejor no. He hecho de todo y no me arrepiento de nada. Solo… no volvería a hacerlo.

Vale. Demasiada información que no quiero oír. ¿Cómo salgo de esta?

—Leo —cierro los ojos y los vuelvo a abrir después de respirar hondo—, te voy a decir algo que tal vez tendría que haberte aclarado desde el principio, pero te lo digo ahora: te puedes quedar aquí, ¿vale? Y no porque seas el novio de mi prima ni por otras gilipolleces. Solo porque… —sí, eso, Michel, explícale por qué eres tan generoso—… solo porque eres bienvenido y nunca te dejaría en la calle.

La clara emoción, entre esperanzada y desconfiada, que empaña sus ojos me despierta ganas de romper algo… contra mi cabeza, por no habérselo aclarado antes. Y porque me hace preguntarme qué tipo de vida ha llevado. Joder, que es demasiado joven.

—¿El tiempo que lo necesite?

Me gustaría arrodillarme, tomarle las manos y, no sé… abrazarlo. Acunarlo. Prometerle mil cosas. Jamás he sentido un impulso tan fuerte. Sin embargo, como eso estaría fuera de lugar, lo que hago es levantarme y asentir con gesto serio y meditado.

—Todo el tiempo que lo necesites, Leo. Aquí nunca vas a tener que hacer nada que no quieras, ¿de acuerdo? Además, no has resultado ser tan mal compañero de piso.

Necesito ponerle algo de humor a la conversación, porque estoy a punto de echarme a llorar.

—Ten cuidado, amigo, podría parecer que me aprecias.

—Te aprecio.

Sonríe ampliamente.

—¿Aunque duerma en tu cama? —Él también ve la necesidad de bromear.

O no.

Suspiro de nuevo, y ya van unos cuantos.

—Lo haces, ¿verdad?

A la vez que yo me siento, él se levanta y me palmea el hombro.

—Claro, amigo, cuando te vas por las mañanas. Ese sofá es un rompecolumnas. Ni siquiera yo, que hago deporte a diario, puedo soportar esas lamas que se te clavan… ya sabes dónde. Y tu cama es muy cómoda.

—Lo sé. Vale, sí, haz lo que quieras. Pero mientras yo no esté, ¿de acuerdo?

El mensaje

BRUMA

Dormir con Eric es como hacerlo junto a una estufa de leña: desprende fuego por cada poro de su piel, por eso no entiendo qué hago enroscada como un pulpo en torno a él. ¡Qué calor! Solo que, cuando intento desanudarme sus brazos, que permanecían relajados, se convierten en candado y me atrae de nuevo.

—¿Adónde vas? —masculla. ¿Quién me iba a decir que el yeti era un oso amoroso?

No puedo evitar la risa. Tiene su gracia ver los esfuerzos que hace por despertarse. Ni siquiera ha abierto los ojos, y eso que es de día, lo veo a través de la ventana, aunque fuera esté lloviendo.

—A por café.

Voy a levantarme, pero algo me frena, y no son sus brazos, que ha retirado para darme espacio. El nórdico ha sido apartado y un Eric en todo su esplendor ha hecho aparición. Completamente desnudo. Guau.

Se gira restregándose la cara y abre los ojos.

—Bruma, no me mires así si lo que quieres es café.

La súplica en su voz, unida a ese enronquecimiento que ya comienzo a identificar, se confabulan para hacerme espabilar. El problema son las ganas que se han reavivado en mí. Noto un insistente palpitar entre mis piernas.

—Es que… —se me seca la boca— estás muy bueno.

Necesito acariciarlo, sobre todo cuando su miembro empieza a ponerse duro.

—Puedes tocar. Prometo morder.

Eso hago. La idea del café vuela de mi mente y me arrastro de vuelta a la cama y lo toco. Los brazos de Conan, el torso marcado, los muslos fuertes. Finalmente, lo miro a los ojos, que están vidriosos y atentos a mis movimientos.

—La tienes muy grande. —La acaricio y noto que da una sacudida y crece todavía más—. La quiero chupar, aunque no sé si podré.

—Bruma, haz solo lo que te dé placer a ti.

—Quiero. —De hecho, mi propio deseo me pilla por sorpresa. Con Nacho, era más bien una obligación, pero ahora quiero (deseo con todo mi ser) llevármela a la boca. No sé qué me pasa. Yo nunca he sido así, mandona. Jamás he sido la persona más suelta en el sexo y, por supuesto, jamás he pedido lo que quiero, pero, por alguna razón, con Eric me sale de forma natural—. Estate quieto, hombre de las nieves. Te voy a hacer entrar en calor.

Mucho más tarde, se pone de pie y me apunta con el dedo.

—Bruma, estoy deseando devolvértelo. —Se refiere al sexo oral—. Puedes ir a por café, pero en cuanto yo salga, te quiero ahí, tal cual estás, ¿entendido?

Entra en el baño y, momentos después, se escucha el sonido de la ducha.

Debería informar a Nacho de mi paradero y comprobar si me escribió ayer, pero ni siquiera eso logra moverme del sitio, así que pienso… pienso en las diferencias. En que no es lo mismo descubrir con asombro los tesoros de una isla desierta que llegar y avasallarla; que, aunque las posturas sean las mismas, ni siquiera se parecen; que no sabía que un cuerpo podía ser adorado mientras lo colonizan con palabras, caricias, susurros y una tempestad de roces.

Tras remolonear unos segundos, me levanto y me dirijo a la cafetera. Mientras el chorro cae, un mensaje entra en el móvil de Eric y, por pura inercia, lo leo.

Daniel: *Ta fiancée m'a embrassé hier. Elle avait l'air très en colère.*

Me paralizo.

Fiancée. Prometida.

«Tu prometida me besó ayer. Parecía muy enfadada».

No sé qué hacer con esto entre las manos. Miro y remiro, pero es evidente que el destinatario del mensaje es Eric. No me lo puedo creer, Eric tiene una prometida.

Acallo esa voz que quiere elevarse en su defensa y le contesto que esto no da pie a la equivocación. Esto no es fruto de mi inseguridad. El tío al que me acabo de tirar tiene una prometida. Es decir, una mujer anda preparando una boda con él mientras él se revuelca con otra.

Conmigo.

Bravo, Eric, ni siquiera Nacho me la coló nunca así. Y ¿por qué duele tanto? Solo ha sido un polvo. Vale, dos. ¿Tres? Y especiales. Al menos, para mí. Es evidente que él no lo ha vivido igual. Es evidente que Nacho tenía razón y, simplemente, le vengo a mano.

Hay que ser imbécil. Yo, no él.

Paso del café.

En lo que tardo en vestirme y ponerme las zapatillas, coger mis llaves y salir por la puerta, no lo vuelvo a oír. Me encamino a mi apartamento todavía en *shock*. Una vez dentro, la parálisis vuelve a alcanzarme en medio del pasillo. Me acaricio el pecho con una mueca de dolor. ¿Qué es esa cosa que me oprime en el centro mismo del corazón? Vale, admito que el yeti me atrae; es una tontería negarlo después de la manera en que me he abalanzado sobre él. ¿Quién iba a decir que el hombre de las nieves desataría en mí un deseo tan irrefrenable?

Pero ¿por qué que tenga prometida me provoca ganas de llorar? Me quedan tres meses aquí, tiempo más que suficiente para explorar ese deseo y que se consuma antes de regresar a mi hogar, de modo que no es frustración porque se acabe. Me pregunto si es mi conciencia la que grita por haber participado en un engaño a otra mujer.

—¿Bruma? —La voz de Nacho precede a su llegada desde el salón. Mierda. Me había olvidado de él.

Al mismo tiempo que ladea la cabeza, preguntándose qué hago aquí, sola, en medio del pasillo, un golpe repentino amenaza con echar mi puerta abajo.

—¡Bruma! —Mi respiración se acelera al oír su voz. Y, de inmediato, los ojos se me llenan de agua y un resquemor ardiente se expande por mi piel. El golpe vuelve a sonar, esta vez más fuerte, pero sigo sin responder. De hacerlo, él notará que estoy llorando, y no voy a darle ese gusto, así que aquí me quedo, tragándome todas esas emociones burbujeantes con las que no sé qué hacer. Y yo, pensando que estaba vacía. Supongo que ha de venir la persona correcta para encenderlas. O destrozarlas—. ¡Bruma!

—¿Bruma? —tantea Nacho—. ¿No le vas a abrir?

—No. Y tú tampoco —le advierto a mi ex, que continúa perplejo.

—No pensaba hacerlo, solo quería…

Lo que fuera a decir se difumina bajo un nuevo grito del yeti en el rellano clamando mi nombre. Me encojo ligeramente, pero me mantengo en mis trece.

Una revelación parece abrirse paso en los ojos de Nacho, que frota los párpados como si no se lo pudiera creer.

—Bruma, ¿te has acostado con él?

—No te importa, pero sí. —Le confieso la verdad, a ver si así comprende que yo he pasado página y ya está bien. Echo a andar hacia la cocina y él me sigue—. Y tú, Nacho, ¿cuándo te vas a ir?

De pronto, sobran los hombres en mi vida. Ya estoy harta de ser la buena que todo lo permite. «De tan buena, tonta», como diría mi madre. Al pensar en ella, un ramalazo de nostalgia me invade. La llamaría, si no fuera porque ya no dispongo de móvil.

Otro grito procedente del descansillo y una nueva tanda de puñetazos en la puerta nos vuelven a interrumpir. Después, sus pasos se pierden de vuelta a su apartamento.

Perfecto.

Una vez en la cocina, enciendo el fogón y comienzo a preparar la cafetera. Ni siquiera sé qué me contesta Nacho; todos mis sentidos están puestos en los ruidos del rellano. Hasta que, segundos después, algo repta por debajo de la puerta. Tanto Nacho como yo nos dirigimos ahí a la vez, para ver el papel que ha colado el gabacho.

Mi ex es más rápido que yo en cogerlo, pero me lo tiende después de echarle un vistazo.

—Está en francés.

Dudo, pero termino por apretar la mano en un puño.

—No, gracias.

No pienso leerla. Ni escucharlo. Me doy la vuelta y regreso a la cocina. Mis gestos son un tanto bruscos mientras echo el café molido en esa cafetera del diablo que ni siquiera sabe hacer un buen café.

—Bruma, léela —insiste Nacho, como si supiera algo que yo no sé.

Lo miro un momento, pero no parece que haya elaborado ninguna de sus trampas.

—¿No decías que no sabías francés?

—Pero sé inglés. Y «*ex-fiancée*» se escribe igual. Ha remarcado el «ex», por cierto.

Mis brazos quedan suspendidos en el aire varios segundos. ¿*Ex-fiancée*? Vaya. Reanudo la faena enroscando la cafetera italiana, pero mis movimientos han perdido rudeza debido al alivio. El enfado sigue ahí, pero se va diluyendo en los posos de la verdad, lo noto.

—Toma. Añade algo más que no sé traducir.

Nacho deposita la nota sobre la encimera, y me es imposible frenar mis ojos cuando se dirigen al papel.

El yeti quiere ser comprendido. Pone:

«Exprometida, no prometida. Cuando dejes de imaginar tonterías, puedes volver y dejarme terminar contigo».

Y yo… logro respirar. Aunque todavía noto el cuerpo acartonado por la noticia.

El café acaba por manar gracias al calor del fuego eléctrico. Relleno dos tazas sintiendo que todo vuelve a su lugar habitual y luego me dirijo al salón, adonde Nacho se ha ido… no sé cuándo.

—¿Por qué eres tan amable? —pregunto.

Está sentado en una silla y tiene la vista perdida en la lluvia. Me pregunto si ha pasado los últimos días así, aburrido, pensativo; la culpa por haberlo dejado solo quiere anidar dentro de mí. No lo permito, aunque me cuesta.

Acepta la taza de café que le tiendo y me mira a los ojos tras suspirar.

—Bruma, me voy. Te lo he dicho antes. Supongo que no me has escuchado.

—¿Te vas? ¿Adónde? —Le presto toda mi atención. Al hacerlo, descubro que no hay rastro de sus pertenencias, y que su maleta espera cerrada junto a la puerta.

—Regreso a casa. —No atino a contestar. ¿Así de fácil? No puede ser—. Tú ganas. El gabacho gana. Está claro que aquí sobro. No me has hecho caso y duermes con él cada noche, y tampoco me has preguntado qué hago cada día; ni siquiera veo que te importe. Antes, hubieras estado pendiente de mí, de qué quiero para cenar, de si estoy a gusto o no… Ahora solo quieres que me largue y te deje seguir con tu vida, en la que ya no tengo hueco, es obvio.

—No es así —repongo, incómoda por la veracidad que contienen sus palabras.

Pero él ni siquiera me mira. También ha pasado página. No me puedo creer que mi indiferencia por fin haya dado resultado. Me pregunto si lo lógico en mi situación no sería indagar sobre sus sentimientos, si realmente me va a dejar en paz y, en caso de que así sea, qué lo ha hecho darse cuenta de que ya no tiene cabida en mi presente. Pero, la verdad, me da igual. Y es en este momento cuando comprendo que soy libre de él. De pronto, me invaden el temor y la alegría, como un pájaro cuando escapa de su jaula pero no sabe hacia dónde tirar.

Me siento tan eufórica que correspondo a su abrazo cuando me envuelve en él. Cierro los ojos ante ese olor tan familiar, que evoca tanto, comprendiendo que ya no es el olor de la comodidad que tendría que haber sido, sino un olor tenso que me pone en guardia. Porque cuando realmente era yo misma era cuando no estaba con él.

Se separa para mirarme a los ojos; en los suyos leo lucha, pero también decisión.

—Espero que, cuando vuelvas a España, no me busques, Bruma, porque yo ya no estaré.

Trato de mantenerme impasible, que no se note que quiero llorar de alivio. Si él necesita creer que me arrepentiré tarde o temprano de haberlo dejado ir, que lo haga. Con el paso del tiempo recordará este momento y comprenderá que fue un adiós. Nuestro adiós.

Así como así, mi pasado sale del apartamento y yo no lo retengo. Ni siquiera he barajado la posibilidad, lo cual supone un avance brutal para mí. Y para él.

Habituarme a ti

BRUMA

El lunes tengo pacientes desde las siete de la mañana. La cabina de masajes es lo único que funciona a esa hora, de modo que solemos estar: Valérie en la recepción, para recibir a los curistas, y Marise y yo en las cabinas, con el aceite de masaje listo. Encendemos las luces, nos tomamos un té de la máquina y repasamos los horarios. Marise es genial, siempre tiene algún buen consejo que darme sobre las dolencias más habituales.

Hoy, sin embargo, se da algo sumamente atípico: nada más llegar encuentro a mi compañera ya encerrada en su cabina y, frente a su puerta, una cola de tres personas que, según sus cartillas, tienen cita con ella. Nadie conmigo. Extraño.

Cuando me dirijo a la recepción para informarme sobre el *planning*, Valérie solo se encoge de hombros y señala el despacho de Michel, pero antes de atender al próximo cliente me lanza un: «Buen trabajo» que no comprendo muy bien. Tampoco me da tiempo a averiguarlo.

Giro, dispuesta a ir al despacho, cuando lo veo.

Los pies se me quedan clavados en el sitio. La puerta donde pone «Bureau» está abierta, y en su interior vislumbro a Michel sentado frente a una hoja con aire pensativo. Pero lo que me llama la atención es la persona que se encuentra al fondo, hablando con un señor con pinta de abogado. No lo hubiera reconocido si no fuera porque lleva la camisa de cuadros. O sí. No lo sé. No sé nada, me he hecho un lío. Porque no solo le falta la barba, no. Se ha cortado todo el pelo; no a ras de la cabeza, sino que por arriba lo lleva más largo y despeinado que por los lados, con las raíces todavía más oscuras que las puntas, doradas, aunque, al haberlo cortado, en conjunto parece más oscuro que antes. Más oscuro y más sexi.

Toma varias cartas, las mete en una carpeta sin dejar de escuchar lo que dice el abogado, y le entrega esta. El hombre la coge ajustándose las gafas y sin dejar de asentir. Y yo, aquí sigo, estudiando a distancia esa manera de mover los labios, el músculo tenso de su mandíbula o el bulto masculino de su nuez.

Estoy tan obnubilada que no me doy cuenta de que Eric me ha visto y se aproxima con gesto resuelto. Un montón de mariposas revolotean por mi estómago. Se despide del abogado, quien nos mira como si no comprendiera nada. Yo tampoco.

Menos aún, cuando Eric se sitúa frente a mí y me agarra del brazo.

—Necesitamos hacer inventario, se ha acabado el aceite —me informa.

Y, con esa triste excusa, me veo arrastrada hasta la zona de aguas, y luego por las escaleras de caracol hasta el centro de lavado, solo que, en lugar de encender la bombilla y meternos en el cuarto de productos, me dirige hacia las lavadoras. Me sienta sobre una de ellas alzándome por la cintura y, a continuación, se abre hueco entre mis muslos y formula una pregunta. No sé cuál. Yo solo veo su mandíbula marcada. Y su cuello. Mil veces me he preguntado cómo sería su cuello. Y ahí lo tengo. Su cuello es… firme y elástico a la vez, revestido de fuertes tendones, y largo; no demasiado grueso. Debajo, da paso a unas clavículas sólidas, y arriba, a una mandíbula definida, de ángulos muy viriles.

—¿Bruma? —Empieza a desesperarse debido a mi silencio.

Levanto la mano.

—Espera.

—¿Has oído algo de lo que te he dicho?

—No. Estoy intentando familiarizarme contigo de nuevo. —Sigo contemplando cada línea de su rostro. Mis pensamientos salen por mi boca sin querer—. Eres muy guapo.

Menos mal que, aunque de lejos, lo he contemplado a placer hace unos minutos, porque si me lo llego a encontrar así tan de frente de primeras, me habría caído de culo. Otra vez.

Sonríe con un ápice de chulería y de cariño, y ver por primera vez esa sonrisa al desnudo me deja la boca seca. Desde luego, se debió de descojonar por dentro el día que le dije que era feo, porque pocos rostros he visto como el suyo.

Se pasa la mano por donde antes había barba, como si conservara la memoria del gesto.

—Menos mal que te gusta, porque odio la barba. En realidad, soy más *yo* ahora que antes. Solo me la dejé crecer porque me gustaba incordiarte.

Eso me hace despertar y despegar los ojos de sus labios para mirarle los iris aguamarina.

—¿A mí?

—Por supuesto. —Me guiña un ojo con pereza y coloca sus manos en mis caderas, pero al momento se pone serio—. No entiendes nada.

Estamos tan cerca que, cuando agacha la cabeza y yo la subo, nuestros labios se encuentran con suavidad. Me estremezco desde los pies hasta la coronilla y siento como si mi piel se dilatara. Me da un beso, dos, tres, y coloca mi mano en su mejilla para que la acaricie y sienta ese tacto tan nuevo.

—Me estaba afeitando.

—¿Qué? —Parpadeo atontada.

—El sábado, cuando te fuiste. Había ido a afeitarme porque quería comerte todos los rincones de tu cuerpo, Bruma. Tenía tantas ganas de ti que necesitaba quitarme la barba como fuera, aunque tuviera que arrancármela con las manos. Empecé a afeitarme y escuché el portazo. Cuando salí, ya no estabas. Al final, terminé yendo ayer a la barbería de un amigo, que me cortó el pelo también.

»Mi hermano a veces se cree muy gracioso, Bruma, y le gusta tocarme los cojones, por eso sigue llamando a Emerson «mi prometida», pese a que sabe de sobra que no lo es.

Vale. Exprometida, no prometida. Suena bien. En realidad, es algo parecido a lo que ocurrió con Nacho. Novio-exnovio. Lo importante no es la cuerda que nos ata al pasado, sino de la que tira el futuro.

—Está bien.

—No vuelvas a irte —me ordena, clavando sus ojos en los míos con firmeza—. Mira, nosotros lo tenemos un poco más difícil que los demás por el tema del idioma. Porque, por mucho que nos comuniquemos bien, es fácil malinterpretar las cosas, y si ya es difícil en una relación normal, imagínate cuando un porcentaje de las palabras las adivinas por el contexto. Así que te propongo que lo hablemos todo claro. Yo prometo hacerlo. ¿Estás de acuerdo?

Me cuesta centrarme, con su aliento tan cerca y queriendo devorarlo entero. Y el ambiente en penumbra de la *laverie,* y sus manos en mis muslos subiendo y bajando, y su cuerpo contra el mío, y su olor, y su calor…

—De acuerdo —logro articular—. Vale, sí. Tienes razón.

Asiente una vez, pero sin separarse de mí.

—Entonces, para empezar con buen pie, te diré lo primero, porque si no lo digo reviento. Me pones, Bruma. —Ahogo un grito cuando agarra mi mano y la coloca en su paquete, que me confirma que sí, que dice la verdad—. Me pones muy bruto. Poner, del verbo «poner», que es

casi igual en español, creo, y que significa ‘colocar algo en su sitio’; y ¿sabes tú cuál es el sitio de esto? En tu interior. ¿Está claro o necesitamos un ejemplo más gráfico?

Me ha excitado con la primera palabra. Normal, ¿no? Lo tengo ahí, hablándome al oído, su torso apretado contra el mío y mi mano abarcando el bulto en sus pantalones, ya crecido y en edad adulta, vamos; sin siquiera darme cuenta, abro las piernas y encajamos. Yo lo ayudo con mis manos en su trasero, con tanta ansia que ambos jadeamos: él en mi cuello y yo, en su oído. Ambos nos buscamos y comenzamos a besarnos con tal fervor que se nos olvida dónde estamos. Hasta que mi mano se desliza por el interior de sus vaqueros, toco su piel… y la puerta se abre, dejando pasar una ráfaga de aire, y se cierra detrás de la auxiliar que se encarga de la colada. Su voz se traba en cuanto se percata de nuestra presencia sobre una de sus lavadoras.

—Clarisse, ¿le importaría tomarse un té o un café un momento? En un minuto despejamos esto.

La cara que pone Clarisse me hubiera hecho gracia de poder respirar con normalidad. La mujer asiente, sin dejar de mirar de él a mí con curiosidad, y, en cuanto sube las escaleras de cemento, el exabrupto de Eric no se hace esperar.

—*Merde!*

Junta su frente con la mía, y a mí, no sé por qué, me entra la risa.

—Lo siento —le digo, tratando de controlarme—. No sé por qué me río, no tiene gracia que nos hayan pillado. Lo siento tanto.

Después de todo, él es el jefe.

—Yo, no. —Elevo las cejas y Eric deposita un beso corto en mis labios—. Era cuestión de tiempo que se enteraran. Así no nos tendremos que esconder.

Una sonrisa espléndida estalla en mi cara, no la puedo contener. Después del terreno abrupto de Nacho «Sin Etiquetas», las palabras de Eric son como deslizarse por hielo.

Lo miro con aire de sospecha cuando una idea cruza mi mente.

—Oye, gabacho, no habrás alterado tú mis horarios para planificar esto, ¿no? —pregunto, sabiendo la respuesta. Su sonrisa canalla me lo confirma.

—Con alevosía y premeditación. Y te he concedido dos días, pero se acabó. No puedo más. —Me da otro beso corto en los labios—. Y ahora vamos, *doudou,* te esperan los pacientes.

Tiene razón. Me giro y subo las escaleras apuntándome comprobar una nueva palabra: «*doudou*».

La española

ERIC

Permanezco atento a la videoconferencia con mi familia mientras vigilo la puerta del baño, donde Bruma acaba de terminar de ducharse. La cama todavía está revuelta y yo no logro concentrarme. Quiero que salga ya y… y…

—Eric, Daniel me lo ha contado todo —me dice mi madre. Presto atención. Hasta ahora, Daniel, Thomas y mi madre se han divertido metiéndose con mi barba o, más bien, la ausencia de ella, pero ahora las bromas han terminado y el tono serio se adueña de la conversación.

Por «todo» entiendo que se refiere a la razón por la que me fui.

Dirijo la vista a mi hermano; se lo ve agobiado y ansioso. No me gustaría estar en su piel, pero era inevitable. Sé que tiene un montón de preguntas. Afortunadamente, ha descubierto que debe responderlas él solo.

—¿Vas a hacer la ruta por los viñedos? —le pregunto, mirando a sus ojos azules, idénticos a los míos. Y a los de mi padre, que permanece, como siempre, en un segundo plano.

—Sí. Dentro de una semana.

Mi madre toma la palabra.

—Como ves, ya puedes volver. Haces falta aquí.

Lo sé. Daniel ha regresado y se ha topado con la camarera. Evidentemente, ha sacado las mismas conclusiones que yo, porque es mucho más listo.

Todas mis excusas para quedarme en este pueblo han muerto.

Me tomo un momento para imaginar que retomo mi vida en La Abadía. Sin ella. Sin la chica que trastea en mi baño. Pienso en Bruma y algo se me hincha en el pecho. Y luego me deja sin aire. Mis puños se han apretado de manera repentina a ambos lados del ordenador.

Y unas palabras extrañísimas salen por mi boca.

—Iré. Pero no lo haré solo. Dejadme organizarlo.

Thomas reprime una sonrisa, mi hermano me guiña un ojo y mi madre ni siquiera disimula que se le ilumina la cara.

—Oh, y ¿puedo saber con quién vienes? ¿Se trata de Michel?

Tardo tanto en entender de qué narices me habla que a Daniel le da tiempo a estallar en una carcajada. Thomas no logra contenerse y lo imita, y mi padre pone cara de estar sufriendo un paro cardíaco.

—¿Por qué…? —comienzo, antes de decidir que no quiero saberlo—. Déjalo.

—¿Qué ocurre? Daniel y tú siempre me acusáis de no tener la mente abierta y ahora te me ofendes. Además, en ese pueblo no vive nadie más. No te me habrás enamorado de alguna curista. Eric, mayor que yo sí que no. Mente abierta, sí, pero hay un límite.

Me da tanta pena su consternación que decido darle un par de pistas.

—Tiene veintitrés años, es española y trabaja como fisioterapeuta en las termas.

Mi hermano pequeño se inclina hacia la *webcam*, con cara de haberse comido el canario.

—Y la ayudaste a integrarse de maravilla, por lo que vemos.

—No puedes evitar meter mano en todo.

Prosiguen la broma. Suspiro y decido callar. Todo el mundo ve en mi un tío robusto, basto y decidido. Pero hay cosas que requieren mimo, cuidado y paciencia. Bruma es una de ellas. Es

cierto lo que dice mi madre: me gusta meter mano, propiciar el cambio y la transformación, pero no con todo, solo con lo que me interesa. Y, al contrario de lo que piensan, no soy de llegar y poner las cosas patas arriba; soy de los de sembrar y esperar. Soy el que pone los ingredientes y deja que la sopa se cocine. El que da el empujón a la primera ficha de dominó y observa con curiosidad lo que viene después. Se entiende.

Es tal el alboroto al otro lado de la pantalla que no veo venir el cuerpo tentador, que desprende un olor maravilloso y se coloca en mi regazo, a horcajadas, y los ojos grandes y confiados que me sonríen. Sus manos apartan los cascos.

—Buenos días, gabacho.

Coloco las manos en su trasero y la acerco un poco más.

—Buenos días, española. —La voz me sale muy ronca—. ¿Has dormido bien?

Estoy haciendo alusión a las veces que nos hemos despertado para follar. Un montón. Todas increíbles. Ella lo capta, y su rostro se convierte en una antorcha que no trata de apagar, sino que sonríe todavía más.

—Lo poco que he dormido, lo he hecho muy bien, gracias.

A continuación, me besa y, antes de lo que me gustaría, desaparece en dirección a la cafetera. Me ha colocado los cascos de nuevo, aunque no noto ninguna diferencia porque al otro lado todo es silencio.

Mi hermano se vuelve a inclinar.

—Tío, ¿esa es la española? Te estarás arrepintiendo de no haber aprendido español en el colegio.

La mofa continúa. En la cara de mi madre, la curiosidad muta en una sonrisilla al mirar más allá de mí. Al girarme, descubro a Bruma bailando mientras prepara el café.

Me quito los cascos.

—*Amour*, estás en el campo de visión de la cámara. Que a mí no me importa, lo digo por…

Ya no hablo más porque Bruma, al darse cuenta de que yo estaba en plena videollamada, ha salido por la puerta maldiciendo en español.

Cuando las bromas cesan, mi madre se acerca a la pantalla.

—¿Y Emerson? —La chica que dijo ser mi prometida. Aunque nunca fue mía. Ni prometida ni novia ni tan siquiera amiga. Ella solita construyó un castillo sin mi participación, y luego pataleó porque no había príncipe en él.

—Tenía entendido que Daniel se había encargado de ella. —Muy a mi pesar. Al parecer, lo besó por despecho hacia mí. Soy consciente de que, al irme así de rápido, dejé cabos sin atar, y Emerson ha resultado ser uno de ellos. Pensaba que, al desaparecer yo, se buscaría a otro a quien engañar, pero por lo visto carece de orgullo.

—Viene con menos frecuencia, pero todavía lo hace. —Mi madre duda—. Si vienes acompañado…

Asiento y pienso en Bruma. Se deshizo del exnovio. Puede con todo.

Raquette es ‘raqueta’ en francés

MICHEL

Después de aquella conversación, nuestra relación ha cambiado. Ha sido un cambio sutil, pero yo lo he notado y él también. Habla menos y me observa más. Al principio, pensé que tenía miedo de mí, como si me fuera a abalanzar en cuanto se diera la vuelta, o algo parecido. Y maldije el precio que tuvo que pagar por vivir en Estados Unidos. Más tarde, sin embargo, la cosa cambió.

Ocurrió una mañana; yo bajaba las escaleras poniéndome la camiseta porque llegaba tarde a las termas, de modo que, cuando llegué abajo y saqué la cabeza, lo encontré a mis pies, en el pasillo, con los ojos clavados en la parte de mi anatomía que acababa de tapar. En cuanto se percató de que lo había descubierto, apartó la vista con el rostro ruborizado y se giró sin decir palabra. Pero lo vi, y me pasé la mañana entera dándole vueltas sin querer a la manera en que me había mirado y por qué provocaba en mí unas ganas irrefrenables de lanzarlo sobre la cama y comerle la boca para poner a prueba mis conclusiones, a ver si eran ciertas.

No lo hice.

Lo he visto centrarse cada vez más en el proyecto del vídeo: ha comenzado a dibujar unos esquemas de grabaciones que yo no comprendo. Juega con la videoconsola y de pronto tira el mando, la partida se le va al garete, y él se queda con la vista perdida y aire taciturno. Graba con la cámara y revisa el material una y otra vez, sin dar con lo que busca.

Hoy la situación parece agravarse, y finjo un suspiro de exasperación.

—¿Puedes estarte quieto? No me dejas leer, con tanto paseo.

De pronto, su tez se ilumina e, ignorando mi tono agrio, exclama que lo que necesita es un partido de tenis a cuatro. ¡Eso es! Se lo ve entusiasmado. Aunque no creo que un partido sea la solución a sus problemas, acepto de inmediato, aliviado. Lo que sea con tal de dejar de tenerlo paseando a mi alrededor, salpicando gotas de ese perfume a Axe que me da hambre, y no de comida.

Le digo que Eric seguramente se unirá, pero que Claude regresará tarde de la *crêperie*. Albert, el marido de Marise, está de viaje, de modo que solo somos tres.

—Pues, se lo decimos a Bruma —resuelve, con facilidad.

No creo que acepte. Las otras veces que hemos propuesto un partido de tenis puso como excusa que no ha jugado en la vida, a pesar de que un día descubrí una raqueta en su casa. Cuando le pregunté por ella, evadió el tema murmurando algo acerca de la loca de su madre que no comprendí del todo.

Tal como me temía, sin embargo, Leo no le da opción a negarse.

—Mami, te necesitamos —le suplica, en cuanto ella abre la puerta. Eric también la tiene abierta, de modo que la conversación es a cuatro—. Tengo algo muy padre en mente, pero tenemos que ser dos parejas. Tírame un cabo aquí, mi amor.

Junta las palmas y se arrodilla. Yo pongo los ojos en blanco. Será teatrero.

—¿De qué se trata?

—Nada malo, lo juro. Solo tenemos que jugar al tenis los cuatro. Yo me pondré contigo; soy el mejor, prometido.

Eric se apoya en su puerta, cruzado de brazos.

—Estáis perdiendo el tiempo. Lo más seguro es que no sepa jugar —nos advierte.

Tanto el cubano como yo giramos la cabeza.

—¿Sabes jugar?

—Claro que sé jugar —se revuelve Bruma—. Consiste en darle a la pelota con el chisme, ¿no?, ¿o era al revés?

Por «chisme» («*truc*», ha dicho, la palabra francesa para referirse a algo que no sabes qué es) se refiere a las raquetas que sostenemos.

Yo entrecierro los ojos, preguntándome a qué juega, pero Leo no se desanima.

—Sí. A ser posible, con la parte de red.

—Esto va a ser pan comido —murmura Eric—. Yo me ofrezco a enseñarte a agarrar la raqueta por el mango —le sugiere a Bruma.

Leo y yo, que estamos en el medio, nos vemos obligados a apartarnos para que no nos fulmine el rayo láser que sale de los ojos de mi amiga. Juro que nunca había visto nada igual.

Y, si hasta este momento ella había dudado, ahora eleva el mentón.

—Cuenta conmigo, Leo. —Entrecierra los ojos.

Mi amigo sonríe como si hubiera cazado al ratón. No comprendo cómo Bruma ha caído en la trampa de Eric, pero si con eso hace feliz al cubano, no digo palabra.

Leo carga la cámara, a la que trata como si fuera un bebé humano, y yo las raquetas y pelotas, y bajamos a la pista a esperar a la parejita, quienes se han quedado poniéndose ropa deportiva, «si es que sabes lo que es eso», la ha picado Eric, a lo cual ella ha respondido: «Ten cuidado con tus suposiciones, franchute». Todos en las termas saben que monsieur De Sauternes y la *kiné* española están liados, así que no entiendo que continúen con su pique. Me pregunto si ha pasado algo entre ellos.

Lo primero que hacemos cuando bajan es dividirnos en dos equipos. Tal como le ha prometido Leo, enseguida él la adopta en el suyo y le pasa un brazo por los hombros para cuchichearle al oído, dejándonos a Eric y a mí por nuestro lado. Por un momento, dudo, porque lo cierto es que quien mejor juega al tenis de nosotros tres soy yo, y luego Eric. Leo, desde luego, no. Tiene el estilo de quien ha aprendido usando un bate a falta de raqueta, aunque lo compensa con entusiasmo y un físico atlético propio de su edad. Eric debe de pensar lo mismo.

—Leo, yo me pongo con Bruma. Ponte tú con Michel.

—¿Qué? Ni lo sueñes. Yo juego con Leo, o con Michel. Contigo, no —se rebela la *kiné*.

—Leo es quien peor juega, Bruma. Mejor si te pones con el mejor de nosotros; si no, el partido va a terminar antes de empezar.

Se produce una discusión. Los tres nos echamos encima de él por su afirmación, aunque cada uno por un motivo diferente. Leo, porque tiene la autoestima en los mismísimos Reinos Celestiales y no comprende que alguien diga que no juega bien. Bruma, no lo sé. Y yo, porque es evidente que ella aceptaría jugar conmigo y, sinceramente, yo sí soy el mejor.

Lo dejo estar cuando veo que Bruma se empecina en tener a Leo por compañero. También al ver que los rayos láser entre ellos dos no cesan, y como nos pillen en medio, nos van a atravesar.

Al final, quedamos como al principio: Eric y yo por un lado, y los hispanohablantes por otro.

—¿Qué le has hecho? —le pregunto con curiosidad a Eric, quien dirige frecuentes miradas hacia la *kiné* mientras se deshace de la sudadera y de todas las llaves que guarda en los bolsillos del pantalón—. El otro día, cuando te vio sin barba, me pareció que le gustaba lo que veía. Se quedó sin habla.

—No le he hecho nada —contesta, con naturalidad—. Siempre nos relacionamos así. ¿Por

qué ahora iba a cambiar?

«Porque estáis liados», podría responder. Opto por callar, y él esboza una mueca.

—Bueno, tal vez la obligué a ver una película que le da miedo. Pero era por su bien, aunque ella no lo considere así.

Ah. El famoso experimento que tenía que seguir «hasta el final». Me habló de ello. Creo que se trataba de *Psicosis*. Voy a expresar mi opinión sobre el tema, pero Eric ya está a otra cosa:

—Por cierto, necesitarás un reemplazo para Bruma.

Me tenso, aunque, en parte, no me sorprende. Desde que supe que el hermano de Eric ha regresado a casa me he preguntado cuánto tardaría él en seguirlo. Lo que no había previsto es que quisiera llevarse a la española. En mi mente, deseaba que Eric se fuera un día sin dejar un destrozo demasiado grande a su espalda, y punto.

—¿Por qué? —inquiero, precavido.

—Me la llevo a La Abadía. —Tal y como sospechaba.

Mido mi reacción y mis palabras.

—¿Estás seguro, Eric?

—Lo estoy.

Su profunda mirada de: «No te atrevas a cuestionarme» no me amilana. Se trata de Bruma. Es mi amiga, está aquí porque yo la traje. Al finalizar su contrato regresará a su país. Me gustaría decirle a mi jefe que me parece demasiado arriesgado lo que insinúa, pero es Eric. Cuando algo se le mete en la cabeza, resulta imposible pararlo.

Se me ocurre otro argumento:

—Eric, todavía estamos en junio. Temporada alta en las termas. —En realidad, hoy es treinta, el último día del mes, pero él parece meditarlo.

—De acuerdo. En agosto, pues.

Nuestra conversación se ve interrumpida por una voz con acento cubano y me anoto sacar el tema más adelante.

—Señoras, no sabía que estábamos aquí para hacer ganchillo. Cuando terminen de cotorrear, nosotros estamos listos.

—Oye, franchute, ¿no ibas a enseñarme a agarrar esta cosa? —Bruma se le une.

Al parecer, el partido ha comenzado. Y no hablo del de tenis.

En cuanto mi amigo descubre que Bruma tiene agarrada la raqueta como si fuera una sartén, camina en su dirección.

—*Raquette*. Se llama «*raquette*». ¿Cómo se dice en español, Leo? —le pregunta al cubano, al que tiene más cerca.

Bruma lo corta:

—Espera. ¿Le estás preguntando a Leo cómo se dice «*raquette*» en español? ¿Te crees que soy tonta o qué? Sé cómo se dice «raqueta» en español, lo que no sabía era su nombre en francés. *Cochon*, franchute, me dan ganas de golpearte con ella en la cabeza. Porque soy pacífica y… y… porque tienes una cara bonita, que si no, te daba.

—¿Tú, pacífica? Tú eres tan pacífica como un huracán en el golfo de México, ¿a que sí, Michel?

—A mí no me metáis —les grito.

—Oye, amigo, deja en paz los huracanes del golfo de México. Ni te imaginas cómo lo dejan todo.

—Pues, eso.

Y así continúan durante todo el juego. Yo suspiro y me armo de paciencia mientras los

escucho discutir acerca de las reglas del juego. Eric se afana por explicarle que la pelota tiene que botar solo una vez y dentro del color rojo; no verde, rojo. «¿Rojo? ¿Seguro?». «Sí. Y no puede tocar la red». «¿Ni un poquito?». «No. Y lo más importante: hay que acertarle a la pelota con las cuerdas para devolverla al lado contrario». «Pero ¡es muy pequeña! ¿Por qué no usamos una pelota de *basket*, mejor?». «¡Porque entonces no sería tenis!».

Cuando a mi amiga se le ocurre probar a lanzar, consigue darle con las cuerdas y mandarla al otro lado.

—¡Muy bien, Bruma! —la alaba Eric.

Pero ella ya le ha dado la espalda con aires de suficiencia.

—¡Michel, dile al payaso de tu compañero que en España también existe el tenis! A ver si se piensa que Rafa Nadal es francés; como los franceses creéis que lo habéis inventado todo…

Para cuando mi pareja en el juego llega a su sitio, se halla en un estado de desquiciamiento notable. Desquiciado y, también, algo confuso.

—Dice que eres un payaso y que… —traduzco, malinterpretando su irritación.

—Ya, ya, lo he entendido, *putain*. Michel, ¿a ti también te da la impresión de que me está tomando el pelo?

—Si te sirve de consuelo, creo que nos lo está tomando a los dos.

Les toca sacar a ellos. El primer saque lo efectúa Leo, quien se ha colocado al fondo, e impacta de lleno en la red. La mirada matadora que Bruma le dedica me hubiera hecho reír si no diera tanto miedo. Yo no entiendo nada, pero contemplo la transformación que se produce en ella en cuanto adoptamos posiciones. La veo caminar hacia Leo, explicarle algo al oído señalando la raqueta y la pelota, y volver a su sitio con la máxima concentración. Yo me inclino y me preparo desde mi lugar frente a la red; esta vez la pelota pasa por encima hacia atrás y…

—¡Fuera! —grita Eric, alcanzando la pelota—. Sacamos.

—¿Qué dices? Nos sigue tocando a nosotros. Vamos. —Bruma le pide la pelota y él se la lanza a regañadientes.

—Pensaba que no sabías jugar —le increpa.

—Y yo, que no eras un tramposo. ¡Sacamos! Dale, Leo, esa ha sido buena; solo un poco más baja, amigo.

Volvemos a ponernos en posición, Leo saca otra vez, y en esta ocasión logramos tocar la pelota. Eric la devuelve con fuerza, pero Bruma corta el recorrido devolviéndosela. Él se la manda de nuevo. Y así están, en un intercambio de ida y vuelta, hasta que Bruma me la manda y yo la pierdo, ganándome una llamada de atención de Eric y el sarcasmo de ella.

—Chicos —nos grita, chulita, apoyada en la raqueta—, ¿estáis seguros de que no queréis que cambiemos los equipos?

—No. ¿Por qué? —contesto.

—Solo era una sugerencia. Como ninguno de vosotros dos cumple ya los treinta…

Bruma ríe y mi amigo se pone rojo, lo que me extraña, porque su reacción a las pullas de la *kiné* suele ser fingir indignación cuando, en realidad, le brillan los ojos. Se me ocurre que esta vez, sin embargo, la amiga le ha tocado un punto sensible.

—Eric, no te dejes provocar —le aconsejo, con un toque de humor. ¿La verdad? Me divierte verlo perder los papeles.

—Si es que me las está lanzando todas juntas, joder.

Volvemos al juego. Esta vez saca Bruma, y ambos nos preparamos por inercia.

Entonces…

Entonces la bola pasa por nuestro lado, bota a dos centímetros de la raya blanca, pero en el

interior rojo, y nuestros rivales se ponen a vitorear, entrechocar palmas y hacer un bailecito de lo más ridículo. Todo, en un solo segundo y sin que nos dé tiempo a reaccionar. Eric hasta se comprueba el lóbulo de la oreja, por donde le ha pasado rozando la pelota a velocidad de meteorito.

Rápido, nos damos cuenta de que Bruma nos ha mentido. Vaya si nos ha mentido. Bruma, la *petite kiné* española, no solo sabe jugar; Bruma se ha adueñado del partido. Sigue animando a Leo en cada golpe y le da órdenes, extendiendo el brazo y usando el vocabulario más refinado del tenis. Eric y yo nos miramos compartiendo el mismo mensaje: la española nos la ha colado, y no estamos hablando del juego, precisamente. Que también. Las cosas, por su nombre.

Y nos está ganando a Eric y a mí juntos.

Vamos por el segundo set y Leo se ha apartado. Me pregunto si le sucede algo y detengo el juego, momento en que me percato de su mirada reluciente, esa que solo pone cuando da con algo que le alucina. En esta ocasión, se trata de la española, que maldice y verifica el revés que acaba de fallar. Porque, *putain* con ella, ¿de dónde ha salido? Y el saque. Y cómo se mueve; como si hubiera nacido en una cancha de tenis. Y mi amigo lo tiene crudo, porque es todo un espectáculo ver a Bruma en este modo competitivo, y si yo lo noto, él no es indiferente.

—Oye, ¿podrías dejar de mirarle las piernas y concentrarte en el juego? Por si no te has dado cuenta, nos está ganando ella sola. —Apelo a su orgullo.

—Sí, yo me centro, pero tu «amigo» está pasando de todo.

—A él dalo por perdido —le aconsejo—. En cuanto coge la cámara, se pierde, y acaba de descubrir algo que le gusta mucho.

Eso lo hace fruncir el ceño y observar mejor a Leo, quien ha empezado a grabar y seguir con la cámara cada movimiento de la española.

—Pues, recuérdale que «eso» que ha descubierto es mi chica.

Me harían gracia sus celos hacia el cubano si no fuera porque parece a punto de arrojarse sobre él y arrancarle la cámara.

—En realidad, no creo que sea eso.

De hecho, tengo una ligera idea de lo que es. Leo lleva días buscando algo.

Al parecer, lo ha encontrado.

París

BRUMA

Junio termina con desorbitada rapidez, y julio llega con todas sus festividades francesas: el catorce de julio, día de la toma de la Bastilla, con sus bailes y desfiles, que vimos en Pau; la Fiesta de la Música, que aquí llegó con retraso, y la Fête des Fleurs, con sus carrozas llenitas de flores circulando en torno a nuestra única y florida plaza. Jamás había visto tanta gente junta en el pueblo. De modo que ese mes resulta ser tan ajetreado que también pasa volando. O tal vez es la compañía, que hace más amenos mis días. Tanto que se me olvida marcar más cruces en el calendario. Y es que despierto cada día enredada en su cuerpo; nos arreglamos en una sincronía perfecta y, tras desayunar en compañía del otro, caminamos juntos hasta las termas. Estamos en temporada alta, y los masajes comienzan antes de las siete de la mañana. A pesar de que él no necesita ir hasta más tarde, cada mañana, con el fin de acompañarme, insiste en que tiene trabajo pendiente, aunque sé que no es cierto.

Rutina: actos que repites de manera habitual. Como comer los lunes en la *boulangerie* y los sábados en la *crêperie*, bajar a Laruns a hacer la compra o pelearnos por elegir la película. Eric está presente en todos los tratamientos de su *grandma* y hacer de traductora me permite conocerle más. Conocer que la adora. Y a mí me enternece y genera una sensación de pertenencia que no sabía que necesitaba.

En definitiva, vamos juntos a todas partes.

El primer jueves de agosto, coincidimos en casa de una vecina. Estoy trabajando con ella la marcha a lo largo del pasillo cuando Eric aparece por la puerta abierta.

—Buenos días, madame Giron. —Entra y se apoya en el marco con los brazos cruzados. Dios mío, más de un mes y todavía no me acostumbro. Cuanto más lo miro, más guapo me parece. Y las mariposas, que alzan el vuelo como si su voz activara sin remedio algún tipo de interruptor—. ¿Cree que en algún momento podrá devolverme a mi *kiné*? Que no la traje para que le curara a usted el reúma. Me la va a agotar.

—Eric, ¿por qué no dejas de refunfuñar y me arreglas los azulejos del baño? Se han caído otros dos. Cualquier día de estos se me cae uno en la cabeza y ya no lo cuento.

Madame Giron ha sido la propietaria del casino, y divorciada desde antes de que existiera el divorcio, de modo que no se va a amilanar ante nadie. Eric y ella son tan semejantes que por eso se llevan tan bien.

—Con lo dura que tiene usted la cabeza, yo no me preocuparía, de verdad. —A pesar de sus palabras, accede al interior—. ¿Dónde están?

—¿Traes tu caja de herramientas? ¡No traes tu caja de herramientas!

—No, señora, solo venía a recoger a la chica. Pero puedo echarles un vistazo a los azulejos y venir el lunes a repararlos.

—¿El lunes? Para eso faltan cuatro días. ¿No podrías antes?

—No; mañana tengo una cita con una chica y durará todo el fin de semana.

—El lunes, entonces. Pero trae a la chica para que la conozca. Para aguantarte a ti tiene que tener agallas.

—Ni se imagina. Aunque en confidencia le diré que por quien debe temer es por mí.

Lo asesino con la mirada. Y no le lanzo un jarrón a la cabeza porque no es mi casa, aunque

sé que, de comentarle a madame Giron mi propósito, me lo ofrecería ella misma.

Comenzamos a acudir juntos a las casas. Yo, para tratar cualquier dolencia repentina y él, para hacer recados o reparar algo, o simplemente para acompañarme. Si al que llaman es a él, yo lo acompaño, y siempre terminan liándome también para algún asunto, aunque sea solo enseñarme una virgen de Lourdes con su correspondiente jarra de agua bendita. Dependiendo de la hora, suelen invitarnos a comer, o a merendar si pasa de las tres de la tarde. La gente se ha acostumbrado en este corto espacio de tiempo a vernos cogidos de la mano, o besándonos por las aceras, o gritándonos como locos durante un partido de tenis, que siempre gano yo, por cierto.

El último viernes de la cura, los pacientes suelen fallar a su cita. Salen temprano por la mañana para regresar a sus hogares, de modo que mato el tiempo paseando por el balneario o charlando con Valérie, Hélène, Marise o Michel. Últimamente, también con Eric, aunque él suele ir y venir en función de lo que le apetezca en cada momento. Ventajas de ser el dueño.

Hoy, escucho su voz antes de verlo. Supongo que está hablando por teléfono mientras abre el cuarto de la lavandería con llave. Me da tiempo a esconderme tras la puerta y, cuando entra, me acerco por detrás y deslizo las manos por debajo de su camiseta.

—Ven aquí, yeti.

Incluso le muerdo el omóplato por encima de la tela. Noto su piel estremecerse y me río. Cuando se da la vuelta y me mira con esos ojos que parecen dos faros encendidos en medio del ruido y la oscuridad del sótano, me encaramo a su cuerpo de un salto y le beso para no darle tiempo a pensar, recreándome en la suavidad de sus mejillas y sabiendo de memoria cómo continúa la escena, porque la hemos repetido en varias ocasiones. Pobre Clarisse. Solo nos falta implementar el sistema del calcetín en la puerta. No sé qué tiene la *laverie,* pero a nosotros nos enardece.

Al menos hasta que, nada más ser izada y situada sobre la lavadora industrial, escucho otra voz de hombre.

—¿Cómo has llamado a mi hermano? —pregunta, provocándome un respingo aun en los sólidos brazos del yeti.

—Chicos, no os preocupéis por nosotros —intercede enseguida una voz de mujer—. Vamos a darnos unos barros. Cuando terminéis, ya subís, si eso.

Confusa, observo a la pareja desaparecer escaleras arriba, sin dejar de discutir en términos jocosos.

—¿Tu hermano? —inquiero, aunque sé que sí. Esos ojos solo se los he visto a un hombre, y lo tengo frente a mí. Ahora, a dos.

—Luego te lo cuento. ¿Por dónde íbamos? —Su pregunta cae sobre mis labios y de inmediato me olvido de su familia.

Un rato después, nos los encontramos metidos en la piscina. Daniel, al que Eric me presenta como su hermano menor, sale de inmediato del vaso con una sonrisa traviesa en la cara. Tiene el pelo un poco más largo y rubio que Eric, y la sonrisa, más abierta y sincera. Parece encantado con el hecho de que hace un rato yo haya atacado y retenido a su hermano. Menos mal.

—Así que tú eres la española que tiene secuestrado a mi hermano —me saluda, en un español bastante aceptable.

Eric se sitúa junto a mí y me coge la mano.

—No hables de secuestros delante de ella.

—¿Por qué no? Y ¿cómo has logrado aprender español? Siempre has sido un negado para los idiomas.



Un viernes a mediados de agosto, Eric me despierta de madrugada. Me quejo un poco cuando, al abrir un ojo, descubro que afuera todavía es de noche, pero me dejo acarrear sin quejarme demasiado porque me promete que puedo seguir durmiendo en el coche. Y eso hago. Me enrosco en el asiento del copiloto, abrazada a la almohada, y así me quedo durante las dos horas que dura el trayecto.

—¿Dónde estamos? —pregunto, bostezando y estirándome en el habitáculo. Al otro lado de la ventanilla ya ha amanecido, y nos encontramos bien estacionados en un aparcamiento gigante, repleto de coches y gente.

—En Lourdes. Vamos a parar un momento.

—Oh. No sabía que eras creyente.

—No lo soy. Pero nos pilla de camino y vamos a necesitar un milagro.

No pregunto para qué. Lo primero es encontrar un café donde sea y, después, quitarme el pijama y cambiarme de ropa en un lugar donde, preferiblemente, haya un espejo. Por suerte, encontramos un McDonald's cerca. Eric saca una pequeña maleta con mis cosas y con ella me recluyo en los aseos. Cuando salgo, él me espera en la puerta, con dos cafés enormes en vasos de cartón.

—Estás muy guapa —me sorprende, admirando mi vestimenta de arriba abajo. Sí que debe de gustarle, porque su voz se ha vuelto algo ronca. Con la mano que no sujeta el café, me toco el vestido amarillo limón, ceñido y anudado al cuello. Ni sabía que esto estaba en mi armario. Debió de colarse mientras hacía el traslado de cajas a casa de Simon. En los pies llevo mis deportivas, y el cabello me lo he recogido en un moño alto.

—He hecho lo que he podido con la maleta que me has preparado —me justifico, con la respiración alterada, antes de pasar a recriminarle—: Se te ha olvidado mi maquillaje.

—No necesitas maquillaje. —Se indigna. Termina su café y tira el cartón a la basura.

Sonrío con el corazón acelerado y sintiendo mucha ternura. Me enternece cómo me mira, cómo siempre está pendiente de mí. Para una chica que solo ha vivido una relación (de mierda), es algo absolutamente novedoso.

Después del café nos dirigimos al santuario en silencio y encendemos una vela, porque yo no soy religiosa, pero mi abuela sí lo era, y sé en mi corazón que, de haber estado aquí, le hubiera gustado prenderla.

Hay tanta gente haciendo cola para beber el agua milagrosa de la gruta que Eric prefiere comprar una botellita con la forma de la virgen.

—Sabes que lo más probable es que ahí dentro haya agua del grifo, ¿verdad? —le digo, mientras caminamos agarrados de la cintura por el paseo de la Gave de Pau—. La misma que va por las cañerías de la ducha.

—Lo sé. Esto no es más que un engañabobos, pero sí que creo en el poder del placebo. Cuando tú te convences de que algo va a pasar, pones todo tu empeño en que pase.

—¿Y qué es eso que tanto deseas?

—Te lo diré en cuanto pase.

Lourdes y sus apariciones no son nuestro destino definitivo, pero eso no lo sé hasta que no volvemos a meternos dentro del coche y ya llevamos media hora en dirección norte.

Todos los carteles apuntan hacia…

—¿Adónde vamos? —Me yergo al dejar atrás otro cartel que no indica Eaux-Bonnes.

—A París.

De babosas hermafroditas

MICHEL

Me estoy duchando cuando lo escucho entrar al baño. Voy a increparle, pero al momento cierro la boca y desisto, porque Leo no tiene remedio y yo ya me he cansado de hacer de madre. Seguramente, viene de correr. Ahora se lavará los dientes y se irá a dormir, aunque sean las siete de la mañana.

Estoy terminando de enjuagarme el pelo cuando escucho un ruido raro y, al abrir los ojos, compruebo que Leo se ha metido en la ducha. Conmigo.

—¿Qué coño haces? —rujo sin poder contenerme—. Sal de aquí. ¿No ves que estoy yo o me he vuelto invisible?

No me lo puedo creer. Que el menda está desnudo y yo también, y es la primera vez que hace algo así.

—Ya te veo, papi, vaya si te veo. Pero no tengo tiempo, necesito ponerme ya con algo muy padre que acabo de idear, porque esto es grande, amigo. Ayúdame, échate a un lado. ¡Por tu padre, qué frío está esto! ¿Por qué te duchas con agua fría, tú? ¿No se te congelan los cojones?

Todo esto lo pronuncia de carrerilla y desplazándome de mi lugar bajo el chorro de la ducha, al tiempo que agarra el jabón, se frota casi con frenesí y manipula los grifos. No quiero oír nada sobre cojones ni preguntarle a qué se refería con eso de: «Vaya si te veo», pero no puedo evitar bajar la vista. Es lo que pasa si escuchas la palabra «cojones», que tú bajas la vista. La aparto de inmediato, pero la imagen está ahí. Un trasero firme, redondo y moldeado.

—Salgo —balbuceo—. De todos modos, ya había acabado.

—Por mí no lo hagas. Así me va bien.

No me he movido, pero después de esa frase tampoco hubiera podido hacerlo. No por las palabras en sí, sino por el tono, por la calidez de su mirada, que parece querer mandarme un mensaje y que este penetre en mi cerebro de una vez por todas. Y no es el primero. Llevamos todo el verano construyendo una tensión que siempre me apresuro a atajar. Es así cada maldito día. Me levanto de esa cama que huele a él; nos cruzamos en las escaleras, rozándonos despacio: él, casi desnudo; yo, vestido entero. Si estoy en la cocina, Leo viene y, de alguna manera, siempre terminamos tocándonos. Es increíble. Muchas tardes, acude a las termas a recogerme y siempre me plantea alguna actividad absurda en la que yo termino entrando. Y disfrutando. Y no quiero. Porque, al igual que Bruma, Leo se irá. Es evidente que solo está aquí de paso. Y yo vivía muy cómodo en este pueblo antes de saber cómo es el sol.

Trasplantar las macetas del huerto, bañarnos en el *jacuzzi* de Valentin, ayudar a arrear las vacas que bajan desde Gourette, cazar babosas.

—¿Sabías que son distintas de las cubanas?, ¿y que se usaban antiguamente para evitar los hematomas?

—¿Eso no son las sanguijuelas?

—Qué va, hombre. Mira esta qué gorda; las de ustedes tienen dos pinchos al final. He leído que son penes. ¿Por qué tendrán dos penes sus babosas?

—Tal vez son hermafroditas, como los caracoles.

—Pues, qué lástima. Hay que explicarles que el sexo con otro siempre es mejor que con uno mismo. ¿No estás de acuerdo, papi?

Me pone de los nervios. O me está mandando un mensaje o yo he empezado a tener la mente muy sucia.

Es peor cuando me mira fijamente con esos ojos oscuros tan expresivos. Como ahora, a pesar de que lo hace a través de un velo de agua. Se me acelera la respiración, como siempre, y tan embebido estoy en lo que transmiten sus iris que no me percato de lo que ocurre debajo, en el lugar donde ahora se está limpiando. Bajo la vista y dejo de respirar, mareado. Leo se está frotando, de frente a mí, a solo un paso el uno del otro, bajo mi atenta mirada. Y está excitado. Excitado del todo.

De pronto, se le entreabren los labios y apoya la cabeza contra los azulejos, pero sin dejar de observar mi reacción a través de los párpados semicerrados.

—Me voy —repito, tras respirar hondo. La ira me alcanza como un tsunami que lucho por controlar; no es la primera vez que me tienta, pero es la que más lejos ha ido. Y es demasiado. Leo tiene que parar de imaginar cosas y dejarme tranquilo. A veces me pregunto si se está burlando de mí con todo esto, y si se estará divirtiendo; si se lo contará a Mélanie ahora que se comunican por Messenger—. Termina con tranquilidad.

Le doy la espalda y, cuando voy a dar un paso fuera, noto que su mano acaricia despacio mi espalda hasta el inicio del trasero. Se me corta la respiración, de nuevo. Cierro los ojos y aquí me quedo, conteniendo todas mis emociones. No ocurre a cámara lenta, pero a mí me lo parece porque deja ahí la mano, la maldita mano con que acaba de tocarse ante mis propios ojos.

No sé cómo logro controlarme, cómo no le aferro la muñeca y le enseño cómo se hace. Darle una prueba de lo que va a obtener como no deje de provocarme.

Ladeo la cabeza lentamente y lo miro con severidad.

—¿Qué crees que haces?

Todavía no ha apartado su mano, y a mí me importa una mierda tener la piel erizada. Además de una erección. De perfil como estoy, sería imposible que él no la viera; además, no hay donde esconderla, y hablo de tamaño.

—Perdona.

Tal como yo pensaba, recula. Y para mí está bien, porque ya es hora de que comprenda la realidad y deje de cometer errores. Termino de salir de la ducha y me visto en la habitación, tratando de acomodar mi erección para que deje de doler. No lo consigo. Es tal mi inestabilidad que agarro el móvil y le mando un mensaje a Mélanie, un ultimátum, tras lo cual vuelvo a guardarlo en el cajón.

Yo: O vienes a por tu novio o lo echo de casa.

La familia De Sauternes

BRUMA

«No entres en pánico, no entres en pánico, no entres en pánico».

—Oye, gabacho, en otro momento me encantaría visitar París, la Torre Eiffel y todo eso, pero, o me equivoco, o lo que vamos a hacer es visitar a tu familia. ¿Me equivoco? —Sueno esperanzada al decir esto último, y lo estoy, qué demonios.

—Intuyes bien.

Mi gozo en un pozo. Echo la cabeza atrás, sopesando mis opciones. Tengo pocas, dado que ya me encuentro encerrada en el interior del coche y a mitad de camino. Cómo me la ha jugado.

—Eric, no estoy preparada para conocer a tu familia —se me escapa, junto con un gimoteo —; ni siquiera me llevo bien con la mía, y eso que solo la forma una persona. Y, por lo que contó tu hermano el otro día, vosotros sois ciento y la madre.

—No entiendo la última frase. Mi madre también estará, no te preocupes. —Noto que me mira de soslayo. La piel de la cara me arde. Al momento, su mano atrapa la mía e, increíblemente, el gesto mitiga toda la ansiedad que mi cuerpo estaba generando—. Oye, ¿por qué no te lo tomas como unas pequeñas vacaciones? En realidad, solo vamos a estar dos días. Necesito hacer algo y que estés conmigo. Además, te llevaré a ver París, si quieres, y el domingo ya estaremos de vuelta.

Antes de que él termine de decir la última palabra, yo ya estoy asintiendo. Mierda. Ha utilizado esa voz suave y persuasiva que me calma y me hace decir sí a todo.

—Bien —concluye, feliz. Porque le he sonreído. ¡¿Ves?! Mi cuerpo actúa sin mi consentimiento. Pero la verdad es que el pánico que esperaba no llega—. Por cierto, española, ¿recuerdas a la exprometida de la que te hablé?

—Ah, sí. ¿Esa que dejaste tirada en el altar? —Bromeo y todo—. ¿Cómo llegaste a estar prometido, por cierto?

Se encoge de hombros con naturalidad.

—Emerson usaba… ¿cómo decirlo?, tácticas sucias para conseguir lo que quería.

—Oh, déjame adivinar: ¿se le olvidaba echar nabo en la sopa?, ¿confundía el queso *cheddar* con el emmental?, ¿cocinaba el *carpaccio*? —Esto último lo añado con expresión horrorizada y me gano una mirada de advertencia que me hace reír.

—No es eso. Emerson usaba los… momentos de intimidad… para informarme de sus decisiones.

Guau. Se me elevan las cejas.

—Oh. Vamos, que te propuso matrimonio cuando te ibas a correr y tú dijiste: «Sí, sí, acepto», ¿no? Todo muy normal.

Lo que no es normal es que yo trague bilis al escuchar que hacía el amor con otra, así que desvío la cara hacia la ventanilla en un intento por no ser tan evidente.

—A mí me parecía tan ridículo que ni siquiera veía la necesidad de ponerla en situación. En la situación de que ella no era nada para mí. Tendría que haberlo hecho, supongo, porque me enteré por unos empleados de que me iba a casar. Mi respuesta fue: «No sabía que tuviera novia», para que te hagas una idea.

—Y ¿no se te ocurrió aclarárselo?

—Lo hice, pero Emerson es… especial. Viene de una familia muy rica, cuyos padres jamás le hicieron caso. Le daban la Visa Oro para que se callara. Se acostumbró a exigir y a obtener. Supongo que pensó que conmigo funcionaría igual de bien que con sus padres.

Contemplo a ese pedazo de hombre y me digo que hay que estar ciega para intentar domesticar a Eric.

Al francés le da por hablar sobre su infancia, su vida en La Abadía, y me pone al corriente de su familia y las identidades de sus vecinos. No comprendo el objetivo de tanta información, pero logra relajarme.

Cuando por fin llegamos a La Abadía, tengo la sensación de que ya conozco a quienes salen a recibirnos. Eso no impide que me vea invadida por un ataque repentino de timidez. No puedo dejar de admirarlo todo. Ya había enmudecido nada más traspasar la elegante verja de hierro, con dos eses doradas, y también al contemplar el paseo flanqueado por olmos. La plaza redonda, presidida por una gran fuente que lanza chorros al cielo, también me ha sorprendido; parece sacada de una telenovela. Pero lo que acapara todo el protagonismo es la enorme construcción de la antigua abadía, de piedra amarilla, presidida por un campanario y rodeada de campos de lavanda.

En lugar de apearse de inmediato del coche, Eric se toma su tiempo. Mucho tiempo. Tanto que comprendo algo de golpe: esto no es una simple visita familiar. Eric me ha traído aquí con un propósito, seguramente que lo ayude a pasar por algo que para él resulta difícil o molesto. Y, en este momento, decido que lo voy a ayudar. Voy a estar a su lado, al igual que él ha estado al mío todos estos meses en Eaux-Bonnes.

—Ey, ¿estás bien? —Le acaricio el dorso de la mano.

Como si mi preocupación fuera lo que necesitaba, su cabeza se alza y una media sonrisa toma sus increíbles facciones.

—Ahora, sí.

A continuación, se despoja de la camisa de cuadros y se coloca otra, mucho más elegante, sobre la camiseta blanca. Tras abotonarla y peinarse ligeramente frente al espejo retrovisor, se coloca las gafas de sol y sale del coche. Al instante, una mujer, creo que su madre, llega a él y lo abraza, seguida de varias personas, entre las que reconozco a Daniel. Salgo del coche y trato de permanecer en un segundo plano mientras se celebra la fiesta de besos y abrazos.

Cuando Eric se vuelve en mi dirección y me pone delante de toda esa gente, todos mis conocimientos de francés vuelan de mi cabeza.

—¡Ey, buenos días, española! ¡Sabía que tú me lo traerías de vuelta! —exclama el hermano de Eric, en español. Y, así como así, rompo a reír.

Fue lo que me pidió Daniel antes de irse de las termas, el mismo día que llegaron: que hiciera regresar a su hermano a La Abadía. Le expliqué que yo carecía de tal poder y él se limitó a guiñarme un ojo.

—Mira, Pedro —se dirige a su padre—, con Bruma puedes hablar en español.

Por alguna razón, Eric me apretuja a su lado.

—Daniel, creo que puedo ocuparme de presentar a mi pequeña amiga. —*Amie*. Amiga.

—¿«Pequeña amiga»? —repite su padre, en francés. Parece sorprendido.

—Se llama Bruma, Bruma Domínguez —le indica Eric.

—Encantada de conocerte, Bruma —se adelanta su madre, con una gran sonrisa.

—Igualmente, madame De Sauternes.

De la fantasía de lugar al que Eric llama hogar pasamos a hablar del mío y, poco a poco, me siento integrada. Y eso no es fácil, debido a mi propia tendencia al aislamiento. El sitio es

enorme, y la gente que vive aquí, numerosa, y todos parecen formar una gran familia. Se conocen, se gastan bromas. No las pillo todas porque hablan con acento cerrado y bastante rápido entre sí. De pronto, echo de menos a mi madre. Siento el impulso de llamarla y pedirle perdón, pero justo en ese momento una mano toca la mía, la calienta, la envuelve, y ese calor se irradia por algún canal invisible que conecta con mi corazón y llega a mi cara. Le sonrío a Eric, y el ceño con el que me preguntaba en silencio si estaba todo bien se relaja.

—Gracias por traerme.

Su madre me oye.

—Qué bonito acento español. Me trae recuerdos. A pesar de los años que Pedro lleva aquí, jamás se ha podido deshacer de él. Por cierto, puedes llamarme Mildred. ¿Comprendes el francés?

—Lo comprende perfectamente. —Eric contesta por mí.

—¡Perfecto!

Antes de echar a andar, Eric me coge la mano. Ignoro la voltereta que ha efectuado mi corazón al sentir su palma atrapando la mía. No sé por qué me altera tanto. Llevamos casi dos meses paseándonos por el pueblo de la mano.

Por una comida rutinaria esta familia entiende una mesa redonda con tres tenedores. El piso de arriba de la cafetería es un restaurante provisto de un gran ventanal, desde el que se divisa toda la extensión de La Abadía. Una de las cristaleras se halla abierta, permitiendo la entrada de una brisa que trae consigo olor a lavanda y las voces de los grupos que comen en la zona de pícnic, más abajo.

—Es increíble, Eric —le digo, con la vista en el paisaje—. Cuando me hablabas de tu hogar no imaginé un lugar así. Esto es una ciudad dentro de una ciudad.

—¿Te gusta? —pregunta, casi con… ¿ansiedad?

Me giro hacia él, sonriente.

—Mucho.

Se ha subido las gafas de sol y sus ojos muestran una seriedad a la que no estoy acostumbrada. Además, salvo ese momento nada más descender del coche, el resto del tiempo no se ha despegado de mí. Es como si necesitara mi contacto. Sus dedos acarician mi antebrazo mientras su rostro se inclina y me da un ligero beso en los labios. Ya van unos cuantos. Me gustaría preguntarle qué le pasa, si no fuera porque estamos rodeados de toda su familia. Además de madame y monsieur De Sauternes, está Thomas, la mano derecha de Eric aquí, y su mujer, Camille, una chica muy agradable que se ha sentado a mi lado. No hay rastro de Angie, la chica de Daniel, y cuando Mildred pregunta por ella, al hermano pequeño de Eric se le borra la sonrisa. Su contestación: «Está indispuesta», nos calla a todos. También comen con nosotros dos pequeños: Andreas, el hijo de Daniel, y Leyla, la hija de Thomas y Camille.

Con la llegada del sumiller, Eric se ve obligado a desenlazar nuestras manos, que había situado sobre el mantel de tela blanco, saltándose algunas normas de conducta. Esboza una mueca de descontento que a mí me despierta una sonrisa.

Madame De Sauternes se percata del gesto. Sonríe y pregunta por el vino. Y, de pronto, todos los comensales de la mesa inician una especie de ceremonia de oler y beber el vino, tras la cual comienzan a hablar en un idioma que no comprendo. Pero lo más increíble viene después, cuando la que debe de ser la encargada del restaurante, porque viste chaleco, se sitúa junto a la mesa y da un discurso sobre el menú degustación, enumerando los platos. Para mi asombro, se dirige únicamente a Eric, quien asiente de vez en cuando con una seriedad mortal.

—Eric creó la carta del restaurante, ¿lo sabías? —me explica Camille, al advertir mi

curiosidad.

La luz se hace en mis ojos.

—No, pero tiene sentido. Está obsesionado con elaborar la sopa perfecta. Me lleva de cabeza.

Gracias a Michel y sus frases hechas, que me ha ido enseñando.

—Sí, te entiendo. Por eso es el director de La Abadía. Es muy perfeccionista y le gusta controlarlo todo. Nos está costando mantener el ritmo en su ausencia.

—Oh. No lo sabía. Supongo que estaréis deseando que vuelva.

—No, en realidad no tenemos prisa, no lo decía por eso. Estoy segura de que lo que está haciendo en el sur es mucho más importante para él.

—Ya —me limito a contestar, confundida. Si pretende sonsacarme el motivo de su ausencia, yo no lo sé. Pensaba, por lo que me contó sobre su hermano, que el objetivo inicial había sido provocar que Daniel regresara, pero ahora que lo ha hecho, él sigue allí y… De pronto, una idea me corta la respiración. ¿Y si Eric ha venido para quedarse? ¿Y si su intención es que regrese yo sola a Eaux-Bonnes? Solo de imaginarme el pueblo sin él, me ahogo.

A pesar de esa revelación, el resto del día transcurre bien. Se da un momento en el que envidio a muerte a las avestruces, y es cuando madame De Sauternes le pregunta a su hijo dónde me preparan mi habitación. No hay hoyo a la vista donde esconder la cabeza (y toda yo, de paso), así que ahí aguanto, congelada en el sitio.

—Ninguna habitación. Dormimos juntos, mamá. —Eric me pasa un brazo por los hombros y me da un beso en la coronilla.

Vamos, que me acaba de presentar como la follamiga de turno. No me siento violenta, claro que no. Me siento tan poco violenta que, cuando la cabeza de familia me escudriña como si yo fuera un súcubo que ha poseído a su hijo, sonrío y asiento. A veces, me mataría yo misma.



Esa noche, en la cama, hago un esfuerzo supremo por organizar mis pensamientos.

—Oye, Eric, tú vas a volver conmigo a Eaux-Bonnes, ¿cierto?

Eric, que acababa de encontrar un punto de interés nacional entre el nacimiento de mi pecho derecho y la axila y se hallaba obrando maravillas con los labios, alza la cabeza, y, cuando vuelve a colocarme el vestido y me mira a los ojos con atención, casi me doy de leches por sacar el tema.

—Claro. Ese es el plan. ¿Qué te ha hecho pensar lo contrario?

Ha imitado mi postura, de lado, la cabeza apoyada sobre un brazo, y me cuesta concentrarme, con toda esa masa de músculos tan a mano.

—No lo sé. Por un segundo, se me ha ocurrido que tal vez tu intención es quedarte aquí; ya sabes, como tu hermano ha regresado y eso…

Despacio, su mano viaja a mi cintura y me acaricia con un gesto muy tierno que me calma. Y es que parece saber qué necesito en cada momento.

Sus ojos bucean en los míos, como tratando de descubrir un importante tesoro.

—Y ¿esa idea no te atrae? ¿Te disgustaría regresar sin mí, Bruma? —Parece tan ansioso por escuchar la respuesta que siento la necesidad de besarlo en los labios. Lo hago, y, no sé de qué manera, pero ahora quien lo calma a él soy yo.

Somos dos llamas que se extinguen sin la ayuda del otro, ¿cómo hemos llegado a esto?

—Por supuesto, gabacho. Tu cama es mil veces más cómoda que la mía. —Recurro a la broma para romper un momento demasiado intenso.

Pero le he respondido. Y él sonríe, como si comprendiera mucho. Como si lo comprendiera todo.

—Ven aquí.

Esa misma noche me hace el amor. De una forma dulce, casi mágica.

Un inocente paseo

BRUMA

Durante el desayuno, retomamos la conversación sobre si visitar París o no. A mí no me apetece meterme, en pleno agosto, en una ciudad atestada de turistas, opino que ya habrá otro momento, pero él parece que quiere proporcionarme la experiencia completa.

—Me resulta increíble oíros hablar así —interviene la madre de Eric, como si no pudiera evitar comentarlo—. Y os estáis entendiendo.

Daniel me guiña un ojo al ver que me avergüenzo.

—Si escuchas bien, los entiendes. El problema es que hablan muy rápido y en tres idiomas, pero al final te acostumbras.

A mediodía, quien se encarga de la barbacoa es Eric, y me cuesta apartar la mirada cuando se quita la camiseta y se la cuelga de la cintura baja de los vaqueros. Su hermano le pone una cerveza fría en la mano y ambos entrechocan los botellines antes de beber. Lleva puestas las gafas Oakley negras con cristal de espejo, de modo que, cuando se gira hacia Daniel y me descubre mirando, se las levanta y me guiña un ojo. Hace un gesto para que me acerque.

—¿Por qué no me ayudas? Daniel no tiene ni idea de hacer de pinche.

Intuyo que es mentira. Estoy bastante segura de que, de hecho, los hermanos trabajan frente a una barbacoa como una máquina bien engrasada, pero en lugar de retirarme y aislarme, como habría hecho en el pasado, lo que hago es todo lo contrario: me río y acepto. Secundo la broma de Daniel sobre que Eric está obsesionado con la lavanda, y que él pasa de alimentar su obsesión, y que, además, está Andreas, su hijo. No quiere que adquiera malos hábitos de su hermano, como añadir flores en las comidas.

Al final, Daniel se queda y ambos ayudamos a Eric entre risas, Andreas aprende a echar tomillo y otras plantas más, y todo es demasiado doméstico, demasiado tierno.

La comida se alarga tanto que ya es media tarde cuando proponen dar un paseo hasta el pueblo. Los franceses y sus *promenades*… Y yo debo de estar afrancesándome, porque no hay nada que me apetezca más que continuar esta conexión, y así se lo digo a Eric cuando me pregunta si me apetece ir, porque la propuesta ha partido de él. Su madre ha respondido: «No me lo perdería por nada del mundo», como si estuviera al tanto de un secreto. Muchos han de regresar a las tareas pendientes y otros prefieren descansar. Al final, solo somos nosotros dos, su madre, Daniel, Thomas y Camille y los niños. Comenzamos atravesando el bosque, que da a una carretera que circunda un pantano. Presidiéndolo se alzan varios muros: uno de ellos acorrala un castillo, y el otro, mucho más pequeño, una granja que no se divisa desde la carretera. Nombran a los vecinos sobre los que me ha hablado Eric y, mientras caminamos, un Maserati de color rojo pasa por el lado opuesto del pantano, perseguido por una moto de policía; ambos circulan en dirección contraria. A nadie parece llamarle la atención, así que supongo que es una escena frecuente, y continuamos el paseo.

Como es habitual desde que hemos llegado, Eric entrelaza su mano con la mía y no se separa de mí. Decido que es un momento tan bueno como cualquier otro para sacarle un temilla que llevo notando desde ayer.

—¿Por qué te tratan todos así?

—¿Así cómo?

—No sé, como si mordieras. Como si fueras alguien importante. Y tú también actúas distinto. Vistes distinto.

Mucho más elegante. No tengo claro si le pega.

—No sé, Bruma. Supongo que aquí soy el director, tengo el rol muy interiorizado desde… siempre. Siempre he sabido que yo dirigiría esto. Lo sé yo y los empleados también. Pero, si lo prefieres, puedo volver a las camisas de cuadros.

Imagino que lo dice de broma, a pesar de que espera mi respuesta como si acabara de preguntarme si mañana será el día de su muerte.

—¿Por qué me importaría a mí tu manera de vestir? —Me río.

Sin embargo, en lugar de acusar mi burla y devolverla, como suele, lo que hace es permanecer pensativo. No me gusta este Eric reservado, prefiero mil veces más al Eric relajado de los Pirineos y, a pesar de que La Abadía me encanta, estoy deseando que termine lo que ha venido a hacer aquí para que podamos regresar y que todo vuelva a ser como antes.

Por esa razón, para cuando atravesamos el pueblo ya me he convencido de que Eric me va a dejar en Eaux-Bonnes y regresar a su vida anterior. Su aire abatido, y más y más distante conforme avanza el paseo, no tiene otra explicación. Varias ideas han surcado mi cabeza, entre ellas, que volver a La Abadía le ha hecho recordar quién es, su amor por el hogar y, ¿por qué no?, también por la mujer a la que abandonó, que no ha dado señales de vida, tal como él esperaba, motivo de más para que la esté echando de menos.

Y, en otros momentos, sacudo la cabeza y me digo que tendría que haber sido guionista de cine, porque las películas que me monto son inéditas.

El pueblo es pequeño, antiguo y pintoresco. En los breves instantes en los que Eric parece resucitar, me aporta algunos datos interesantes. Saint-Rémy es mucho más grande de lo que parecía en un momento, dispone incluso de un tren que conecta directamente con el centro de París. También existe una parte alta, una especie de zona residencial con viviendas unifamiliares trazada en cuadrículas perfectas. Ignoro que parece que me esté vendiendo las bondades del pueblo porque, ¿qué sentido tendría?

Esa parte residencial es a la que llegamos poco después. Pasamos por delante de la puerta de lo que, según me explica, es la residencia para personas mayores más grande del país, una especie de asilo de lujo con *spa*.

A tres calles de distancia, Eric se detiene para buscar unas llaves, y todos nos detenemos con él.

—Oye, española —murmura, para que solo lo oiga yo—, ¿te acuerdas de la razón por la que nos detuvimos en Lourdes?

—Porque necesitabas un milagro, dijiste. Lo recuerdo.

—Pues, vamos a ello.

No tengo oportunidad de indagar más. Inserta la llave y abre la cancela de lo que parece una parcela abandonada. No obstante, la casa es bonita: consta de dos alturas, tejado a dos aguas y un porche que da al atardecer. Todos la recorremos, alabándola, aunque yo no entienda qué hacemos aquí. Eric me cuenta que antes era un gimnasio. Él había pensado que podría ser un gabinete de fisioterapia. En el pueblo no hay, ni en los alrededores. De hecho, el más cercano por el norte se encuentra en Palaiseau, a veinte kilómetros, y por el sur, en Rambouillet, pero hasta allí no llega el tren.

El lugar está muy bien emplazado. Daniel está de acuerdo con él.

—Además, el centro médico del pueblo acaba de abrir. Cédric es médico de familia y va a

alquilar una sala para un traumatólogo. Podrá prescribir las sesiones.

—O también podéis asociaros con uno para que venga a pasar consulta aquí —añade Thomas.

Luego, comentan sobre la reforma. Daniel cree que habría que tirar tabiques, pero eso es fácil. El resto no debería llevar mucho tiempo, solo se trata de poner suelo de madera. Y luego están las máquinas; eso será lo más caro, pero, por suerte, si alguien tiene dinero, ese es Eric, dice su hermano, dándole una palmada en el hombro. Thomas sugiere ampliar la terraza lateral para añadir piscina y *spa* climatizado. Los gabinetes de fisioterapia disponen de piscina, ¿verdad, Bruma?

Tardo algo más de lo adecuado en reaccionar, por eso todos me miran cuando por fin encuentro mi voz.

—¿Un centro de fisioterapia? ¿Para qué?

—¡Para ti, *ma chérie*! —Su madre sonríe. Su sonrisa es de verdadero deleite. Me acaricia la espalda, que tengo rígida. Mi cara debe de expresarlo todo, y su sonrisa se borra de un plumazo—. Eric, no me digas que no lo habías consultado con ella.

—Era una sorpresa —murmura, acercándose. Se sitúa delante de mí, justo al lado de su madre. Yo no puedo apartar la vista de la casa que se necesita reformar. Para que sea un centro de fisioterapia. Lo único que se me ocurre es que espero que no la haya comprado.

Su familia sigue hablando en torno a nosotros.

—Y ¿en qué momento se nos ha olvidado la parte en que gritamos: «¡Sorpresa!» antes de ponernos a hablar de reformas? —inquiere Camille.

—Pero… yo no voy a vivir aquí. —No sé ni cómo logro articular las palabras. Ahora mismo, mi mente ha olvidado todo lo que no sea básico. Palabras básicas.

Eric alcanza mi barbilla y me fuerza a elevar la vista hasta esos dos pozos azules que suplican… no sé qué suplican. He olvidado todos nuestros canales habituales de comunicación. Mi mente es una zona cero que lanza señales de SOS.

—Viviríamos en La Abadía. Aquí solo estaría tu clínica.

Creo que me he tragado un globo. O un meteorito, ya que estamos con lo de las catástrofes. Al menos, así es como me siento. Mi mente solo entiende dos palabras: vivir. Aquí.

El silencio ha arraigado alrededor. La profundidad de sus ojos comprende antes que yo el mensaje y me ruega que no haga esto, mientras que mi cabeza es un bucle de confusión. Voces masculinas siguen hablando como a lo lejos.

—O podéis vivir en el pueblo; creo que hay casas disponibles para alquilar.

—París también es una opción, aunque está más lejos y abarrotado de gente, en serio. Para visitar, muy bonito, pero para vivir es la *merde*.

Lanzan más opciones, y solo escucharlas me revuelve el estómago.

—Bruma. —La voz de Eric, en cambio, resuena suave pero firme, como si hablara en mi cabeza, muy cerca de mi cara—. Bruma, las termas van a cerrar en septiembre. En invierno todo cierra en Eaux-Bonnes. Incluso el acceso al pueblo se corta debido a la nieve. Había pensado que aquí podríamos estar bien. Que podrías querer venir conmigo.

—P-pero yo vuelvo a mi ciudad cuando finalice el contrato. A mi ciudad. En España.

—¿Y yo?

Se me agrandan mucho los ojos al notar el vuelco que sacude mi corazón.

—Chicos, ¿qué tal si les damos un momento a solas? —Voz femenina, la voz de su madre —. Vamos a dar un paseo hasta la residencia; creo que ya le han dado el alta a Yanette. ¿Quién quiere ir a visitar a la tía Yanette?

Demasiado pronto, las voces se alejan. Y Eric y yo nos quedamos solos. En ningún momento sus ojos han abandonado los míos. Siento que, si ahora mismo dejamos de mirarnos, todo se romperá. El día en que me topé con él por primera vez, nuestras primeras incomprensibles palabras, nuestra primera receta juntos, la primera cena en su casa, el primer abrazo en el rellano… Todo estallará en añicos, y la Bruma y el Eric que somos ahora dejarán de existir.

—Mi sitio está en España. Aquí no tengo nada. Ni siquiera hablo bien el idioma. No entiendo los chistes.

—Aprenderás. Aquí tienes todo lo que quieras tener. Yo podría ir a España, pero…

—¿Para qué irías a España? —Esto está muy mal: el pánico en mi voz, en todo mi cuerpo, la tensión en el de Eric, el dolor en sus ojos. Y, por mucho que mi alma me suplica que no le haga daño, algo más fuerte me obliga a que mire por mí. Por nadie más.

—Yo me iría a vivir a España por ti. Bruma, yo no creo en bodas y esas cosas, pero si lo necesitas… —Para mi absoluto horror, se arrodilla delante de mí, palpándose los vaqueros—. Bruma… *Merde!* Ni siquiera tengo un anillo.

Me agarra las manos. Las aparto como si quemaran.

—¡No! Eric, no… no quiero casarme. Y tú no quieres casarte, lo oí —le reprocho, como si me hubiera estafado o algo así.

«Lo estás bordando, Bruma». «Para ya, le estás destrozando». Pero no puedo.

No puedo.

—Entonces, ¿qué quieres?

Transcurre un segundo en completo silencio. Dos. Diez. Lo veo: veo la esperanza morir en sus ojos, y a mí me es imposible contestar a esa simple pregunta. «¿Qué deseas?», no es solo una pregunta más. Es LA pregunta. La que nadie me ha hecho jamás.

¿Qué quiero? Viajar, conocer gente nueva, coger olas en Miami Beach. Ver un galápago gigante, tirarme en paracaídas. ¿Qué me haría sentir bien? Comida que no sea queso. Algo de luz. Saber cuánto voy a estar aquí. ¿Hay alguien ahí?

Cuando *dejan* de escucharte, *dejas* de escucharte. Hibernas. Te proteges. Me encerraron un catorce de septiembre y el problema es que todavía no me he liberado.

—No lo sé.

Un minuto. Dos. Diez. Eric agacha la cabeza primero y luego se pone en pie.

—Ya veo.

Se aparta con las manos en los bolsillos, y a mí un frío repentino se me cuela en el corazón, pero, al mismo tiempo, necesito ese espacio. No me gusta este Eric, el que me pide más de lo que puedo dar. Quiero al Eric anterior, el de Eaux-Bonnes. Necesito a mi amigo. Pero mi amigo ha desaparecido y él se está alejando.

—Eric…

—Bruma, no digas nada. —No está enfadado, pero está claro que lidia con la decepción. Se lame los labios y vuelve a mirarme con esos ojos turquesas atravesados por un rayo de luz que los hace parecer más claros, más vulnerables, teñidos de un extraño tono rojo alrededor, a pesar de que su cuerpo se mantiene a una firme distancia—. Es mejor no hacernos más daño. ¿Qué te parece si volvemos a La Abadía? Vamos a descansar y mañana hablamos.

Me ofrece la mano. Me parece ver que los dedos le tiemblan.

—Pero…

—Por favor. —Parece un hombre desesperado. Aunque se contiene. Pero… es imposible que esa desesperación sea por mí, ¿no?

Respiro hondo. Le tiendo mi mano y caminamos juntos.

Al llegar a La Abadía es como si nada hubiera ocurrido. Todos se esfuerzan por no mirarnos más de la cuenta y compensar lo que nosotros callamos.

La entrevista

MICHEL

—¡Papi, aparta! ¡Llego tarde a la entrevista!

Leo baja las escaleras al trote y entra en la cocina haciendo ruido. Lo raro no es que el hombre «sin prisa» tenga prisa, sino que baje vestido. ¡Milagro! Cualquiera pensaría que, tras el incidente en la ducha, habría aprendido la lección. Pues, no.

Entro en la cocina tras él y lo encuentro revolviéndolo todo.

Solo entonces asimilo sus palabras.

—¿Qué has dicho sobre una entrevista?

—Que llego tarde, papi. —Ya ni me sale el gesto de dolor cuando me llama así—. Y no puedo llegar tarde, esto es demasiado importante. Me he pasado la noche entera trabajando y preparándola y mira ahora…

—¿Una entrevista de trabajo?

—Algo así, sí.

—¿Dónde? ¿Conozco la empresa? ¿Cómo la has contactado?

Normal que desconfíe. Leo no tiene permiso de trabajo todavía y me preocupa que sea algo ilegal. Atentos: no es que me preocupe por él, sino la ilegalidad. Solo la ilegalidad.

—Un chavo con el que ando mano a mano haciendo un proyecto. Bueno, el proyecto es mío, pero yo solo no ando, ¿entiendes? Necesito ayuda. Ya me la ha conseguido, pero para algo tan grande hay que verse.

Me suena fatal, para qué voy a mentir. Consulto la hora para comprobar que, tal como suponía, llego tarde a mi propio trabajo. No me importa.

—¿Dónde es esa reunión? —vuelvo a indagar, siguiéndolo al salón. Guarda un montón de bártulos en su macuto, entre ellos la cámara, el ordenador y la PlayStation, o como se llame. Todos los aparatos electrónicos.

—¿Eh? En Toulouse. ¿Me pasas el mando?

—¿Toulouse? ¿Qué Toulouse?

—No me digas que hay más de uno, amigo, que ya ando nervioso y solo he sacado las indicaciones para ir a un Toulouse. Como haya otro, estoy perdido, que no tengo la mejor orientación, ya tú sabes.

—No te preocupes, solo hay uno. Pero está a doscientos cincuenta kilómetros. ¿Lo sabías? Para ir, necesitas coche.

—Sí, sí, eso está cubierto. Bruma me deja el suyo; ya lo hablamos y me dio permiso para agarrar sus llaves. Ella es una amiga, no como tú.

De pronto recuerdo que yo me negué cuando me lo pidió. Y con razón.

—¿Sabe Bruma que no tienes permiso de conducir?

—Un detalle sin importancia.

¡Sin importancia! ¡Conducir por Francia sin un documento legal! ¿Ves lo que decía? Alma libre y ajena a este mundo.

—No puedes conducir sin permiso. No sé en Cuba, pero aquí en Francia te pueden meter en la cárcel por eso. Y qué decir de la multa. Leo, ¿me estás oyendo? —Lo aferro del brazo cuando veo que continúa recogiendo, sin hacerme caso—. ¡No puedes conducir sin permiso, y

menos aún un coche extranjero y de otra persona que, para más inri, desconoce que no sabes conducir!

—Pues, llévame tú.

Es por su tono desesperado, si no, nunca hubiera cedido. Pero me preocupa Leo, nunca lo he visto tan al borde de un ataque de nervios. Lo suelto y se me escapa un suspiro.

—Vale.

—¿Vale?

—Sí. Yo te llevo.

Y de paso me aseguraré de que no es nada ilegal.

—¿Y tu curro?

—Hablaré con Eric, pero no hay problema. Puedo faltar una mañana.

Asiente. Yo comienzo a enumerar mentalmente todo lo que tengo que hacer antes de salir hacia Toulouse. No lo veo venir cuando me abraza, abarcando mi cintura y ocultando la cara en mi cuello. Tan rápido como lo hace, se aleja, dándome las gracias y cogiendo su mochila con una sonrisa mucho más tranquila, como si se acabara de quitar un peso de encima. Y me reprendo por no haberle prestado más atención y no haberme ofrecido antes de que llegara a ese punto.

Recorremos el camino hasta Toulouse bastante rápido. Le hago preguntas sobre su supuesto trabajo, pero no consigo sacar nada en claro; está demasiado nervioso para hablar con coherencia. No sé qué de un tal Christophe Ancel, que vive en Toulouse, que es un genio, que trabaja para una compañía llamada Ubisoft. Bueno, no trabaja. O sí. Como he dicho, no me entero muy bien. Por lo visto, ha creado un videojuego llamado *Rayman*, o algo por el estilo. Leo suele hablar muy rápido, pero ahora lo hace atropellado, y su rodilla no deja de moverse arriba y abajo.

Se han citado en una sala de reuniones en el centro de la ciudad. Llegados a este punto, ya no me preocupa que Leo quiera estafar a nadie, sino lo contrario, de modo que me alegro de estar con él.

Entramos en un edificio reluciente, con un rótulo de Le Group Martines en lo alto del rascacielos, con seguridad y tres recepcionistas que nos indican el piso y despacho al que debemos acudir. Luego, nos cuelgan un pase del cuello y nos informan de que monsieur Guillaume y Ancel nos esperan. En cuanto nos montamos en el ascensor, me giro para preguntarle a Leo si no hubiera sido más conveniente que se vistiera algo más formal, pero lo veo tan destrozado, respirando con los ojos cerrados y contando en voz baja, que no quiero preocuparlo más.

—El puto Guillaume —susurra, cuando los abre—. Christophe no me avisó de que estaría él.

—¿Quién es Guillaume? —pregunto.

—Guillaume es uno de los hermanos fundadores de Ubisoft. Un pez gordo que va a decidir mi futuro en las próximas dos horas. Reza por mí, amigo. Llevo trabajando en esto cinco años.

Me quedo sin palabras al percibir la gravedad del momento. Y si ya antes había mirado a Leo con otros ojos, tras presenciar esa entrevista mi mundo cae, asciende, oscila hacia ambos lados y vuelve a derrumbarse. Es espectacular. Ahí está el tal Guillaume, junto a Ancel, mucho más joven. Y, nada más traspasar la puerta, Leo se transforma. Les habla de tú a tú en una jerga técnica que yo desconozco. Nadie diría que hace unos momentos estaba al borde de la taquicardia y de tener que ir al hospital.

—Vamos a ver lo que tienes, si te parece, Leo. Por ahora estoy muy impresionado, y Christophe me ha hablado maravillas. Dice que le has mandado un prototipo que promete. Estoy

deseando verlo.

Se lo muestra. Nos colocamos todos apiñados frente al ordenador, Leo lo conecta y, durante la hora siguiente, manipula el teclado con el mando de la consola y explica el juego que él mismo ha creado. Una cosa llena de imágenes nítidas y animadas que es increíble de ver. Reconozco los movimientos elásticos y eficaces de Bruma y por fin comprendo su obsesión por grabarla a todas horas. El entusiasmo de Ancel y de Guillaume a medida que las pantallas se suceden y el juego se complica resulta contagioso. Realizan apreciaciones y preguntas a las que Leo contesta concentrado y sin perder el juego. Yo solo trato de asimilar que Leo es un genio de la programación, o como se llame la gente que crea videojuegos.

De pronto, la partida se detiene cuando encara el final.

—¿Qué pasa? —pregunta Guillaume—. ¿No tienes más? Pensaba que estaba terminado.

—Lo tengo terminado, lo tengo todo, y el prototipo para cuatro niveles más.

El hombre lo observa con detenimiento antes de asentir. Leo recoge sus cosas, se levanta y rodea la mesa antes de sentarse de nuevo frente a ellos. Guillaume se reclina en el respaldo y apoya un tobillo sobre la rodilla contraria.

—Creo que nos podría interesar. ¿Qué quieres por él? Tenemos un puesto de desarrollador creativo en la empresa. Podrías encargarte tú mismo de todo el proceso, hasta el final, y pondríamos un equipo a tu disposición, pero tendrías que mudarte a…

—No quiero un puesto —ataja Leo.

—¿No?

—No. No tengo permiso de trabajo en Francia, solo en España, y supongo que no quieren comprar el *software* a otro país.

—No sería lo ideal, no. ¿Qué propones?

—Tampoco tengo permiso de residencia, de modo que no lo puedo vender y ya está.

—Estaríamos muy interesados. Es tal cual Christophe nos lo describió: animado, con dinamismo y mucho humor. Me gusta. Y casa muy bien con la estrategia que ha adoptado Ubisoft en los últimos años.

—¿Te has planteado conseguir tanto la residencia como el permiso de trabajo? —interviene Ancel—. Creo que se pueden conseguir ambos mediante un contrato de matrimonio. Podríamos apañarlo.

—Ese era el plan, pero las francesas son duras de roer. —Trato de no delatar mi reacción, pero no puedo evitar estudiarlo. Ahora comprendo el papel de Mélanie en todo esto y, muy a mi pesar, puedo comprender a Leo. Casarse para cambiar de vida no me parece un acto egoísta. Se trata de conseguir unos derechos básicos a los que todo el mundo debería tener acceso.

Entonces, ¿por qué está mintiendo?

—¿Qué quieres, Leo? —Guillame se muestra serio—. Si no podemos contratarte ni tampoco comprártelo…

—Solo tengo dos condiciones para la venta. Una, que salga en todos los formatos, sin exclusividad, tanto en consolas como en Microsoft. No quiero que solo pueda jugar a él la gente con dinero. Yo he crecido sin un centavo y sé lo que es. Quiero que todo el mundo pueda disfrutarlo.

—Nosotros podemos hacerlo. Ubisoft trabaja con todos los dispositivos.

—Lo sé. Por eso los elegí antes que a Electronic Arts.

—¿Y segundo?

—Si no consigo la residencia en el plazo de un mes, podría vendérselo, pero bajo otro nombre.

—¿Cuál?

—El de mi amigo, Michel Noser. —Me señala con la cabeza y los dos me miran antes de volver a Leo.

—Supongo que confías en él. No es por faltar el respeto, pero estamos hablando de mucho dinero. —Trato de no reaccionar cuando nombra la cifra solo. Solo por el prototipo. Luego, vuelve a preguntarle—: ¿Estás seguro?

—Por supuesto. Tampoco tengo más opciones.

Salimos de allí, del edificio con fachada de espejo, nos metemos en el coche y conduzco hasta que dejamos atrás la ciudad. Solo entonces, Leo enfoca su mirada perdida.

—Para el coche —me pide.

Lo hago en un área de pícnic que da a una arboleda. En cuanto freno, él se apea, se pasa las manos por el pelo… y grita. Grita como quien deja escapar un demonio de su interior, o como quien pone fin a una vida de penalidades. A continuación se dobla y pone las manos en las rodillas. Y siento un deseo irrefrenable de abrazarlo, besarle la cara y expresarle mi admiración. Por eso, salgo del vehículo y camino hacia él, porque se lo merece. Leo se merece que alguien le diga lo especial que es.

Se ha tumbado bocarriba sobre la hierba y yo lo hago a su lado, y espero hasta que escucho que su respiración se normaliza. Entonces, giro la cabeza.

—Ha sido increíble. Muy increíble.

Sus hombros se agitan con un último suspiro, tras el cual aparta las manos de sus ojos, rojos y empañados. Él también gira la cabeza y escruta cada rincón de mi cara, y yo me encuentro sin saber expresar todo lo que siento. Cojo aire, porque por lo menos lo intentaré, pero entonces él se incorpora de lado y su sombra se cierne sobre mí. Sus ojos quedan justo encima de los míos.

—¿Te he sorprendido? —pregunta, pero no con chulería ni burla, sino con curiosidad, como quien ha anhelado tanto algo que, cuando por fin llega, no sabe reconocerlo.

—Sí —contesto con sinceridad.

—Michel…

Se le acelera la respiración y su voz se torna ronca, cosa que no entiendo. Como tampoco la seriedad que nubla su rostro y sus ojos, los cuales bajan a mi boca. Me pregunto si habrá besado alguna vez a un hombre.

—¿Te vas a casar con Mélanie? —Mélanie era suiza, pero, al contrario que yo, se cambió la nacionalidad hace años.

—Esa era la idea antes de venir, pero no quiero casarme con Mélanie… si tuviera otra opción.

Cierro los ojos un momento, pero sé desde hace días que esto va a ocurrir. Todos esos roces y miradas confluyen ya mismo, en esta conversación. Y es que no puedo más. Necesito dejar de fingir.

Abro los ojos y le permito que lea en ellos todo lo que siento por él.

—Yo soy suizo, Leo. Pero, por ti, me cambiaría la nacionalidad. —Abandonaría mi patria, la que corre por mis venas, y me convertiría en francés para que él obtuviera sus papeles. Lo bueno que tengo es que soy muy sincero conmigo mismo y también consecuente. Jamás me he enamorado, y pensé que nunca lo haría, pero si lo hago, si me viene de pronto, ahí está. Lo encajo y punto. No soy de quedarme con el balón en mi campo demasiado tiempo.

—Eso es una gran responsabilidad para mí, amigo. Sé cuánto adoras ser suizo. Así que te gusto. —Está claro que el cubano tampoco es de guardarse balones demasiado tiempo. Y que

esta conversación avanza descarrilada sin que nosotros podamos hacer nada.

—Me gustas. Y ninguna responsabilidad conmigo, ¿entiendes? Esto es importante. Mis sentimientos son los que son y yo lidio con ellos, tú no tienes la culpa.

Parece meditarlo y, sin previo aviso, pregunta:

—¿Puedo besarte primero?

Mi entrepierna da un tirón y los labios ya me hormiguean.

—¿Has besado alguna vez a un hombre?

—No.

—Pero quieres probar. Sientes curiosidad. Es normal. —No es la primera vez que otros hombres tratan de besarme para «probar», y nunca me ha importado. Claro, que nunca había sentido nada por ellos.

—Y porque me atraes —hace hincapié—. No sé qué tienes, pero te tengo aquí y cada vez va a más.

Se ha acariciado la boca del estómago. A eso se le llama deseo. Es curioso que no lo reconozca.

—Puedo dártelo.

—¿En serio?, ¿me dejas que pruebe?

—Claro.

Se inclina y a mí el corazón me da un golpetazo en el pecho. Cabe la posibilidad de que lo esté haciendo obligado, por haberle desvelado mis sentimientos, pero me resulta imposible pararlo. Es como si estuviera lanzado y sin frenos. Como uno de esos cohetes que proyectan al universo y, tras atravesar la atmósfera, ya no ejerces control sobre ellos.

Me quedo quieto mientras sus labios se aproximan y tocan los míos con mucho cuidado. Lo dejo hacer, sin moverme, incluso cuando su lengua sale y los lame, esperando la mueca de repulsión. O que se aparte intentando reprimirla. Solo que nada de eso ocurre. En un punto dado, su cara se ladea y le concedo lo que quiere: aventurar su lengua en el interior de mi boca. Me estoy volviendo loco. Leo es desordenado, habla a destiempo y se pasearía en pelotas por la calle si le dejaran. Y, aun así, me encanta. Me gusta todo de él, y el *feeling,* lo único que me quedaba por comprobar, está siendo un desastre porque fluye. Fluye sin control y me arrastra.

—Papi, bésame o me muero aquí —me pide, con su drama habitual. Y yo ya no puedo contenerme más.

Con las manos en sus mejillas, sostengo su cara y profundizo para lamer su lengua, arrancándole un gemido que provoca un antes y un después. El antes, cuando cabía la posibilidad de que retrocediera, muerto de asco; el después, cuando el asco desaparece de la ecuación y solo quedan el deseo y la necesidad. Leo se desata al percibir que ya no oculto nada. Se coloca sobre mí y pega su pecho al mío. Toca mi pelo con ambas manos y yo estrujo sus rizos en mi puño y lo alejo de mí. Porque reconozco a un amante que se va a entregar entero, sin dejar nada en el camino, todo lo contrario que yo, que prefiero ir poco a poco y meditando cada paso.

Al tercer intento, logro apartarlo de mí. Me marea notar su excitación contra la mía.

—Leo, te lo haría aquí, pero es evidente que jamás te has acostado con un hombre. Así que hay que parar.

—Es curioso. Antes, siempre era yo el que pedía parar. —Respira contra mí sin resuello. Como yo.

No sé cómo llegamos al coche, un poco arrastrándolo a él y otro poco convenciéndome a mí de que es lo correcto. A mitad de trayecto, sin embargo, diviso un lugar apartado detrás de una gasolinera cerrada y claudico. Solo hemos avanzado cinco kilómetros, que han sido una

tortura de miradas lastimeras del cubano y su mano intentando sobarme los muslos y alcanzar mi verga. Es evidente que así no hay conducción posible. De modo que le pido que se gire y comienzo a desabrocharle los pantalones.

—¿Qué haces, papi? —pregunta. Creo que, por primera vez, lo he dejado sin habla.

—Exactamente lo que parece. ¿Te da asco? —Lo miro a los ojos, con su pene durísimo en mi mano. Pregunto porque a veces el sexo y el cerebro van por libre y no quiero que él se arrepienta.

—¿Asco? —Le sale un gallo y todo. Lo tomo como un «no». De modo que me inclino.

Y descubro tres cosas. Su sabor es la hostia, podría acostumbrarme a hacer esto todas las noches de mi vida. Dos: le gusta tocarme el pelo, el cuello, la espalda. Y tres: que el cubano jamás será un amante callado. Dice guarradas en varios idiomas, blasfema, y me pide cada cosa exacta que quiere, aunque ya se la esté haciendo. Me avisa unas cincuenta veces de que va a correrse, antes de hacerlo con un grito muy masculino que me la pone al límite, pero, cuando va a devolverme el favor, niego y me aparto.

—No. Yo necesito ir poco a poco. Tú no eres igual, lo necesitabas, pero yo no. Vamos a casa, por favor.

Me encanta que lo entienda y lo respete.

—Joder, la mejor mamada de mi vida. —Le sonrío con indulgencia, aunque en el fondo me entristece. No considero que mi técnica sea mejor que la de otras personas, simplemente ha entrado en juego el deseo.

Pongo el coche en marcha y me incorporo a la carretera.

—¿Sabes qué he pensado nada más salir de la entrevista? —comenta, después de varios kilómetros en silencio.

—¿Qué has pensado?

—Que ojalá me hubiera visto mi madre.

Frunzo el ceño al mirarlo de reojo. Es la primera vez que nombra a su familia.

—Si quieres, puedes llamarla. Tengo el móvil en la guantera. No me importa que llames a Cuba.

—Ojalá pudiera llamarla, ¿verdad? Hablar con ella. Me pondría el teléfono en la oreja, esperaría unos tonos y le diría: «Mira, vieja, deja ya de trabajar, que ya no somos pobres». Le diría que puede ir haciendo las maletas, que no va a volver a coger una guagua en su vida, y que la puedo subir en uno de esos cruceros de gente elegante que siempre admiraba desde el muelle. Que va a poder conocer algo más que esa isla, a pesar de que ella la adoraba. A pesar de que le cerraron la tienda y los obligaron a trabajar en una fábrica lavando ropa. Le diría que he conocido a un hombre culto y refinado. Le hubieras gustado. A mi padre, también.

—¿Qué les pasó? —A estas alturas, he comprendido lo esencial.

Se encoge de hombros.

—¿Te acuerdas de la balsa con treinta balseros de la que te hablé?

Lo recuerdo. El día que llegó y me soltó el mayor rollo de la historia. Rollo de película de terror, claro. No añade nada más, y a mí se me van poniendo los pelos de punta. De puta punta. Uno a uno. Me cuesta respirar y todo.

—¿Los dos?

Asiente.

—Claro, amigo. Lo hacían todo juntos, mis viejos, eran una pareja de las de antes. Juntos hasta el fin. Me costó convencerlos, ¿sabes? Ellos no querían, tenían miedo. Pero yo tomé los pocos ahorros que teníamos y pagué el pasaje de ambos. Los obligué a agarrar esa barca y

lanzarse al mar.

—¿Por qué no fuiste con ellos?

—No había más para mí, lo habíamos gastado todo. Son duras esas mafias: no marcan un precio, sino que regatean y regatean… Saben hasta dónde pueden pedir. Yo tenía pensado ir luego en la tabla que estaba construyendo.

Lo escucho con un nudo en el cuello. Y sintiéndome insignificante e idiota por compadecerme de mí mismo solo por el hecho de ser adoptado. Como si no hubiera tenido la mejor madre del mundo. Y aquí está él, con veintitrés años y esa personalidad tan jovial, abierta, que es capaz de colársete dentro y alegrarle la maldita existencia a un ermitaño.

—Lo siento. Pero, Leo…

—¿Hummm? —Noto que me mira.

—Puedes estar seguro de que se hubieran sentido orgullosos, igual que yo lo estoy ahora.

Cuando llegamos al pueblo, ya es de noche y junto a mi plaza espera un BMW de color blanco que reconozco. Y, de pronto, sé lo que nos espera al subir las escaleras. Maldigo los teléfonos; cómo me lían la vida. Me maldigo por haber enviado el mensaje.

Ascendemos las escaleras. Leo, hablando sin parar (ha recuperado su alegría nata), y yo, taciturno y con pocas ganas de seguir adelante, pero arrastrado por la estela de Leo y porque no soy de los que eluden sus responsabilidades.

—Leo. —Tengo que llamarlo dos veces más para que se dé la vuelta. Acaba de suspirar: «Hogar, hogar», y le ha salido del corazón—. Leo, Mélanie está en casa. Tiene llave, así que supongo que se encuentra en el interior.

Su rostro muta en horror. Igual que lo haría el mío si no hubiera dispuesto de unos segundos de ventaja.

—¿Cómo lo sabes?

—Su coche estaba en el aparcamiento. Yo la llamé. Le dije que viniera a por ti el día que…

—¿Que viniera a por mí? ¿Qué soy, un chucho que se ha portado mal? *Putain*, Michel, *putain*.

Es la primera vez que blasfema en francés. Y la segunda que pronuncia mi nombre. Me gustó más la primera.

—Leo, no conocía el papel de mi prima en tu empresa. Me disculpo. Estaba al límite y cometí un error.

—Y decidiste deshacerte de mí. —De pronto, su rostro transita de la decepción más profunda a la decisión—. No problema. He salido de muchas peores, así que vamos allá. Como dicen por ahí, el *pescao* está vendido, amigo.

Entra en mi piso mientras yo permanezco inmóvil en el felpudo. Un rato; otro rato. Luego, los escucho hablar.

Una ida, una vuelta y un regreso

BRUMA

Regresamos a Eaux-Bonnes. Por fin. Con lo que no contaba era con la despedida que me brinda la madre de Eric. Me ha llevado aparte y me ha abrazado por sorpresa.

—¿Puedo decirte algo? —pregunta, cuando se separa de mí. En cuanto asiento, prosigue —: Espero no estar metiéndome donde no me llaman. La relación de una madre con sus hijos es muy intensa, supongo. No he tenido hijas, claro, pero sois más independientes. Con un hijo es… diferente. Eric es… a Eric lo cargamos de responsabilidades muy pronto. Lo hicimos crecer. Tal vez por eso siente la necesidad de cuidar a los demás y pocas veces deja que lo cuiden. Por eso estoy contenta por él, y muy orgullosa. Supo romper con todas esas cargas que, sin querer, le pusimos encima y buscar su libertad en otro lugar. No solo eso: también se ha enamorado, enamorado de verdad, y ha sabido dejarse cuidar. Solo por eso, gracias. Gracias por haberlo ayudado a ser feliz.

Su madre se cree que Eric es feliz gracias a mí. ¿Puede una persona sentirse parte de una familia y, al día siguiente, como una auténtica mierda? Cómo me gustaría ser esa persona que Eric necesita, o la que lo hace sentir como describe su madre. Pero la mujer está equivocada. Tiene que estar equivocada. No soy yo.

De ahí que respire cuando, por fin, enfilamos la carretera.

Toda la confianza que reinaba en el viaje de ida se ha disipado. Ahora, somos dos desconocidos que comparten coche. Odio esa sensación. Necesito quitarla de en medio.

—Eric, lo siento. Pero en mi defensa he de decir que me podrías haber avisado. No sé, darme una pista de que me considerabas alguien importante para ti.

Un montón de respuestas pasan por el velo que empaña sus ojos desde ayer. Al final, responde con precaución.

—Bruma, te presenté como mi novia a toda mi familia. ¿Eso no es suficiente pista?

No me hace falta esforzarme para recordar el momento. Ladeo la cabeza.

—Me presentaste como tu amiga. Que no es que me importe, es lo que somos, pero…

—*Ma petite amie* —me interrumpe, y enfatiza—: *Girlfriend.* Mi novia. —En los tres idiomas. Vaya. Su ceño está fruncido cuando me echa un vistazo breve. Y confundido.

Aprieto los labios, contrariada, pero él parece tan convencido de lo que defiende que comienzo a dudar.

—Novia es *copine* —alego, trémula.

Eric me mira con horror.

—Y *petite amie*. Si digo que «tú eres *ma petite amie*» significa que ‘tú eres mi novia’. No lo sabías —adivina por mi expresión—. ¿Cómo pensabas que te había presentado a mi familia, a la que te he traído a conocer?

«Mejor que no lo sepas».

Al caer en lo sucedido, me quiero arrancar las orejas. En lugar de eso (lo cual sería un desastre porque me encanta escuchar la voz de Eric), hago de tripas corazón y agacho la cabeza.

—No lo sé. No lo sé, Eric. Emerson no significaba nada para ti y yo pensé que tampoco me habías explicado la situación porque era igual.

—Mi situación contigo no tiene nada que ver.

«Empiezo a entenderlo. Joder».

Los nudillos de Eric se vuelven blancos en torno al volante y durante varios kilómetros circulamos en silencio. Afuera ha comenzado a llover con fuerza. Al final, Eric suelta un suspiro y afloja.

—No te preocupes. La culpa es mía por haberte puesto en esa situación. ¿Qué te parece si volvemos a Eaux-Bonnes y seguimos donde lo dejamos? Es evidente que me he precipitado. Es evidente que tú necesitas más tiempo que yo.

«Tiempo, ¿para qué?», quiero preguntar.

No he dejado de darle vueltas desde que todo se desmoronó (hace tan solo nueve horas, aunque me parece una eternidad) y he llegado a una conclusión: los actos de Eric no son más que un intento de planificarme la vida. Otro como Simon. Está claro que me sigue viendo como un ser vulnerable que necesita una guía. Seguramente piensa que estoy perdida, y su alma de superhéroe no le permite abandonar a una persona necesitada. Ya lo ha dicho su madre: «Eric siente la necesidad de cuidar», y ha encontrado el blanco perfecto en mí. No puede ser que su propuesta surja del amor, de donde debería proceder, porque algo dentro de mí sigue tan dañado que no concibe el hecho de que alguien pueda quererme, cuando ni siquiera yo lo hago. Más que antes, sí, pero no sin reservas. Al menos, no todavía.

Me doy cuenta con desazón de que él todavía alberga esperanzas de que esta idea de su pueblo, de La Abadía y la clínica pueda fructificar, y yo lo quiero demasiado como para dejarlo vivir una mentira.

Inhalo con lentitud.

—Eric, estoy enferma. Vine al pueblo para curarme. Admito que me dejé llevar contigo. Mi enfermedad pedía contacto a gritos, y tú estabas ahí.

De pronto, sus cejas se alzan. Muy alto. Y, acto seguido, el Eric tranquilo se esfuma y su lugar lo ocupa uno enfadado.

—¿Quieres decir que te lo puse fácil? ¿Abrí mis brazos y tu enfermedad te empujó a ellos? ¿Habría ocurrido lo mismo si en lugar de ser yo hubiera estado cualquier otro?

Buena pregunta. La que he evitado hacerme para no tener que tomar medidas.

—No, o sí, no lo sé, pero…

—Dime una cosa, Bruma. ¿Todavía te crees lo de tu enfermedad? —Parece que mastica las palabras, a pesar de que su tono sigue siendo bajo.

—¡Por supuesto que lo estoy, Eric! La psiquiatra…

—Tu psiquiatra no sabe una mierda. —Sus palabras son como un ataque que no espero; no quiero oírlas. Pero él continúa, imparable como la lluvia, y me obliga a escucharlas—. No estás enferma. Todo está en tu cabeza, y te alimentas de ella para seguir siendo una víctima, pero te cuento algo, Bruma: el secuestro terminó. Ya no estás ahí. Tienes que dejar de ser esa niña a la que le arrebataron las opciones. Hay opciones delante de ti. —Trata de apaciguarse tras su arrebato, o al menos eso parece porque, de pronto, me clava la mirada—. Dime otra cosa: ¿me quieres?

Todo el oxígeno se me queda retenido en el pecho.

—¿S-si te quiero? —Debo de haber escuchado mal. Además, ha detenido el coche y las gotas de lluvia caen sobre la carrocería, ensordeciendo el interior.

—Sí. Si me amas —pregunta, alto y claro, y sin ningún tipo de prudencia. Me mira a los ojos y a mí cada palabra se me va clavando más y más en el corazón—: Si necesitas tocarme a todas horas. Si soy la primera persona en la que piensas cuando te pasan cosas buenas y anhelas contárselas a alguien. Si te sientes más feliz cuando estás a mi lado. Yo puedo decir sin

problemas que te amo y quiero todo eso contigo. Y si para ello tengo que mudarme a España, lo hago. Aunque, sinceramente, aquí lo tengo todo, incluida mi familia y un trabajo que me gusta. Sería mucho más fácil si tú te quedaras. Pero tienes que querer, claro. Al final, la logística no es un problema si tú no me quieres.

—¿Me amas? —Me he quedado ahí.

—Por supuesto. Yo siento todo eso y más.

Mierda. Su declaración surge tan rápido que no logro pensar. Eric me ama.

¿Lo amo yo? ¿Amo a Eric o es mi enfermedad exigiendo que conecte con alguien? Eric permanece quieto, esperando unas palabras que están dentro de mí, las siento, pero no encuentran el modo de salir. Y, mientras intento traducir esos latidos erráticos, desesperados y profundos de mi corazón, el sonido del móvil se eleva, insistente, interrumpiendo el momento.

Dirijo la vista al artefacto como si acabara de aterrizar procedente de otra dimensión. Eric, también.

—Cógelo. —Me lo tiende—. Tiene prefijo español.

Eric ha vuelto a conducir. El teléfono, que había dejado de sonar, vuelve a repiquetear. Mierda.

—¿Sí? —inquiero, con la vista puesta en el hombre que conduce, con su temple habitual. Mi intención al atender la llamada es únicamente ganar tiempo para sincerarme del mismo modo en que ha hecho él. No se merece menos.

Sin embargo, lo que escucho a continuación borra cualquier pensamiento de mi cerebro.

Es mi madre.

Tengo que ir a mi casa. ¿Mi casa? Ah, la de España. Al decir «casa», la primera imagen que me ha sobrevenido ha sido la de un piso entre montañas. El que queda enfrente del mío, para más detalle.

Mi madre dice algo de un entierro. ¿Cómo?

Eric ha vuelto a detenerse al percibir el tono de la llamada. Respiro hondo cuando corto la comunicación. Y vuelvo a respirar hondo. No voy a llorar. Ni de coña. El teléfono sigue en mi mano, olvidado. Antiguamente, podías arrugar la carta donde venía escrita la noticia y lanzarla al fuego. Más antiguamente aún, podías mandar a comer al mensajero y así deshacerte de él.

Una pena que el teléfono no sea mío, si no, ya estaría tirado en la cuneta.

—¿Qué ha pasado? —La voz de Eric me trae de vuelta.

—Necesito volver a mi casa. A España. Ha fallecido mi padre.

—¿Tu padre?

—Eso dice mi madre. Ni siquiera sabía que siguieran en contacto, la verdad. Pensaba que igual ya se había muerto, tan silenciosamente como se largó, pero, por lo visto, no.

—Te llevaré al aeropuerto. Va a ser lo más rápido.

A partir de este momento, todo es una discusión. Sí, tardaré más si vamos en coche hasta los Pirineos, cojo mi propio coche y recorro otros ochocientos kilómetros, lo que me hará estar en la carretera más de doce horas y llegaré cansada, de modo que es mejor que coja el avión. Lo que no digo, porque no lo sé expresar, es que tal vez necesito ese tiempo a solas. Gana él.

Tardamos solo una hora en retroceder hasta el aeropuerto de Orly, otra en conseguir un billete y otra más en comprarme un móvil. Insisto en que no es una prioridad ahora mismo, pero Eric me lo ruega por él, por favor. Así que, de nuevo, gana él.

Finalmente, no, no puede venir conmigo. Esta cuestión es ardua, y claudico mil veces en mi interior. Mi padre ha muerto. Tengo que volver a todo aquello que quería olvidar. La repentina necesidad de aferrarme a los amplios hombros de Eric y pedirle que me acompañe, que

me sostenga, que no se aparte de mí, supone casi un sufrimiento. Y si me obligo a no ceder es porque sé que la causante es mi enfermedad, que me impide hacer las cosas por mí misma, del mismo modo que permanecí ese mes atrapada. Sola. Sin apoyo. Las palabras de Eric: «Ya no estás encerrada, tienes opciones» empujan y molestan, pero no les permito entrar.

A las puertas del control de equipajes, Eric todavía me mira con ojos de cordero degollado, suplicando que cambie de opinión y le permita acompañarme.

—No creo que me dejen llevarte como equipaje de mano —bromeo (sí, es increíble, pero logro bromear)—, y no tienes billete.

Se calla que eso lo soluciona rápido; ya lo ha dicho unas cinco veces. Eso de que el tipo sea rico voy a tener que asumirlo con tranquilidad. Joder, que quería comprarme una clínica entera de fisioterapia. Está muy loco, está claro.

Como no lo tomo en serio, opta por enmarcar mi cara entre sus manos enormes e inclinarse para besarme. Las mías se cierran en torno a la parte trasera de su camiseta y, de pronto, siento el deseo, la necesidad casi desgarradora, de pegarme a él para siempre. Que a partir de ahora todo lo hagamos juntos o, al menos, contando con el otro.

Como si se hubiera percatado de mi agonía, Eric busca mis ojos, que deben de reflejar todos mis pensamientos justo antes de que logre esconderlos.

—Sé por qué no me dejas acompañarte.

—¿Ah, sí?

—Sí, Bruma. —Hay dolor en su mirada, como si lo hubiera aceptado—. Piensas que debes hacerlo sola. Pretendes echarle un pulso a tu enfermedad, que te pide que me mantengas a tu lado. Y como quieres vencerla, haces lo contrario. Yo represento lo que tu enfermedad ama, y tú odias tu enfermedad, así que aquí estoy. Y encima te he pedido matrimonio. Atarte para siempre a tu eremofobia. Me había enfrentado a muchas cosas en mi vida, pero jamás a una enfermedad, y menos aún a una inexistente. —Voy a replicar, pero me pide que le permita seguir. Me callo, aunque lo último que quiero escuchar son verdades tan dolorosas—. Además, tengo la certeza de que, de no haberte pedido más, no me estarías apartando. ¿Por qué tengo la impresión de que va a ser la última vez que te vea? —Comienza a palparse los pantalones y la camiseta con gesto desesperado—. Necesito tu dirección en España.

No tengo una, pero le doy la de Simon. Eric solo descansa cuando le prometo que lo voy a mantener al corriente. Además, le recuerdo, tengo móvil nuevo, con un contrato a su nombre y su contacto guardado.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente, gabacho —lo amenazo antes de mirarlo a los ojos—. Volveré.

No hace falta que le diga que todavía tenemos asuntos por hablar, que esto no ha terminado.

España

BRUMA

El vuelo dura exactamente dos horas. Mi madre me ha mandado la ubicación del tanatorio, al que se tarda cuarenta y cinco minutos en llegar desde el aeropuerto, por eso me sorprendo cuando, al dirigirme hacia la parada de taxis, una mancha se abalanza sobre mí, me abraza, y ahí me quedo, como un puerro envuelto por una tira de beicon.

Poco a poco, mi cuerpo se va ablandando. Consiento que mi madre me abrace e incluso la rodeo con mis brazos. Y, así como así, la distancia entre nosotras no existe; jamás ha existido. O tal vez soy yo, que por fin he logrado ordenar las prioridades y comprender que ella necesitaba ese crucero, que el lazo que nos unía se había convertido en un nudo corredizo que nos estrangulaba a las dos.

—Pensaba que habíamos quedado en el tanatorio. —Hablo contra su pelo.

—Estaba harta de estar allí. Venir a por ti ha sido la mejor excusa. —Se separa de mí.

Mi madre está como siempre: joven, viva, con su pelo marrón chocolate, su piel bronceada y su ropa juvenil. Mi ciudad desprende el mismo aroma a mar y humedad, a motor de coche y a viento golpeándote el rostro. A *ice fresh*, el ambientador que mi madre ha usado toda la vida para el coche, y que venden en la gasolinera más cercana a nuestra casa.

—Un ataque al corazón —contesta, cuando me atrevo a preguntarle qué ha ocurrido. Al parecer, no era el primero.

—¿Dónde estaba? —En Suiza. Llevaba unos meses allí. Tan cerca de Eaux-Bonnes… Prefiero no pensar en ello. O, tal vez, sí.

—¿Sabía… sabía que yo estaba en los Pirineos franceses? —¿Para qué demonios esa maldita pregunta sale por mi boca? ¿Por qué me resulta tan difícil decir: «Te amo» y, sin embargo, tan fácil autodestruirme?

—Sí. Yo se lo dije.

Asiento y me obligo a silenciar todas las preguntas que surgen, como por qué mi madre nunca me dijo que hablaba con él. ¿Pensó en ir a verme?, ¿pensó en llamarme? Jamás lo sabré, y por mí está bien. Está bien centrarse en los vivos y dejar morir a los muertos, porque mi padre lleva ocho años muerto para mí.

—¿Qué tal tu crucero?, ¿has tenido que interrumpirlo?, ¿dónde estabas? —Por primera vez, me permito imaginarla en Estambul, comprando alfombras persas, o paseando por Santorini con un sombrero para protegerse del sol. Y no hay dolor, solo agradecimiento porque ella sí fue fuerte y supo pedir lo que necesitaba.

Por alguna razón, mi madre se muestra dubitativa. Sus ojos me piden disculpas cuando, por fin, responde:

—En casa, Bruma. Siempre he estado en casa. Me inventé que me iba de crucero para obligarte a que te fueras.

De pronto, comprendo muchas cosas. Sus reservas mientras me veía organizar mi partida. Su parsimonia para que empaquetara mis pertenencias y las dejara en casa de Simon. El espacio que me ha ofrecido todos estos meses. No era falta de interés, sino la libertad que yo necesitaba para volar libre y encontrar mi camino. Sola.

Asiento, tratando de asimilar el nuevo panorama.

—No has vendido la casa.

—No.

—Y Simon lo sabía.

—Le pedí que no te lo dijera.

—¿Por qué?

—Porque no estabas bien, mi niña. —Me coge la mano, que está helada—. Te veía cada día más perdida, más encerrada en ti misma. Tú dependías de mí, y yo estaba bien así porque me horrorizaba perderte de vista. Mi psiquiatra me hizo ver la situación. Muchas veces, como madre, intentas hacerlo bien, y es difícil porque también estás dentro, encerrada en ti misma, y no sabes si tus actos responden a una necesidad tuya o es una necesidad de tu pequeña. Te forcé a que te fueras, Bruma, y es lo más difícil que he hecho jamás. Espero haber actuado bien.

Asiento y miro por la ventanilla. Las palmeras interrumpen la línea que separa el cielo del mar. Espero que llegue el sabor de la traición, pero no solo no llega, sino que me siento en paz, como ese mar tranquilo que brilla en el horizonte incrustado de cristales diminutos.

Agito la cabeza.

—Menuda mierda de confesión. —Me río.

—¿Hice bien? —Va con pies de plomo.

Le froto la mano y le dedico una sonrisa.

—Hiciste bien —la tranquilizo. Qué mal tuve que hacérselo pasar para que piense que me molestaría por algo así. Supongo que antes vivía a la defensiva, y lo mejor es que ya no quiero vivir así.

El funeral se oficia tres horas después de mi llegada. Al parecer, el pobre diablo pidió ser incinerado. No me gusta pensar en él en estos términos, pero no me reprimo. Sorprendida, me doy cuenta de que estoy progresando, aunque sea de pensamiento. Antes, lo hubiera defendido incluso en mi fuero interno; ahora, permito aflorar la ira y tomo consciencia de ella.

Toda la gente que ha venido para la misa se va despidiendo, primero de mí, después de mi madre.

Una prima segunda de mi padre ofrece sus condolencias con las mismas palabras que llevan horas entrando y saliendo por mi canal auditivo.

—Lo echaremos en falta. Era un gran hombre. —No ha sido ni la más ofensiva ni la más inspirada, pero hay veces que una frase te devuelve al presente, y es lo que me ocurre a mí.

Me pregunto por qué tiene que soportar mi madre un pésame que ni quiere ni necesita. Por qué tengo yo que asentir a lo que digan otros. Me gustaría responderle a la prima segunda que puede que fuera un gran locutor de radio, o incluso un gran hombre, depende de cada rasero. Pero que, como padre, era una miseria. Que nos abandonó en el momento más complicado y que me faltó cada maldito día desde que se fue. Me faltó él y me faltó una explicación que jamás obtendré.

Admitir algo tan grande es como terminar de amueblar tu casa nueva: todo cobra sentido. Y te sientes a gusto. Por fin comprendo qué es lo que revoloteaba dentro de mí causando tanto daño. El descubrimiento me infunde tanta energía que es como si por primera vez viera la realidad.

—Vámonos —digo de pronto—. Aquí ya no hay nadie que lo sienta, ni siquiera nosotras.

—¿Y las cenizas? —inquiere mi madre.

—Vendremos a buscarlas cuando estén listas. Yo no voy a abandonarlo, como hizo él.

¿Vamos, mamá?

Solos quedan dos grupos de gente, celebrando un reencuentro gracias a la excusa de un muerto. No hacemos nada aquí. Mi madre parece despertar del letargo en el que la había sumido tanta condolencia y revive con una sonrisa. Me coge la mano.

—¡Vamos! —Nos sonreímos por primera vez, y sus ojos se enturbian—. ¡Cómo te he echado de menos, Bruma!

«Sí, mamá, nueve años. Pero ya estoy aquí».



Soy muy consciente de que entrar en mi casa constituye otra prueba de fuego. El lugar que durante años consideré un refugio no fue más que otra cárcel donde yo misma me recluí, presa del miedo y de mi enfermedad. Lo tuve claro nada más salir de aquí y lo tengo claro ahora que regreso.

Al entrar en mi cuarto, espero que las paredes me absorban. Casi temo volver a convertirme en la antigua Bruma, despertar y que nada haya sucedido. No hay oferta en el extranjero. Continúo hibernando. Contemplo los trofeos; mi primera raqueta de tenis, apoyada en la mesita de noche; mi escritorio sin mi ordenador, puesto que lo he dejado en Eaux-Bonnes. Pero la opresión no llega. A mitad del experimento, mi móvil comienza a sonar. Solo una persona tiene este número, así que lo cojo casi con prisa y miedo porque esta realidad haya devorado a la otra y no exista. Pero ahí está, la imagen de Eric abatido en el aeropuerto. Está realizando una videollamada, de modo que lo acomodo contra el portalápices del escritorio y descuelgo.

Al instante, su expresión cauta se transforma en alivio.

—Acabo de llegar a casa. —Me disculpo por no haberlo avisado antes.

—No pasa nada. ¿Cómo estás?

Le cuento cómo ha ido todo desde que aterricé y que mi padre ya está oficialmente «enterrado», en todos los sentidos. Luego, me pide que le enseñe cada rincón de mi dormitorio. Mientras le hago el *tour*, lo pongo al corriente de por qué conservo mi casa. Me manda condolencias de Michel. ¿Leo? No, a Leo no lo ha visto aún.

Mucho rato después, mi madre me llama desde el piso de abajo y le anuncio a Eric que he de colgar.

—Vale. ¿Para cuándo te compro el billete de vuelta? —pregunta. Sugiere mañana a primera hora, hasta Toulouse. Él irá a recogerme.

—No, Eric. Acabo de llegar. Acabo de conectar con mi madre y todavía tenemos cosas por resolver. Además, no quiero dejarla sola.

Entonces, el gabacho se pone superserio. Menos mal que está al otro lado del teléfono, si no, yo me habría arrugado como una pasa.

—Bruma, vas a volver. —Suena a amenaza.

Pongo los ojos en blanco, que sé que le molesta. Que se jorobe.

—Claro que voy a volver.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—*Pourquoi?* —Toda la conversación ha sido en francés, por lo que, cuando suelta esa pregunta, casi cuela. Casi.

—Ja, ja. No caigo, francés.

—Ya caerás —promete, con un guiño macarra que me deja con la respiración acelerada.

Siempre lo he sabido

BRUMA

Durante los siguientes días, mi madre y yo no paramos de hablar. Recuperamos el tiempo perdido mientras construimos una nueva rutina. Damos largos paseos por la playa, tomamos helado en el paseo marítimo y nos sentamos a la sombra del porche a contemplar los aspersores regar el césped del jardín. No se fue de crucero, pero ha encontrado un trabajo de profesora en la universidad para mayores y parece que le gusta. Después de los días de baja por el fallecimiento de mi padre, se pide vacaciones; cuando le pregunto por qué ha hecho eso, responde con evasivas. Tengo la sensación de que se guarda algo, pero no seré yo quien precipite las respuestas. Por mi parte, le hablo del pueblo, de los curistas y del día que llegué, con todo nevado. Del frío. Aunque en ciertos momentos se me encoge el estómago, la sensación general es buena, como la de quien ha cerrado un capítulo. No es para nada de pérdida, salvo cuando me pregunta por la comida francesa. Entonces, un ramalazo de nostalgia me golpea al pensar en mis sopas insípidas y sus platos *gourmet*.

Parece que el olfato de madre no se le ha atrofiado con la distancia, porque en ese momento me pregunta por chicos, y tuerzo la boca antes de preguntarle yo por chicos.

—No salgo con nadie —contesta—, pero, de salir, saldría con hombres.

—Igual que yo —comento, pensando en Eric, pero no le digo más. A pesar de que se le cae la mayonesa y le relampaguean los ojos, lo deja pasar, pero ahí está ese brillo que creo percibir antes de que se dé la vuelta.

—Me alegro, Bruma. —Es lo único que se permite decir—. Nacho siempre será un chico sin más. Al menos, hasta que arregle sus asuntos.

No es la primera vez que me lo dice, pero sí la primera que la escucho.

—Estuvo allí.

—Lo sé. Yo le di la dirección. Necesitabais un cierre, y me arriesgué a que ocurriera allí, ya, antes de que regresaras sin haber resuelto nada y volvierais a caer en viejas costumbres.

Me pregunto si todo el mundo veía lo disfuncionales que éramos. Me imagino a todos nuestros amigos mirándonos, como quien ve pasear un gato y un ratón de la mano, y meneando la cabeza, pensando: «Ya lo descubrirán ellos solitos».

Cuando me quiero dar cuenta, ya han pasado cinco días y, aunque sé que no lo hace aposta, me siento un ratón de laboratorio por la manera en que mi madre me analiza, como si yo me fuera a derrumbar en algún momento.

—Estoy bien. —Me río y le lanzo un trapo mientras termino de secar los platos. Me resulta familiar y hogareño, una escena que nunca me permití disfrutar, obsesionada como estaba por no sentirme «sola». Antes, mi madre solo suponía en mi vida el medicamento contra mi enfermedad. Estaba con ella sin estar, demasiado preocupada por el momento en que se volvería a ir.

—¿Estás bien? —A mi madre le tiembla la voz, lo cual me lleva a preguntarme cuánto la hice sufrir. Es como si acabara de abrir los ojos después de tenerlos nueve años fuertemente apretados.

—Creo que verme cocinar te ha hecho entrar en *shock*. —Bromeo.

—Es que, es que… —su pecho se estremece— supongo que llevo demasiado tiempo

queriendo oírtelo decir. Y ahora no solo lo dices, sino que también sonríes, y caminas como si el mundo por fin estuviera bajo tus pies y no sobre tus hombros. Eres ligera como antes de que aquello ocurriera.

—Lo estoy. —Y lo digo de verdad. Soportar todo ese frío de las mañanas en Eaux-Bonnes ha dado su fruto: olvidar a mi padre. Dejar de esperarlo y mirar adelante. La expresión ilusionada de mi madre pide a gritos que amplíe mi explicación. Cojo aire antes de hablar—: Estoy procesando dos duelos, creo, porque cuando papá se fue, no lo asumí. Me quedé aquí, esperando. Simon me lo repetía y yo no lo veía, y la doctora centró sus terapias en la soledad y en Nacho, y no en la culpa que yo misma me achacaba por el abandono de papá. Solo al irme de aquí comprendí que él no iba a volver; más aún: que yo no lo iba a esperar. Supongo que por eso la noticia de su muerte no me ha afectado tanto. —Me encojo de hombros con una sonrisa sincera —. Ya me había despedido de él, mamá. Lo hice al irme a ese pueblo helado de los Pirineos, aunque ya mostraba signos antes de eso. Me rebelaba contra mi situación. Me rebelaba contra todo. El trabajo en Francia fue la vía de escape que necesitaba. Y no estoy dispuesta a retroceder.

A mi madre le cambia la cara. Creo que va a vomitar.

—Ven, creo que la que no está bien eres tú. Siéntate. —Al asirla suavemente, sus hombros me parecen de cristal. La acompaño hasta la silla de la cocina y, en cuanto se sienta, ocupo el lugar a su lado, girando la mía para quedar de frente—. ¿Es por mi padre? —pregunto con cautela, aunque siento las palabras como ácido. Sería normal que ella lo echara de menos. Al fin y al cabo, en algún momento de su vida, se amaron. Y, además, han permanecido en contacto. Eso te dificulta pasar página.

Mi madre aprieta tanto el borde de la mesa que sus uñas se vuelven blancas.

—Bruma, tengo algo que contarte. Es por tu padre, sí, pero no es lo que piensas.

—Si es por mí, no quiero saber nada más de él. Me basta con saber dónde está ahora. —Y no me refiero a la urna que permanece en la mesa del salón, sino fuera de mi vida para siempre.

—Tal vez tú no necesitas escucharlo, pero yo necesito decírtelo. Me lo prometí.

Ante eso no tengo nada que objetar. Si ella quiere hablar, yo voy a escucharla. Me armo de valor y asiento con una sonrisa.

—Dime.

—Él no se fue. Yo le pedí que se fuera. También le pedí que jamás volviera a contactarte. Y si mantuve el contacto con él fue para asegurarme de que lo cumpliera.

Asiento una vez. Es muy diferente el frío pirenaico del que me recorre en este momento.

—¿Por qué? —No me voy a ir. Voy a escuchar hasta el final. Otra muestra más de madurez por mi parte.

—Tu padre… En fin, te iba a preguntar si recuerdas el secuestro. Qué tontería, ¿no?

—Lo recuerdo. —Trato de mantenerme serena. Mi madre sigue en su mundo, buscando unas palabras que yo aguardo con cada músculo de mi cuerpo contraído.

—¿Recuerdas que no encontraron culpables? Bien, sí lo hicieron. Fue una familia quien te secuestró. Habían sido contratados por tu padre. No me preguntes el motivo, porque llevo desde entonces dándole vueltas y nunca comprenderé la razón. Creo que su popularidad había bajado. El famoso locutor de radio ya no era noticia y llevaba unos años buscando la manera de atraer la atención de la prensa. Habló de comprar un palacete y reformarlo para vender la exclusiva, de divorciarnos y volver a casarnos… pero nada de eso creaba demasiada expectación.

Nada como el secuestro de tu hija, claro. Creo que han aparecido virutas de hierro en mi saliva. No logro tragar.

—Después de que te soltaran, tardé meses en reunir todos los datos. Por aquel entonces, la

abuela todavía vivía con nosotras. Hablé con tu padre y lo amenacé con denunciarlo a la policía si te contactaba. Yo… me dio miedo lo que podría volver a intentar. Por eso se fue. Después, la abuela murió y nos quedamos solas. Tú te aislaste. Me pregunté muchas veces si había hecho bien y me planteé decirte la verdad. Finalmente, me prometí que te lo contaría cuando fueras mayor de edad, pero el momento llegó y tú estabas enferma. Temía lo que una noticia así podría provocarte.

Poco a poco, mi cuerpo ha ido perdiendo la tensión inicial. Muchas de sus palabras resuenan en mi interior, y no me resultan ajenas. Para nada.

—¿Por qué me lo cuentas ahora?

—Porque te veo bien, Bruma. Lo que antes podría haberte destruido ahora puede fortalecerte. Espero.

—Mamá, creo que ya lo sabía. —Noto que se me empañan los ojos, pero no siento pena, sino puro alivio. Como cuando la luz del sol penetró en mis ojos tras el secuestro. Intento explicárselo a mi madre—. Creo… creo que guardaba la verdad en algún lugar dentro de mí y, ahora que tú la has sacado a relucir, he desbloqueado esos recuerdos. Escuchaba a esa familia durante mi secuestro; hablaban de él, de mi padre, pero yo no hilaba. No hilé ni siquiera cuando me dejaron libre y la policía me preguntaba sin cesar. No quería hacerlo. Me daba más miedo confesar el culpable que el secuestro en sí.

—¿Cuándo te diste cuenta?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. La certeza me ha venido ahora. Creo que esa es la razón por la que yo no quería buscar culpables: porque, en el fondo, ya lo sabía. Sinceramente, me alegro de que se fuera. No hubiera tenido nada que decirle.

Cuando era pequeña, tenía un puzle al que le faltaba una pieza. Ahí permaneció durante años, sobre una mesa, inacabado. Solo cuando al fin dimos con ella y estuvo completo, pude guardarlo en un armario y olvidarlo. Eso es lo que me ocurre con la información que me ha proporcionado mi madre, que halla un lugar en mi subconsciente donde descansar y dejar de revolotear de una vez.

Por la noche, intento hablar con Eric, pero su móvil está apagado, por lo que le mando un mensaje.

Yo: Tengo algo que contarte.

Estoy durmiendo cuando me llega su respuesta. Abro los ojos en la oscuridad de mi habitación y desbloqueo el móvil.

Yeti: Mañana te llamo.

Mi estómago se contrae. Mi dedo se desliza por la pantalla, donde hay otros tres mensajes idénticos. Un poco más arriba, leo:

Yeti: Bruma, aquí estoy. Si en algún momento cambias de opinión y quieres que vaya, solo tienes que decirlo.

Ese mensaje lo recibí la misma noche de mi llegada. Después, nada. Apago el móvil, preguntándome qué ha ocurrido para que el hombre que me suplicaba venir ahora me esté dando largas.

No estoy enferma

BRUMA

Aparco el coche de mi madre en un *parking* privado. Por suerte, agosto ha llegado a su fin y la ciudad ya no es un caos de veraneantes. Mientras asciendo las escaleras hacia la ancha avenida, siento la necesidad de hablar con Eric y contarle mi loco plan, ya que a mi madre he tenido que ocultárselo. No hubiera comprendido que debo hacerlo sola. Dejo pasar los tonos y, finalmente, cuelgo. Me he detenido en una esquina y, con el móvil en la mano, reviso los mensajes, pero ninguno es suyo.

Michel: Buenos días, Bruma. Aquí, Michel. ¿Cuándo vienes?

Me nace una sonrisa sin querer. Le falta poner «*stop*» entre cada frase para que sea un telegrama. Le contesto con rapidez.

Yo: Mi, puedes escribirme sin formalismos por aquí. Incluso puedes quitar letras a las palabras. Te entenderé igual.

Yo: Estoy a punto de entrar en la consulta de mi psiquiatra. Me da mucho miedo.

Necesito confirmar que estoy completamente curada, por eso hago lo último que quiero hacer: visitar a la doctora Sinclair. Es una idea que surgió en ese pueblo y que ha ido tomando forma. Necesito saber si estoy curada, y solo existe una persona que me lo pueda corroborar. Al final, nunca terminé el tratamiento, simplemente espacié las sesiones hasta dejar de ir. Como si en el fondo supiera que la solución a mi mal no se encontraba entre las cuatro paredes de esa consulta.

Michel: Bruma, es bueno que hagas lo necesario para estar bien. Aquí te esperamos con los brazos abiertos. He movido tu coche y tu sustituta llegó. No quiere usar música para la gimnasia, pero tenemos que darle una oportunidad.

¿Quién me espera con los brazos abiertos? Eric, no. Del cubano tampoco he sabido nada, porque no tiene móvil y, las veces que he preguntado por él, el suizo no me ha contestado.

No debería molestarme que haya buscado una sustituta. Yo me fui. Y no le he dado fecha de regreso. Normal.

Llevada por la melancolía, respondo:

Yo: Os quiero.

Sonrío nada más enviarlo. Sé que, si supiera, me mandaría el icono de los ojos en blanco. Michel me pide que lo informe en cuanto haya salido.

No debería estar preguntándome por qué ha tenido que mover Michel mi coche, pero, aun así, abro el chat con Eric y le mando un audio.

—Hola. —Suspiro. Qué mal se me dan los audios, siempre me quedo trabada—. Mi madre me contó cosas sobre mi padre y ahora voy a subir a hablar con la psiquiatra en la que no crees. —Sonrío con cariño para esconder el ramalazo de nostalgia que me provoca ese recuerdo en particular, cuando se enteró de la existencia de la doctora, y a lo que dio pie—. Solo quería decirte que estoy bien, muy bien, y saber cómo estás tú.

Apago el móvil y lo guardo. Después, entro en el portal, tratando de bloquear todos los recuerdos. Dejo atrás la escalera y me dirijo al mostrador. El primer contratiempo llega cuando descubro que la recepcionista no es la misma. Obligo a mis pasos a proseguir.

—Vengo a ver a la doctora Sinclair. No tengo cita.

—¿La doctora Sinclair? Ya no trabaja aquí. —Hay algo en su voz que no comprendo, como un matiz de ofensa. Antes de que le pregunte dónde trabaja ahora, ella se inclina sobre la mesa, mira a ambos lados y susurra—: Fue cesada de la práctica médica. —Su tono denota que no es la primera vez que comparte el cotilleo, y que le encanta.

Aunque tartamudeo de primeras, no me cuesta mucho tirarle de la lengua.

—¿Qué ocurrió?

—Salió en los periódicos hace tres meses, fue un escándalo.

—He estado viviendo en el extranjero. No me enteré.

—Pues, varios psiquiatras fueron cesados por mala praxis. Entre ellos estaba la doctora Sinclair, aunque en letra pequeña, menos mal, por eso no hemos tenido tanto follón aquí.

Creo que me voy a marear. Mi madre no me ha contado nada de esto.

—¿En qué consistía esa mala praxis?

—Fundamentalmente, hacía creer a los pacientes que acudían a la consulta que estaban enfermos aunque no lo estuvieran. Utilizaban incluso métodos como…

—¿Hipnoterapia? —Creo que empiezo a hiperventilar.

—Según la acusación, estaban llevando a cabo una labor de investigación sobre el comportamiento humano. Sin el conocimiento ni la autorización de los pacientes. Al parecer, la defensa insistió en que el grupo investigado necesitaba desconocer este dato, algo imposible en caso de haber tenido que firmar un consentimiento.

»Fue un familiar de un paciente quien tuvo la sospecha y, hablando con otros familiares, decidieron denunciar. Primero de forma individual y luego, como grupo agraviado; los representó el mismo abogado. —Se detiene un momento y me mira con pena—. Si quieres, puedo darte el contacto de este.

A pesar de que escucho hasta el final, e incluso leo la noticia entera cuando me manda el enlace a mi móvil, no cala en mí.

Sin embargo, a medida que desciendo de nuevo esas malditas escaleras de caracol, la comprensión lo inunda todo. Me giro y miro hacia arriba, hacia esa puerta de caoba, y recuerdo que mi instinto me gritaba que no entrara ahí. Es curioso cómo tu cuerpo va madurando y, con la edad, aprendes a escucharlo. Sin embargo, de jóvenes somos frágiles y vulnerables. En un momento delicado de nuestra vida, confiamos en gente mala que nos puede romper para siempre. La sociedad anula nuestro criterio, y nuestra educación nos dicta desde pequeños que hemos de obedecer a otras personas en lugar de hacer caso de esa fuerza, ese instinto primario que debería ser nuestra Biblia, y no las órdenes impartidas por una autoridad con intereses personales.

Abro el móvil y escribo.

Yo: Eric, no estoy enferma. Nunca lo he estado.

Luego, lo borro. Porque él ya lo sabía. Y porque no parece que le interese, después de todo.

Es un sádico

BRUMA

—¿Y si vendemos la casa? —inquiere mi madre.

Llevamos mucho rato en silencio, contemplando cómo las cenizas se dispersan por el jardín de la casa que con tanto ahínco construyó mi padre. No puedo decir que con cariño. Creo que él jamás lo sintió por nada, pero fue un proyecto que le tomó gran parte de mi vida. Ser famoso y llevarme al estrellato por medio del tenis, también, pero la casa nos ha parecido la opción más simple; demasiado nos complicó la existencia en el pasado como para permitir que continúe formando parte de nuestro presente. Así se lo he dicho a mi madre y, en lugar de reñirme por sugerir tal cosa, ha asentido con una sonrisa. De modo que aquí estamos, mojándonos bajo la lluvia, viéndola asentar las cenizas en la tierra.

La miro con una sonrisa que imita la suya. Creo que no se nos ha quitado en la última hora.

—¿Sabes qué? Me parece una idea fabulosa.

Al cruzar la puerta de casa, me siento como si estuviera en otra dimensión, una en la que Bruma Domínguez, la tenista secuestrada, jamás ha estado enferma. Y me siento liberada.

—¿Cómo ha ido tu excursión? —pregunta mi madre.

Observo su rostro libre y emocionado, como si hubiera rejuvenecido después de nueve años, y me planteo no decirle nada porque, ¿quién querría arrebatar la luz a una estrella que por fin ha vuelto a brillar? De inmediato, comprendo que yo no puedo ocultarle algo así. No sería justo y, después del primer sofoco, sé que se va a alegrar.

—Ven, vamos a sentarnos.



—¿Vas a denunciarla? —tantea mi madre. Ya hemos superado la fase de la negación, la de la culpa y acabamos de transitar la de: «Fue porque tenía que ser» pertinente.

—Lo he pensado mucho, pero no. El único objetivo de denunciar sería que no volviera a hacerlo, y ya ha sido cesada. Su caso ya ha sido cerrado. Sinceramente, la indemnización no compensa mi tiempo entre juicios y abogados.

Mi madre asiente y, justo después, llaman al timbre de la puerta.

Debido a su trabajo, solo he visto a Simon en dos ocasiones, aparte de la del tanatorio. Esta noche se queda a cenar, una cena informal en la mesa baja del salón, sentados en el sofá y con la televisión puesta sin volumen. Simon ha traído quesadillas mexicanas y voy ya por la segunda.

Mi madre abre los ojos como platos.

—¿Estás comiendo queso? ¿Desde cuándo? —Reacciona con la misma emoción que si le hubiera dicho que hoy es mi cumpleaños. Pongo los ojos en blanco.

—Fue Eric. Me dio queso a traición. Y carne cruda. ¿Te lo puedes creer?

—¿Eric es «el hombre»? —Yo me atraganto y Simon deja su quesadilla.

—¿No le has hablado a tu madre del yeti? —me reprende, y se dirige a ella—. Ni te lo imaginas, *mylove*, con una melena rubia que ni Simba, y una mirada a lo Khal Drogo cada vez que mira a Bruma. Yo no sé cómo tu hija no se derrite, porque… ¡cómo la mira!

—Guau. Pinta bien.

Me exaspero. Mi madre se lo cree todo.

—No. No pinta bien. Es un sádico. Me obligó a contarle lo del secuestro y dijo a las claras que yo no estaba enferma, que estaba todo en mi mente. Me apretó y apretó; ha hecho mi vida un infierno desde que llegué… ¡Dijo que mis sopas son un horror!

—Qué mal… —se compadece, antes de añadir—: Aunque en lo de no estar enferma no se equivocó —lo defiende. Tener madres para esto.

—Puede incluso partir almendras con los pectorales —prosigue Simon, que es monotema, el pobre—, o con los bíceps, o con lo que sea. Vamos, ¡que si se la pones entre los dos glúteos, la tritura tanto que te devuelve una tarta de Santiago!

Dios mío. Mi madre se ríe y yo quiero estampar la frente contra la pared. La de mi amigo, claro, no la mía.

—¡Me quería echar! —le refiero a mi progenitora. Ella alterna la atención de uno a otro como si se tratara de un partido de tenis. Lo bueno es que tiene práctica. Y que se está divirtiendo—. Si hubiera sido por él, jamás me habrían contratado. Que no quería extranjeros, dijo.

—Se disculpó. Incluso te requisó las llaves para impedir que te fueras.

—Y luego tuvo la desfachatez de pedirme que me mudara a París con él, ¿te lo puedes creer? ¡Si ni siquiera me permitía hablar otra lengua que no fuera francés!

Eso los deja sin habla. Mi madre es la primera en reaccionar.

—¡Bruma! ¿Te pidió que te mudaras con él?

Simon me gira en su dirección.

—¿Por qué no me lo habías contado, *myfriend*? Vaya con el hombre de las nieves.

—Cada vez me gusta más.

Esta última ha sido mi madre. Continúan enumerando sus bondades y yo… yo no sé por qué estoy llorando. No sé por qué me estoy derrumbando. No sé por qué, de pronto, no puedo dejar de llorar ni por qué mi madre viene y me abraza mientras escondo la cara en el hueco de su hombro y, más tarde, en su pecho.

—Y no contesta mis mensajes ni mis llamadas. —Hipo.

—Me cae bien.

Me aparto como si su pecho quemara.

—¿Has oído todo lo que te he dicho? ¡Si incluso me obligó a ver *Psicosis*! —Ella sabe lo que supuso esa película para mí, fue el inicio de todo.

—Y ¿qué ocurrió? —Se preocupa.

—Pues, que… que… la vi y me ocurrió lo de siempre, volví a estar secuestrada, solo que él me sacó. Él me sacó. Fue una catarsis. Fue… —Dejo de hablar al caer en cuenta de la realidad: cada acto de Eric ha sanado algo dentro de mí. Todos esos desencuentros, con la eremofobia, el secuestro, mi aversión al queso, a la oscuridad… Eric los ha roto todos para sanarlos desde los mismos cimientos.

—Entonces, te hizo bien.

Y ahí va el gran resumen, de boca de mi madre.

—Sí.

—Y está visto que ha sido el más valiente de todos. Bruma, todo el mundo te ha tratado como si fueras de cristal. Nadie se atrevía a escarbar en tus problemas, incluida yo. Percibíamos tu tristeza y te permitíamos hundirte cada vez más. Sin embargo, él se atrevió a decirte las cosas como son. Querías que la gente te tratara de forma normal, sin ser Bruma Domínguez, la tenista secuestrada. Bien, él lo hizo.

—Le dije… le dije que no lo quería, que mis sentimientos se debían solo a mi eremofobia lanzándome a sus brazos.

Quiero cerrar los ojos y darme de cabezazos cada vez que lo recuerdo.

—Bruma, creo que tú ya sabes la respuesta. Si el abandono de tu padre ya está superado y la eremofobia también, ¿qué te impide estar con él?

Joder. El pecho me tiembla al contestar.

—¿Nada? —Y, de pronto, tengo la revelación más absurda pero la más catastrófica—. ¡Oh, Dios mío, mamá! Creo que lo he estropeado. Me pidió que me mudara con él. Me pidió casi un compromiso y yo lo rechacé. Delante de toda su familia. Lo único que ha hecho él ha sido ayudarme. Soy, soy…

—Eras, Bruma. *Eras* vulnerable y estabas confundida. Bruma, no es malo pedir ayuda. Pedir ayuda está bien. Somos seres sociables. Lo malo sería que no sintieras la necesidad de conectar con nadie, pero tú lo has hecho. Déjale ayudarte. Déjale conectar contigo.

El único aporte de Simon a mi drama interior es: «Para uno que por fin te pone la etiqueta». Y ni siquiera me sale mirarlo mal.



Durante el siguiente mes, el verano llega a su fin y el otoño entra con fuerza, mucho más frío de lo habitual. Mi madre y yo nos sumergimos en la pesada tarea de vender la casa y la posterior mudanza. Ambas estuvimos de acuerdo en que lo mejor era vender por lo bajo con tal de deshacernos de ella y poder avanzar, así que en cuestión de días todo rodó como por un suelo barnizado.

Y, sin embargo, nada cambia. Recibo algún mensaje de Michel, así como de Valérie y Claude, que ya han viajado a por su bebé, e incluso de Marise, a punto de embarcar rumbo a algún lugar veraniego, puesto que en la fotografía que acompaña su mensaje lleva camisa de flores y sombrero. En el pie dice: «Hasta la sesión que viene, *petite kiné*». Eso, junto con la carta que acaba de llegar a mi casa, con el remitente de Thermes Eaux-Bonnes, me asesta un bofetón de realidad. Se trata de mi carta de final de contrato, con todas las nóminas en su interior. Es tal el choque que, ese día, lloro. No hago nada más. Hasta que mi madre me encuentra sentada en el balancín del porche con la mirada perdida, lagrimones como pelotas de tenis cayendo imparables por mis pómulos y el finiquito sobre mis piernas dobladas.

Deja a un lado la pistola de embalar antes de sentarse junto a mí, lee la hoja y se limita a cogerme la mano. Yo apoyo la cabeza en su hombro y respiro hinchando el pecho en profundidad. No sé cuánto tiempo pasa, pero se produce un cambio. Es lo que tiene la vida, que cambia. Cambiamos de hogar, cambiamos de trabajo, cambia nuestro interior y nuestros anhelos. Y, de pronto, un día te das cuenta de que lo que funcionaba antes ha quedado en el pasado. Es hora de cerrar los ojos, preguntarte qué quieres y escucharte desde el corazón.

Mucho, muchísimo tiempo después, me giro para buscar los ojos tranquilos de mi madre.

—Mamá, creo que me voy.

—Ya lo sabía.

Ese abominable me va a escuchar

BRUMA

El problema es que, hasta que no se tramita de manera oficial la venta, no tengo posibilidad de moverme. Entre las dos citas para ver la casa, la reunión para ponernos de acuerdo y la cita con el notario, transcurre otro mes. Estamos en octubre. ¿Cómo hemos llegado a esto? Nos hemos limitado a dejar lo importante en un guardamuebles. Mi madre ni siquiera tiene casa. Literalmente. Hemos parado el tiempo con las manos.

—Esto es más importante —decidió mi madre, al salir del notario.

—¿Por qué?

—Porque llevo días vigilando las predicciones del tiempo en el Pirineo francés y amenazan lluvia y nieve en cotas bajas. Si quieres ir, tenemos que ponernos en marcha ya.

Por eso me encuentro en el interior del coche, con mi madre de copiloto. El maletero, en lugar de ir vacío, para rellenarlo con las cosas que dejé en Francia, va repleto de más y más ropa. Conduzco en dirección a Eaux-Bonnes; allí encontraremos a ese impresentable.

Tanto suplicarme que regresara y resulta que quien se ha echado atrás ha sido él.

Seguramente la distancia ha puesto las cosas en su sitio. Me dirá que fue un error, que no me quería tanto como dio a entender y que puedo volver por donde he venido. Pero me lo dirá. A la cara. Vaya si lo hará. Otra opción sería de cobardes.

Y yo le diré que lo amo. A la cara. Porque tampoco soy una cobarde. Y que haga con esa información lo que le plazca.

Así que aquí estoy, conduciendo de nuevo, al igual que hace casi ocho meses. La misma carretera, las mismas indicaciones en los carteles azules. Dirección: Francia. Sin embargo, todo es distinto. Una cosa es huir y otra, caminar hacia delante.

Eso es lo que estoy haciendo ahora, iniciar un camino. Y ocurre como la primera vez: no veo el final. La diferencia es que ahora lo espero con cierta paz interior y la mente (y el corazón) abierta, mientras que antes, no.

Tenía que poner las cosas en orden si quería avanzar.

—¿Qué anuncian sobre la tormenta de nieve? —Le pido a mi madre que revise las previsiones por cuarta vez en una hora. Y es que la lluvia y la nieve previstas se han convertido, en cuestión de dos días, en: «Se avecina un temporal», que, según dicen, va a enterrar toda Europa bajo una capa de hielo y agua.

En lugar de dirigir la vista al móvil, ella la clava en el cielo.

—Compruébalo tú misma.

Como si la hubiéramos invocado, un relámpago raja el techo de nubes negras que nos persigue desde que dejamos atrás Huesca y la tormenta comienza a descargar sin previo aviso, con furia. Después de asustarnos juntas y de contemplar en silencio la fuerza con la que el agua choca contra el cristal, activo al máximo el limpiaparabrisas, enciendo los faros antiniebla, agarro fuerte el volante y aseguro:

—Vamos a llegar. Distráeme.

No le digo que todavía nos queda lo peor: el puerto de montaña. Y que, si aquí caen como puñales, no puedo imaginar lo que nos espera a mil ochocientos metros.

—Entonces, ¿el hombre es guapo? —inquiere mi madre, con tono firme, el cual deja

entrever que una pequeña tormenta no la va a echar atrás y que estamos juntas en esto.

—Buen tema de conversación. —Me río.

—¿Entonces?

Joder, mamá. Te vas a caer de espaldas cuando lo veas. Igual que hice yo. Ya se lo he contado, así que me limito a reprimir una sonrisa.

—Sí. Pero no sabe jugar al tenis.

—Ya le enseñarás.

—Bueno, en realidad sí sabe jugar al tenis. De hecho, juega bastante bien, pero jamás lo reconoceré delante de él.

—Te guardaré el secreto.



Nada más cruzar la frontera, detengo el coche en el puerto del Portalet. Cojo ropa de abrigo del maletero intentando no mojarme demasiado, enciendo la calefacción interior del coche e inicio el descenso desde el puerto, explicándole a mi madre el significado de cada señal de tráfico que el temporal nos permite vislumbrar. Derrumbe. Ganado. Precipicio. Nieve. Aquí, un semáforo colgado de la montaña. No le cuento que en este mismo sitio, una vez, casi tiré la toalla. Que una ranchera con poca paciencia me salvó del inframundo con su claxon.

La nieve no ha llegado al pueblo ni ha sepultado su carretera en zigzag. Por suerte, hemos escapado del temporal, lo que nos permite ascender sin mayor contratiempo que algunos riachuelos fluyendo por los bordes del asfalto, y que indica que aquí la tormenta llegó hace tiempo. La temperatura baja repentinamente y el aire que se cuela por las rendijas de las ventanillas huele a montaña, abeto y humedad. Al traspasar el cartel de: «Bienvenidos a Eaux-Bonnes», y a pesar de la lluvia, que aquí cae más floja, me animo. Reduzco la velocidad y voy señalando a un lado y a otro de la plaza.

—Mira, ahí está el casino. Es lo primero que se construyó en el pueblo después del balneario, pero lleva tiempo cerrado porque lo gestiona el alcalde, que me tiene manía y siempre está intentando multar mi coche solo por ser español.

—¿No te preocupa haberlo dejado tantos meses aquí?

—No, qué va. Eric y Michel se habrán encargado de que no le pase nada, seguro. Y mira, esa es la *crêperie*. Tienes que probar la *andouille*, que se parece al jamón. Pero has de pedir *une galette*; si pides *une crêpe* te lo pondrán con azúcar glas. Y mira, eso que domina la plaza es la fuente. Ahora está apagada para que no se congelen las tuberías, pero en verano los chorros llegan hasta la línea de los tejados y los perros y los niños se bañan en ella. También monsieur Ritz, que lo vi un día, pero no he dicho nada porque sé que necesita ahorrar agua. Por esa *promenade horizontale* que se mete por el recodo y parece salir del pueblo di mi primer paseo con raquetas de nieve en los pies. ¿Te imaginas? Nunca me hubiera imaginado utilizar mis queridas raquetas para otra cosa que no fuera golpear la bola, y resulta que me las puse en los pies.

Río con abandono sin percatarme de la mirada conmovida de mi madre; estoy demasiado ocupada flotando en una nube. No era consciente de lo mucho que echaba de menos este lugar. Cada rincón posee un significado. Incluso alguno que no le cuento a mi madre. Ahí es donde Eric me cogió la mano por primera vez a la vista de todos, en medio de la plaza. Por ese precipicio se lanzó el cachorro de la hija de los dueños del hotel y Eric tuvo que precipitarse barranco abajo a por él, y lo salvó. Por esta esquina de aquí…

—Mira, mamá, las termas. Y la *boulangerie* está justo al lado. Qué raro que esté cerrada,

todavía es *l'après-midi*.

Tampoco encuentro la ranchera, pero sí el coche de Michel aparcado junto al mío. Un ramalazo de desazón me recorre al ver que son los dos únicos vehículos en toda la plaza, como cuando llegué en el mes de marzo. Ya no hay autobuses cargados de curistas, ni matrículas de otras nacionalidades. De pronto, entiendo que el pueblo que va a ver mi madre dista mucho del que le estoy describiendo.

—Cuando la temporada cesa, esto se vacía un poco, pero en temporada alta tendrías que verlo. El alcalde tuvo que colocar una carroza atravesada en la entrada del pueblo porque ya no cabía más gente el domingo de la Fête des Fleurs.

—Es precioso, Bruma. —Mi madre no ha dejado de sonreír en ningún momento.

Su evidente cariño por mi pueblo me anima. Y la anticipación burbujea en mi estómago.

—Ven. Voy a presentarte a Eric. Agárrate.

Esto cierra durante el invierno

MICHEL

Algo sucede en el aparcamiento. Llevo tantos días sufriendo alucinaciones en las que Leo vuelve y nada ha pasado que, al principio, interpreto el sonido como otra mala pasada que me juega la bruja de mi mente. Sería comparable a un sediento en pleno desierto teniendo espejismos con chorros de agua. Hasta que escucho su voz. Me muevo tan rápido que el sofá entero emite un quejido. Normal, después de tantos días aquí tirado, como si me hubiera propuesto matarlo de asfixia bajo mi peso. Desciendo las escaleras desde el tercer piso deprisa, aclarándome la voz. Me estiro la camisa con calma justo antes de alcanzar la entrada del portal, donde me detengo. De inmediato descubro a Bruma lanzando un puñado de piedrecitas hacia la ventana del yeti… digo, de Eric. Ah, no, lo he dicho bien. Lo está llamando «yeti» bajo la tromba de agua, que no cesa desde hace tres días.

Bruma no es Leo. No es un chorro de agua fresca brotando de un manantial en el interior de la montaña. Pero me sirve.

—¿Y no sería más fácil llamar a su timbre? —propongo. Sus ojos me encuentran. Brillan.

—¡Michel!

Jamás nadie se había alegrado tanto de verme. Sin ningún tipo de aviso, la tengo enroscada en torno a mi cuello. Nunca me había emocionado tanto que mojaran mi ropa.

—Buenos días, Bruma. Te echaba de menos. —Le doy dos palmadas en la espalda.

Ella se separa de mí con una sonrisa perlada de gotitas de agua.

—Quería hacer una entrada triunfal —confiesa entre risas, antes de volver a abrazarme—. Deja de ser una plancha y dame un beso por la izquierda, francés.

—Suizo —la corrijo. Carraspeo al denotar la presencia de la mujer que nos observa bajo un chubasquero amarillo. Es la madre de Bruma. No hay duda. Misma melena marrón chocolate cayendo por los laterales, el mismo contorno de la cara en forma de corazón, y esa mirada que, adivino, suele ser cautelosa, aunque más curtida, y que en estos instantes se muestra agradecida y fascinada por lo que ve—. Buenos días, *madame*.

Bruma hace las presentaciones y yo le tiendo la mano, pero, para mi sorpresa, la mujer me abraza y me da un apretón caluroso. Ahora sí que estoy mojado del todo. Meneo la cabeza. Estas españolas impulsivas.

—¿Dónde está Eric? —Bruma se frota las manos, con esos ojos de otoño iluminado.

Y es que el frío ya ha llegado a este lugar, al mismo tiempo que todo el mundo se iba. En breve, anochecerá, y el paisaje inhóspito se tornará casi insoportable. Solía gustarme esta fecha, cuando me quedaba como único habitante; como el dueño absoluto de las montañas y del pueblo. El frío y yo, echándonos un pulso amigable. El frío y las tormentas de lluvia. El frío y las tormentas de nieve. Montañas de nieve amontonada y las máquinas quitanieves sin venir, las calles cerradas a cal y canto. Y mi casa, mi salón enano, mi chimenea encendida contra la inmensidad de la noche. Todo eso ocurrirá dentro de pocos días. El pueblo se cerrará por precaución. ¿Qué hacen aquí estas dos mujeres, sin ni siquiera víveres para aguantar todo el invierno?

¿Qué hago *yo* aquí?

No sé por qué este año es diferente. Tal vez porque, hace trescientos sesenta y cinco días,

cuando por primera vez la perspectiva de la soledad invernal no me resultaba tan atractiva y barajaba irme, Eric de Sauternes apareció para ocupar la *boulangerie* deshabitada. Los pormenores logísticos de las termas dieron lugar a muchas tardes de ordenadores encendidos en esa mesa, que me mostraron por primera vez lo que supone un invierno templado por el calor de las conversaciones. El pecado es mío por haberme imaginado otro invierno similar, aunque, en lugar de estudiando libros de contabilidad en compañía del dueño del balneario, haciendo naderías en la del cubano. Porque, ¿adónde iba a ir «el menda», como dice él?

Pues, se fue.

Y ahora, aquí está Bruma, a las puertas de quedarse atrapada en el pueblo cuando llegue la nieve, nos sepulte y mi amiga comprenda en todo su esplendor el significado de la palabra «soledad».

—¿Por qué no subimos? —propongo a las dos mujeres—. Tengo chocolate caliente.



—No está —adivina, como si la tensión le hubiera explotado ahora que estamos solos. Su madre, al ver que la conversación iba a ser seria, ha comentado que se encontraba cansada y ha subido a mi habitación a tumbarse un rato mientras yo encendía la calefacción de su piso para que se caldeara con vistas a la noche.

Frunzo el ceño mientras remuevo mi cacao con cuidado, eligiendo mis palabras. Solo que, el día en que supe que era adoptado, me prometí que siempre diría la verdad (no una verdad a medias, sino la verdad completa, y que cada uno haga con ella lo que le parezca), y aprendí que no existe una manera amable de decir las cosas.

—Bruma, dos días después de que tú cogieras el vuelo, Eric se tuvo que marchar de forma urgente. ¿No te ha contado… nada?

La miro, esperando que confirme o desmienta, pero Bruma está perdida en sus pensamientos. Lleva mareando el cacao desde que se ha sentado en el sofá.

—No.

Recalculo el rumbo de la conversación. Eric recibió una llamada de su hermano; era una emergencia, y me consta que, desde entonces, ha permanecido enclaustrado en un hospital. Lo que no me cuadra es que no le haya contado nada a Bruma. Lo que sí sé es que, si él no lo ha hecho, no lo voy a hacer yo. Una cosa es ser sincero y otra, meterse en medio de una relación y liar las cosas todavía más.

—Tuvo que subirse a un avión. Dejó aquí todas sus pertenencias y su ranchera. —Es lo máximo que voy a desvelar, y ojalá saque sus propias conclusiones—. Luego, en septiembre, cuando tu contrato finalizó, volvió y lo recogió todo, incluido su coche. Solo sé que regresaba a París, nada más. No pude hablar con él porque era la última semana de cura y yo estaba muy ocupado cerrando contratos y clientes. Todo ocurrió mientras yo estaba en las termas.

—¿Vino alguien a por él? ¿Por eso se fue de manera tan urgente? —Presto mucha atención. Creo que me está preguntando por Emerson.

—No. Se fue después de recibir una llamada telefónica.

—¿No ha dicho cuándo va a regresar?

Dudo, pero… Sinceridad, Michel.

—No. Pero no creo que sea antes de marzo, como pronto. Ya sabes que el pueblo queda incomunicado durante el invierno. De hecho, quería prevenirte: Eaux-Bonnes está por cerrar. Es un milagro que no cortaran la carretera cuando comenzaron las lluvias, Bruma. Si no queréis quedaros atrapadas, será mejor que os vayáis mañana mismo.

—Así que ahora estará en La Abadía —comenta ensimismada, como si yo no hubiera nombrado la inminente clausura del pueblo.

Sí. Y mañana mismo sería un magnífico momento para que saliese de aquí disparada en dirección al norte. No se lo digo, a la espera de que llegue a esa conclusión ella sola.

—¿Dónde están todos? ¿Dónde está Leo? —pregunta de pronto, como si despertara y fuera consciente de dónde se encuentra.

—Tras la cura, el pueblo se vacía entero.

—Hablé con Cloé para preguntarle por *grandma* y me dijo que estaban en Marsella.

—Lo hacen así cada año. Por eso Eric se mudó al apartamento 2B cuando comenzó la cura, porque ellas regresaron y él tenía que desocupar su vivienda. Valérie y Claude han viajado a China. Todos los empleados de las termas cogen vacaciones ahora.

—Cuando has dicho que se vacía entero, pensaba que era un eufemismo.

—Ojalá. Bruma, este pueblo es un lugar de verano. No es nada recomendable quedarse aquí. En cualquier momento un alud de nieve puede sepultar las casas y nadie se enterará hasta que no llegue el mes de febrero, que es cuando la nieve da un respiro y se puede acceder.

—¿Y Leo?

Es la tercera vez que lo pregunta. Me da que, ahora sí, voy a tener que contestar.

—Se fue. —Me encojo de hombros, aunque el simple gesto duela—. ¿Qué esperar de un tío que ya ha huido de dos países con pasaporte falso? No puedes pensar que se enfrentará a un invierno crudo a tu lado.

De mi cuerpo sale un bufido y miro a otra parte. Hasta que una mano pequeña y cálida se posa en mi antebrazo y encuentro sus ojos encharcados de comprensión y empatía. Un suspiro que no sabía que me ahogaba sale expulsado de mi interior.

—Vino mi prima. Nos pilló por sorpresa.

Le cuento acerca de la entrevista, los besos, las caricias y, finalmente, la visita de Mélanie, que lo desbarató todo antes de que empezara. Le cuento que la vi emocionada; a Leo, algo confundido al principio, pero sin dejar de responder cada una de sus preguntas, segundos después.

—¡Estás aquí! ¡Por fin! —Mélanie lo recibió con entusiasmo—. No me puedo creer que seas tú en carne y hueso. Qué ganas tenía de tocarte… Dios, eres más guapo en persona que en la pantalla.

—Tú también. Y qué… qué sorpresa. ¿Qué haces aquí?

—Me ha pedido Michel que viniera a por ti, ¿no te lo ha dicho? Pensé que seguías en España, tal como me dijiste.

Para ese momento, yo ya había avanzado por el pasillo. Me sorprendió que Leo le hubiera dicho tal mentira. Y comprendí que él no quería ser encontrado. Mi sentimiento de culpabilidad creció a pasos agigantados. Por haberme enamorado del novio de mi prima. Por estar traicionándola a ella. Pero, sobre todo, por estar traicionándolo a él.

Observé a ambos en el centro del salón. A Mélanie, muy cerca de él, desplegando todo un arsenal de coqueteo que yo ya conocía, y a Leo, también de pie, a dos pasos de la puerta, con la mano apoyada en el sofá, como si no se atreviera a ir más lejos. Y me pregunté por qué no avanzaba, por qué no se abalanzaba sobre ella y abandonaba esa pose defensiva. ¿Por qué no se abalanzaba sobre ese contrato que le haría rico?

En cuanto la primera me vio, hundió la nariz en mi pecho y me abrazó con un chillido, tan dramática como siempre. Tan dramática como bonita, la verdad, con esas facciones más que armoniosas y la boca amplia. Estaba seguro de que Leo me agradecería el favor más tarde,

aunque eso implicara que yo muriera de una sobredosis de celos. De pronto, tuve claro que prefería no verlo.

—Me voy a dar un paseo, así os dejo que os conozcáis.

Salí al rellano y cerré la puerta. Esperé el ascensor sintiendo dolor de tripa. Me extrañó escuchar pasos rotundos por el pasillo.

—¿Qué haces? —me acusó Leo. Me resultó extraño que no me llamara «papi» o «amigo». Estaba enfadado de verdad, y por primera vez—. ¿Me dejas solo con ella? ¿Después de lo que ha pasado entre nosotros? ¿Esto es una manera de evitarme o qué?

Decidí encararlo con la verdad.

—¿Chateabas con Mélanie porque te gustaba o solo para conseguir la nacionalidad?

—¿Qué más da? Ya está aquí, ¿no? Está hecho. Ahora solo queda ir a por ella, porque eso es lo que quieres, ¿no? Que la bese como te he besado a ti y nos vayamos y te dejemos tranquilo de una mísera vez. No puedes entender que alguien te quiera a ti, ¿no? Pues, ale, ya lo has conseguido, amigo; solo te pido que la próxima vez avises. Podría haberme pirado sin que me arrojaras a los lobos.

Esa última frase me provocó mareos.

—Sí que da. Me has preguntado qué más da; pues, sí que da, claro que da. ¿Te gusta Mélanie o solo la querías por la nacionalidad? —insistí.

—Ahora nunca lo sabrás. Chao, *pescao*. —Al darse la vuelta, sacudió la mano, con ese gesto suyo para restar importancia, que me ponía enfermo—. Disfruta del paseo, que yo voy a disfrutar…

Me imaginé girándolo bruscamente por el brazo y metiendo mi lengua en su boca, acto que se quedó ahí, en mi imaginación. Para cuando la alucinación pasó (porque en mi mente no quedó en un simple beso), yo estaba solo, y al otro lado de la puerta entornada no se oía nada. Sin saber qué demonios hacía, me encaminé hacia ella y me quedé en el umbral. La opción de largarme y que ahí dentro ocurriera lo que tuviera que ocurrir me destripaba, así que me asomé y me quedé quieto, a la escucha.

Leo se estaba sincerando.

—Pero, pensaba que me querías —le dijo mi prima.

—Nunca te quise, mami, las cosas claras. Quiero a otra persona, aunque está visto que para él no significo nada. —Mi prima se volvió hacia la puerta con cara de horror y entendimiento—. No fue así cuando llegué. Mi intención era conocerte y, tal vez, llegar a más, pero ahora voy a tirar por libre. Sin embargo, aquí, en mi corazón, te agradeceré siempre tu ayuda, Mel.

La besó en el pelo antes de recoger su macuto y salir por la puerta. Ni una sola mirada. Ni un roce al pasar. Nada.

—¿No lo frenaste? —pregunta Bruma, sacándome de aquel momento en que todo se jodió. Parece curiosa, pero no hay censura en su mirada. La miro de reojo, inundado de vergüenza, tal como mi prima auguró.

—No. Yo… no lo hice.

Después de que Leo saliera del piso, Mélanie fue la primera en reaccionar.

—Michel, ¿qué has hecho?

Solo entonces me di cuenta de que mi prima sabía que Leo hablaba de mí. Yo sentía cosas por su novio. Traté de disculparme, pero, para mi sorpresa, se plantó delante de mí, tal como su madre hacía cuando yo era pequeño.

—Ve a por él.

—¿Cómo?

—Es evidente que estáis enamorados. ¿Vas a dejarlo ir?

—Mélanie, no sé qué crees que has visto, pero tú no lo conoces. Leo está muy confundido. Cree que siente cosas por mí, pero es imposible. ¡Si jamás había besado a un hombre! Es evidente que solo busca explorar, y yo no tengo edad para que exploren conmigo.

—Tienes razón, no lo conozco. Pero te conozco a ti. Y ¿sabes qué, Mi? No sé cómo lo haces.

—¿Cómo hago el qué?

—Eso de sabotearte. Convencerte de que los hechos ocurren de manera que favorezca tu aislamiento. Es mejor para ti pensar que él no te merece, así te quedarás solo. Tal como naciste. —La vi pasar por mi lado con prisa.

—¿Adónde vas?

—A por él, por supuesto. A no ser que prefieras ir tú. Sé que él querría que fueras tú.

Si la opción de ir tras él había existido, murió en ese momento. Yo no lo merecía. Después de todas las penurias que Leo había pasado en la vida, necesitaba alguien con el mismo arrojo que él, que lo amara sin reservas y que no lo traicionara a la primera de cambio.

—¿Mélanie fue a por Leo? —indaga Bruma.

Está preocupada por el cubano y, al igual que me pasó a mí, respira con alivio cuando le digo que mi prima se hizo cargo de él. Aunque, sinceramente, ni siquiera creo que lo necesitara.

—Y ¿cómo estás tú?

—Mejor sin él. Tú no lo sabes, Bruma, pero fui un adolescente insufrible. Tenía rabia dentro desde pequeño y le hice la vida imposible a mi madre. Me prometí no volver a descontrolarme así jamás y no paré hasta lograrlo. Leo ha sacado a esa persona visceral que me juré no ser, y no me gusta. Yo estoy mejor sin él y él está mejor sin mí.

—No creo que él esté mejor sin ti.

—Lo lancé a Mélanie sin contemplaciones, por eso se fue. Lo traicioné. Créeme, está mejor sin mí.

—¿Visceral o pasional?

—¿Cómo?

—Dices que Leo ha traído de vuelta a esa persona visceral, pero yo en vosotros veo pasión. Tal vez te estás confundiendo.

—¿Qué quieres decir? —Me revuelvo.

—Si algo he aprendido en los últimos meses es que las cosas no son blancas o negras, Michel. No sé, todo lo que dices suena a excusa para no tener que cambiar. Sé algo de eso, no te creas. Pero podrías buscar un equilibrio. Ni un ermitaño ni aquel adolescente descontrolado. Tal vez solo te permites ser *tú* cuando estás con Leo.

Una inundación, dos bandos y un traidor

BRUMA

—Michel, todavía estás a tiempo. ¿Estás seguro? Una cosa es que yo siga mis locos impulsos y otra es arrastrarte a ti. Me siento mal.

Algo me ha despertado a las cuatro de la mañana, y no era el granizo golpeando los postigos de mi piso. Llámalo intuición o locura, pero la boca de mi estómago echaba fuego y en mi cabeza una flecha apuntaba en una única dirección. No tenía que hacer las maletas, ya que no las había sacado, pero sí he tenido que despertar a mi madre. Ha bastado una frase: «Me voy», y se ha levantado sin exigirme más explicaciones, como si no las necesitara porque su instinto de madre se lo ha dicho todo.

Al ir a llamar a la puerta de Michel, este ha abierto y ahí estaba, vestido y con una maleta en la mano. Venía conmigo. Me ha ahorrado suplicarle que me acompañara.

Pero ahora que ya estamos con un pie fuera del pueblo, me sabe mal arrancarlo de la paz que el invierno le puede ofrecer.

—Ya tengo todas mis cosas en tu maletero. No hay vuelta atrás. Por primera vez en seis años, el pueblo se queda vacío del todo.

No parece muy apenado, sino todo lo contrario. No puedo evitar estremecerme al pensar en Michel aquí solo, encerrado durante meses y meses, como único custodio de las tres cumbres que rodean Eaux-Bonnes, desafiando al frío y a la soledad, mientras que yo luchaba por lo opuesto. Dos almas antagónicas que se han unido y, por primera vez, deciden lanzarse a la aventura y romper con unos hábitos que las han dañado.

—Está bien. Pero sabes que Leo podría estar en cualquier punto del mapa.

—No quiero encontrar a Leo. Esté donde esté, está mejor lejos de mí. Solo quiero poner distancia con ese salón donde todo ocurrió. Si me quedo aquí, me volveré loco de tanto pensar. Y te recuerdo que Eric también podría estar en cualquier parte. Y te recuerdo además que posee experiencia probada en esconderse de mujeres.

Tiene razón. Viajo al norte solo porque es el único lugar, aparte de este pueblo, que conozco de él, pero es muy improbable que lo encuentre allí.

—Seguro que dais con él. Te propuso vivir juntos. Eso no se diluye de la noche a la mañana —intenta animarme mi madre. Estamos en medio de la plaza, los últimos tres seres humanos. Ella se va en su coche en dirección sur, y Michel y yo, al norte. Y, a pesar de que ella basa sus afirmaciones en un comportamiento humano lógico, lo cierto es que Eric ya se escondió en el pasado de otra mujer. Decirle esto a mi madre no la tranquilizaría.

Algo ocurrió anoche cuando entramos en mi apartamento. Mientras ella se maravillaba del nido de ácaros y del papel pintado en las paredes, yo me puse a recoger mis pertenencias. Estaba agotada y Eric no estaba en el pueblo. El viaje había sido una idea pésima y yo no sabía cómo continuar. Mi madre me preguntó algo desde el salón. Cuando fui, descubrí mi calendario colgado detrás de la puerta. A medio tachar. Mi madre señalaba un día a mitad de junio.

—¿Qué pasó ese día? —preguntó. Era el último que tenía una cruz. Los demás lucían limpios de la lacra del rotulador.

No me costó mucho recordarlo.

—Ese día, nada. Al siguiente tuve mi primera cita con Eric. Supongo que se me olvidó

tachar a partir de ahí.

Mi madre alcanzó el rotulador y rodeó el número con una flor.

—Supongo que dejaste de ver pasar la vida y comenzaste a vivirla. —Se giró con las mejillas encendidas—. Tengo que conocerlo, Bruma.

A mí, al contrario que a ella, darme cuenta del asunto me provocó nostalgia. Después, el inevitable repaso por cada momento vivido junto a él se fue empañando de tristeza y, después, de rabia.

Estoy enfadada. Muy enfadada. La ira es lo que me ha hecho saltar de la cama a las cuatro de la mañana.

Mientras que Michel solo escapa de un hogar que se le iba a caer encima por tanta culpa como pesa sobre el tejado, yo lo hago para obtener una explicación. Y decirle cuatro cosas, de paso, porque, cuanto más rumio su comportamiento, más me convenzo de que no, las cosas no se hacen así. Uno no puede desaparecer en un vacío sideral pretendiendo que lo dejen tranquilo. Si tienes el valor de declararte y la poca vergüenza de organizar la vida de otra persona (delante de tu propia familia, además), luego das la cara. Por lo menos, la esperas mientras entierra a su padre, no desapareces como un mago tras una bomba de humo, sin contestar ningún mensaje. Me merezco una explicación y la voy a tener.

Si algo he aprendido es que no voy a pasar otros nueve años esperando. Ni siquiera un minuto más. Lo encontraré, obtendré mi explicación y regresaré a mi país con la conciencia tranquila.

Una cosa es decirlo y otra, hacerlo. El viaje desde los Pirineos Atlánticos hasta la región de Isla de Francia se me hizo mil veces más corto la otra vez. Para empezar, no tenía que preocuparme por la tormenta torrencial que nos pisa el guardabarros trasero, como un tsunami que avanza impenitente. Para continuar, en aquella soleada escapada yo iba distraída con sus pullas y cada tontería que salía por su boca para hacerme reír. Además de que no tenía plena consciencia del propósito; me limitaba a viajar, a reír, a vivir a su lado. Nada importaba.

—¿Qué piensas? —La voz de Michel me saca de mis cavilaciones. Por el retrovisor veo que la masa de nubes está más negra y más baja. Pronto descargará sobre nuestras cabezas. Parpadeo varias veces.

—Nada.

—Algo pensabas. Estás a punto de hiperventilar. ¿Quieres que conduzca yo?

—No, es que… lo echo de menos. Lo he echado de menos desde que nos separamos en Orly, y no es debido a la eremofobia. Primero, porque resulta que no la padecía, y segundo, porque he permanecido acompañada en todo momento y, aun así, me ha faltado.

—Lo cual quiere decir…

—Que es una putada darme cuenta ahora de que todo el tiempo, mientras estaba con él, era su compañía en particular la que deseaba, y no la de cualquiera, en general. —Lo miro de reojo, sintiéndome peor por momentos—. Una de las razones por las que lo rechacé fue porque él era el único que me había brindado su compañía con tarifa plana. Él parecía querer estar conmigo a todas horas, no se cansaba, y yo lo acepté por mi enfermedad. Eso es lo que creí.

—Yo siempre os vi felices juntos. Discutiendo, riendo; incluso cuando os pegáis y lanzáis piedras a paladas lo hacéis de un modo… así, ya sabes…

—¿Así, cómo?

—Con cariño, con amor, con el único afán de cuidar del otro porque es lo más importante para ti. Y si el otro necesita que hagas una tontería para que se sienta mejor, la haces.

El resto del camino me mantengo callada y me dedico a pensar, pero no demasiado, o me

estallará la cabeza y sería una guarrada limpiar la tapicería.

Y, si ya estaba nerviosa cuando conducía en línea recta por la A10, en cuanto cojo el desvío hacia Yvelines y la carretera se vuelve estrecha, flanqueada de campos verdes, las dudas atan un nudo fuerte en mi estómago. Michel, que parecía buscar conversación a cada rato, permanece en silencio, y lleva el mismo tiempo que yo intentando esconder su cara de susto. Normal, es que hemos dado un salto. Del refugio helado pero seguro que nos ofrecía el Pirineo hemos aterrizado en lo desconocido y ya no podemos retroceder.

Solo queda seguir adelante.

Tampoco hemos previsto alojamiento. Cuando Michel se ha enterado, hace más o menos trescientos kilómetros, de que yo carecía de plan de hospedaje, se ha puesto blanco, pero después ha reaccionado riendo flojo, luego más fuerte, y a mí se me ha contagiado la histeria hasta que hemos tenido que parar y, de paso, airearnos, aunque ambos llevamos todo el viaje fingiendo de lo lindo que no nos hace falta. Sin embargo, ya no quedan fuerzas para fingir nada cuando atravesamos el pueblo, ni cuando hallamos la carretera del pantano bloqueada por una gran pala excavadora. Esto no estaba la otra vez, ni tampoco estaba todo el camino embarrado con esos charcos arcillosos que parecen lagunas, y que harían patinar mi Clio de pasar por encima.

Más allá de la carretera que linda con el bosque, varios vehículos se afanan en desenterrar el camino. Los pitidos de las máquinas reverberan por todo el pantano, junto con los gritos humanos dando órdenes. Aquí está pasando algo gordo.

—¿Qué es esto? —inquiere Michel.

—No lo sé, pero parece una emergencia.

—Tiene pinta de que el pantano se ha desbordado. Menuda locura. Ahora comprendo la expresión «empantanado». —Al mirar hacia donde señala, descubro que tiene razón. Las pozas, que en verano reflejaban mansas la luz del sol, han quedado sumergidas bajo la crecida, y la gran masa de agua danza en remolinos que chocan entre sí, originando oleaje. Los árboles y arbustos que hace tres meses mostraban su tronco ahora están sumergidos—. Mira allí. Hay un montón de gente trabajando. Parece que están montando un dique para contenerlo. Del otro lado deben de estar creando un cauce para evacuar el agua.

Tiene sentido. Entiendo que, de no frenar la crecida, el agua anegará el pueblo entero.

—Esa es la carretera que une la granja, el castillo, y que se dirige a La Abadía —le explico, rescatando lo que me contó Eric al llegar. Un destello me hace mirar por el retrovisor—. Aunque me temo que tenemos otro problema más urgente. Un coche rojo nos persigue desde hace rato. Está haciendo señales con las luces. Me preocupa. Mira, acaba de salir una chica de dentro.

—Abre mi ventanilla, pero cierra las puertas, por si acaso —me advierte, vigilando a la intrusa por su retrovisor. Me reiría de su desconfianza si no fuera porque la sonrisa radiante de la chica, cuando se agacha junto a la ventanilla, me inquieta.

—Buenas tardes. He visto el coche español y he pensado que tal vez eres la española de Eric. Bruma, ¿verdad? —Guau. La locura de que me haya estado persiguiendo solo por la matrícula queda eclipsada por su acento: ha pronunciado mi nombre a la perfección. Sus ojos grandes y expresivos recaen sobre Michel, con curiosidad—. ¿Y tú quién eres?, ¿su hermano? No puedes ser su novio, digo, su exnovio, ¿no? A ti no te tengo ubicado.

Por un minuto, parece agobiada.

—Soy Michel Noser, director de las termas de…

—Oh, eres *ese* Michel. He oído hablar de ti. Yo soy Julie, Julie Dufresne. Vivo en el castillo. Mi… eh… prometido… puf, qué raro se me hace… es el dueño. ¿Os apetece un café en

el castillo?

—No veo cómo. —Señalo el tinglado de gente, máquinas, barro, agua y, sobre todo, el batallón de nubes que nos ha alcanzado y pende sobre nuestras cabezas, y que amenaza con descargar de un momento a otro.

—Oh, sí. Por eso te hacía señales con las luces. Hay que aparcar al principio del camino y hacer el resto andado. Venid.

Bueno, me alivia que sus aspavientos se deban a un motivo, y termina de ganarme cuando, después de aparcar los dos coches junto a la fachada de la última casa, comienza a hablar en un español excelente mientras caminamos. Me alucina verla contonearse sobre estas arenas movedizas con tacones rojos de diez centímetros, mientras que yo me peleo con mis deportivas. Y, si ya me gustaba antes, se convierte en mi mejor amiga cuando me avisa del muro que está a punto de prohibirme el paso. Y no hablo de la barrerita de troncos que hemos sorteado hace unos metros.

—Ahí viene Eric. Te ha visto y no parece contento. No te preocupes, yo estoy aquí contigo. Vamos a esquivarlo. Sobre todo, que no parezca que te intimida.

—Me intimida.

—Lo sé. Es su cara de director de La Abadía, pero es todo fachada. Angie dice que se convierte en el gatito de *Shrek* cuando está contigo.

No tengo tiempo de rebatir esa soberana mentira. De inmediato, el muro se mueve para impedirme el paso.

—¿Bruma? —inquiere, como si le costara ubicarme aquí.

«O como si no te recordara».

De pronto, me siento muy insegura. Hace dos meses que no nos vemos. Salvo una llamada, no hemos tenido contacto, y él ya ha regresado al que es su hogar. Es normal que me haya olvidado. Cierto que coincidimos en un lugar y un tiempo, pero tal vez para él no significó nada. Tal vez ha rehecho su vida tan rápidamente como se enamoró.

Aunque mi plan se ha ido a la mierda y la incertidumbre intenta escalarme por las pantorrillas, trato de actuar con naturalidad al poner los brazos en jarras.

—Qué mal te has escondido esta vez, gabacho. Te he encontrado a la primera. Incluso disfrazado de *Braveheart* como vas te he reconocido. —Hago referencia a su torso desnudo y todo él repleto de barro. Solo le falta la falda plisada y la cara pintada de azul.

—¿No vienes de Eaux-Bonnes? —Señala a Michel—. Pues, según las matemáticas francesas, me has encontrado a la segunda, española.

El muy flipado tiene la desfachatez de elevar las cejas con chulería. Me observo las uñas.

—La verdad, pensaba que no te iba a encontrar, dado tu intachable historial en lo que a esconderte de mujeres se refiere.

Pulla va, pulla viene. Lo habitual del intercambio empieza a tranquilizarme.

—Tienes suerte de que no me esté escondiendo, entonces. —Espera, eso no es una pulla.

Mientras sopeso mi respuesta, cruza esos dos troncos que tiene por brazos sobre un pecho que parece un promontorio rocoso. Como si hubieran sido llamados al grito de «guerra», sus vecinos del clan, digo, del pueblo han ido dejando las palas, mangueras y otras herramientas y seguido a Eric hasta detenerse detrás de él como ladrillos del muro que están construyendo a toda prisa. Parecen salvajes, cubiertos con trozos de hormigón y de lodo, con el torso sudado y llenos de músculos, sin excepción. No puedo dejar de pensar en el equipo de rugby de los All Blacks e imaginarlos ejecutando la danza tribal de la muerte antes de comerme viva. Pues, empieza bien mi misión.

—¿Qué haces aquí? —pregunta el yeti, que es más yeti que nunca con ese pelo revuelto, semidesnudo y con el ceño enconado entre las dos rendijas que forman sus ojos furibundos.

—No te dejes intimidar —me susurra al oído la chica del castillo.

Por el rabillo del ojo atisbo que, si bien en torno a Eric se ha reunido una caballería, yo no me quedo atrás. Varias chicas que, al parecer, se afanaban con el dique, han acudido y tomado posiciones a mi alrededor. Si ahora nos pusiéramos a bailar, pareceríamos una *performance* de *Siete novias para siete hermanos*. Si en lugar de casarse quisieran matarse, claro. A pesar del ambiente belicoso que se respira, también noto cierta emoción, como si estuvieran disfrutando del enfrentamiento. Algunas preguntan qué pasa aquí, y desde el bando contrario les explican que soy la española que ha dado calabazas a Eric (o eso creo entender. Han usado «*mettre un vent*», 'dar un viento', que es como mandar a paseo, aunque me gusta más lo de las calabazas). Por su tono, cualquiera diría que Eric es aquí el gran rey irrechazable y yo, una súbdita revoltosa que merece un castillo… digo, un castigo.

«No te dejes intimidar. No te dejes intimidar». Imito su pose, aunque me sienta débil hasta la punta de las pestañas.

—Turismo de montaña. ¿Qué pasa?, ¿no puedo? No sabía que había que dar explicaciones para hospedarme en… en… —Tarde, recuerdo que ni siquiera tenemos alojamiento.

—¡En el castillo! —Julie acude al rescate, de nuevo—. En las cabañas. Imprimí tu reserva, ¿verdad?

Se nota un montón que está mintiendo, pero me da igual. Justo cuando asiento, uno de los esbirros de Eric da un paso adelante. Es rubio, cachas y está contrariado.

—Princesita… —le advierte. Solo le ha faltado añadir: «No te metas donde no te llaman».

Mi nueva amiga le dedica una sonrisa encantadora.

—Adrien… —responde al que, entiendo, es el dueño del castillo. Su prometido, ha dicho. Julie hace aletear las pestañas y todo. Incrédula, me doy cuenta de que funciona.

El tal Adrien ladea la cabeza y dulcifica el gesto, como si la diera por imposible y le gustara eso de ella.

Junto a Adrien, un tipo de pelo rizado da un paso al frente, en vista de que su amigo ha claudicado.

—Juju…

—Cece… —devuelve mi nueva amiga.

—Ey, Cece soy yo —se queja una chica joven que pertenece a mi bando—. Él es Cédric, yo soy Cécile. Además, soy tu hermana, tengo más derecho al apodo.

Mientras ellas discuten, en la línea enemiga alguien avanza. En esta ocasión, sí lo reconozco.

—Daniel —se presenta el hermano de Eric, supongo que por si no lo recuerdo. Es el único que no parece querer arrancarme la cabeza y ponerla en la picota.

Cuando voy a responderle, una voz se alza procedente del pantano:

—Ey, amigo, yo he visto ese *film*. Ahora es cuando alguien dice: «Asno». —No sé si ha dicho «asno» o «burro». Ha sonado como *âne*. pero no conozco la traducción exacta. Sin embargo, ese detalle deja de importar cuando el hombre a mi lado se convierte en piedra.

—¿Leo? —Mierda. Miro a Michel con preocupación y le acaricio el antebrazo para que sepa que estoy aquí.

Es el último sitio donde esperaba encontrárselo. Creo que mi amigo se lo imaginaba más bien en la costa de Cannes, viviendo la vida con Mélanie de casino en casino, haciendo el amor en hoteles lujosos con aire acondicionado y burlándose de vez en cuando del ermitaño suizo que

se quedó emparedado entre las montañas de un pueblo cuyo nombre es tan soso que ya ni lo recuerdan.

A Leo se le anima la mirada y, desde luego, no parece sorprendido.

—Hola, Caronte. —Sus ojos me encuentran—. Habéis tardado mucho, mami.

El cariz de batalla campal que ha tomado la improvisada reunión se ve opacado por su última frase.

—¿Me esperabas?

—¿La esperabas? —inquiere Eric, en español. No sé quién suena más ofendido de los dos.

—Claro, papi —responde el cubano. Se encoge de hombros y todo, el caradura—. ¿Adónde va a ir la española? Se muere por tus huesos, lo dijo. Sabía que vendría a buscar a su *machoman* en cuanto resolviera su asunto. Y yo tengo que terminar mi videojuego. Por eso te seguí, Eric. Sabía que la chica me traería al ermitaño cuando purgara sus culpas.

Cierro los ojos e imagino que le tapo la boca con un puñado de barro. El cubano tiene un don para elegir frases hechas que existen tanto en español como en francés, oye. Menudo bocachancla.

—O sea, que apareciste aquí por interés —le reprocha Eric a su supuesto amigo de *footing*.

—*Of course*. Sabía que donde estuvieras tú, vendría la tenista, y mi chico detrás.

Le quiero arrear con la zapatilla. Eric menea la cabeza como si se sintiera utilizado, o tal vez es porque no tiene tanta confianza en mí como el cubano. Sí, ese bufido de asno moribundo indica que no se cree nada, o le da igual. Entrecierro los ojos, pero mis láseres no le hacen nada. A nuestro alrededor se despliegan diferentes exclamaciones y expresiones de estupor. La infantería lleva rato moviendo el cuello de un lado a otro, intentando captar migajas que se desprendan de la conversación. Algunos se preguntan entre sí.

—Yo no sé en qué idioma hablan. Paso —decide el que parece más ajeno a todo, el que es tan alto como Eric, antes de coger la pala y largarse a seguir trabajando. Creo recordar que es el dueño de la granja.

—Yo, también.

Al granjero y al tal Cédric les siguen dos más. Miro con interés al resto del grupo, por si cunde el ejemplo y deciden dejarnos benditamente solos, cosa que, para mi desgracia, no ocurre.

Tampoco parece que ver menguar sus filas apacigüe el ánimo belicoso del yeti.

—Bueno, ahora que todo el mundo se ha presentado, podéis iros ya.

A mi lado, Michel da un paso adelante.

—Eric, Bruma ha hecho un largo trayecto solo para hablar contigo. Ni siquiera tenemos…

—¿Quién ha dicho que fuera para hablar con él? —intervengo—. Me quedé con ganas de visitar París, eso es todo. El yeti me puso la miel en los labios, pero no me lo enseñó.

—¿Quién es el yeti? —pregunta Thomas, buscando al abominable entre su equipo.

Eric gruñe y Daniel sonríe.

—Bruma llama así a mi hermano.

—Me gusta esta chica, tiene carácter —comenta alguien, y otros asentimientos le siguen.

—Puede quedarse en el castillo —dictamina el prometido de Julie. Luego, se marcha—. Y el *amigo* de Leo, también.

Al parecer, el bando contrario no tiene ganas de pelea y ha decidido que la inminente inundación de sus parcelas es más importante que secundar a un ser mítico con tendencia a huir de las mujeres.

Ser que, por cierto, lanza una mirada cargada de rencor a la espalda de Adrien antes de girarse hacia Michel.

—Así que has cambiado de bando.

—Yo compito en el contrario desde hace años, ya lo sabes.

—Ey, amigos, no sabía que esto iba de bandos —interviene el cubano, como si acabara de darse cuenta del posicionamiento estratégico de ambos grupos.

De pronto, Leo se aleja del flanco de Eric.

—Ey, ¿me abandonas? —inquiere Eric.

Ni que esto fuera una guerra de verdad. Se le ha subido el *film* a la cabeza.

En lugar de responderle a él, Leo se dirige a mi amigo.

—No sé, Caronte. ¿Vienes a disculparte?

—Sí. Y a decirte…

No le permite continuar. Camina con naturalidad hasta situarse a mi lado, entre Michel y yo.

—Con eso me vale. Has venido. Ya no hace falta que hables más, papi. Te perdono.

Al suizo se le agrandan los ojos por la sorpresa (creo que el cubano acaba de apretarle el trasero con la mano que ha colado por detrás) y Leo le estampa un beso en los labios.

—Pero… —murmura Michel.

Tengo ganas de celebrar su reconciliación, si no fuera porque Eric está demasiado ocupado enfureciéndose con su cada vez más mermado grupo.

—¿Te pones de su lado? —le reprocha al cubano.

—Amigo, dos bolas tiran más que dos carretas, lo dijiste tú. —Me doy cuenta de que lo ha dicho en español porque no hay modo de traducir eso.

Para mi sorpresa, Eric lo entiende. Murmura: «Traidor», al tiempo que Michel trata de corregirle al cubano que no se dice «bolas», sino «tetas». Supongo que todavía está en *shock*.

De pronto, un relámpago ilumina el pantano. Eric sonríe con suficiencia.

—Has elegido unos días raros para hacer turismo por París, española.

Como si el mismísimo Zeus quisiera darle la razón, su voz queda amortiguada por un trueno repentino que surge de las entrañas de las nubes y hace temblar la tierra bajo nuestros pies. Acto seguido, una lluvia copiosa y sonora comienza a caer a nuestro alrededor. Tan rápido como hemos subido la vista al cielo, cada uno de los presentes la baja y se pone en movimiento; yo me encuentro con una pala en las manos, cavando para ayudar a que el pantano no se desborde.

Quien está al mando es el granjero, aunque, más que dar órdenes, las gruñe a diestro y siniestro. Me gusta porque su objetivo es prevenir, supervisando dónde hacen falta más manos, y porque no se extraña al verme agarrar bloques desde la zona techada y cargarlos hasta el dique que están construyendo a base de tierra, cemento y piedras.

Varias horas después, me encamino hacia el castillo. La noche ha caído y el trabajo que podía hacerse ya está hecho. Julie y otra chica, llamada Violet, me acompañan. Hablan de duchas calentitas y sopas. Michel y Leo caminan algo más rezagados. Los oigo despedirse antes de que un grupo muy numeroso nos adelante entre saludos embarrados. Distingo la espalda de Eric, que se gira y se escurre el agua del pelo para mirarme.

—Que te den una de las grandes, española —grita en mi dirección. Interpreto que se refiere a las cabañas, y que pretende dejarme aquí tirada, sin hablar.

—Yeti, no te voy a permitir que me sigas haciendo *ghosting*. He venido para hablar claro y eso es lo que voy a hacer.

El problema es que estoy muy cansada del viaje, del trabajo en el pantano y de las últimas semanas de tensión. De pronto, mis miembros parecen no querer mantenerme en pie. Una ráfaga

de viento helado agita mi pelo y tirito. A pesar de mi bravuconería, para todos es evidente que no voy a poder hacer nada más que dormir.

Eric parece entenderlo. Una expresión muy dulce se apodera de su rostro.

—Eso espero.

Creo que le dice algo a Julie, del tipo: «Cuídala». Antes de que yo pueda replicar, ya han doblado el recodo del camino, pero la advertencia en su mirada era clara: «Esto no quedará aquí».

Por supuesto que no.

Emersonadas aparte

BRUMA

No sé cómo he terminado viviendo en una cabaña preciosa junto a un castillo. No sé cómo he terminado haciendo piña con este grupo de chicas y bebiendo el mejor café *au lavande* de la historia, aunque dé mucho calor, mucho, sobre todo porque todas han decidido entregarse a mi causa y desean ayudarme.

—Siento haberos enemistado. —Todas las parejas firmemente asentadas en este lado del pueblo parecen haberse dividido en dos. Las mujeres están conmigo, y los hombres, a favor de Eric (salvo Michel y Leo, que permanecen en su propio mundo), como si lo nuestro hubiera traspasado la frontera de los conocidos y tocado la de la amistad.

—Oh, no lo has hecho. Ya llevábamos días discutiendo con ellos porque no querían dejarnos ayudar en la construcción de la barricada y el desvío del cauce. No han podido, por supuesto. Además, tu interrupción repentina para recuperarlo nos ha venido de perlas. Necesitábamos un motivo alegre en el que centrar la cabeza.

—Porque tu intención es recuperarlo, ¿no? —interviene Camille.

A mi mente acude la expresión de desconfianza de Eric cuando Leo sugirió que yo había venido en su busca. Eric no lo creía, y yo… yo he tenido una brutal revelación.

He necesitado verlo a él, dirigiéndose hacia mí en el pantano, como un tritón furibundo surgido de las aguas, con esas pintas de salvaje y el torso al aire, y saberlo. Plof. Que, desde el principio, mi eremofobia estaba pendiente de él. Que mi eremofobia lo buscaba. Se sentía atraída. Que inventaba excusas para tenerlo cada vez más cerca. Y por «eremofobia» quiero decir «*moi*». Que ya es hora de ser valiente y admitir que yo lo buscaba. Yo utilicé como pretexto mi enfermedad para permanecer junto a él. A todas horas. Y, como ocurre con todas las adicciones, he tenido que verme privada de él durante tres meses y luego volver a verlo para darme cuenta de que no es que me muera si no estoy a su lado, ni que lo necesite para estar completa, sino que mi vida brilla más y mejor cuando Eric está en ella.

Cierto es que proponerme una mudanza sin previo aviso, así, *in situ*, supuso para mí subir tres peldaños de golpe. ¡Tres pisos! No supe gestionarlo. Y ahora me arrepiento. Así que…

—Sí. Eso quiero —admito, sin que decirlo suponga un esfuerzo colosal.

Mi confesión parece aliviarlas, como si, de no tenerlo yo claro, no les pareciera legítimo lo que vamos a liar. Tengo constancia de que algunas han discutido con sus respectivas parejas por este tema, pero aquí están, dispuestas a ayudar a una desconocida.

—¿Qué les pasa a las mujeres con Eric, de todos modos? —pregunta una chica de largo cabello rubio. Creo que se llama Anne, y creo recordar que trabaja en la cafetería de La Abadía, junto con Angie y Camille.

—No da segundas oportunidades. Es lo que siempre dicen —contesta esta última, como si me pidiera perdón por mencionar la verdad: que lo tengo crudo, igual que el *carpaccio* aquel que Eric me dio de cenar, vamos.

—Tendrás que perseguirlo —sugiere Julie—. Y elaborar un plan para ver cómo te quitas a Emerson de encima.

—Más bien se la tendrá que quitar a Eric —opinan.

«¿Emerson?».

—No sabía que estaba aquí.

—Vino en cuanto supo que él había vuelto.

Por un momento, los ánimos decaen. Yo no soy muy de luchar, creo que eso salta a la vista. Julie es la primera en recuperar el optimismo. Acerca una pizarra blanca, junto a la que se sitúa cual profesora (que lo es, por lo visto), y borra una especie de cuadrante con un trapo.

—Ehm… ¿eso no eran las competiciones de Adrien? —inquiere Violet. Ahora sé que las dos son como uña y carne, que Violet es la mujer de Cédric y que ambas parejas viven en el castillo.

Julie se detiene con el trapo en la mano y contempla la pizarra, ya blanca y limpia.

—Ah. Puede ser. —Digiere la afectación con rapidez—. Bueno, veamos… ¿qué es lo que más le gusta a Eric? —pregunta, rotulador en mano.

—Bruma —contesta Anne, con tono aburrido y como si fuera obvio. Para mí no lo es, de ahí mi ligero brinco sobre el sofá.

Camille pone los ojos en blanco.

—Sí, tú lo sabes y yo lo sé. Pero hasta que él se dé cuenta, necesitamos otra cosa.

—A Eric le pirra la comida —comenta Angie—. Podemos cubrirla de ganache de trufa a la lavanda y se fijará en ella, seguro.

Se suceden varias aportaciones más. Al final, decido hacer la mía.

—En Eaux-Bonnes salía todos los días a correr. No sé si aquí seguirá haciéndolo. De todos modos, yo no corro. —Lo descarto por estúpido. Conforme lo decía era consciente de que poco hay que hacer por ahí. A la dueña del castillo, no obstante, no le parece mala idea.

—¡Correr, eso es! —salta Julie, y anota—. Tienes que salir todos los días a correr.

—¿No la has oído? —tercia Anne—. Ella no corre.

—Sí corres. Lo haces a partir de hoy.

—Ni siquiera he traído ropa adecuada —admito.

—Te la prestamos. —Sin embargo, pronto reparan en que aquí nadie corre. Ocurre cuando, a la pregunta de Julie de quién podría prestarme ropa deportiva, sigue un silencio desolador—. Vaya. Supongo que no somos un grupo muy deportista, que digamos.

—Briana sí lo es —anuncia Camille.

Anne se cruza de brazos.

—Briana es bailarina. Como no estéis pensando en que Bruma corra con un tutú…



No salgo a correr con un tutú, pero sí de mala gana y más tarde de lo previsto. Entre la lluvia cansina, que no dio tregua durante los tres primeros días, y que me tomó otros dos mentalizarme de lo que iba a hacer (perseguir a un hombre que huye de mí, lo que Anne denominó «hacer una emersonada» porque, al parecer, la exprometida de Eric, Emerson, se dedicó a perseguirlo en cuanto él llegó), han pasado cinco días.

Odio correr, sobre todo a las seis de la mañana, que es la maldita hora a la que el yeti lo hace, según ha constatado Camille a través de Thomas, aunque me hubiera resultado más fácil obtener esa información del cubano, si el cubano no estuviera enfrascado en la conquista de Suiza, razón por la que los dos me ignoran de lo lindo. Además, resulta que Thomas sonsacó a su mujer lo que nos proponemos, se lo contó a su mejor amigo, Daniel, y este no supo cerrar la boca y mencionó algo a su hermano mayor. En definitiva, que el francés no se sorprende cuando aparezco con la maldita lengua fuera de tanto correr por ese bosque de Fangorn, cuyos árboles son todos malditamente iguales, aunque él no sea el culpable de que yo lleve un cuarto de hora

dando vueltas en círculos.

—¿Me buscabas?

«¿Lo mato?».

—No.

—Española, nunca te haré perseguirme. Te escucharé cuando tú lo pidas. —Sonríe y todo. Ni siquiera disimula que está disfrutando de esto. Seguramente sabe al dedillo que llevo cinco días ideando la mejor manera de acorralarle. Qué frustrante que es.

—No seas flipado, yeti. Estoy aquí por el paisaje, no por ti.

—Entiendo. No sabía que ahora te ha dado por el *footing*.

Me hubiera encantado lanzarle otra pulla que igualara las suyas; una que lo dejara plantado y atónito mientras yo remato mi victoria dialéctica con un esprint de muerte montaña arriba, pero lo cierto es que estoy a punto de echar un pulmón por la boca, que me odio correr si no es tras una pelota amarilla, y que siento un pelín de celos (sí, joder; que la exprometida corre con un modelito de licra distinto cada mañana, mientras que yo lo hago con el único que había en la única tienda del pueblo, de cuadros escoceses), lo que me empuja a frenar en seco y encararlo. No escondo lo cansada que estoy a nivel emocional.

—Me pediste que me mudara contigo. Pues, aquí estoy. —Abro los brazos. Muy teatrera, sí.

Lejos de ablandarse, él cruza los suyos sobre el pecho. Qué ganas de usarlos de asidero y escalar por los relieves de su cuerpo para apretarle la nariz, leñe.

—¿Tienes algo que decirme?

Parpadeo varias veces.

—Bueno, sí. Ya te lo he dicho. Estoy aquí.

Meeec. Respuesta incorrecta. Y si quedaba alguna duda, su expresión desilusionada lo dice todo.

—Ya te veo. ¿Qué quieres, Bruma?

Ni siquiera dudo.

—Que vengas conmigo.

—Vale.

¿Vale? Su aceptación repentina me confunde de primeras. Ni siquiera me ha preguntado adónde. Y por fin entiendo que eso era lo que él esperaba de mí: mi aceptación absoluta. El día que me propuso vivir aquí, él necesitaba que yo pegara un esprint metafórico y me pusiera a su altura, igual que acaba de hacer él ahora mismo.

Y, de pronto, tengo una idea.

De un solo color

MICHEL

He pasado de ser un náufrago en una isla desierta a aparecer en el centro de Manhattan. Eso es La Abadía, un hervidero de gente. Si no fuera porque necesito encontrar al dueño, ya me habría ido de aquí.

Leo me persigue burlándose de mi tono quejumbroso.

—Eres un ermitaño aquí dentro, papi. —Me palpa el corazón.

Lo aparto para que no note que se me ha acelerado por su contacto.

—Eso ya lo sabías.

—Sí. Y me gusta.

Logramos traspasar la marea de gente que se apea de un autobús turístico y, por fin, salimos de La Abadía. Para tratarse de un pueblo pequeño en las afueras de París, este lugar está atestado.

—Oye, papi, ¿puedes andar algo más *pausao*? Me llevas corriendo.

—¿Dónde está tu otra mitad? Siempre sales a correr con él.

—Ya no quiere. Desde que la española apareció en mitad de sus circuitos, prefiere ir solo. No lo culpo, es muy chévere verlos juntos. A ver si se apañan.

Me detengo porque ya no puedo más. Leo lucha por recuperar la normalidad entre nosotros, pero esta no existirá hasta que no hablemos de mis errores.

—Leo, te traicioné. —Él podrá haberme perdonado el incidente con Mélanie, pero yo no voy a ponérmelo tan fácil—. El hecho es que no actué bien. Me disculp…

—Sí, sí, siempre andas disculpándote, papi. Y ¿qué hago yo? —Se sitúa frente a mí con las manos en la cintura—. Te beso. Siempre te beso. No voy besando todo por ahí. ¿Tú qué haces cuando yo te beso? Me frenas. Te lo dije: dame más contacto y te perdonaré.

Reanuda la marcha, y yo detrás de él.

—Necesito que lo tengas claro.

Bufa con exasperación.

—Lo tengo cristalino, papi. Tal vez tú quieras creer que ando confundido, pero yo te ando buscando desde hace eras, amigo. En el pueblo ya te quería, pero parecía que mis muestras te molestaban.

Dios, adoro su manera simple de ver las cosas. Él ve el cielo azul, mientras que yo me torturo con los quince tonos de azul que existen en busca del correcto.

—Entonces, ¿qué?, ¿eres gay? —le pregunto.

El alma libre se encoge de hombros.

—No soy gay, no soy hetero. Solo soy un tipo al que le gustas tú.

La sencillez de sus palabras me golpea en el pecho.

—Leo…

Sin previo aviso, el cubano se vuelve hacia mí.

—Papi, me gustas, te gusto; ahora estamos aquí, en esas cabañas tan molonas. —Cabecea hacia el castillo—. Nos quedamos, vivimos bien juntos. Yo me como tus lentejas y todo lo que haga falta comerse. Tú también te comes mis lentejas. *Capisci?*

Creo que me está dando taquicardia. Se me debe de haber ido la cabeza para permitir que

me convenza. «Fácil, Michel. Puedes hacerlo», me animo.

—Vale. —Suspiro. Leo sonríe. Dios, adoro su sonrisa. Entonces…—: Y ¿qué hacemos con Bruma? No podemos dejarla sola aquí.

—La española no tardará en camelarse al francés. Mira, ahí mismo están, juntos.

Al mirar en su dirección, veo a Eric con ropa deportiva, a Bruma con ropa deportiva, ambos caminando hacia el pueblo, con las espaldas más tensas que si estuvieran engarzados en alambre. Sus manos cuelgan como si quisieran rozarse, sin llegar a hacerlo.

Lo más curioso es el grupo que lo espía a él: cuatro… no, cinco… seis cabezas asomadas por encima del muro de La Abadía, a unos cincuenta metros del dueño, cuchicheando, sin quitarles la vista de encima mientras ellos se alejan.

Estoy deseando que se reconcilien para poder informarlos de que me largo de aquí.

—*Nos* largamos de aquí —adivina Leo, como si me leyera el maldito pensamiento y tuviera miedo de que lo abandonara.

Me giro hacia él y, como siempre, tengo que refrenar el impulso de explicarle cuánto lo amo, que no se llega a imaginar lo que estaría dispuesto a hacer por seguir a su lado. Me callo parte de todo lo que guardo dentro, pero otra parte he de soltarla, hasta yo lo sé.

—Leo, yo no me iría sin ti. No sé cómo terminará esto, pero lo que sí sé es que me muero por intentarlo.

—Papi, cómo me pones cuando te da la vena romántica.

Echo un breve vistazo hacia el final del camino, por donde Eric y Bruma ya han desaparecido, y me vuelvo hacia Leo. Conque vena romántica…

—Creo que vamos a tener libre la cabaña durante un rato, cubano. ¿Qué has dicho antes sobre unas lentejas?

50

Non

ERIC

Disfruto mucho de la anticipación. Sobre todo, me relamo sabiendo el final. Sin embargo, hacer sufrir a Bruma nunca entró en mis planes. Mucho menos, que deje de creer en sí misma. En *nosotros*. En definitiva, que soy gilipollas, porque en mi intento por hacerla escupir las palabras que yo necesito oír, me he olvidado de las que ella necesita escuchar.

Le he dicho que iría con ella a cualquier parte. Lo que no esperaba era que se detuviera junto a su coche. Concretamente, junto al asiento del copiloto, que me señala. No es momento de quejarse, de modo que rodeo el vehículo y me encajono ahí. Cerramos las puertas al mismo tiempo. Joder, había olvidado lo que suponía meterme en un coche pequeño.

—Oye, española, antes que nada, que conste que no te hice *ghosting*.

Enlatado, me enfrento a la mirada retadora de Bruma. Casi lanzo una oración al cielo al comprobar que su fuego sigue ahí, ardiendo más vivo que nunca, lo que me indica que ni el invierno más frío podrá apagarla. Aquellas brasas que vi por primera vez en Eaux-Bonnes se han convertido en llamaradas.

—¿Ah, no?

—No.

Quiero explicarle que la dejé marchar con la firme idea de ir a por ella unos días más tarde. Que, justo el día que tenía el vuelo, recibí una llamada que me hizo ir directo a un hospital de París; mi hermano necesitaba mi ayuda. Que desconecté de todo lo que no fuera mi familia. Que, mientras estaba allí, rememoré todo el tiempo que pasamos juntos en Eaux-Bonnes y me convencí de que realmente ella no sentía nada por mí, así que poco a poco me obligué a olvidarla.

Se lo quiero decir. Pero soy muy consciente de que ambos tenemos explicaciones que dar y no voy a ser el primero en hacerlo. Básicamente, porque es mucho más importante lo que ella tenga que decir y porque quiero que lo haga a su ritmo. Empezar yo solo aceleraría un compás que necesito que marque ella.

Por eso, en lugar de aprovechar la ocasión para comunicarnos como dos personas, miro al frente y frunzo el ceño.

—Oye, española, ¿en España soléis conducir en dirección contraria?

—Por aquí se puede ir.

—Entiendo que eso te lo ha contado la novia rara de Adrien, ¿cierto? Si está permitido, ¿por qué nos persigue Gus?

—¿Quién es Gus?

—El poli. Entiendo que Julie no te ha hablado de su afición a las multas, ¿no? No sé si es algún tipo de juego entre los tres, pero parecen obtener placer de ello: Julie la lía, Gus la multa y luego llega Adrien para persuadirlo de que se la quite.

—Parece divertido.

—Si quieres, lo probamos. —Saludo a Gus cuando pasa por nuestro lado y me ve encogido en el interior diminuto del coche—. Tranquila, somos amigos.

Una fuerte discusión y una multa después, nos encontramos en la parte alta del pueblo. El pedazo de *connard* del policía ha terminado sancionándonos. Tengo que preguntarle a Adrien cómo lo consigue.

A Bruma todavía no se le ha pasado la risa ni el disgusto. Fluctúa entre enfadarse conmigo y mirarme con ojos de cordero degollado, de lo que deduzco que algo está pasando. Sobre todo, cuando la veo aparcar, cada vez más nerviosa. Se rasca los antebrazos al pedirme que baje con ella, y he de cogerle la mano para que no se haga daño.

—Yo te sigo adonde sea, tranquila.

Omito que estoy dispuesto a hacerlo, incluso, a un país que no conozco de nada. Prefiero guardar esas balas para el combate final.

Perplejo, no atino a decir nada cuando veo que nos dirigimos a la casa donde me declaré; tampoco logro abrir la boca cuando la veo colarse por un agujero en la valla y me pide que haga lo mismo. No quepo, evidentemente, así que, en lugar de desarticularme, me encaramo a la reja y la salto. Me yergo a tiempo de verla poner los ojos en blanco ante mi derroche de masculinidad. Reprimo la risa. Joder, no recordaba lo mucho que la española me hacía reír.

—Perdona que entremos así, pero no tengo llave. Esto debe de haberse vendido y están en obras. —Señala la hormigonera y todos los materiales embalados que siembran el jardín delantero.

—En Francia esto está prohibido y se llama «allanamiento». —«*Effraction*». Explico el significado de la palabra por si la desconoce.

La luz en su mirada sustituye su ceño.

—No estamos allanando. Bueno, sí, pero solo será un momento.

Me cruzo de brazos ante esta nueva revelación.

—Así que lo tenías planeado.

—En realidad, no. Estaba harta de correr.

—Y por eso has decidido meterme en un lugar prohibido. Con la suerte que tenemos, ahora aparecerá Gus y nos caerá la segunda multa.

—Ya te he dicho que solo será un momento. —Comienza a desesperarse, pero tiene tiempo de echar una ojeada al exterior, por si el poli fuera a surgir de detrás de unos arbustos—. Oye, yeti…

—Si esto es una confesión, empiezas mal.

—Tenías razón. No estaba enferma. Fui a ver a la doctora Sinclair y… fue así como lo supe. Y comprendo que hayas dudado.

—¿Sí?

—Sí. —La veo tomar aire y no puedo creerme que por fin haya llegado este momento. Cuando me mira a los ojos, desvalida, siento el deseo de asegurarle que todo está bien, que no me debe nada. No obstante, no lo hago; me da la impresión de que necesita soltarlo—. Yo no expresé todo lo que me hacías sentir. Mi relación con Nacho me marcó. Era una relación de poder, donde demostrar los sentimientos suponía una debilidad. No supe reaccionar cuando me abriste tu corazón y… joder, qué ñoño. —No entiendo qué dice ahí, pero suelta una risa. Creo que se ríe de sí misma. Quiero pedirle que no haga eso, pero, cuando voy a coger sus manos y decirle que todo está bien, alza la vista con gesto suplicante—. Oye, ¿podemos hacerlo como había planeado?

Me encanta que haya un plan. Significa que lo ha estado pensando. Que para ella soy tan importante como para que quiera hacer las cosas bien. Carraspeo y me obligo a permanecer

atento.

—Soy todo tuyo. —Espero que entienda el significado completo.

Inhala de nuevo y suelta el aire con lentitud.

—Estamos en el mismo lugar que hace tres meses —continúa, con la voz ronca, más seria e intensa que nunca. Denota miedo. De pronto, comprendo lo que está haciendo, y las ganas de protegerla y no hacerla pasar por esto pueden conmigo. Me tengo que esforzar por quedarme quieto y dejarla hablar—. ¿Crees que podrías repetir las palabras que usaste en aquella ocasión? Prometo que la respuesta será otra.

El corazón se me acelera. Estalla, implosiona y me hace ver las estrellas. Me examino las uñas y finjo que dentro de mí no se está produciendo una catástrofe.

—Paso, española. La vida a tu lado es demasiado arriesgada. Demasiadas multas.

—¡Eric!

Y, justo entonces, se abre la puerta. Más de siete obreros pasan por nuestro lado y me saludan («*Bonjour*, *patron*»), jodiendo el momento más importante de mi vida.

¿*Patron*?

BRUMA

«*Bonjour*, *patron*».

Contemplo el desfile de tipos vestidos con mono azul y casco blanco, atónita y cada vez más contrariada.

—¿Patrón? —increpo a Eric. La expresión asesina que él les dedica, y que se torna temerosa al mirarme a mí, me da toda la información que necesito—. Tú… tú has comprado esto. Pensé que lo habías rechazado.

Tiene el descaro de cruzarse de brazos.

—No soy yo el que va por ahí rechazando propuestas honestas. Mandé que comenzaran a reformar cuando llegaste. ¿Hice mal?

Alza las cejas como si lo supiera todo, cosa que me revienta. Al momento siguiente, no obstante, pienso que me está dando pie a que me sincere, a que use las palabras que se me acumulan en el pecho desde aquel día, en este mismo lugar. Palabras que he tenido tiempo de reflexionar. Sin embargo, no es hablar lo que hago, sino abalanzarme sobre él y pegarle.

—¡Pensaba que estaba haciendo una «emersonada» al perseguirte así!

—¿«Emersonada»? —Se ríe, feliz de que le pegue. Al darme cuenta de mi comportamiento infantil, retrocedo, y Eric tiene la desfachatez de mostrarse desencantado.

—Así lo llaman las chicas —confieso, a modo de disculpa.

—Has hecho buenas migas con ellas, ¿eh? —Se acerca un paso. El cariño en su voz me desarma, y lo freno. No quiero derretirme sin haber dicho todo lo que queda por decir. El problema es que él se me adelanta—. Me gusta esa palabra, pero, Bruma, quien pensaba que hacía una «emersonada» era yo. Necesito explicártelo, si me lo permites.

Estupefacta, me limito a mover la cabeza una vez. El hombre de las nieves me mira como si me atravesara.

—Verás, mi intención al dejarte ir era darte un tiempo para que gestionaras lo de tu padre, que te reconciliaras con tu madre. Luego, iría a por ti, ya lo sabes. El problema es que mi sobrino sufrió un accidente. Permanecí encerrado en el hospital un mes, cuidando de mi familia. Durante ese tiempo, pensé mucho en nosotros y, cuando salí, me convencí de que no sentías nada por mí. Pensé que por fin estabas en tu casa, con tu gente, como era tu intención inicial. Y me centré más en superarte que en plantearme la veracidad de mis conclusiones. Creo que me estaba protegiendo de otro rechazo. El orgullo es muy jodido, Bruma. —Lo último lo dice en inglés—. Luego, cuando te vi llegar por el pantano, no me lo podía creer. Mi primer impulso fue sacudirte todas las explicaciones, aunque me bastaba con que estuvieras aquí. pero pensé que podía ser bueno darte unos días para que amaras este lugar y a su gente, y, para ser sincero, para que aclararas tus sentimientos y no que tu presencia se debiera a un loco impulso. Te quiero con el fuelle necesario para llegar a mí, *chérie*. Está claro que me equivoqué. Espero que puedas perdonarme.

Parpadeo un segundo. Luego, me enfado.

—Te perdono, Eric, pero… —Me callo, contrariada.

—¿Qué pasa? ¿No te ha gustado mi declaración?

—Me ha gustado demasiado. Tu disculpa ha sido ridículamente romántica. ¿Qué digo yo

ahora?

Una sonrisa entre pícara y tierna se abre paso en su rostro.

—Solo di. Te escucho.

—Está bien. —Al menos he de intentarlo. Trago saliva y respiro hondo—. Mira, Nacho nunca quiso presentarme como su novia. Tal vez si me hubieras dicho las cosas claras antes de traerme aquí hubiera tenido una pista de que me considerabas tu novia o algo parecido. Lo del idioma es un rollo. Y tú… te negaste a hablar. Te cerraste en banda tras mi primera reacción y ya no me diste margen para reconocer…

—¿Reconocer qué?

—Mis propios sentimientos.

—Bien. —Se acomoda, como si por fin hubiésemos llegado a un punto interesante—. Me gustaría escuchar acerca de esos sentimientos.

—Me harás decirlo.

—Te estoy dando la opción a que digas lo que tú deseas. Te estoy diciendo que puedes elegir.

—Entonces, ¿por qué me has tenido todos estos días así?

—Por lo mismo de siempre, *amour*, porque es divertido. Me gusta verte avanzar en mi dirección. A tu ritmo.

—Que es el mismo que el tuyo —le aclaro, por si acaso. Se le elevan las cejas con humor.

—¿Eso es una declaración de amor a la española? Qué sosas sois, de verdad.

Su gesto impasible me empieza a poner de los nervios.

—Eric…, estoy aquí por ti. No por el lugar ni por sus gentes, por muy majos que sean. Por ti. ¿Podemos pasar ya a la parte donde nos besamos y nos vamos a vivir juntos?

—¿Has dicho «vivir juntos»? Haber empezado por ahí, española.

Su cautela, como si temiera ilusionarse demasiado pronto, provoca una agitación cálida en la boca de mi estómago.

—Claro, gabacho, para eso he venido hasta Gabachilandia, ¿no? Para hacer esas cosas… ¿cómo se dice? No me sale la palabra…

Chasqueo los dedos. Intento que la sonrisa no se extienda en mi cara.

—Sí te sale. Dila. No te escaquees.

—¿Que no me qué?

Ya no puedo más. Una sonrisa se me estampa sin querer en la boca, en los ojos y hasta en la raíz de mi pelo.

—¡*Putain*, Bruma! Es muy fácil. —Realiza un gesto que me deja perpleja—. Di que te arrepientes de haberme dejado. Que has venido para iniciar una vida juntos. Di que me quieres. Todo el mundo sabe decir: «*Je t'aime*».

—Espera un momento, estoy demasiado asombrada. ¿Has pateado el suelo con el pie?

—No te desvíes, Bruma. Conmigo jamás vas a tener que arrastrarte. Bueno, solo correr con ese modelito de cuadros escoceses. Pero, salvo eso, basta con que lo pidas una vez y te lo daré. Solo tienes que decirlo.

No sé en qué momento me ha alzado en volandas y yo le he rodeado el cuerpo con brazos y piernas, como si fuera un nudo de los que usamos en fisioterapia cuando no quieres que algo se escape, que en mi caso es la columna griega que tengo por hombre. Mi hombre. ¿Y los obreros que están apostados tras el agujero de la ventana? ¡Que les den!

Froto mi nariz contra la suya para respirarnos hasta el alma. Mis manos abarcan su fuerte mandíbula, que vuelve a estar algo peluda, y hundo mis ojos en ese mar turquesa que parece un

maravilloso y acogedor lugar para vivir.

—Yeti, soy un saco de inseguridades y pasado por sanar, pero te prometo que voy a esforzarme para que sientas cada día todo lo que tú me haces sentir. —Sus cejas, elevadas y a la expectativa, me hacen poner los ojos en blanco—. *Te amo, I love you, eu te amo, ti amo, mi amas vin,* ¿te vale? —Mis labios tocan los suyos, un segundo, una promesa—. *Je t'aime*.

Un alarido al unísono surge del interior de la casa cuando nuestras bocas se funden en una. Creo escuchar un: «Bravo, patrón», y otro tipo de obscenas felicitaciones. El revoloteo en mi estómago se vuelve un huracán furioso que toca agua fría y se va licuando, cómodamente acurrucado en el lugar al que pertenece. Sus ojos brillan como faros cuando se separa para mirarme.

—¿Qué idioma es: «¿Te vale?»?

EPÍLOGO

Cinco años después

Golpeo la puerta hasta dejarme los nudillos. Solo ceso cuando es evidente que dentro de ese piso no me espera nadie. Contrariada, giro sobre mí misma e inhalo una bocanada con olor a moqueta y humedad, que, a estas alturas, me reconforta. Darme por vencida no es una opción, así que bajo las escaleras y camino hasta el portón, que continúa enganchado, igual que hace cinco años, cuando llegué. Del mismo modo que entonces, es invierno, y un manto de nieve alfombra el pueblo entero, como si quisiera protegerlo. La carretera que comunica con Eaux-Bonnes acaba de ser abierta y, como cada año, nosotros somos los primeros habitantes en regresar. Bueno, supuestamente, yo tenía que ser la segunda y Eric, el primero, me esperaría aquí, pero ya veo que no. El móvil, como es habitual, se ha puesto en huelga en cuanto he dejado atrás el cartel de bienvenida. Y Eric debería estar aquí, esperándome, como cada mes de marzo. Es nuestro punto de encuentro más ansiado.

Al final, decidí no montar mi propia clínica de fisioterapia en Saint-Rémy. Al menos, por ahora. Tener mi propia clínica iba a atarme a un sitio, a unos horarios, y era demasiado joven. Sobre todo, no tenía clara mi especialidad. En este país, hay tal cantidad de ofertas de trabajo que puedo desplazarme por todo el territorio francés haciendo reemplazos, y reservarme los meses de cura termal para bajar a los Pirineos, donde todo empezó. Entre contrato y contrato, suelo tomarme un tiempo de descanso en La Abadía. Después de la cura, bajamos a España, y permanecemos allí todo el mes de octubre. Eric me acompaña siempre que puede. Empezó refunfuñando, muy a lo francés, cuando me alejé de París doscientos kilómetros, pero enseguida descubrió que, ahora que Daniel había regresado a La Abadía, él podía trabajar a distancia. Por acuerdo tácito, solo acepto empleos con horario de mañana, y así podemos hacer turismo por las tardes, o quedarnos en la cama de los apartamentos enanos que suelen asignarme, viendo películas raras en versión original, o planeando la siguiente escapada.

Aunque él parece de acuerdo con mi forma de vida, sé que el último contrato ha sido demasiado. Para los dos. Me recomendaron para un gran centro de reeducación con unidad pediátrica que acababa de abrir sus puertas en Suiza; me emocioné, acepté, y allí he estado tres meses, sumergida en un trabajo que me encantaba, y en el que aprendía, pero que no me dejaba horas libres. Eric me acompañó en diciembre, pero una serie de acontecimientos lo obligaron a volver a París, entre ellos, el nacimiento del segundo hijo de su hermano y una lesión de Thomas haciendo esquí que había dejado La Abadía sin gerente. Aunque esos problemas ya se han resuelto, la consecuencia es que llevamos casi tres meses sin vernos.

La buena noticia que estoy deseando darle es que ya estoy lista para asentarme.

Si logro dar con él, claro.

Al salir del edificio, un viento frío acaricia mi cara. Una nube de vaho escapa de mis labios entreabiertos. La campana de la iglesia da las cuatro de la tarde, espantando a los únicos pájaros que parecen vivir aquí durante el invierno. Estoy muy cansada y hambrienta. No se lo he dicho a Eric, pero vengo desde Narbona. Piensa que he conducido desde Suiza en dos etapas, no en las tres que me he visto obligada a hacer porque no aguanto tantas horas al volante. No se lo he dicho porque no quiero que se preocupe. El hombre de las nieves sería capaz de dejarlo todo y coger un avión si le digo que me duele un solo dedo del pie.

Me encuentro en medio del aparcamiento, sopesando si esperar a que algo suceda en este pueblo congelado o descender a Laruns, cuando un motor suena en la lejanía. Me mantengo quieta y a la escucha tratando de identificarlo, y no tardo en sentir un poso de decepción que es sustituida con rapidez por alegría: no es el coche de Eric, pero sí el de Michel.

Descienden discutiendo en español de Cuba y francés, y para mí el sonido equivale a un arrullo. Desde el momento en que sus ojos detectan mi presencia y hasta que me veo envuelta en sus cuatro brazos transcurren apenas milésimas de segundo.

Michel y Leo no aguantaron mucho tiempo en La Abadía después de su reconciliación. Se quedaron lo justo para que el cubano obtuviera algunas tomas para el videojuego, el suizo aceptara que lo suyo iba para largo y, luego, decidieron regresar a Eaux-Bonnes. Michel se estresaba en la populosa metrópoli que, según él, es Saint-Rémy. Como no podían acceder al pueblo, se quedaron en Laruns y, un año después, compraron una casa con valla blanca y jardín justo a los pies de la catarata de Valentin. Nos vemos cada año de marzo a septiembre, para la cura. Aun así, los echo terriblemente de menos.

—Guau, española, esa barriga ya pesa. ¿Qué llevas ahí dentro, jabatos?

Abro la boca y la vuelvo a cerrar.

—¿Tanto se nota? —No me lo puedo creer. ¡Pero si llevo un abrigo de plumas abrochado hasta el cuello! ¿Este hombre tiene superpoderes?

—En Cuba tenemos un sexto sentido, mami. Esas cosas se notan en la piel, ¿ves? Pareces más joven.

—No le hagas ni caso, no se te nota —intenta tranquilizarme el suizo—. Enhorabuena, Bruma.

—¿Lo sabe el yeti?

—Todavía no. No ha llegado aún. Espero que no le haya pasado nada malo.

Me retuerzo los dedos por la preocupación. Hasta ahora, esa opción no se me había pasado por la cabeza.

Estoy tan abstraída imaginando sucesos graves que no intercepto la mirada que comparten mis amigos.

—¿No sabes dónde está tu jevo?

Niego con la cabeza. Michel, mientras me agarra del brazo, también lo hace, pero su gesto es de: «*Quelle barbarie*».

—*On y va.*

Me veo arrastrada por el pasillo de nieve aplastada que sepulta el camino al balneario. Justo en ese momento, este se ilumina por dentro.

—¿Eric está ahí? —adivino.

—*Oui.* Toda su familia está ahí. Te aviso con antelación debido a tu estado, por el *shock*. Al parecer, ha sido cosa de última hora. Daniel quería regalar a su mujer un *weekend* relajado después del embarazo y el parto y se le ocurrieron unos días de *spa* privado. La iba a llevar a Marsella, pero Eric le propuso venir aquí antes de que se abriera al público. A Adrien y Alex les gustó la idea y se sumaron. Ya sabes que Julie se apunta a todo, y Alex pensó que a Briana le vendrían bien dos días de relax sin los niños, aunque creo que al final no han podido resistirse y los han traído. No sé si Thomas y Cédric han venido con Camille y Violet. Ya sabes que esos lo hacen todo juntos. Ah, también están tus suegros.

—¿Ya han vuelto de su viaje por Suecia?

—Sí. Llegaron todos a primera hora de la mañana. Se hospedan en el Richelieu; han aparcado detrás, por eso no has visto sus coches. Como todavía no está abierto el hotel, Gérard le

dio las llaves a Eric. Ven.

No rechisto. El suizo parece muy seguro de lo que dice. A pesar de su ligera incapacidad para permanecer mucho tiempo rodeado de gente, le encanta chatear y estar al corriente de las vidas de todos. Es lo que hace mientras el cubano inventa videojuegos. A medida que subimos los escalones, Leo no deja de parlotear sobre los signos de embarazo en el rostro de las mujeres; yo no presto mucha atención.

Conforme nos acercamos a la entrada de las termas, oigo voces procedentes del área de la piscina, lo que confirma la versión de Michel. Este hecho se ve opacado por otro, un sonido que se repite. Ahí está: un grito de bebé escapa por el hueco del pesado portón con vidrieras en cuanto lo abrimos. Acto seguido, mis ojos descubren una imagen insólita: Eric, de pie. Frente a él, sobre el mostrador, una cosa que él mismo balancea, con un bebé dentro. Eric… (espera, que me está costando acostumbrar los ojos a esta visión) Eric emite unos sonidos por la boca muy… ridículos, y el bebé suelta gorgoritos. Eric se acerca y el bebé estira los brazos, como si quisiera tocar su cara.

—¿Quién es el bebé más bonito del mundo? —lo escuchamos decir con esa extraña voz.

Me he derretido, o congelado, no lo sé. A ver, sabía que a Eric le gustan los niños, no hay más que verlo con su sobrino Andreas, al que adora por encima de todo. Sé que quiere tener hijos y que piensa que se hace mayor, aunque él jamás me ha dicho nada, pero esas cosas se notan: la nostalgia en sus ojos de aguamarina cuando está con un crío, la manera en que se los gana a pesar de que su fachada impone. Lo he visto revolcar el severo traje de director de viñedos por la tierra y el fango solo para jugar con los pequeños que poco a poco pueblan La Abadía. Por si eso fuera poco, su madre me lo ha dejado caer alguna vez. De manera discreta, pero ahí ha quedado. Yo tenía pensado instalarme en La Abadía y proponerle dejar los anticonceptivos, pero al final el bebé se ha adelantado de manera imprevista.

Esperemos que al francés le gusten las sorpresas.

Para mí, desde luego, lo fue.

Y, a todo esto, no sé por qué estoy llorando. La visión de Eric haciendo muecas a su sobrino recién nacido no es dulce, sino absurda. ¿No?

Levanta la vista y, en cuanto nuestros ojos se encuentran, mis hormonas se disparan. Es una reacción instintiva que se desencadena cada-maldita-vez. Empiezo a pensar que jamás me acostumbraré. Como si fuera capaz de leerme, su sonrisita sabihonda hace aparición, sus ojos chispean, yo contengo el aliento y…

Una voz se eleva.

—Amigo, vas a tener que dejar de decir eso si no quieres que el jabato se ponga celoso. Mira que no es lindo oír decir a tu padre que otro bebé es el más bello.

No sé qué ocurre a continuación. Creo que me abalanzo sobre el cubano para destriparlo. Solo recupero la lucidez cuando unas fuertes manos me arrancan de encima del bocachancla. Entre gritos, le he ordenado al suizo, que se ha hecho cargo del bebé, que amordace a su mascota. Y estoy llorando a mares.

—*Putain*, las hormonas, papi. No es una broma. Menos mal que yo jamás te embarazaré a ti, Caronte, si no…

De nuevo, mi cuerpo sufre un ramalazo incontrolable, y me habría arrojado sobre el cubano de no ser por los que reconozco como los brazos que más amo en el mundo, aunque en este momento estén impidiendo mi cometido.

—Voy a ponerle cola de contacto en esa bocaza. O, mejor, cemento. —Trato de tranquilizarme, una vez dentro del despacho y con la puerta cerrada.

Debo de parecer la niña de *El exorcista*, pero eso no evita que, un momento después, los ojos más dulces se claven en los míos. Emocionados, brillantes ojos, que parecen el mar visto bajo la superficie, cuando los rayos de sol atraviesan la barrera del agua y te inundan de paz.

—Hola —pronuncian los labios más bonitos, esbozando una sonrisa.

—Hola. —Acto seguido, rompo a llorar de nuevo, esta vez en su pecho. Mi cuerpo es una maldita fuente. No sé qué me pasa. Bueno, sí que lo sé—. No tenía derecho a decírtelo así —mascullo contra su camisa de cuadros. Es como más me gusta Eric: cuando abandona sus trajes de firma y se deja crecer el pelo, la barba, viste su magnífico torso con camisas de leñador y llena los bolsillos de sus vaqueros de herramientas. Cómo lo quiero. No hay derecho a que nos hayan estropeado el momento.

—¿Decirme qué? Yo no he oído nada. Ya sabes que cuando el cubano habla es como ruido de fondo.

No sé si finge para reconfortarme o si lo dice de verdad, pero acepto al vuelo la escapatoria que me brinda. Bajo su mirada alentadora, poco a poco los hipidos se van espaciando. Me seca las lágrimas con los pulgares, y mi pecho se alza y desciende de manera sonora por última vez.

—Empecé a sentirme cansada al tiempo de que te fueras. Lo achaqué al ritmo de trabajo, pero cuando fue a más pensé que podía estar enferma. Las horas que no pasaba en el centro, dormía. Me dormía incluso en los aseos de la sala de rehabilitación durante los descansos. Y luego vino el hambre, Eric. Brutal. Emilia bajaba a hacer la compra y yo me comía la mía y la suya. —Emilia era mi compañera de trabajo y vecina—. Fue ella la primera en sugerirme que podría estar embarazada.

—¿Y? ¿Lo estás? —La esperanza y el miedo son tan evidentes en su voz que, por fin, me hacen esbozar una sonrisa.

—Vaya si lo estoy. De tres meses. He tenido que hacer el camino en tres etapas para asegurarme de descansar bien. No te enfades.

—No podría enfadarme aunque me esforzara.

—¿Quieres tocar al jabato? No me gusta usar el apodo del cubano, todavía estoy dolida con él, pero he de reconocer que me gusta. Es un chico. Querías un chico, ¿verdad? Yo no quería saber el sexo, Eric, pero se le escapó a la ginecóloga a la que acudí justo antes de venir, para que me lo confirmara. No quería darte la noticia por teléfono, y como ya nos íbamos a ver…

Eric no responde. Se ha arrodillado y, tras deshacerse de todas mis capas de tela, frota su rostro contra mi tripa. También murmura con la misma voz dulce que ha usado con su sobrino, solo que ahora no me resulta ridícula, sino la más dulce del mundo.

Parece que tengan que arrancarlo de esa posición al volver a taparme, incorporarse y mirarme a los ojos. Acuna mi rostro entre sus enormes y callosas manos.

—¿Estás feliz, Bruma? ¿Esto trastoca tus planes de trabajo?

—¿Qué? ¡No! Eric, yo venía con la intención de proponerte parar. Desde hace un tiempo el cuerpo me pide asentarme, y no existe lugar mejor que La Abadía para ello. ¿Tú… tú estás feliz? Siempre he creído que querías ser padre, pero a lo mejor…

—Bruma, te quiero. —*Je t'aime.* Parece su frase favorita. Y siempre me lo dice en francés porque suena mejor que en cualquier otro idioma del mundo—. Te quiero a mi lado, pero jamás te impediría volar. Si aseguras que ya estás lista para lo que me propusiste hace cinco años de vivir juntos, por mí…

—Un momento, yeti, aquí el que propuso fuiste tú, te recuerdo. A ver si ahora vas a cambiar la historia y nuestro hijo va a pensar que era yo la que andaba detrás de ti.

—Pues, quizás mi memoria falla, pero recuerdo a una española que se proponía salir a

correr vestida de escocesa. Aunque eso de correr es un eufemismo: aunque solo fueron quince minutos, te vi pelearte con cada raíz del bosque.

—Esa no era yo. Si mal no recuerdo, la chica se llamaba Emersion, o Emeribunda.

—Oh. Tal vez me he equivocado. Tal vez no eras tú la que tenía tendencia a imitar a los patos.

A estas alturas, domino el francés. Siempre tendré algo de acento, pero no queda mal, y se me entiende. También logro entenderlo a él cuando le da por hablar de carrerilla, como ahora. Sin embargo, la frase que acaba de soltar no tiene sentido alguno.

—*Quoi?*

—Cuac, cuac.

Me enfurruño y él atrapa la mueca de mis labios entre los suyos. Cuando pone fin a ese beso abrasador, ese beso que llevo esperando desde que su cuerpo ha entrado en contacto con el mío, o puede que desde antes, mucho antes, cada día que he permanecido separada de él, y que nunca me decepciona, sino que me produce sorpresa, como si sus besos siempre superaran mis más íntimas expectativas, el enfado por la bromita es cosa del pasado.

—¿Ves? Eres tú. La española que me enamoró.

Unos golpes que destilan cierta cualidad desesperada resuenan en la puerta, interrumpiendo el maldito momento más romántico de mi vida (da igual que se den casi cada día; imposible que fuera de otra manera con el yeti). Respondemos: «¿Qué?», gritando a la vez.

—Oigan, par *denamoraos*, precisamos su ayuda, amigos. No se demoren aquí que viene la horda.

Al abrir, la frase incomprensible del cubano cobra sentido: desde el otro lado del vestíbulo, varios niños corren hacia nosotros como si fueran salvajes. Parecen tener como objetivo el hombre que está a mi lado.

—Oye, yeti, ¿qué fue exactamente lo que prometiste a tu hermano y al granjero? —Son los que tienen cincuenta mil hijos. En realidad, solo son Andreas, el hijo mayor de Daniel; Leyla, la hija de Thomas y Camille; los dos retoños de Cédric y Violet; los dos de Alex y Briana, y el bebé que Michel estruja contra su pecho, por si la marabunta se lo arrebata, pero parecen muchos más, a juzgar por los gritos.

—Puede que me ofreciera a cuidar de los niños para que ellos se relajaran. No pasa nada, así practicamos. Bruma… ¿Bruma?

Yo ya me he encerrado en el despacho, que dispone de un bendito sofá que hace las delicias de cualquier embarazada. ¿Qué hacen un francés, un suizo y un cubano rodeados de niños? No lo sé, pero la española va a echarse una siesta española. Y no me avergüenza admitirlo.

Agradecimientos

Qué difícil es escribir un agradecimiento. ¿Quién ha hecho posible que este libro exista? Mi madre y mi padre, por supuesto. Por darme la vida y por no juzgarme cuando abandoné mi profesión y me puse a escribir y tener hijos. A mis hermanos, porque les quiero mucho y, aunque de manera inconsciente, ese aprendizaje se ha filtrado en las relaciones de mis personajes. Nada más empezar la novela Eric habla del amor por su hermano.

A ese Simon «ocasional» que me ofreció un puesto de trabajo en otro país. A Carlos por seguirme en mi loca aventura. A todas esas personas que conocí y me llevé de regreso y cuyo recuerdo me he permitido volcar en esta historia.

A mis hijos por entusiasmarse cada vez que les arrastro a ese pueblo donde todo comenzó.

A la persona que más me ha ayudado con este manuscrito, Lara Blanc, una maravillosa amiga y un gran ejemplo de fuerza de voluntad.

Con la historia de Bruma y Eric pongo fin a la Serie París. Aunque, curiosamente, fue la primera que empecé.

Soy consciente de que no es una obra maestra que hará profundizar al lector en sus propios sentimientos ni desvelará secretos del universo. Escribo para hacerte pasar un rato ameno, hacerte sonreír hacia dentro o reír hacia fuera (ojalá lo consiga) y hacerte olvidar la vida real. Si lo he conseguido y te apetece escribir unas palabras en Amazon para que otros lectores lo sepan, te estaré muy agradecida a ti también, aunque ya lo estoy solo por que hayas llegado hasta aquí.

Gracias, de verdad.

---

[1] Eric ha dicho: «OK. Lo siento. Me encanta tu nombre, Bruma. Es adorable». En francés, al filete de carne se lo llama «*filet mignon*», de ahí que Bruma interprete que ha dicho algo de un filete.

[2] «Entonces, ¿vienes a mi casa esta noche?».

[3]« En nuestro país, esto se llama hacer la pelota a tu jefe».

[4] «Deberías intentar hablar francés».

[5]« ¿Estás loca? Eres tú quien ha lanzado la nieve. ¿Eres Conan o qué? Mierda, has matado a tu jefe. Déjame ver».

[6] «Es la primera vez que veo un movimiento tan rápido. Estoy perplejo con la puntería de las españolas. Pensaba que el deporte nacional era el fútbol, no el tiro con arco».

[7] «¡Por fin te atreves a entrar! Nos preguntábamos cuándo lo harías. ¿Un pan grande, medio pan o una baguette?».

[8] «¿Puedo revisar sus pies?».

[9] «¡Oh, Dios mío! ¿Te estás burlando de mí?».

[10] «Traduce. Solo eso, ¿vale?».